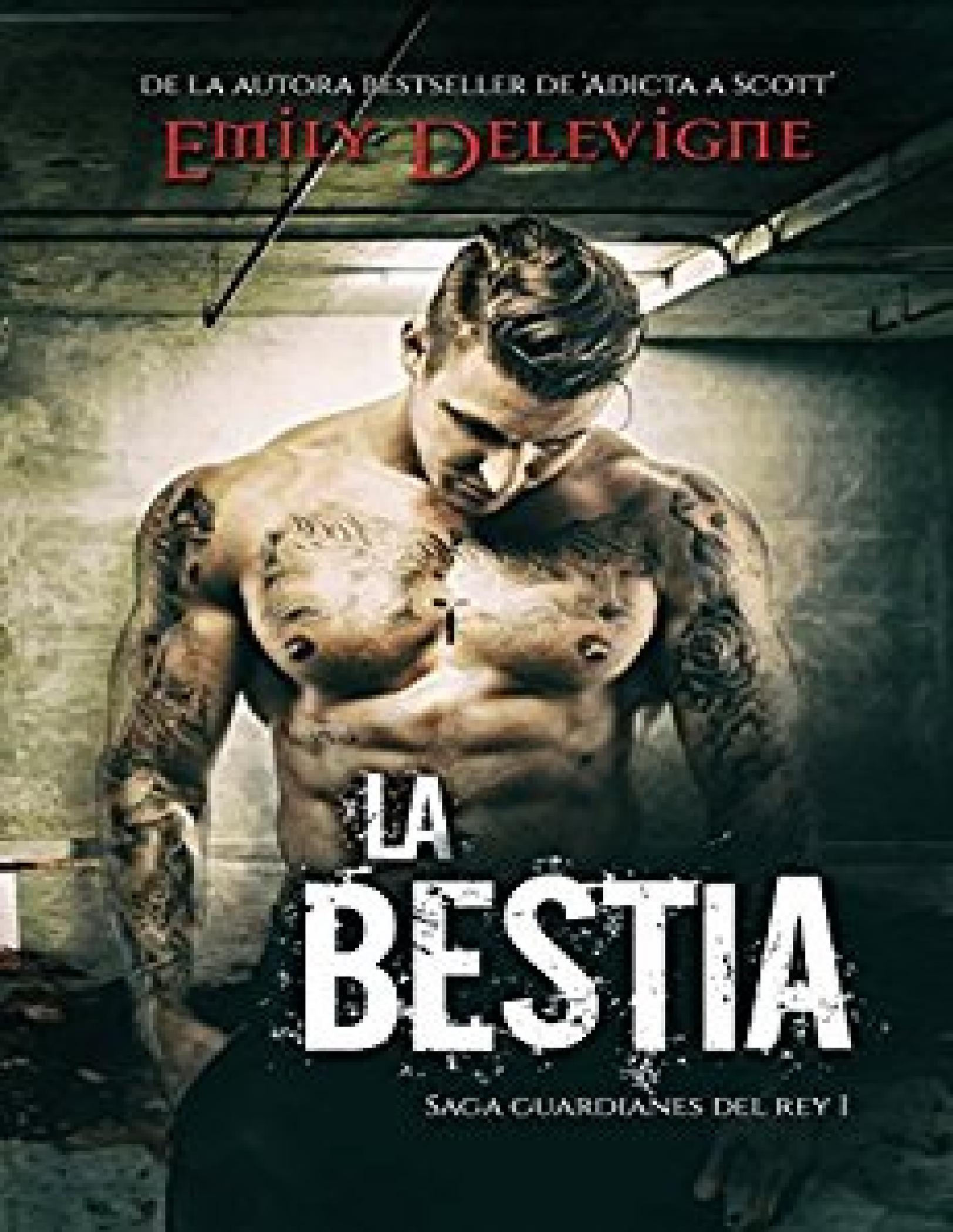


DE LA AUTORA BESTSELLER DE 'ADICTA A SCOTT'

EMILY DELEVIGNE

A high-angle photograph of a muscular man with extensive tattoos and a black eye, embracing a woman from behind. The man's face is partially obscured by shadows, and his expression is intense. The woman's face is visible, looking towards the man. The background is a dark, industrial-looking space with concrete walls and pipes.

LA
BESTIA

SAGA GUARDIANES DEL REY I

LA BESTIA

EMILY DELEVIGNE

Serie: Guardianes del Rey

Vol.1

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La Bestia*
© *Emily Delevigne*

Edición publicada en septiembre 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*
Corrección: *Antonio Marcelo Beltrán*

DE LA AUTORA BESTSELLER DE 'ADICTA A SCOTT'

EMILY DELEVIGNE

LA BESTIA

SAGA GUARDIANES DEL REY I

Dedicatoria

A mi sobrino, Marco. Siempre puse en duda lo mucho que se puede amar a una persona, pero tú me demostraste que no existen los límites. Me haces la tita más feliz del mundo.



Agradecimientos

Autopublicar fue siempre una vaga idea que poco a poco ha ido cobrando claridad en mi cabeza. Si no hubiese sido por una serie de personas, este libro estaría bajo un sello editorial.

Me gustaría darles las gracias a Idoia Amo, Eva M. Soler y a Iria Blake por su infinita paciencia y su apoyo, además de resolver todas mis dudas para conseguir que este libro llegue a ver la luz.

A mis amigas irlandesas, por su ayuda con las expresiones en gaélico.

A mi madre, quien siempre está dispuesta a ayudarme a tomar decisiones arriesgadas pero necesarias para crecer como escritora.

Y a mis lectores, por apoyarme incondicionalmente en cada libro.

ÍNDICE



[GLOSARIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Sobre la autora](#)

GLOSARIO



** **A ghrà:** Expresión cariñosa en irlandés que significa «amor mío».

**
* **Anam Cara:** Vínculos que se establecen de forma desconocida entre dos criaturas, no teniendo que pertenecer a la misma raza.

**
* **Arpiás:** Criaturas femeninas casi extintas que se mantienen al margen de la trifulca entre hombres lobo y vampiros.

**
* **Berserker:** Violentos guerreros vikingos conocidos por su crueldad en la batalla. Contienen en su interior una bestia que los guía durante las guerras y cuyo control tardan muchos años en poseer. Viven aislados, actualmente apenas quedan dos tribus. En sus espaldas se encuentra tatuado el clan al que pertenecen.

**
* **Civiles:** Vampiros que se encuentran perfectamente integrados en la vida humana.

**
* **Consejo de los Vampiros:** Grupo de vampiros Originarios que se encargan de dirigir a los vampiros civiles para asegurar su supervivencia. Por encima de ellos se encuentra una figura hasta ahora desconocida.

**
* **Desterrados:** Grupo de individuos afectados por la maldición del destierro.

**
* **Guardianes del Rey:** Guerreros vampiros que se encargan de ejecutar todas las leyes y misiones delegadas por el Consejo.

**
* **Hombre Lobo:** Criatura tanto diurna como nocturna cuyo origen es desconocido. Se caracterizan por poder transformarse en licántropos. Viven en clanes, dirigidos actualmente por Luxian y cuyo heredero es Rotka. Están en guerra con los vampiros.

**
* **La maldición del destierro:** Castigo que el jefe de un clan (de cualquier raza) puede imponer sobre uno de sus sujetos. Esta maldición consiste en arrancar la página del libro sagrado en el que aparece dicho miembro y su árbol genealógico, cortando sus vínculos. A partir de ese momento cuenta con diez años de vida, en los cuales irá muriendo lentamente.

**
* **Mo chuile:** Expresión cariñosa en irlandés que puede significar

«mi amor», «mi sangre».

*** **Originario:** Ser de cualquier raza cuyo linaje es puro y no tiene cruces con otras etnias. Son los únicos capaces de transformar a otras criaturas a través de un mordisco. No todos sobreviven a la transformación.

*** **Tòtuhm o Libro Sagrado:** Libro a través del cual queda reflejado el árbol genealógico de una familia. Gracias a éste se establecen vínculos entre todos los miembros del clan. El Libro Sagrado está compuesto por un material de origen desconocido.

*** **Vampiro:** Criatura de la noche cuyos orígenes se desconocen todavía. Se alimenta de sangre pero también mantiene una dieta humana. Son gobernados por el Consejo de Vampiros, cuyo fin es mantener la supervivencia de la raza. Por encima de ellos se encuentra un ser Originario hasta ahora desconocido.

CAPÍTULO 1



Lux Blueling salió del edificio en el que trabajaba y contempló con un mohín el encapotado cielo de Nueva York. Iba a llover en menos de veinte minutos, por lo que se apresuró a buscar su coche, que estaba aparcado dos calles más atrás.

Aquel día le había resultado imposible estacionar en los aparcamientos de la empresa. Todos los trabajadores de Tyler & Co parecían haber predicho que aquel día caería una buena pues Tyler, el propietario de la fábrica, se había encargado de que abrieran otro polígono para que el resto de los trabajadores pudieran usarlo. Éste normalmente se utilizaba para almacenamiento de mercancías y sus respectivos camiones, pero era viernes, y los camiones sólo funcionaban de lunes a jueves.

El precioso y nuevo reloj de la empresa había marcado diez minutos más tarde de la hora de llegada. Y allí había estado Tyler, esperándola, con su immaculado aspecto que le hacía verse de cierta manera agresivo. Ella se había dedicado a escuchar sus bruscas palabras antes de asentir con suavidad e irse a su oficina.

Como si aquello ya no hubiese sido el principio de un largo día aguantando las toscas miradas de su jefe, su hermana Virginia lo había empeorado tras enviarle un mensaje en el que le comunicaba que la despensa estaba vacía y ella no llegaría hasta el anochecer. Era el inconveniente de hacer horas extras en un pub donde los hombres se emborrachaban hasta caer al suelo. Literalmente.

Eran las siete de la tarde, pero por aquel oscuro cielo lleno de espesas nubes parecían ser las nueve. Se escuchó un suave estruendo y llegó hasta ella una brisa con el inequívoco olor a tormenta. Debía darse prisa.

En aquel polígono industrial había un par de restaurantes que se encargaban de hacer comida para llevar. Tres semanas atrás su compañera Elizabeth se había presentado con una bolsa blanca que desprendía un delicioso olor. Pollo en salsa, había dicho. Y parecía ser bastante económico.

Dando una pequeña vuelta a la izquierda, vio que en la misma calle

donde había aparcado había una de esas tiendas. Todavía estaba abierta. Lux sonrió y se dirigió hacia allí con rapidez, pensando que a lo mejor su día podría mejorar... parcialmente.

Tanto ella como su hermana vivían en la casa de sus padres. Los dos habían fallecido en un accidente de coche. Al parecer sus cuerpos habían sido carbonizados por una fuerte explosión entre ambos vehículos, ya que no se encontraron restos que enterrar. El camión que chocó con ellos acabó igual o peor. El conductor tampoco había sobrevivido y no se habían encontrado tampoco sus restos, aunque nunca hubo una familia que los reclamase. Tanto Lux como su hermana Virginia se habían encontrado sumidas en una terrible depresión. Aún podía recordar el amable rostro de su padre sonriéndole y acariciando su cabello rubio igual al de él. Sus ojos eran azul oscuro con toques grises, iguales que los de Lux. Muchos decían que Lux era la forma femenina de su padre.

Antes, ella y Virginia habían tenido un estrecho vínculo. Siempre habían jugado juntas, incluso se habían mostrado de acuerdo en vestir iguales, algo que había hecho reír a su madre.

Ahora casi no podían aguantarse. La soledad palpitaba entre ellas como una herida recién abierta. Mirar a su hermana no era fácil. Virginia era la misma imagen que su madre, y cerrar ese oscuro capítulo de su vida le estaba costando demasiado trabajo.

Sus padres murieron cuando Lux cumplió los diecinueve y Virginia los veintiuno. No tenían relación con ninguno de sus familiares, por lo que ambas tuvieron que salir a flote sin ninguna ayuda más que la del Estado y un tío lejano que se había mostrado de acuerdo en enviarles dinero... pero nada más. Al parecer no había tenido una íntima relación con sus padres.

Cuando Lux entró en el restaurante, un hombre de pelo oscuro y ojos azabache la recibió con una sonrisa amable. Su gran barriga casi parecía traspasar la barra por la que atendía.

—Buenas noches, señorita, ¿en qué puedo servirle? —le preguntó con un tono ligeramente ronco pero jovial que pudo calificar como irlandés.

—Quería llevarme algo de comida. ¿Podéis darme una carta donde estén los platos y el precio?

El hombre se agachó y le dio una carta negra donde ponía «Platos caseros» en letra plateada. Sonrió y le hizo un gesto con la cabeza, señalándole un mostrador donde había muchos guisos. Toda aquella amplia variedad de platos consiguió que el estómago de Lux gimiese, ansioso por

llenar el enorme vacío que tenía desde primera hora de la mañana. Y además, como si la tienda quisiese asegurarse de que los clientes compraran, un intenso olor a comida inundaba sus fosas nasales, perteneciente a las cocinas.

—Si me permite, puedo recomendarle nuestras mejores fuentes. Esta semana estamos cocinando comidas de distintos países. Hoy nuestra cocinera se ha inclinado por la comida europea.

—Claro —Lux siguió al hombre.

Ante ella se mostraba una gran tortilla de patatas que llevaba una pequeña bandera clavada con un palillo de dientes. La bandera era de España. Lux había oído hablar muy bien de la gastronomía española. Había otra tortilla más pequeña y clara al lado con una bandera de Francia y a su lado, otras con diferentes banderas y distintos ingredientes. También había una especie de relleno con carne en el que ponía «haggis».

—Ésta es una tortilla hecha con patatas y huevos de España. Se vende como oro y encima —se acercó a ella para susurrarle sin dejar de presionar su dedo contra el escaparate. Lux no captó el brillo en los ojos del vendedor—, tanto las patatas como los huevos provienen de la parte sur de España. Para mí, mi favorita. ¿Sabe de dónde vienen las mejores patatas? De Murcia.

Lux frunció el ceño. Desconocía en qué parte se encontraba Murcia y si de verdad las mejores patatas eran procedentes de allí. Ella sólo quería llenar su estómago y dormir plácidamente.

Tenía buena pinta, nadie podía discutirlo. Estaba caliente y soltaba un suave humo blanco, empañando un poco el cristal. Estaba dorada, recién hecha. Sin poder evitarlo le pidió que le partiese la mitad para llevar.

Lux terminó por llevarse dos filetes de carne hechos al vino, la tortilla de patatas y una especie de guiso que mañana sería su almuerzo. Tras pagar, se dirigió hacia la puerta.

—Mierda.

Estaba lloviendo. Y con fuerza. Las gotas de agua impactaban contra los coches y el asfalto. Y ella no tenía paraguas, tampoco quería quedarse hasta que amainara. El tráfico en Nueva York era ridículo, siempre con colas kilométricas que le hacían llegar tarde a su casa.

Salió corriendo y apretó la comida contra su pecho mientras entraba en el aparcamiento por la puerta de atrás, palpando la pared para poder guiarse por la oscuridad. Un golpe a sus espaldas la asustó. Se giró con rapidez pero no vio a nadie. ¿Es que no había ningún mantenedor? Se escuchaba el chasquido de las bombillas al romperse y cada vez que pasaba por una luz, se apagaba a

sus espaldas. Definitivamente entendía por qué Tyler prohibía la entrada de los trabajadores allí. Las condiciones eran una mierda.

Montándose en su viejo coche, dejó la comida en el asiento del copiloto y se pasó una mano por el rostro, intentando quitarse las gotas de agua y el maquillaje corrido. Se miró en el espejo retrovisor y comenzó a echarse el largo cabello hacia atrás mientras maldecía su mal aspecto.

Mientras se peinaba, una sombra a sus espaldas cruzó con rapidez.

Se giró y vio que todas las luces estaban apagadas, excepto las de emergencia. Algunos guardias fueron hacia la cabina mientras murmuraban entre ellos. Muchos conductores bajaron de su coche, gritando y quejándose. Al parecer, la gran puerta que permitía la salida de coches estaba estropeada.

—¡Señores! —gritó uno de los guardias—. ¡Nos hemos quedado sin luz por culpa de la tormenta! Tendremos que esperar hasta que vuelva. Por favor, cálmense y...

—¿Cómo? —gritó una mujer con un acento ligeramente sureño—. Tengo cosas que hacer. ¡No puedo quedarme aquí hasta que vuelva la puñetera luz! ¡Pienso hablar con Tyler inmediatamente!

Un guardia de seguridad alto, atlético y joven se acercó a la mujer que había gritado. Habló con ella en voz baja intentando calmar el ambiente. Todos los conductores vociferaban y se escuchaban las bocinas. Lux salió de su coche y caminó hacia la cabina, donde había una única bombilla encendida que apenas iluminaba.

Sus pasos resonaban contra el suelo de asfalto, el frío le estaba entumeciendo todo el cuerpo y estaba enfadada. Después del dineral que le había costado, toda la comida acabaría fría. Una mujer apareció a su lado y por el lenguaje corporal parecía estar mucho más cabreada que ella.

El guardia de seguridad la miraba de arriba abajo, con los ojos extrañamente desenfocados mientras escuchaba atentamente a la mujer, que de un momento a otro comenzó a hablar en otro idioma.

—Perdone —preguntó Lux—. ¿Sabe cuánto tardaremos en poder salir de aquí? ¿No hay ninguna salida de emergencia?

—Lo siento, señorita, pero la salida de emergencia iba por corriente eléctrica. Las ventanas son demasiado pequeñas para que podamos salir por ellas y la puerta del garaje tampoco funciona. Creemos que en media hora todo estará arreglado. —La tranquila voz del guardia de seguridad no consiguió apagar el ánimo de la mujer que estaba a su lado.

—¡Ése no es mi problema! —gritó la morena soltando una maldición en

otro idioma—. Exijo salir de aquí inmediatamente y...

Un golpe sordo resonó por todo el aparcamiento. La mujer no pareció darse cuenta, pero Lux se tensó.

—¡Por favor, ayudarme! —gritó alguien.

El aparcamiento se sumió en un sombrío y aterrador silencio.

Lux se giró rápidamente. Todos los conductores miraban a todos lados, preguntándose de dónde habría provenido aquella voz. El guardia de seguridad se acercó más a ellas, agarrándolas con las grandes manos. Ambas se dejaron mientras todo el aparcamiento se quedaba en total y absoluto silencio. Sólo se escuchaba la lluvia cayendo afuera y golpeando con fuerza el suelo, los coches que circulaban arriba y... un gruñido de un animal furioso.

O hambriento.

Los pasos de los conductores resonaban contra el húmedo pavimento. Con linternas que habían sacado de sus maleteros, se dirigían hacia la zona donde se había oído aquel gruñido animal. Lux se puso de puntillas, intentando ver algo a través de todos los cuerpos que estaban delante de ella.

Había un hombre tirado en el suelo y un gran charco oscuro y espeso rodeándole.

Jadeó al ver el gran y profundo corte que el hombre presentaba. Se llevó una mano a la boca, intentando controlar las repentinas ganas de vomitar a pesar de no haber comido nada desde primera hora de la mañana. Aquella mortal herida todavía echaba sangre, empapándolo todo y además dejando en el aire un olor a cobre y a hierro oxidado.

En su pecho había un gran surco de piel rota y tendones, la camiseta estaba destrozada y... tenía mordiscos por el cuerpo.

—Dios mío... —susurró un hombre.

—¡Llamad a una ambulancia y a la policía!

En ese momento... una enorme mano cubierta de vello y con garras apareció del techo y cogió al hombre que había dado la orden. Lo tiró contra la otra pared, que estaba muchos metros de distancia, escuchándose un crujido de huesos rotos y un gemido antes de que el silencio volviese a cubrir todo el aparcamiento. Un monstruo de músculos enormes y parecido a un lobo se descolgó de la pared con las mandíbulas abiertas y aullando.

El caos se desató.

Todos comenzaron a correr y a gritar, escondiéndose en sus coches y encendiendo los faros. Lux vio aterrada cómo los guardias se arrancaban la

ropa y comenzaban a crecer hasta superar los dos metros de altura. Sus cuerpos se cubrieron de vello largo y oscuro por todas partes, sus caras se deformaron para adoptar una nueva forma alargada parecida a la de los lobos, sus ojos se hicieron más pequeños y sus bocas aumentaron tres veces más de tamaño.

Comenzaron a aullar y a gruñir antes de ponerse a cuatro patas y atacar a los coches, golpeando con sus grandes garras y dejando marcas allí donde las pusiesen. Sus ojos eran negros como la noche, en sus manos había enormes uñas afiladas que levantaban las puertas y capós de los vehículos, sacando a los conductores y desgarrándolos para posteriormente engullirlos.

Lux sintió la bilis subiéndole por la garganta.

Se giró y vio que el guardia de seguridad que las agarraba estaba sonriendo. En sus ojos había un brillo amarillo y en sus labios... una sonrisa lobuna de satisfacción.

En ese momento su cuerpo fue recorrido por enormes espasmos, su ropa quedó destrozada en el suelo, dejando tras de sí enormes desgarros. Los huesos de su rostro crujieron con fuerza ante el cambio, sus músculos se agrandaron y el desagradable sonido de cuerpos siendo desmembrados perforó el cerebro de Lux, aturdiéndola.

—¡Corre! —gritó la chica morena, agarrándole de la mano.

Lux fue detrás de ella mientras oía los sonidos de aquella carnicería. Podía oír los gritos de los conductores, llorando y gritando pidiendo clemencia. Podía escuchar cómo los coches eran destrozados como débiles hojas de papel, el sonido del hierro chocar contra el suelo. También... cómo los cuerpos se desgarraban, cómo la sangre caía al suelo.

Las lágrimas caían por sus pálidas mejillas.

La chica morena y ella se metieron dentro de un coche que estaba abierto. Mientras la otra buscaba algo con que defenderse, Lux miraba con horror todo lo que le rodeaba. Muerte, sangre y hambre eran los factores principales de esa matanza. Lux sintió unos ojos mirándola desde el espejo retrovisor.

Se acercó más... y gritó.

Unos ojos amarillos con unas pequeñas pupilas negras la miraban fijamente. Incluso podía haber jurado que aquel monstruo le había sonreído para después pasarse la lengua por los dientes. Dio un salto, desapareciendo de la vista de las humanas y...

El techo del coche se hundió. Ambas gritaron por el susto, viendo cómo

la parte superior del vehículo desaparecía.

Una de sus manos se enredó en la cintura de Lux, la alzó y comenzó a aullar. Los demás hicieron lo mismo antes de seguir devorando los cuerpos muertos que había en el suelo. Lux se vio suelta del agarre y cayó, golpeándose la cabeza y la cadera contra el capó del coche.

Gimió de color y cogió aire rápidamente cuando aterrizó en el suelo.

Miró de reojo y vio al hombre lobo con un bolígrafo clavado en el cuello. La morena le cogió de la mano y se fueron hacia otro coche, agachadas para no llamar la atención. Pero esta vez se escondieron debajo de él. Desde aquella posición, ambas veían todo lo que le estaba pasando a los demás conductores. El corazón de Lux latía más deprisa cada segundo que permanecía escondida, su cerebro apenas podía procesar nada de lo que estaba pasando y le dolía terriblemente la cadera. Se llevó una mano hacia la zona palpitante de dolor y jadeó al ver sangre.

—¿Te has hecho daño? —le susurró la chica.

—Un poco —Cogió aire—. ¿Qué son esas cosas? —tartamudeó, sintiendo el frío y el terror invadiendo su cuerpo rápidamente.

Ella le cogió el rostro entre las manos y le dio suavemente en las mejillas. Sus ojos verdes dorados la miraban fijamente.

—No entres en estado de shock —susurró. Le dio más fuerte en las mejillas—. Mírame fijamente. —La abofeteó.

Lux la obedeció y sintió que el aire volvía a sus pulmones. Cerró los ojos con fuerza mientras dos lágrimas se deslizaban por su rostro. Se tapó los oídos para no oír la carne desgarrándose y los últimos gemidos de los supervivientes. Ambas dejaron de respirar al ver que un hombre lobo pasaba por su lado, a dos patas y con las manos colgando a los lados. Con sangre, cayendo en gotitas. Una de ellas salpicó a Lux. Cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cabeza.

En ese momento, se escuchó una puerta abrirse abruptamente y caer contra el suelo. Los lobos dejaron de comer y se levantaron en postura defensiva, gruñendo. ¿Qué estaba pasando? ¿Habría llegado la policía? Y si fuese así, ¿acaso tenían alguna posibilidad contra aquellos monstruos?

Lux se asomó por el lateral del coche y vio a unos hombres altos, vestidos de negro y grandes correr a una velocidad inhumana para tirarse encima de los lobos. Sacudió la cabeza al creer ver en la boca de aquellas personas largos incisivos y unas pupilas extremadamente dilatadas.

Uno de ellos, cuando cayó encima del lobo, le dio la vuelta y agarró sus

dos grandes y velludos brazos mientras pisaba el rostro para evitar que se diese la vuelta. Tiró con fuerza hacia atrás, escuchándose el chasquido de dos huesos al salirse de su posición. Los lobos comenzaron a pelear con fuerza, aullando y caminando a cuatro patas para poder cogerlos al saltar.

Los dientes de Lux comenzaron a castañetear, el corazón seguía latiendo con fuerza, sus pulmones le obligaban a coger más aire cada segundo que pasaba para mantener su estado de supervivencia.

Estaba a punto de desmayarse.

—Ay... Dios —jadeó.

Lux gritó cuando una gran mano le agarró el tobillo, clavándole unas garras que le traspasaron el pantalón y la arrastraron fuera del coche. Cuando salió del refugio, el lobo le pisó con fuerza el muslo, le clavó las garras aún más y cuando se dispuso a arrancarle la pierna de un tirón... uno de los hombres apareció rápidamente a su lado para agarrar al lobo del cuello y obligarle a soltar la pierna.

Se impulsó y sus dos manos abrieron la mandíbula con fuerza mientras el lobo las intentaba cerrar. Al final acabó muerto en el suelo con la mandíbula descolocada y la mirada perdida. El hombre que la había salvado llevaba el brazo desgarrado cubierto de sangre oscura y piel. Lux se quedó en el suelo, jadeando y murmurando mientras entraba en estado de shock.

La chica morena la cogió de la mano e intentó que volviese debajo del coche, pero Lux no respondía. Era peso muerto.

—¡Acabad con todos! —gritó el hombre que había matado al lobo.

Él las miró fijamente. Primero a la morena de reojo, luego a la chica rubia que se mecía hacia adelante y hacia atrás. El cabello le cubría totalmente el rostro, su pierna derecha estaba empapada de sangre y sus brazos llenos de arañones. Cuando su cara quedó despejada, se dio cuenta de que tenía una profunda herida en la frente que necesitaría algunos puntos de sutura.

Alzándola en brazos, la hizo esconderse debajo del coche con la chica morena, quien la cogió inmediatamente y la apretó contra el suelo.

—No salgáis de aquí.

¿La mujer acababa de asentir? Mientras los demás hombres intentaban matar a los monstruos, las dos se quedaron en silencio, llorando y con el corazón en un puño por haber visto toda aquella masacre. ¿De verdad había pasado? ¿Existían otras criaturas aparte de la raza humana? ¿O todo aquello había sido un sueño?

Después de media hora, todo se quedó en silencio. Lux no tenía conciencia de lo que estaba pasando, tampoco sentía dolor en la pierna. Estaba congelada por el frío y con ganas de vomitar a pesar de tener el estómago vacío. En sus ojos sólo veía enfocado lo que había pasado una y otra vez, sin poder sacarse aquellas imágenes de su mente. Veía cómo los guardias cambiaban de forma, cómo sus piernas se habían alargado al igual que sus brazos. Ver cómo su cara se alargaba y los dientes crecían le había hecho recordar el monstruo que durante toda su niñez había temido: hombres lobo.

¿Estaba loca? ¿Habría sufrido un accidente y por consecuente se habría golpeado la cabeza? Tenía que haber sido eso. Era imposible que existiesen hombres lobo y personas que corriesen a velocidad inhumana. Se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos y contó hasta cinco. Después, nada de todo aquello habría pasado.

Uno...

—¡Salid! —gritó un hombre—. Todo despejado.

Dos.

—Vamos, estos hombres nos han ayudado. —Alguien le estaba tirando del brazo.

Tres.

—¿Habéis matado a todos? —preguntó una voz masculina.

—Algunos han escapado, sin duda han aprovechado la lluvia para poder alimentarse y cortar todos los circuitos eléctricos. Nos hemos encontrado a los verdaderos guardias del aparcamiento con las gargantas desgarradas, en el almacén contiguo.

Cuatro.

Volvían a empujarla del brazo, sacándola de debajo del coche. Ella seguía sin abrir los ojos, sólo deseaba que todo aquello desapareciese. Alguien la levantó y la cogió en brazos. Se agarró con fuerza al cuello de la chaqueta de aquel hombre, sin dejar de mantener los ojos cerrados. Inspiró con fuerza.

Inmediatamente la envolvió un olor masculino y fresco, como a menta. Sin poder evitarlo se relajó contra el pecho. No existía el olor a sangre, tripas o sudor. Sólo menta y...

Suspiró.

—La humana está despierta, pero parece no querer abrir los ojos —dijo otro hombre de voz ronca.

—¿Qué harías tú si acabasen de atacarte unos hombres que parecían lobos? —gritó una mujer. Lux la reconocía, era la chica que había estado a su lado—. ¡Nos han atacado!

Cinco.

Lux apretó los ojos y comenzó a abrirlos lentamente. Distinguió varios cuerpos mutilados por el suelo del aparcamiento. Sangre, mucha sangre y también miembros sueltos por el suelo. Había hombres lobo tirados que parecían estar recuperando su forma humana lentamente.

Seguían en el aparcamiento, pensó Lux. Se escuchaban las sirenas de los policías, ¿ya había pasado el peligro?

Lux miró al hombre que la tenía cogida en brazos. Tenía los ojos azul oscuro puestos en ella, mirándola fijamente. Parecía estar comprobando su estado. Tenía el cabello negro como las alas de un cuervo, hasta los hombros. Su cara era masculina y terriblemente atractiva. Su nariz era recta, sus labios ni demasiado anchos ni demasiado finos. Cruels, ésa era la palabra. Tensados en una línea recta mientras seguía observándola. Por su frente caían varios mechones oscuros, dándole una apariencia misteriosa y oscuramente sensual.

Sus brazos la agarraban con fuerza y en ese momento se dio cuenta de que tenía los brazos, la ropa y el rostro con restos de sangre. Comenzó a temblar, abrió los labios para hablar pero nada salía de ellos más que gemidos y jadeos.

—¿Qué vamos a hacer con ellas? —preguntó un hombre con voz ansiosa pero a la vez cansada—. Viene la policía, tenemos que irnos antes de que nos vean.

—Bórrales la memoria a ambas —dijo el hombre que tenía a Lux entre sus brazos—. Si hay algún superviviente, cosa que dudo, haz lo mismo.

—¿Qué? —gritó la otra chica—. ¿Quién diablos os creéis que sois para hacerlo? ¡Pienso demandaros, capullos de mierda! ¡Dejarla, suéltala!

—De acuerdo. —Un chico de cabello rubio y ojos dorados apareció al lado de Lux ignorando las palabras de la otra mujer, que fue agarrada por otro hombre. Colocó su mano sobre la frente de ella, causándole lentamente un sueño que la invadía sin compasión—. Relájate, preciosa, no vamos a hacerte daño. —Su voz la hipnotizaba—. Cuando despiertes, recordarás a un grupo de atracadores invadiendo el aparcamiento. Eran crueles. No han dejado víctima viva más que a ti y a otra mujer. Te golpearon en la cabeza y no recuerdas nada más —su voz aumentó una tonalidad—. Nunca nos has visto

y nunca nos verás —sentenció.

Lux cerró los ojos, llevándose por último los gritos de la mujer y los ojos azul oscuro del hombre que la sostenía en brazos.



Tanto Eric como los demás se dedicaron a dejar la escena del crimen de manera que fuese un atraco y nada de hombres lobo intentando conseguir su comida desesperadamente. Al ver la carnicería que había en el aparcamiento, tuvieron que llevarse muchos cuerpos debido a su mal estado.

Se sentía mal por no haber llegado antes. Gideon les había avisado dos semanas antes de que los hombres lobo estaban hambrientos después de que las valquirias los liberasen. Al parecer, aquellas mujeres estaban resentidas con los hombres lobo por algún motivo que ellos desconocían, y se dedicaban a capturarlos. Los dejaban cerca de alguna ciudad de Estados Unidos y después se limpiaban las manos.

¿Es que acaso esas mujeres no se daban cuenta de lo que estaban haciendo? Ellos intentaban guardar su identidad de los humanos, no sembrar el caos. Por supuesto no era un secreto que los vampiros estaban enemistados con los hombres lobo desde el principio de ambas creaciones. Ambos siempre habían luchado por el dominio, aunque Eric había sospechado sobre algo más.

Mientras tanto, las valquirias se dedicaban a estorbarlos a ambos. Metían más pelea entre ambos clanes haciendo imposible una alianza. También se encontraban los berserker, guerreros vikingos que apenas se metían en guerras excepto cuando les incumbía. Eran inmortales y cuando luchaban se desataban las batallas más ensangrentadas y crueles.

Los berserker tenían la mala costumbre de no dejar nunca a nadie con vida.

Incluso las valquirias no los molestaban.

Eric inspeccionó el aparcamiento donde se encontraba la chica rubia de ojos azules grisáceos que antes había tenido entre sus manos. Estaba en estado de shock, él había visto en sus ojos la confusión y el miedo. Cuando quiso leerle el pensamiento y borrarle todo lo que había visto, se encontró con un muro que le impedía el paso. Pocas veces le había pasado y sabía que si esforzaba a la mente a dejarlo entrar, ella sufriría.

Por eso tuvo que ocuparse Gideon de ella. La amiga se había resistido e incluso le había dado un rodillazo en la entrepierna a su amigo. Cuando comenzó a reírse ufana por haberle hecho daño, Kenyan la había acorralado contra la pared del aparcamiento y le había borrado la memoria.

Mientras todos salían del aparcamiento con bolsas de basura donde había restos de hombres lobo y humanos, Eric echó una última mirada a la rubia, que dormía plácidamente en el suelo con el cuerpo herido y parcialmente cubierto de sangre. La otra humana de cabellos oscuros estaba lejos de ella. Si no se volvían a ver, mejor. Nada debía hacerles recordar.

Ethan, un hombre lobo desterrado que estaba de su parte desde tiempos inmemorables y un originario, se acercó a él con una fea herida desde la ceja hasta la barbilla. Estaba claro que uno de su misma especie le había hecho esa herida con la garra.

Se pasó una mano por el rostro, quitándose sangre. Su cabello negro estaba cortado casi al rape, sus ojos oscuros le miraban con respeto y admiración. Ethan era el hombre en el que más confiaba y el único que sabía que por las venas de Eric corría sangre de berserker gracias a la herencia de su padre. Nunca se descontrolaba en una batalla, lo que hacía que nadie pudiese delatarlo.

El Consejo tampoco lo sabía y nunca llegaría a enterarse. Era algo de lo que Eric se aseguraría. No sólo le echarían del clan si lo llegasen a saber, sino que quizás el apellido de su familia quedaría para siempre manchado. Y su hermana... Se estremeció al imaginarse lo que podrían hacerle.

Su madre había sido una vampira que se había visto en la obligación de casarse con otro vampiro al que no deseaba por un matrimonio de conveniencia. Cuando su madre Gwyneth conoció a su padre, Aedan, un jefe berserker que iba a secuestrarla para conseguir un mayor dominio sobre los vampiros, se acabó enamorando de ella. Ninguno de los dos clanes estuvo de acuerdo con la unión, por lo que fueron expulsados y tuvieron que llevar una vida humana. Una vergüenza para ambos.

Acabaron muriendo.

Era la maldición que les impusieron. Vivir durante diez años antes de descomponerse en cenizas. Eric podía recordar el día de ambas muertes: ambos hermosos, sin ninguna arruga por dentro pero en su interior todo era viejo y marchito. Se fueron, dejándolos a él y a su hermana Naylea solos.

Cuando pasaron varios años, ambos se presentaron como pareja de hermanos que perdieron a sus padres en una batalla contra los hombres lobo.

Nadie les reconoció. Juraron ser fieles al clan y defenderlo, pero nada más. En su sangre dominaba la vampira sobre la berserker o eso creía.

—Todo listo —susurró Ethan con el ceño fruncido.

—Ethan, hoy hueles particularmente mal —sonrió Ben, comenzando con sus pullas—. Y ese ceño fruncido no ayuda en nada.

—En primer lugar, estoy sudando. Y segundo, prefiero oler mal que desprender un femenino olor a rosas —musitó con voz dura, mirándolo de reojo.

—Yo no huelo a rosas —el tono de Ben se volvió cortante.

—Hueles peor que la hermana de Eric.

Gideon se rió a carcajadas con Kenyan mientras salían del aparcamiento por la salida de atrás. Ben comenzó a insultarlos mientras les tiraba piezas de coches que había por el suelo. Ethan se colocó a su izquierda y hasta que Eric no le hizo un gesto con la cabeza, no se fue de su lado. Sus ojos miraban fijamente a la humana rubia. Su pecho seguía un movimiento lento, su corazón ya no latía con tanta fuerza y sus heridas no eran lo suficientemente graves como para morir en el acto.

Se fue al escuchar al primer policía entrar.

CAPÍTULO 2



Lux sacó la cabeza del agua y cogió aire. Sus pulmones ardían por haber estado tanto tiempo bajo el agua. Habían pasado cinco meses desde que los ladrones atracaron el aparcamiento y además hicieron una carnicería. Todos, incluso ella misma, veían un milagro que siguiese viva.

Cuando Virginia se había enterado, la había abrazado con fuerza mientras lloraba, quejándose de que habían estado a punto de arrebatarse al único familiar que le quedaba.

Desde que pasó el accidente, Lux no podía evitar soñar cada noche con rostros, gruñidos y sangre. No conseguía distinguir mucho, pero por alguna extraña razón veía en sus sueños unos monstruos cubiertos de vello que devoraban a todo humano que atrapasen. Soñaba con el rostro de una mujer bella que le había ayudado a salir viva de las garras de uno.

¿Aquello era verdad? Ella no recordaba haber visto a ninguna mujer cuando las ambulancias llegaron. Todo lo veía borroso, no podía definir nada con claridad. E intentararlo le provocaba un intenso dolor.

Y lo que más le inquietaba por encima de todo, eran los ojos azules de color oscuro como la noche con los que soñaba. La observaba. Cada paso que diese, él la estaba observando. Podía recordar a duras penas una nariz recta, unos labios masculinos y un cabello negro corto hasta el cuello, ¿o era más largo? Se encogió de hombros mientras salía de la bañera y se envolvía en una toalla blanca que había dejado en el lavamanos. Cada vez que intentaba recordar, el dolor la invadía nuevamente sin piedad y echaba mano de su bote de pastillas, tomándose una dosis superior a la recomendada.

Aquel rostro era exquisitamente perfecto, hermoso, masculino y... misterioso. Por alguna extraña sensación, cuando soñaba con él estaba en sus brazos. ¿Quizás se había pasado leyendo novelas románticas? Era una gran fan de aquellos libros a pesar de lo que dijese Virginia sobre ellos.

Oh, pero todo aquello no terminaba ahí...

Cada vez que captaba el olor a menta fresca y húmeda, se le venía a la

mente aquel par de ojos tormentosos y fríos.

Mirándose en el espejo, se cepilló el largo cabello que le llegaba hasta la mitad de la cintura. Sus movimientos eran rápidos y enérgicos. Mientras continuaba peinándose, miró su pierna herida. Era la izquierda. Había llevado una escayola durante cinco semanas y además, había que sumarle los puntos. Pero no había tenido consecuencias graves, por lo que había sido un mínimo daño colateral.

Cuando terminó de vestirse, suspiró aliviada al ver que Virginia aún no se había levantado. Era sábado, apenas las diez de la mañana. Llevaba unos vaqueros ajustados, una camiseta negra, unos botines deportivos para correr y una chaqueta por si volvía a levantarse el frío. Sin hacer apenas ruido, se fue de la casa guardándose las llaves en el bolsillo del pantalón.

Fue caminando rápidamente mientras observaba todo lo que le rodeaba. Siempre estaba atenta ante cualquier estímulo que recibiese. En aquellos meses había aprendido defensa personal y además, se había sacado el permiso para comprar un arma. Virginia ni siquiera había protestado. Al revés, ella también había adquirido una. Nada más y nada menos que una escopeta de caza. Al principio Lux se había reído pero cuando su hermana la traspasó con la mirada, se fue del salón como quien no quería la cosa.

Caminando con pasos rápidos, se paró en el escaparate de una perfumería donde solía comprar su madre. Ninguno de los perfumes le interesaba, pero había visto de reojo una mujer de cabello largo hasta la espalda. Estaba hablando con la dependienta, discutiendo el precio de uno de los productos. Lux achicó los ojos mientras observaba a aquella exótica mujer. Le resultaba familiar.

Se llevó las manos a las sienes, intentando controlar el dolor de cabeza que le avasallaba el cerebro. Cuando la mujer se giró, Lux sintió cómo todo el aire la abandonaba. Su corazón dio un vuelco. La conocía. Estaba segura de ello. Tenía los ojos verdes con destellos amarillos y marrones. Llevaba un peto negro y un pasador de una mariposa que le recogía algunos mechones. Cuando ella la vio, se quedó paralizada. Dejando a la dependienta hablando sola, la chica morena salió de la tienda a toda prisa y fue hacia Lux con determinación.

Ella se alejó unos pasos.

—Te conozco —susurró la mujer con un brillo—. ¿Te acuerdas de mí? —sonreía esperanzada—. Te acuerdas, tú también has tenido esos sueños, ¿verdad?— Se inclinó hacia ella. Parecía realmente desesperada porque Lux

la reconociese—. Por favor, dime que mi cara te suena, que no me estoy volviendo loca.

Sin saber qué hacer, la observó detenidamente. Retrocedió movida por su instinto, pero ella disminuía la distancia entre ambas. Decidió hablar en voz baja.

—Me resultas familiar —murmuró. Lux se apretó con más fuerza las sienes cuando otro rayo de dolor se instaló en su cabeza—. Mierda, cada vez que intento recordar quién eres, un dolor de mil demonios me recorre la cabeza —susurró para sí misma.

—Te entiendo. Yo llevo así desde que tuve el accidente. —Parecía desesperada por hablar con ella. Sus grandes ojos miraban de un lado a otro, con temor—. Mira, ¿qué te parece si tomamos un café y hablamos? No tienes que asustarte, no pienso hacerte nada malo. Es más, puedo darte mi DNI y...

—Yo... No sé. —El instinto de supervivencia que Lux había desarrollado tras el accidente le gritaba que se fuera de allí. Que volviera a su casa y se encerrara en una habitación con llave. Pero por otra parte, estaba segura de haber visto a esa mujer con anterioridad. Tenía la corazonada de que no era la primera vez que hablaban—. Eres una desconocida para mí —Lux la interrumpió—. ¿Por qué debería ir contigo a tomar algo? Además, no sé qué diablos hago hablando contigo.

La chica morena le agarró con fuerza del antebrazo, traspasándole con la mirada. Vaya, iba directa al grano, pensó Lux. Por alguna extraña casualidad no sentía peligro alguno con ella... Se había esfumado. Es más, podría jurar que aquel rostro aparecía en sus sueños y se trataba de la mujer que le había ayudado a escapar de algo... O alguien.

¿Se estaba volviendo loca? Cuando por obligación fue al psicólogo, el hombre que le había atendido le dijo que percibía mejor la realidad que otros. No estaba loca, sólo asustada por el episodio que había vivido. Decía que si no recordaba nada era causado por el miedo a tener que enfrentarse a lo desconocido.

Aquéllas eran las palabras que se repetía cada mañana para no desconfiar de sí misma y de lo que percibía.

—Puedes llamarme Luna, así me llaman todos. —Achicó sus ojos—. Soy española y he venido a Nueva York en busca de trabajo, ya que en lo que quiero trabajar tengo más posibilidades aquí que en mi país natal. ¿Quieres más información? Vale, nos conocimos en el aparcamiento cerca de un restaurante de comida casera. Yo estaba quejándome porque no podíamos

salir de allí por una estúpida tormenta, es más, ¡decían que el agua había cortado todos los circuitos eléctricos! —Luna miró a todos lados antes de volver a hablar—. Los guardias de seguridad decían que no podíamos salir de allí porque las puertas iban por electricidad y las ventanas eran demasiado pequeñas para poder escapar por ellas. Luego...

—Cállate —susurró Lux con dolor, apretando los dientes con fuerza y clavándose las uñas en el cuero cabelludo. Como una bestia que se negaba a salir a la luz—. Por favor, no sigas.

—¿Te acuerdas que...?— Miró a todos lados—. ¿Aceptas mi invitación a tomar un café?

Lux se palmeó los bolsillos. Desde que tenía aquellos dolores de cabeza tan fuerte, solía llevar ibuprofeno o cualquier pastilla contra el dolor de cabeza. Suspirando aliviada, se acercó a una fuente que había en el parque de al lado.

Luna la seguía. Cuando se metió la píldora en la boca y bebió agua, cerró los ojos durante unos segundos para aclararse la mente.

No le pasaría nada si iba a tomar café con una desconocida, ¿verdad?



Ambas se encontraban en una cafetería cerca del aparcamiento donde había sucedido todo. Luna había insistido en que fuesen allí a hablar, pensando que los recuerdos llegarían antes. Mientras que Lux se había pedido un descafeinado, Luna había preferido un té con sabor a frutas del bosque. Le pegaba, reflexionó Lux, tenía un estilo algo hippie.

Cuando se quedaron solas y el camarero se fue con una sonrisa por la propina, Lux no podía evitar mirar de reojo el aparcamiento que estaba abierto en ese momento. Sentía algún extraño vínculo que le hacía querer ir abajo y recordar cada escena sin dejar pasar alguna. En la puerta del aparcamiento había flores en memoria de las personas que habían fallecido.

Qué tristeza estar en la escena del crimen y no recordar ninguna cara de los fallecidos. Sí, se sentía mal, culpable. Muchos parientes de los fallecidos habían contactado con ella intentando sacar información, dar luz a un caso que parecía estar instalado en la confusión. Todo sin éxito. No había recordado nada a pesar de haberse llevado horas encerrada en una habitación e intentando revivir lo que había pasado.

Luna colocó una mano bronceada sobre su pálida mano. Dios, qué diferencia había, pensó Lux. Tomó otro sorbo intentando relajarse, pero sólo consiguió quemarse la punta de la lengua.

—Joder —susurró.

—Bien, escúchame. —Le agarró fuerte de la mano—. Llevo tiempo queriendo encontrarte. Desde que nos borraron la memoria, mi vida no ha sido normal, y apuesto lo que quieras a que la tuya tampoco.

—¿Borrar la memoria? —Lux frunció el ceño.

—Sí, nos borraron la memoria. ¿Es que no puedes acordarte? Después de que nos quedásemos encerradas escuchamos un grito de ayuda. —Hizo una pausa—. Cuando todos nos asomamos a ver qué pasaba, aquel hombre estaba muerto y con un gran agujero en el pecho —chasqueó la lengua—. Vale, y la garganta cortada de principio a fin, pero eso no es lo que necesitas recordar.

Lux miró a lo lejos, viendo ante sus ojos todo lo que pasó aquel día. Mientras Luna hablaba, ella la seguía mediante recuerdos. Recordó al hombre tirado en el suelo cubierto de sangre, cómo los guardias se habían arrancado la ropa de un tirón y se habían convertido en...

Una niebla le cubrió los recuerdos antes de exponer una escena de un...

—¡No pueden ser hombres lobo! —gritó Lux golpeando con fuerza la taza contra la mesa.

Luna le colocó la mano en la boca.

—Bien, te estás acordando. Pero haznos el favor de no gritar. Nos van a tomar por lunáticas y...

—Una carnicería. —Lux se quitó su mano de la boca—. Estuvieron a punto de matarme, pero tú le clavaste un bolígrafo en el cuello —susurró viendo pasar cada escena por sus ojos. Estaba temblando y los dientes le castañeaban—. Después nos escondimos y...

—Pasa a la parte importante —suplicó Luna desesperada—. ¿Recuerdas que llegaron unos hombres que mataron a los guardias? ¿Te acuerdas?

Lux asintió lentamente. En ese momento, recordó al hombre de ojos azul oscuro que le visitaba cada noche. Aquel cabello negro, aquellos fuertes brazos sosteniéndola mientras llamaba a un tal Gideon para que le borrara la memoria. Lux gimió de dolor y cerró los ojos, dejando escapar dos lágrimas. Se encogió en la silla mientras sentía la mano de Luna acariciándole la espalda. Otra imagen cruzó por su cabeza. Luna había intentado que no le borraran la memoria, pero alguien la había sujetado por los hombros.

—¿Se encuentra bien su amiga? —preguntó alguien.

—Sí, sólo acabamos de enterarnos de una mala noticia —respondió Luna.

—De acuerdo. —Se escucharon unos pasos alejándose.

Se quedaron durante unos minutos en silencio. Lux apenas podía aguantar los dolores que se intensificaban cada minuto. En ese momento, cuando los abrió sintió que iba a desmayarse. Todo lo veía borroso y doble. Se humedeció los labios en un intento de no sentirlos tan secos.

No funcionaba.

—Cariño, respira hondo. —Luna le levantó la cabeza—. Cariño, sé que duele. Yo he pasado por esto. Tú puedes —le aseguró—. Coge aire y respira profundamente, olvida todo lo que te he dicho.

—No puedo —jadeó—. Me duele...

—Lo sé. Mírame fijamente. No me obligues a abofetearte otra vez —bromeó.

Lux sonrió e hizo lo que le ordenó. Respiró profundamente, concentrándose sólo en ella misma y olvidando todo a su alrededor. Escuchaba la relajante voz de Luna hablándole, animándola a seguir con palabras de consuelo. Se encontraba mejor, ya no sentía que todo girase en torno a ella ni que sus labios estuviesen resecaos. Dejó de oír la cafetera, los coches circulando afuera y a otros hablando en voz alta.

Seguía doliéndole la cabeza, pero era distinto...

Era como el final del dolor después de un largo camino sufriendo.

Capturó la mano de Luna en un torpe movimiento y jadeó.

—Creo que tengo ganas de vomitar.



Después de que Lux se recompusiera, se fue al baño de la cafetería a enjuagarse la boca. Incluso compró chicles para intentar quitarse aquel amargo sabor. Había vomitado el café en el suelo. Al camarero no le hizo mucha gracia, pero se limitó a sonreír y darle un vaso de agua.

Cuando salió, vio que Luna la esperaba con una sonrisa algo triste. Estaba segura de que se sentía culpable de sus dolores de cabeza. Lo que no sabía era qué la había liberado.

Cuando llegó hasta ella, le hizo un gesto.

—Demos un paseo. —Se frotó la garganta.

—Claro.

Caminaron por Houston Street hablando en voz baja y a tonos pausados. No se pararon a mirar en ninguna tienda. Tanto Luna como Lux aún se sentían algo aturdidas por lo que había pasado. No sabían qué hacer respecto a ese tema. Cada vez que pasaban por un paso de peatones, los ojos de Lux iban hacia todas las personas, intentando ver algún rostro conocido del accidente.

Ambas habían quedado en no contar nada a la policía ni a familiares. De todas maneras, nadie las creería.

Muchas veces Lux le preguntaba algo para poder ver con más claridad un recuerdo. Vio sorprendida que a Luna también le seguía produciendo dolor recordar, sólo que intentaba no mostrarlo. Sus ojos verdes estaban pensativos, como si no se encontrase allí.

Cuando iba siendo la hora de comer, se dio cuenta de que no había traído el móvil para llamar a Virginia. Cada vez que tardaba cinco minutos en llegar a casa, su hermana mayor enloquecía e iba por las calles de Nueva York con la escopeta cargada y con el móvil.

Ya le había llamado la atención la policía más de una vez, pero ella seguía igual. Tom no siempre estaría allí para sacarla de los líos en los que la metían sus ataques de pánico.

Luna quiso acompañarla hasta su casa y aunque se sorprendió por lo bonita y buena que era, no hizo comentario alguno. Seguramente se preguntaba cómo dos mujeres tan jóvenes se permitían vivir en una casa tan grande.

Lux sonrió al ver a su hermana por la ventana del salón con aquellos ojos color hielo zafiro observándola. Suspiró aliviada y le hizo un gesto con la cabeza.

—¡Pasad, no tenéis que hablar en la calle! —gritó antes de cerrar la ventana.

Lux la miró.

—¿Te apetece entrar? Puedes quedarte a comer si quieres. Mi hermana tiene la costumbre de dormirse después de cada almuerzo. Necesito seguir hablando de lo que pasó —susurró desesperada—. Debemos seguir en contacto. ¿Qué pasará si los volvemos a ver? No quiero vivir otra vez la misma pesadilla y quedarme con un dolor de cabeza que me impida recordar. No quiero estar así toda mi vida.

—Vale, me quedaré a comer y seguiremos hablando, quizás podamos

hacer algo. —Luna la miró con los ojos brillantes y... ¿anhelantes?—. Desde que pasó, me da miedo quedarme sola en mi piso. Escucho un mueble crujir y temo que hayan entrado. Después de estos meses pensando, he tomado una decisión. —Se esperó, pero cuando se dio cuenta de que Lux no iba a decir nada, prosiguió—: No tienes por qué seguirme, sólo quiero que lo sepas.

Lux frunció el ceño y asintió.

—Hablabamos después de ello. —Lux quiso quejarse y saber a qué se refería, pero tuvo que aceptar. Luna no hablaría todavía de ello.

Ambas entraron en la casa y aspiraron un olor a lejía que dejaba Virginia después de limpiar con fuerza. La encontraron con una fregona en la mano y un gato de ojos azules en su otro brazo. Lux sabía qué impresión debía de darle a Luna: El felino y su hermana tenían los mismos ojos. Y además, era condenadamente hermosa.

Lux siempre se había sentido acomplejada por Virginia. Muchos antiguos novios la habían calificado como «la Adriana Lima de Nueva York». Su cabello negro y liso con apenas algunas ondas le daba un aire de sensualidad que pocas mujeres tenían. Mientras que Lux tenía un pecho mediano, Virginia era todo lo contrario.

Pocos bikinis le quedaban mal. Era de estatura mediana, quizás lo único que le fallaba para ser perfecta. Llevaba una camiseta de tirantes blanca, unos *shorts* vaqueros y unas zapatillas de estar por casa de color rosa fucsia.

—Luna, te presento a Virginia, mi hermana mayor. —Miró a su hermana, estremeciéndose al ser observada por sus claros ojos—. Virginia, ella es... Estuvo conmigo durante el accidente. Me salvó la vida.

Virginia posó sus claros ojos sobre Luna. Sonrió con calidez y la abrazó con fuerza. Al separarse, Lux se sintió como un monstruo. Su hermana la amaba y se preocupaba por ella, mientras que ella se limitaba a encontrarle fallos para no sentirse inferior.

—Luna, eres bienvenida a mi casa siempre que quieras. —El gato saltó de su brazo al suelo.

—Gracias —sonrió.

—Es más, quiero invitarte a comer. ¿Qué te parece? Hoy he ido a comprar comida para hacer solomillo asado con tocineta.

—Es un placer, de todas maneras Lux me había invitado. Aunque me temo que todo ha sido tan precipitado que no he traído nada para acompañar.

Virginia hizo un gesto con la mano y se fue a la cocina.

—Ponte cómoda. Lux, pon la mesa mientras termino de hacer la comida.

Luna se fue al salón, donde dos grandes sofás de cuero negro la esperaban. Sentándose, miró detenidamente todo lo que le rodeaba. Algo que no podía evitar al encontrarse en una casa desconocida. Su naturaleza había sido amable y confiada, pero ya no. No se fiaba de nadie después de que le hubiesen borrado la mente.

En una estantería de color caoba oscura se encontraba una foto de un hombre rubio de ojos azules iguales a los de Lux. Abrazaba a una mujer de cabello oscuro. El marco de la foto era de color plata con pequeñas flores, todas en conexión por tallos en relieve.

En ese momento, apareció Lux preparando la mesa del salón. Llevaba un mantel azul marino y cubiertos en una pequeña cesta. Lux se encogió de hombros y sonrió.

—Mi hermana —respondió. Colocó el mantel—. Le encantan las vajillas y la decoración a juego. Tengo que controlarla para que no se gaste todo el dinero de golpe —bromeó.

—No puedo evitar querer preguntarte algo —Luna sonrió—. ¿Cómo podéis tener una casa tan bonita y grande? Sois muy jóvenes. Los bancos no suelen conceder hipotecas a los jóvenes y... —Miró a su alrededor, hizo un gesto con los brazos y finalmente los dejó caer—. A no ser que trabajéis cómo astronautas o... —frunció el ceño—. ¿Tu hermana es modelo?

Lux sonrió algo incómoda y negó con la cabeza mientras terminaba de colocar los cubiertos.

—Mi hermana trabaja como camarera en un pub. Yo trabajo en una empresa que se dedica a la construcción de muebles. —Se encogió de hombros y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Mis padres murieron cuando yo tenía diecinueve años y nos dejaron esta casa. La hipoteca está pagada, así que sólo nos hacemos cargo de las facturas derivadas del agua, la electricidad... y la manutención de nosotras mismas.

Luna asintió.

—Lamento haberte preguntado tan... bruscamente —esbozó una sonrisa—. Es uno de mis muchos defectos, no puedo controlar mi lengua.

—No, para nada. Sólo me duele hablar de mis padres. Hace siete años que murieron. Virginia tampoco lo lleva bien. —Miró hacia la foto que antes había mirado Luna—. Son ellos. —Se acercó a la estantería y cogió la foto. Acarició el rostro de ambos con ternura para luego dejarla donde estaba—. Fue un accidente de coche —se aclaró la voz al notarla áspera—. Tuvimos que dejar la universidad. No teníamos dinero.

Luna se acercó a ella y la abrazó. Lux se sorprendió y se tensó entre sus brazos, pero luego se lo devolvió.

Virginia apareció con una gran fuente de comida de donde salía humo. A ambas les llegó el olor a comida recién hecha y deshicieron el abrazo para mirar la comida.

—Vamos chicas, está recién hecho. —Le dio una palmada a Lux en la espalda—. Voy a por el pan, empezad a comer ya si queréis.

Cuando Lux miró hacia la cocina, vio al gato de Virginia con un trozo de carne recién hecha en su plato.

Sus ojos azules la miraron casi con la misma mirada penetrante que Virginia y ronroneó antes de atacar su plato.

Negó con la cabeza y sonrió. Por alguna extraña razón, su hermana amaba a aquel gato que había encontrado vagabundeando por Fulton Street.



Cuando Luna se fue, Lux se olvidó de preguntarle qué era lo que iba a contarle. Habían estado charlando y tomando café que hizo ella misma después de la comida. Virginia se había quedado con ellas y con aquel gato en su regazo, acariciando su pequeña cabeza con suavidad. Luna le había dado su número de teléfono y le había prometido llamarla mañana.

Cuando se quedó sola, se fue hacia su habitación y cerró la puerta al ver que el gato de Virginia la perseguía. Dejó el móvil en la mesita de noche antes de echarse en la cama y cerrar los ojos, intentando encontrar algo de descanso. Al quedarse dormida, soñó con sus padres cuando ella tenía diez años. Los cuatro estaban en un parque al anochecer, era en otoño. Su madre corría detrás de ambas para ponerles una rebeca mientras su padre se reía y las ayudaba a huir.

Instantáneamente el sueño se fue volviendo más borroso para aparecer unos ojos azul oscuro. Poco a poco, se fue alejando la imagen para mostrar el cabello negro, unos labios masculinos, una mandíbula fuerte y regia y...

Lux se despertó al escuchar su móvil. Parpadeó y abrió lentamente los ojos mientras gemía de cansancio. Se sentó en la cama y se pasó una mano por el cabello, quitandoselo de la sudorosa frente. Palmeando en la oscuridad cogió el móvil y gruñó. ¿Por qué diablos no podía dormir una siesta tranquila?

—Quién es —dijo con voz ronca.

Se levantó de la cama y abrió las ventanas. Descorrió las cortinas y miró el manto negro que estaba envolviendo el cielo de Nueva York, dando paso a la noche. Así eran los otoños en la ciudad. Tristes, condenadamente tristes.

Miró su despertador electrónico. Eran las nueve y media de la noche. ¿Por qué Virginia le había dejado dormir tanto tiempo? Ella sabía lo mucho que le asqueaba levantarse de la siesta a esas horas. Tenía la sensación de haber perdido el tiempo.

—Lux, ven inmediatamente. —Lux se concentró en la asustada voz de Luna—. Por favor.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —Salió de su habitación rápidamente y fue hacia el cuarto de baño para arreglarse.

—Están aquí, Lux —susurró con voz ronca—. Ellos están aquí.

—¿Quién? —gritó Lux al notar que Luna dejaba de hablar. Sólo escuchaba voces por el teléfono—. Joder, Luna, dime dónde estás.

—Me han visto, me acaban de ver —volvió a susurrar alarmada y alzando la voz—. Me encuentro en un local llamado Nick's, en Upper East Side. Mierda, vienen hacia mí. ¿Qué hago?

¿Qué demonios hacía allí? Si Lux no se equivocaba, era uno de los peores locales de Nueva York. El pub era frecuentado por matones, vendedores de droga y prostitutas deseosas de adquirir nuevos y adinerados clientes. Los hijos de importantes empresarios acudían allí con asiduidad. Una fugaz idea pasó por su mente. ¿Había ido Luna allí de forma consciente, para buscarlos?

—De acuerdo, no te muevas. Voy inmediatamente para allá. No hables con ellos, vete al baño de señoras y haz como si no te acordases de nada. Si hablan contigo o coquetean, síguelos el rollo. No te sorprendas al verlos, sabrán que los reconocemos —cogió aire al darse cuenta de que había hablado sin ninguna pausa. Realmente aquello la aterraba. Puso una mano sobre donde latía su corazón—. ¿Te enteras?

—Vale —tartamudeó—. De acuerdo —volvió a repetir—. El de ojos miel me mira fijamente. ¡Me está sonriendo! Ése fue el capullo que...

—¡Vete al baño, joder! —gritó Lux, perdiendo los nervios.

Colgó y suspiró.

Se echó agua en el rostro, intentando despertarse. Se hizo una coleta de caballo con rapidez. Fue hacia el salón y vio a Virginia mirando una película de vampiros. Supo perfectamente que se trataba de *Underworld*. Virginia

amaba esas películas de vampiros y lobos.

Ella le miró y sonrió.

—¿Adónde vas?

—Luna me ha llamado —se quedó callada, pensando qué decir—. Tiene problemas.

Mierda, aquello no era lo que había querido decir.

El hermoso rostro de Virginia se crispó. Se levantó del sofá con el gato entre sus brazos.

—¿Pasa algo? ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

No, lo menos que quería era ver a su hermana metida en un lío como ése. Se mordió el labio con fuerza mientras hacía gestos con las manos, intentando explicar algo.

—No, podemos solas. —Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón—. Cualquiera cosa, te llamaré.

Virginia la siguió por toda la casa hasta que llegó a la puerta.

—¿Cómo piensas ir? —le gritó—. No vayas sola, si tiene problemas puedo llamar a Tom...

—¡Luego te llamo para que vengas a recogerme! —le dijo de vuelta sin parar de correr—. Mejor cogeré un taxi.

—¡Ten cuidado! ¡Y no vengas tarde! —gritó con más fuerza la última frase.

Lux cerró los ojos y suspiró. Esperaba que aquella noche no fuese la última de su vida.

CAPÍTULO 3



Lux parpadeó y sintió los ojos aguados por el humo del local. No hacía falta decir que había llegado en media hora ¡y corriendo! Ningún taxi había parado para llevarla. Sentía la camisa pegada al cuerpo por el sudor, la cara interior de los muslos le picaba por el roce.

Se pasó una mano por los mechones que se habían soltado de la coleta y se integró entre la gran multitud del local. La música estaba a gran volumen, la pista llena de personas bailando y la barra cubierta de bebedores. También había mesas que hacían un medio círculo alrededor de la pista. Los sillones iban unidos y eran de color negro, mientras que las mesas eran de color madera oscura.

Mientras caminaba esquivando a las personas o manos que se colocaban en su cintura para instarla a bailar, Lux miraba atentamente las caras de los hombres, pero ninguno de ellos le sonaba.

En el final del local, Lux divisó los cuartos de baño. Fue con zancadas grandes y con el corazón en un puño. Cada vez que una mano la tocaba, se sobresaltaba y miraba al causante de aquel toque. Pero no era más que un hombre que deseaba bailar con ella.

Cuando llegó a los baños, entró en el de señoras.

Luna no estaba allí.

Había sólo tres retretes con las puertas cerradas, por lo que se dedicó a llamar a la puerta varias veces y gritando para que se le oyese por encima de la música. En el último, salió Luna con el cabello revuelto y los labios hinchados, rojos y... ¿qué le había pasado?

—¿Te encuentras bien? —Lux se acercó a ella.

—He hecho... Todo lo que me dijiste —musitó, nerviosa—. Más o menos.

Entrecerró los ojos y la obligó a mirarla fijamente.

—¿Cómo que más o menos? ¿Te han atacado? —susurró sintiéndose paralizada por el miedo.

—¡No! —gritó Luna alzando las manos—. Es por culpa de... —Se pasó

las manos por el largo cabello—. ¿Te acuerdas del rubio que nos borró la memoria? El de ojos dorados, casi dos metros de altura y...

—Me acuerdo —le cortó Lux impaciente—. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha propasado contigo? —casi gritó. Casi.

—No. —Luna se sonrojó, incapaz de mirarla a los ojos. Abochornada—. Como me dijiste que no llamase la atención, pues cuando se acercó a mí... Ya sabes. —Lux alzó una ceja—. Joder, vino a invitarme a una copa. Empezó a coquetear conmigo y, bueno... Me besó. —Dejó caer las manos.

Ambas se quedaron en silencio, escuchando la música del local.

—¿Cómo? —gruñó—. ¿Te has besado con el hombre que nos borró la memoria?

—Nos salvaron la vida, Lux. —La abrazó—. Por cierto, cuando salgamos recuerda que tenemos que hacer como que no los conocemos...

—¡No! —Lux se deshizo del abrazo—. No pienso hablar con unos desconocidos que ni siquiera son humanos. ¿Te has dado cuenta de que corrían demasiado rápido? ¿Te acuerdas que uno de ellos abrió la mandíbula de uno de los lobos? ¡Eso no puede hacerlo un humano! Despierta, Luna.

—Lo sé, Lux —alzó el tono de voz—. ¿Te crees que no he pasado miedo cuando se ha acercado a mí y me ha invitado a beber algo? Creo que me tomé cinco chupitos para sacar valor. —Lux apretó los labios—. Cada vez que me tocaba me encogía, ¿y sabes qué le respondía cuando me preguntaba? Que acababa de dejarme mi novio y no quería ver a ningún hombre más.

Lux se humedeció los labios. Sentía cada latido de su corazón contra el pecho.

—¿Y qué te dijo? —preguntó llanamente, sintiendo que el cuarto de baño se estrechaba cada vez más.

—Que él podía hacerme olvidar cualquier cosa. —Luna encendió el grifo del lavamanos y se echó agua por el cuello y la cara—. Me agarró de la nuca con fuerza y me besó.

Lux se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Cogió aire varias veces antes de abrir los ojos.

—Vamos a salir corriendo de aquí. Si nos llaman, nos hacemos las sordas, ¿entendido?

Luna asintió varias veces frenéticamente. Cuando salieron del baño, Lux agarró su mano con fuerza y tiró de ella. Empujaba todos los cuerpos que se interponían, incluso a más de uno le dio una patada. Mientras caminaba, miró un momento hacia atrás para asegurarse de que Luna estaba bien. Satisfecha,

giró la cabeza para mirar al frente y seguir su camino hasta que chocó contra un amplio pecho masculino que acababa de pasar por su lado.

Lux se pasó los dedos por la nariz y gimió.

Cuando miró al hombre con el que había chocado, se le cortó la respiración. Se llevó la mano que había estado en la nariz al cuello y gimió. Unos ojos azules de color oscuro la observaban atentamente.

Era él.

Era el hombre que la había sostenido entre sus brazos en el aparcamiento. Era el hombre con el que soñaba casi todas las noches. Su cabello negro parecía más largo, aunque sólo un poco. Ninguno de los dos dijo nada, incluso Lux se olvidó de hacerse pasar por una mujer que no le recordaba.

Vio aparecer al lado del hombre otro más, uno de los de ojos dorados y pelo rubio que miraba a sus espaldas, donde se encontraba Luna. ¿Por qué diablos había tenido tan mala suerte? Miró hacia atrás al sentir que ella le daba un tirón del brazo. Rápidamente sonrió y colocó un brazo alrededor de los hombros de Lux, intentando dar una apariencia de seguridad de la que ambas carecían.

—Chicos, os presento a mi amiga Lux. Es algo tímida y reacia después del accidente que tuvimos —sonrió.

Lux se estremeció al sentir la penetrante mirada azul sobre ella.

—Lux, él es Gideon —la voz de Luna no tembló. Realmente parecía no tener miedo. Ojalá ella también pudiese mostrar esa fuerza, pensó Lux—. El moreno de ojos oscuros es Ethan. —El aludido la saludó con un asentimiento de cabeza—. Y...

—¿Vosotras estuvisteis en el atraco del aparcamiento? —preguntó Gideon con voz neutral.

—Exacto. No sabes lo afortunada que nos sentimos de estar vivas.

Lux seguía sin decir nada, con la mirada puesta en el de ojos azul oscuro. La observaba. No mostraba ninguna sonrisa. Su rostro era una máscara de frialdad que Lux apenas podía aguantar con la mirada. Estaba cruzado de brazos, haciendo que sus músculos resaltasen más. Sus antebrazos eran tan grandes como el resto de su cuerpo, trabajados, como si matar y romper mandíbulas de monstruos fuese su oficio. Llevaba una camiseta negra que hacía contraste con su cabello y ojos. Sus piernas eran grandes, fuertes y cubiertas por un vaquero oscuro que le quedaba divinamente bien.

Llevaba un reloj de plata en la mano izquierda. Por sus bíceps podía

verse el final de algunos tatuajes y en el interior del antebrazo tenía un dragón con la boca abierta y una garra hacia afuera. Todos eran de un negro sólido y fuerte que parecía imborrable incluso con láser.

Ella siempre había odiado los tatuajes y las personas que lo llevaban. Le transmitían un aura tan oscura que solía ponerla nerviosa y tartamudeaba. Se fijó en los demás, también tenían tatuajes, y muchos más. Algunos eran frases en otro idioma... ¿serían una banda de criminales? ¿Qué clase de personas serían aquéllas? Decidió dejar de darle vueltas al asunto, pues cada opción era peor a la anterior.

—¿Venís a tomaros algo con nosotros? —preguntó el rubio de ojos dorados. ¿Gideon era?

—No podemos —habló Lux por primera vez. Se arrepintió. Todos los ojos masculinos se clavaron en ella. Se miró los zapatos—. Hemos quedado con mi hermana.

Alzó la vista al ver que alguien se acercaba más a ella. Era el de ojos oscuros.

—Dile que se una —respondió Gideon. Se colocó al lado de Luna y la acercó a su cuerpo, alejándola de Lux. Hasta ese momento no se dio cuenta del gran apoyo que había sentido con ella. Se cruzó de brazos.

Nunca, pensó Lux.

—Primero —dijo Luna alejándose del abrazo del rubio— no te tomes tanta confianza.

—Antes no te quejaste —susurró sonriendo con picardía.

—Vale —dijo Lux rápidamente, viendo que aquello no terminaría tan rápido—. Tomaremos algo y luego nos iremos. Le enviaré un mensaje a mi hermana para retrasar la salida.

Gideon volvió a colocar un musculoso brazo alrededor de los hombros de Luna mientras iban hacia la mesa donde se encontraban otros dos hombres similares. Lux giraba la cabeza en dirección al de los ojos azules oscuros. Podía sentir cómo la evaluaba, preguntándose si sería capaz de continuar con aquella mentira.

Cuando llegaron, ante ella había dos mesas unidas y sillas. Todos se sentaron, pero ella se quedó de pie al ver que ambos lados de Luna estaban ocupados. Buscó con la mirada el asiento libre, siendo éste uno que estaba al lado del que aparecía en sus sueños. Suspirando, ocupó el sitio y se acurrucó en la silla al sentir tanta cercanía entre ambos.

Lo miró de reojo y dio con su cuello, donde se veía la nuez de Adán de

manera débil. Le gustaba. Tenía una fina capa de barba que empezaba a salirle, oscureciendo su apariencia. Subió lentamente, encontrándose con unos labios que se movían al hablar con alguien.

Siguió con su escrutinio. Después llegó su nariz, recta y fuerte. De aquella manera, con sólo ver la mitad de su rostro podía decir lo hermoso que era. Subió hasta sus ojos. Puestos en Gideon mientras hablaba. Pudo definir bien su color. Eran oscuros como la noche, pero tenía una capa de celeste alrededor del iris que le hacía verse... Sorprendente.

Es más, se había quedado sin aire.

En ese momento él la miró, pillándola. Entre ambos hubo una conexión que todos pudieron notar, haciendo que entre el grupo reinase el silencio durante unos segundos. Un silencio frío y cortante. Un rubio de ojos celestes que estaba a su derecha colocó una mano sobre su tembloroso muslo.

—No me digas que te gusta Eric. —Lux se sobresaltó—. Cariño, me llamo Ben y estoy a tu entera disposición —sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos. Era el típico modelo de portadas que todas las revistas se rifaban por sacar.

—Déjala en paz —gruñó Eric apretando con fuerza el borde de la mesa.

—¿Por qué? —Sus ojos volvieron a posarse sobre Lux—. ¿Tú qué dices, cielo? Dame un sí y te haré vivir la mejor experiencia de tu vida. —Le guiñó un ojo.

Era guapísimo, incluso más que Eric. Su cabello rubio lo llevaba por debajo de los hombros con suaves ondas. Sus ojos brillaban con picardía, como los de un felino que contemplaba su presa. El labio inferior, carnoso, era un poco más grueso que el superior. Bajó la mirada a la mano que tenía en el muslo. Era grande y con algunas heridas por los dedos. Llevaba un tatuaje en la muñeca de una triple triqueta. Si no recordaba mal Lux... ¿no era un símbolo celta?

—Quítale la mano de encima —gruñó Luna.

Lux vio cómo los ojos de Ben se volvían hacia su amiga, divertidos. Una sonrisa socarrona dibujó su rostro.

—Esto es entre la humana y yo, así que cállate.

Ella se paralizó, al igual que Luna.

¿Humana? Los hombres notaron la tensión en ellas por el repentino cambio de sus posturas. Lux se quitó la mano del muslo y se levantó con rapidez de su asiento, haciéndole una señal a su amiga.

—Tenemos que irnos, otra vez será.

Una mano grande y fuerte se colocó sobre el hombro de Lux, haciendo una suave presión que llevaba un claro mensaje: sentarse de nuevo. Miró a Eric, quien era el que hacía ese suave contacto. Luna estaba luchando sin ninguna esperanza contra las manos de Gideon, quien la obligaba a permanecer en su sitio.

En ese momento una camarera se acercó. Tenía una larga melena roja que hacía contraste con sus ojos verdes. Miró a todos los hombres con una gran sonrisa, pero cuando se detuvo en Ben, su sonrisa se acentuó.

—¿Puedo servirlos algo?

Eric miró a Lux fijamente. Tenía una mano suya sobre su rodilla, haciendo presión. Cerró los ojos y se mordió el labio con fuerza, luchando contra aquella parte de sí misma que la obligaba a gritar en ese momento. Donde se encontraba su mano, por algún extraño motivo sentía calor, un calor relajante que subía lentamente por su pierna. Quería quitársela de encima.

—Cerveza —respondió Ethan cruzado de brazos.

—Y yo —respondió Gideon—. ¿Tú qué quieres, Luna?

—Otra estaría bien —susurró mirando a Lux con resignación.

Todos los demás respondieron, menos Lux. Ella tenía la mirada clavada en la mano. Tenía ganas de cogerle el pulgar y retorcérselo, de esa forma se podría librar de él... O bien podía dejar que ese calor siguiera ahí...

Podría ser un monstruo que había matado a otro monstruo... pero era atractivo, endemoniadamente atractivo, y Lux apenas contenía sus ganas de contemplarlo. Se removió incómoda en la silla, sintiendo un puro deseo animal que la invadía poco a poco. Incluso sintió el sujetador raspándole los erectos pezones. Cuando se dio cuenta de que todos esperaban su respuesta, tragó saliva y se sonrojó.

—Un refresco, el que sea, por favor —graznó.

La camarera asintió y se fue después de haber sonreído a Ben. Cuando se quedaron solos, Lux se cruzó de brazos y miró a Luna fijamente. Esperaba que ella tuviese alguna idea, porque definitivamente su cerebro parecía haberse apagado.

Ben se levantó de la silla y sonrió.

—Me voy con esa camarera. —Hizo un gesto hacia atrás con la mano—. Luego nos vemos en casa.

Y se fue.

Lux contempló rápidamente la puerta del local, esforzándose por idear

algo que la sacara de allí. Las manos le temblaban con fuerza, sentía la garganta seca y... cuando vio a Ben sonreír a la camarera, le pareció ver dos colmillos que se alargaban. Por supuesto, la pelirroja no se dio cuenta. Seguía intentando llamar su atención.

Cuando las bebidas fueron colocadas en la mesa, el de ojos dorados fue el primero en hablar.

—Y... ¿recordáis algo del accidente?

Hizo la pregunta desinteresadamente, pero no consiguió engañarla. Luna alzó una ceja dirección a Lux. Ninguna de las dos se había quedado con una versión inventada de la historia. Podían decir lo que había aparecido en las noticias, pero ellos irían a más, querrían profundizar.

—Bueno, nos golpearon en la cabeza —Luna sonrió—. ¿De qué nos íbamos a acordar?

—Exacto —Lux asintió.

Las habían pillado, pensó Lux. Tanto Gideon como Ethan sonrieron. Luna la miró con una ceja alzada, sin dejar de tocar el vaso de cerveza con las puntas de sus dedos. Después, sus ojos se clavaron en el hombre que se encontraba a su lado. Sus ojos azules parecían ser capaces de ver en su interior. Poco a poco, fue apareciendo en su hermoso rostro una sonrisa pícara.

Alzó una ceja negra hacia ella.

Sí, las habían pillado.



Eric apenas podía contener la risa. Ambas humanas habían intentado engañarles. Cuando apareció Luna, Gideon había pedido ir a por ella. Por supuesto, su corazón había comenzado a latir con rapidez, algo que la había delatado cuando aparentó no haberlo visto antes. Después había intentado mostrarles una coraza de una mujer independiente que apenas hablaba inglés y que se había equivocado de pub, murmurando palabras en su idioma materno.

¿Su sorpresa?

Él le contestó en el mismo idioma.

Cuando llegó la rubia, ella se había dirigido hacia el baño para luego salir y arrastrar a su amiga fuera del local. Hasta que él había pasado por allí

intencionadamente. Recordaba cómo sus pupilas se habían dilatado y su corazón había dado un brinco dentro de su pecho.

Desde el primer momento, todos supieron que aquellas humanas se habían acordado del suceso.

Cuando un vampiro borraba la memoria, podía cometer el error de dejar pequeños hilos que se conectasen con recuerdos lejanos y estímulos, lo que causaría la recuperación de dicho recuerdo. También estaba la otra opción donde la mente del humano era muy fuerte y al borrar, sólo le dejaba una densa niebla que causaba dolor al intentar evocar las imágenes.

Gideon había hecho mal el trabajo, eso estaba claro.

Las dos amigas eran polos opuestos.

Mientras que Luna —como supuestamente se llamaba —era de un carácter fuerte y provocativo, Lux era todo lo contrario. Él no sabía si desde el accidente había cambiado, pero apenas hablaba y siempre miraba hacia otro lado, como si el paso del tiempo no le importase lo más mínimo.

Eric apenas podía apartar sus hambrientos ojos de ella. Su cabello largo y rubio estaba recogido en una coleta que exponía sus angelicales rasgos. Sus ojos azules grisáceos miraban a todos los rincones del bar, insegura, como un animal consciente de que su hora había llegado. Sus manos estaban apretadas con fuerza en el asiento, revelando unas uñas pintadas de negro.

Deliciosa. Aquella inocencia lo atraía.

Llevaba una camiseta negra, pantalones vaqueros y unas simples zapatillas Adidas para correr de color negro y blanco. Sus labios eran finos, excepto el de abajo, que tenía una sensual elevación. Su nariz era pequeña y recta, sin ninguna peca. Era toda una mujer, diferente a lo que Eric había visto por su raza. Estaba acostumbrado a rechazarlas, a utilizarlas al igual que hacían ellas, incluso a que le tuviesen miedo.

—Comienza a hablar. —Eric contempló el miedo en aquellos enormes ojos, incluso podía verse en ellos y lo que reflejaban no le gustaba nada—. Sabemos que lo recordáis todo. No intentéis engañarnos, lo último que necesitamos es perder el tiempo.

Ethan dejó escapar un gruñido lobuno de su pecho.

Ella tragó saliva y desvió la mirada.

—Contesta.

Lux miró a su amiga con el ceño fruncido.

—Sí —dijo Luna—. Yo recuperé la memoria a los dos meses. Después busqué a Lux para intentar que ella también la recuperase —susurró—. Me

costó mucho lograrlo, apenas podía aguantar los tremendos dolores de cabeza que tenía durante días.

—¿Todo? —preguntó Gideon.

—Sí —habló Lux, dando un tirón a su brazo para deshacerse de su tacto. Después ella se pasó los dedos por la zona—. Recuerdo a... hombres que se arrancaban la ropa con unas garras que les habían crecido —su voz tembló, pero continuó—. Sus cuerpos se cubrían de un espeso vello. Sus caras se alargaban hasta tener una forma lobuna. —Lux hizo un gesto—. Su altura superaba los dos metros y... aullaban con fuerza. Sus dientes-s arrancaban-n la carne como si fue-e-se-e papel —tartamudeó.

—Y luego aparecisteis *vosotros* —finalizó Luna.

Eric tuvo la sensación de que el «vosotros» había sido pronunciado con cierto asco. Y no las culpaba, pues sus vidas nunca volverían a ser lo mismo.

—Nos vais a dejar en paz, ¿verdad? —susurró Lux, cogiéndole del brazo por sorpresa. Los ojos de ambos se encontraron—. No pensamos decir nada. A nadie, ni a nuestra familia. Vamos a dejar ese capítulo de nuestra vida escondido, haremos como si nunca os hubiésemos visto. —Su mano bajó de su brazo como una simple caricia hasta su mano, entrelazando sus dedos. Eric estaba impresionado por la firmeza de aquella mujer y de su... seguridad para agarrarle. No todos se atrevían a tocarle. Había matado por menos—. No nos boréis la memoria, por favor. ¿Quién sabe si la volveremos a recuperar? No quiero vivir toda mi vida con un maldito dolor de cabeza.

Gideon fue el primero en romper el incómodo silencio. Empezó a reírse a grandes carcajadas y mostrando dos grandes incisivos. Luna, aterrorizada, le miró la boca. El cuerpo de Lux comenzó a ser recorrido por espasmos.

—Eso va a ser imposible, nena —Gideon sonrió.

—¿Por qué? —Lux se levantó de la silla, sacando todo el poco valor que le quedaba.



Lux estaba decidida a salir de aquella situación viva y volver a su aburrida vida. Podía guardar un secreto. Aparte, ¿quién iba a creerla? ¿Monstruos que habitaban con los humanos y se dedicaban a alimentarse de ellos? Quizás como escritora podría ganarse unos dólares, pero en la vida real la encerrarían en un psiquiátrico y tirarían la llave.

—Porque...

En ese momento, un grupo de hombres entraron en el local, haciendo que todas las personas se girasen hacia ellos. Iban vestidos con pantalones vaqueros oscuros y camisas anchas. La mayoría de ellos llevaban el cabello por los hombros e incluso más largo. Los ojos brillaban de manera peculiar y familiar. Las fosas nasales de los desconocidos se abrieron exageradamente, tratando de captar unos olores en concreto. Lux miró sus manos, cerradas en puños hasta que uno de ellos sonrió y las abrió...

Revelando unas garras.

Las mismas garras que las del aparcamiento.

—¡Lobos! —gritó Lux.

Eric se giró rápidamente para mirar hacia aquellos intrusos. Cogió a Lux de la mano y corrió hacia la salida de atrás. No protestó. Ella miraba a sus espaldas, viendo cómo el grupo empezaba a metamorfosearse en hombres lobo hambrientos. Los ojos le cambiaron de color, el vello comenzó a predominar y su boca... Su boca se convirtió en una máquina trituradora llena de enormes dientes.

Todos en el local comenzaron a gritar y a intentar salir de allí. Pero era en vano. Un joven intentó salir por la ventana. Se quedó atascado y gritó cuando uno de los lobos le arrancó la mitad del cuerpo. Lux sintió las mejillas húmedas por sus lágrimas. Una muchacha se escondió en la barra del bar y cuando un lobo iba a tirar de su tobillo para sacarla, apareció Ben, apartando al lobo y tirándolo hacia la otra pared del local.

Las mesas se rompían, las sillas se quedaban sin patas, los cristales de las ventanas estaban rotos; por allí entraron dos humanos más a los que el cambio comenzó a afectarles. Las bebidas estaban por el suelo, las botellas rotas con los vasos desperdigados por doquier. La sangre teñía casi todo el suelo y las paredes.

Era el infierno, pensó Lux. Las puertas del infierno se habían abierto.

Dios, aquello parecía irreal.

Cuando Lux y Eric salieron por la puerta de atrás, sintió el frío de la noche envolverle pesadamente. Tenía los ojos cerrados con fuerza, los labios secos y el corazón latiéndole de igual manera que aquel día en el aparcamiento. Eric la apoyó contra una pared y la agarró con sus brazos, impidiendo cualquier movimiento por su parte.

—Mírame —susurró Eric.

Intentó mirar el escenario de la masacre tras la enorme espalda del

hombre que la agarraba. Él se lo impidió.

—Escúchame, ¿vale? —Lux asintió lentamente—. Voy a entrar a ayudar a mis compañeros y a deshacernos de los lobos.

—¡No! —gritó Lux, agarrándose a su cuello—. ¡No me dejes sola! ¡Me van a matar!

—Lux, tengo que ir. —Ella se agarró más fuerte a su cuello sin dejar de murmurar—. No vamos a dejarte sola. Gideon está esperando con un coche en la acera, ¿lo ves? Negro, un BMW. ¿Puedes verlo? —Ella asintió—. Luna está dentro. Él os llevará hasta nuestra guarida, allí estaréis seguras y no os pasará nada. —La separó de él a regañadientes.

—¿Y los demás? ¿Vais a sacarlos de allí?

—Haremos todo lo que podamos. —La cogió de la mano y fue hacia el coche. Luna tenía una herida en la cabeza, por donde corría un pequeño hilo de sangre. Gideon tenía un arañón en la cara desde la sien hasta la barbilla por donde continuaba saliendo sangre. Luna pareció feliz al verla sana y le abrió la puerta con los brazos abiertos.

Antes de entrar, Lux miró a Eric fijamente. ¿Tenía que sentir gratitud hacia aquel desconocido? Los sentimientos que la invadían eran opuestos entre sí. Su mente era un caos.

—He hecho esto más veces, nos veremos ahora allí.

La hizo entrar y cerró la puerta. Gideon echó los pestillos rápidamente y se alejó, haciendo que Eric fuese sólo una silueta que se alejaba cada vez más, mojada por la lluvia. El rostro de ella había quedado pegado en la ventana, negándose a perderse cada segundo de vista que pudiese obtener.



Cuando dejó de ver el coche, entró de nuevo en el local mientras escuchaba gritos de dolor, guerra y carne desgarrada.

Ben luchaba contra dos lobos en desventaja. El brazo parecía estar a punto de desgarrarse y peleaba con un puñal. Se había quedado sin balas. Ethan ya se había cambiado a forma lobuna y luchaba contra tres lobos que no paraban de morderle y hacerle profundas heridas. Cuando el resto de los lobos que comían los cuerpos tirados por el suelo lo vieron, tres de ellos fueron hacia él corriendo a cuatro patas, excepto uno, que iba totalmente de pie y con los dientes llenos de sangre.

Sacó sus pistolas del cinturón y apuntó.

¿Dónde estaba Kenyan?, se preguntó mentalmente. Cuando ellos se fueron al local, él prometió ir más tarde. Kenyan era un experto en las espadas. Tenía una colección que parecía no tener fin. Es más, él había enseñado a muchos de ellos a manejarlas adecuadamente. Había sido guerrero antes de unirse a los Colmillos.

Sintió que una garra le desgarraba la espalda.

La sangre manó de la herida, dejando una gran lesión al descubierto y sin apenas camiseta que le cubriese. Se dio la vuelta y le clavó el codo en la boca a un lobo. Puede que acabase derribándolo, pero varios dientes se le habían clavado en la carne e incluso, en el hueso.

Gruñó y se miró el codo.

Destrozado.

Otro lobo se echó encima de él, derribándolo al suelo. Sus manos se colocaron sobre sus enormes mandíbulas evitando contacto alguno entre aquellos dientes y su cuello. El punto débil de los vampiros. La cabeza del lobo salió disparada, quedando su cuerpo inerte encima.

La cabeza rubia de Kenyan se asomó, sonriendo con frialdad. Llevaba una catana en la mano derecha y una pistola en la izquierda.

De una patada le quitó el cuerpo de encima y le tendió la mano de la pistola, ayudándolo a levantarse.

—¿Vengo en buen momento? —bromeó.

—¡Deja de hablar y ayúdanos! —bramó Ben.

Eric fue corriendo hacia un lobo que estaba enfrente de él, intentando sorprenderlo por la espalda. Ambos corrieron, dispuestos a desgarrar a su oponente hasta la muerte. Justo cuando el animal abría sus fauces y estaba a punto de cerrarlas en torno a él, Eric sacó otra pistola de su pierna y apuntó hacia la boca abierta.

Disparó.

Cayó muerto.

Miró a Ethan, que había matado a dos lobos. Tenía la cara parcialmente desgarrada, con piel caída, incluso parecía tener un párpado hinchado por el que no podía ver nada. Kenyan se acercó al lobo, le hizo una pequeña raja debajo del ojo y sonrió.

—¿Mejor?

La enorme y peluda cabeza del hombre lobo se movió afirmativamente, e inmediatamente su ojo dejó de parecer una pelota de golf. Eric buscó con la

mirada a Ben, pero lo encontró tirado en el suelo. Corrió hacia él y se lo echó en un hombro. Casi pesaban lo mismo, y para añadirle más problemas, su espalda seguía herida, en carne viva. En ese momento, sintió algo corriendo detrás de él.

Se giró y estiró el brazo para disparar.

Desgraciadamente, el lobo le mordió el brazo con fuerza y tiró para arrancárselo. Aguantando las enormes ganas de tirar, cosa que empeoraría la situación, disparó y derribó al lobo. Sin poder evitarlo, sus piernas comenzaron a temblar y tuvo que agacharse.

Había perdido demasiada sangre.

Todos.

Los dos lobos que quedaron huyeron, aullando y llevándose dos brazos. Kenyan se acercó a ellos y los ayudó a levantarse. Ethan sufrió los espasmos del cambio a hombre. Apareció desnudo y completamente herido, jadeando y con los puños apretados. Dos enormes marcas de garras marcaban su torso de clavícula a estómago. La mitad de su rostro estaba deforme.

Aquellas heridas habrían matado a un humano.

—¿Os encontráis bien? —Kenyan se pasó un brazo por la frente.

—No —gruñó Eric—. Jodidos sería la palabra.

—Genial. —Kenyan miró el desastre del local—. Eso significa que estáis vivos. Ahora ocupémonos del local antes de que venga la policía.

CAPÍTULO 4



Lux se retorció las manos mientras caminaba en círculos en el gran salón de parquet. Aquella mansión la inquietaba con tanto silencio, incluso los sirvientes no hacían ruido al caminar. Había una gran chimenea de ladrillo gris que se alzaba ante ella. El calor que exhalaba hacía que sus mejillas dejaran de parecer las de un muerto, pero en su interior sentía el verdadero frío.

Su corazón había dejado de latir exageradamente, pero no se encontraba tranquila. Una de las sirvientas le había dado una tila para relajarse.

No había funcionado.

Las grandes y espesas cortinas que cubrían las ventanas eran de color rojo con bordados negros. Tenía un toque medieval, pensó Lux. Las luces estaban colgando de la pared y alumbraban todo el enorme salón. Los dos grandes sofás que había, de piel marrón, iban con tres sillones del mismo color.

Había algún que otro cuadro mostrando rostros y paisajes.

Uno de ellos le llamó la atención. Se veía un gran lago de color azul reflejando las nubes del cielo. Había un castillo al lado que se alzaba con fuerza, dejando su reflejo en las calmadas aguas. El sol se estaba ocultando entre las espesas y grises nubes, pero alumbraba. Aquella imagen le transmitía tranquilidad, belleza y...

—¿Te gusta?

Se sobresaltó al ver a Gideon a su lado observando el cuadro con devoción. Estaba intranquilo, podía sentirlo. Seguramente había odiado dejar a sus amigos solos en el local.

—Sí —Lux se aclaró la garganta, sintiéndola seca.

—Son las Tierras Altas de Escocia. Dos amigos nuestros son de allí.

Lux le miró fijamente.

—¿Son como vosotros? —A pesar de haber susurrado, el eco parecía haberse hecho en el salón.

—Sí, son como nosotros. —Notó que ella no quería decir la palabra... o

bien todavía no tenía claro qué eran—. Toda su vida vivieron en las Tierras Altas, pero vinieron cuando necesitamos ayuda contra los hombres lobo. Ése es el Lago Ness y ese castillo es donde solían vivir ellos.

Lux esperó a que continuase, pero él dejó de hablar, dejando claro que no daría más información.

—¿No están aquí? —rompió el silencio.

—No, volvieron a Escocia hace casi un año. —Gideon fue hacia un estante de bebidas. —Este whisky es el mejor del mundo.

Lo alzó, enseñándoselo.

—Ponme uno, por favor.

—Claro. —Sacó dos vasos de cristales gordos.

—¿No van a volver? —Su curiosidad no tenía límites.

—Sí, volverán —Gideon sonrió como si supiese algo que ella ignoraba—. Lo que no sabemos es cuándo.

En ese momento apareció Luna con la herida de la cabeza curada. Tenía ojeras bajo los ojos y una sonrisa cansada. Fue hacia ella y la abrazó con fuerza, intentando transmitirle confianza.

Su largo cabello tenía restos de sangre, pero prefirió no decirle nada. Cuando Gideon fue a darle su bebida, Luna no lo miró. Lo aceptó y murmuró:

—¿Qué hacíais?

—Le contaba a Lux sobre ese cuadro. —Lo señaló.

—Escocia, ¿verdad?

Lux se sorprendió por la determinación de su voz. Luna se acercó hasta quedarse apenas a diez centímetros del hermoso paisaje. Sus ojos verdes parecían leer el cuadro como si fuese un libro. Gideon se sentó en uno de los sillones y suspiró.

—Exacto.

—Las Highlands. —Alzó una ceja.

—Sí, listilla. —El color miel de sus ojos brilló.

Luna hizo un gesto con la mano, mandándole callar.

—Siempre he querido ir, pero por alguna extraña razón acabé en Nueva York y no allí. —Se encogió de hombros—. Cosas de la vida, supongo.

Lux se aclaró la garganta y dejó el vaso de whisky en una mesita cerca de la ventana, donde había una lámpara que alumbraba la estancia.

—Gideon.

—¿Pasa algo?

—Necesito llamar a mi hermana. Estará muy preocupada, he perdido mi móvil cuando Eric me sacó de allí. —Cuando vio que iba a negarse, siguió hablando—: Quiero decirle que voy a quedarme a dormir en casa de Luna para que no salga a la calle. Por favor. No me quedan más familiares, no quiero que salga a buscarme. Es capaz de eso y más.

A regañadientes, el rubio le tiró su teléfono móvil. Ella lo capturó en el aire.

Marcó el número de su hermana y esperó. La habría llamado desde el suyo, pero estaba segura de que se encontraría en el local, ya que no estaba en el bolsillo de su pantalón. Por supuesto, ellos lo tirarían cuando limpiaran la escena del crimen. Sabía que no lo recuperaría.

—¿Hola?

—Virginia, soy Lux.

—¡Dios, qué preocupada me tenías! ¿Quieres matarme? ¿Dónde diablos estás? —gritó.

Se separó un poco el móvil de la oreja.

—Lo siento, he perdido mi teléfono y un amigo de Luna me ha dejado el suyo.

—¿Por qué no te lo ha dejado Luna? —inquirió su hermana.

—Está en el baño. De todas formas quería informarte de que me voy a quedar a dormir en su casa, ¿de acuerdo?

Oyó cómo suspiraba y seguidamente el ronroneo de un gato. Seguramente le estaría haciendo cosquillas en la barriga.

—Claro que no me importa, sólo no me dejes hasta tan tarde sin llamarme, ¿sabes la película que me había montado en mi cabeza? Que los vampiros te habían secuestrado y estabas luchando por escapar —bromeó—. Pensaba ir a buscarte, llevaba ajo en el bolso y un crucifijo.

Vio cómo Gideon fruncía el ceño.

—Deja de ver *Underworld* y esas películas que coleccionas desde que eras adolescente.

Mierda. Si ella supiese...

—Si tú lees novela ñoña, yo puedo ver películas paranormales. —Lux intentó no sonrojarse bajo la divertida mirada de Gideon—. Lux, ¿estás bien? Te noto rara, cariño.

—Me encuentro bien. En serio. —Se sentó en el sofá, incapaz de estar más tiempo de pie.

—¿Sabes que han atracado un local? Creo que era uno cerca de Upper

East Side. Espera, ¿no has estado tú allí?

—Sí, pero me fui en diez minutos. No nos gustaba el ambiente.

—Demonios, Lux, eres un imán que atrae los accidentes. Lo último que necesitas es vivir otro atraco —su hermana suspiró—. Buenas noches, llámame mañana para cualquier cosa, ¿te enteras? Por tontería que sea, no quiero volver a sentirme como me has hecho sentir hoy.

—De acuerdo, lo siento —susurró—. Te quiero.

—Y yo, cuídate.

Lux le tendió el móvil después de haber colgado. Se sentía la peor hermana del mundo, y además no quería dejar a su hermana sola. Bueno, otras veces se había quedado sola pero ambas desconocían la existencia de otras razas distintas a la humana. Ahora, tenía miedo de que algún hombre lobo fuese a visitarla... O también otro de la misma especie que Gideon y sus compañeros.

No soportaría que nada le ocurriese a Virginia, era lo único que le quedaba en la vida, la única que la mantuvo cuerda cuando sus padres murieron. Virginia era el motor de ambas. Sin ella, nada valía la pena.

En ese momento se escuchó un coche entrando en el garaje. Gideon, de estar sentado en el sillón, apareció abriendo la puerta antes de que fuesen los criados. Dios, tenía que acostumbrarse a aquella velocidad, pensó Lux. Por la gran puerta distinguió la esbelta figura de Ethan, que cojeaba y gruñía como un animal herido. Se llevó una mano a los labios, aguantando el grito que estuvo a punto de salir de su garganta.

Todo su cuerpo estaba cubierto de sangre y de heridas profundas por las que se veían los músculos desgarrados. Llevaba puesta por encima una chaqueta, aunque estaba desnudo. Su pelo estaba cubierto también de sangre y sin decir nada, subió las escaleras lentamente. Detrás de él fueron dos criados rápidamente con una cesta de medicinas y otra con agua y toallas.

Detrás estaba Eric aguantando a un desmayado Ben con otro hombre que ella no había visto antes. Su cabello era rubio casi platino hasta los hombros. Estaba despeinado y sus ojos violetas estaban rojos. Llevaba una catana en la espalda. Su ropa era oscura, pero estaba manchada de sangre.

Tanto suya como de enemigos.

Los ojos azul oscuro de Eric miraron a todos lados hasta que la encontraron. Tenía sangre por la mandíbula y la cabeza, parecía ir agachado por una herida en la espalda que le arrancaba leves gruñidos. Cuando la detectó, Lux vio cómo sus músculos se relajaban levemente para luego

suspirar, dejándose ver las dos puntas de unos colmillos.

Se estremeció.

Gideon tomó el lugar de Eric, cargando a Ben hacia arriba.

—Eric, ahora viene Samara para ayudarte a subir.

Lux sintió un nudo en la garganta. Le había salvado la vida. Ella al menos podía ayudarle a subir las escaleras.

Decidida, fue corriendo hacia él. Se colocó su gran y musculoso brazo sobre los hombros. Él la miró fijamente, luego sonrió débilmente y asintió. Luna contemplaba todo aquello pasmada, paralizada.

Comenzó a subir las escaleras, atenta a cada gemido de dolor que soltaba. Cuando llegaron a la segunda planta, esperó a que él le dijese dónde se encontraba su habitación. Cuando iba a hablar, cerró los ojos. Permaneció así varios segundos. Lux iba a preguntarle adónde iban cuando los abrió.

Los tenía completamente rojos.

La miró y... su sonrisa se extendió. Pero no era una sonrisa cordial, simpática o educada. Era la propia de un depredador, letal, siniestra. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Deseaba irse corriendo de su lado y dejarlo allí. Pero sabía que si lo soltaba, caería como un peso muerto.

—Llévalo hacia la derecha. —El rubio que desconocía se colocó al otro lado de Eric, ayudándola a mantener su peso—. Su habitación se encuentra en ese pasillo —dijo señalando con la otra mano.

Entre los dos lo llevaron allí. Cuando entraron, Lux miró atentamente la habitación. Estaba en total y absoluta oscuridad, excepto por las tenues luces de la mesita de noche. La cama era grande, de matrimonio, con sábanas oscuras. La madera de la cama era oscura como los demás muebles, haciendo un buen conjunto. Había un armario que tenía cristales que los reflejaban a los tres. Y en ellos vio cómo los ojos rojos de él estaban puestos en ella.

Cuando lo tumbaron en la cama, el rubio comenzó a desnudarlo y a colocarle la manta sobre su cintura, pero dejando expuesto aquel cuerpo tan esculpido que le hizo perder el aliento. Las heridas que tenía se cerraban ante sus ojos, cada vez iban más despacio. Era como si se estuviese quedando sin *algo* que lo sustentase. El rubio la miró fijamente y le tendió un pequeño cuchillo que tenía en la bota.

Cuando Lux lo miró interrogante, él alzó una ceja.

—Hazlo vertical, así evitarás cortarte un tendón o alguna vena —le aconsejó antes de irse hacia la puerta.

—Pero no entiendo para qué quiero esto. —Miró el cuchillo.

—¿Me estás tomando el pelo?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Tienes que darle tu sangre, mujer —dijo sonriendo—. Nosotros sólo bebemos sangre de hembras y puesto que estáis juntos, es tu obligación como Anam Cara. ¿Piensas negarle ese derecho?

¿Derecho? ¿Qué derecho? ¿Y dónde diablos se encontraba ese derecho que «supuestamente» la obligaba a darle sangre? ¿Anam Cara? ¿Qué demonios significaba aquello? Tenía tantas preguntas rondando por su cabeza que cuando abría la boca para contestar, sólo salían sílabas y palabras incoherentes. ¿Sangre? ¿En serio?

Se estremeció.

—Te-e refieres a una transfusión de sangre, ¿verdad? —inquirió Lux.

El rubio alzó una ceja del mismo color plateado que su pelo.

—¿Transfusión? —Sus ojos violetas claros se abrieron sorprendidos—. Bueno, supongo que puedes llamarlo así.

—Pero no sabes mi grupo sanguíneo —protestó. Le devolvió el cuchillo rápidamente—. Y apuesto a que el suyo tampoco.

—¿Quién eres tú? —Se acercó a ella—. ¿Por qué te niegas a darle sangre?

—¡Odio las agujas! Y, ¿para qué el cuchillo? ¿Alguna práctica nueva?

Sonriendo con picardía como si todo aquello fuese una broma que ella le estuviese gastando, le colocó el cuchillo de nuevo en la mano derecha y apretó contra su dedo índice.

Un gruñido animal se escuchó a sus espaldas.

Girándose lentamente se encontró con los rojos ojos de Eric puestos sobre ella. Sus pupilas eran pequeñas y miraban la gota de sangre de su dedo. Sus labios se entreabrieron, mostrando dos colmillos que crecían ante sus ojos. Se estaba levantando de la cama y...

Iba hacia ella.

Fue hacia la puerta para salir, pero escuchó cómo el rubio echaba los cerrojos. El miedo comenzó a invadir su cuerpo, asfixiándola. Con los puños golpeó la puerta con fuerza, raspándose los nudillos y mostrando pequeñas gotas de sangre.

—¡Ábreme! —gritó aterrorizada, sintiendo a Eric cada vez más cerca de ella.

—¿Por qué? —la voz sonaba lejana—. Odio cuando una de las partes de

la pareja descuida a la otra.

—¡No somos pareja! —gritó con más fuerza—. ¡Apenas nos conocemos!
Nadie contestó.

Una mano se colocó sobre su hombro, volteándola con fuerza y rapidez. Lux fue presionada bruscamente contra la pared, sintiendo el inmenso cuerpo de Eric cubriendo el suyo. Se quedó sin aire en los pulmones y gimió por el golpe que recibió en la cabeza al tirar de su cabello hacia atrás. Sintió los labios de Eric acariciar suavemente su cuello, pero sin besar. Su aliento fresco chocaba contra su pulso, mandándole ondas de placer que le hicieron sentirse frustrada y enfadada consigo misma.

Y aterrada también.

Algo duro presionaba contra su estómago y aunque al principio se preguntó qué podría ser... lo supo cuando las caderas de él empujaron contra las suyas. Las manos de él se colocaron en su cintura, acariciándola suavemente antes de subir y, al mismo tiempo, llevarse su camisa revelando más porción de piel pálida. Sus ojos recorrían su cuerpo con deseo. Apenas podía contener el hambre y la lujuria que le invadía en grandes oleadas.

Lux respiraba agitadamente.

Los labios de él comenzaron a lamer su cuello con fuerza y a mordisquearlo. El miedo se mezcló con el sorprendente placer de sentir sus labios en ella. Quería despertarse de aquel letargo en el que él parecía haberla sumido. Quería huir. Pero sus brazos no le respondían. Tampoco sus piernas. Cuando las manos de él llegaron a sus pechos, los cubrió y apretó. Pasó los dedos por los pezones, haciendo que incluso sintiese sus caricias a través del sujetador.

Ella apretó los ojos, luchando contra aquella neblina que le impedía moverse. Quiso que su cuerpo no respondiese a las caricias... pero no le pertenecía. Ella sólo estaba mentalmente allí.

Los labios fueron subiendo hasta llegar a los de Lux. Los lamió y después le mordisqueó el inferior, tirando con suavidad. Cuando consiguió que abriese la boca, posó la suya sobre la de ella y gruñó. Instantáneamente, pegó su cuerpo duro y caliente contra el de ella, sintiendo el dominio que tenía.

—E-Eric... ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

Él no respondió, únicamente gruñó como un animal salvaje.

Cuando la lengua de él entró en su boca, se asustó al sentir sus colmillos e intentó separarse, tomando conciencia de su propio cuerpo. Sus manos se

agarraron más fuertes a ella, haciéndole imposible cualquier movimiento que no fuese acercarse más a su fuerte cuerpo.

—Para-a —tartamudeó contra sus labios.

Pero él siguió besándola, profundizando el beso.

La estaba seduciendo. Y ella no se sentía del todo cómoda con aquello, pero tampoco tenía las suficientes fuerzas para echarle atrás.

Intentó abrir los ojos pero, como si Eric supiese la dirección de sus pensamientos, volvía a la batalla con otra ola de placer que le hacía olvidar todo a su alrededor. Cuando sus labios se alejaron de los de ella, una de sus manos cogió el dedo donde la había pinchado el otro hombre. Sin apartar sus rojos ojos de ella, se llevó el dedo a la boca y chupó con fuerza.

Gruñó.

Lux sentía cómo la sangre salía del pequeño corte por la fuerte succión de Eric. Pero en vez de dolerle... le provocaba un inmenso placer. ¿Qué le estaba pasando? ¿Habría sido la tila? Ella nunca había actuado así con un desconocido. Los gemidos que salían de su garganta eran provocados por el cosquilleo que sentía, embriagándola por completo.

Apretó sus pechos contra el fuerte torso de él, sintiendo un picor en los pezones que sólo podía ser aliviado con caricias.

Cuando soltó su dedo, la miró fijamente. Lux sabía que aquel hombre que la miraba no era Eric. Aquella siniestra mirada carmesí estaba clavada con fuerza en su cuello mientras se veían entre sus labios entreabiertos las puntas de los colmillos.

La excitación se mezcló con el miedo al ver la realidad desde otro punto de vista. Se dio la vuelta y cuando levantó un brazo para golpear, una mano agarró su cabello y tiró hacia atrás con fuerza. La delicada curva de su cuello fue expuesta y también el sitio preciso por donde pasaba la arteria.

Sin contemplaciones, clavó sus colmillos.

Cualquier protesta fue silenciada por los sonidos de succión.

CAPÍTULO 5



Dónde está Lux? —Luna se alejó de Gideon, quien parecía seguirla por todo el salón.

—Ha ido a ayudar a Eric. —Gideon la miró desde su posición con un brillo en los ojos—. ¿Por qué te alejas de mí?

Parecía divertirse con aquella situación mientras que ella no.

—Pero tarda demasiado y no le gustáis. No sois humanos. —Le dio un manotazo cuando Gideon intentó cogerla del brazo—. Esto no tiene gracia.

El rubio frunció el ceño.

—¿Por qué? Ya sabes que no soy humano pero tampoco voy a hacerte daño.

Luna se encogió de hombros.

—Ahora mismo vamos a ir a buscarlos. Si no vienes conmigo iré sola.

Gideon suspiró y se levantó del sillón a regañadientes. Le hizo un gesto para que la siguiese por la enorme mansión. Subieron unas escaleras y luego fueron hacia la derecha. Durante el trayecto, Luna no pudo evitar observar detalladamente todos los hermosos adornos y la decoración. Las paredes estaban tapizadas, las luces iban colgadas de las paredes con una tenue iluminación, como si tener mayor luz les pudiese afectar o molestar. Las ventanas que había estaban fuertemente cerradas y protegidas por cortinas espesas de color rojo sangre con encajes.

Todo aquello parecía de época medieval pero modernizada.

Las escaleras por las que habían subido eran de granito blanco pulido y suave. Estaba segura de que si anduviera descalza, sentiría el frío por los pies refrescándole cada terminación nerviosa.

Suspiró.

—Es aquí. —Gideon intentó abrir pero no podía.

Estaba cerrada.

Luego, como si hubiese oído algo preocupante, la miró con ojos horrorizados. Comenzó a golpear la puerta con la pierna, luego con el hombro hasta que pudo derribarla. Luna estaba segura de que la puerta habría

quedado algo abollada por los golpes. La madera había crujido con fuerza, resistiéndose.

Pero Gideon seguía impecable, como si abrir una puerta a golpes fuese lo más normal.

—Mierda, apenas puedo oír los latidos de su corazón —susurró.

Luna se preocupó.

¿Qué latidos? Ambos entraron en la habitación a oscuras, viéndose sólo dos cuerpos en la cama. El de encima era uno grande y musculoso que cogía al de abajo con ternura pero con fuerza, impidiéndole cualquier movimiento. Tenía el rostro enterrado en su cuello y las heridas de la espalda estaban completamente cerradas. Apenas había quedado una línea rosa en relieve.

Cuando vio el cuerpo de abajo...

Luna gritó.

Era Lux. Y estaba terriblemente pálida.

Sus ojos azules parecían no tener vida, abiertos y vagabundeando sin esperanza por toda la habitación. Su cabello rubio estaba desperdigado por la cama con poco brillo y seco. Tenía hilos de sangre corriendo por el largo cuello, manchando su nívea piel. Estaba inerte, con los brazos caídos y la mirada perdida.

Sin perder ningún segundo, Gideon fue hacia ellos con aquella velocidad que era imposible de captar para los humanos y lo tiró hacia atrás con fuerza. Eric chocó contra el armario, rompiéndolo en pedazos. Pero parecía no haber sufrido daño alguno, ya que cargó contra Gideon.

Empezaron a pelear.

Luna corrió cuando tuvo camino libre hacia su inerte amiga. Se subió en la cama y la abrazó con fuerza.

—¿Lux? —susurró. Sus lágrimas mancharon el rostro de la rubia.

Le colocó los dedos en el pulso y esperó unos segundos.

Apenas se notaba, pero allí estaba. Seguía viva. O al menos seguiría durante los siguientes minutos. Sin saber qué hacer, comenzó a gritar y a llamar a los demás. La pelea de Gideon y Eric era cada vez más violenta. A Eric parecía estar dominándole un hambre que no podía controlar. Gideon en cambio parecía algo débil.

Un Ethan cojeando entró con un hombre rubio.

—Mierda —gruñó Ethan antes de entrar en el cambio y convertirse en hombre lobo que superaba a ambos vampiros en altura.

Cogió a Eric desprevenido por la espalda y lo tiró al suelo. Gideon apoyó

una de sus rodillas sobre su nuca, agarrándole con fuerza.

—¡Cabrón! —gritó Luna llorando con fuerza—. ¡Has estado a punto de matar a mi amiga!

Como si Eric la hubiese oído, la miró.

Sus rasgos cambiaron rápidamente. Las líneas de tensión aparecieron en su frente, su espalda se relajó y sus ojos volvieron a tener aquella tonalidad azul oscura que tanto parecía atraer a Lux. Pero en su boca aún había restos de sangre.

Sin poder evitarlo, siguió insultándolo.

—¡Capullo de mierda, te has bebido a mi amiga como si fuese una puñetera cerveza! —Cogió el despertador digital de la mesa, lo arrancó de un tirón del enchufe y se lo tiró a la cara. Le dio en la nariz—. ¡Voy a matarte, voy a matarte, bastardo!

El rubio entró en acción.

Le quitó a Lux de sus brazos, pero cuando vio el sufrimiento en sus ojos verdes, le regaló una relajante sonrisa.

—Voy a ayudarla, ¿de acuerdo? Quédate si quieres conmigo.

Cuando pensaban salir de la habitación y hacerle una transfusión, Eric pareció recordar dónde estaba y qué había hecho. Gideon se quitó de su espalda, permitiendo que se levantase. Cuando fue hacia ellos, un puño se estrelló contra su nariz.

Luna.

Miró a la humana. Sus ojos estaban enrojecidos de llorar, su cara roja de preocupación y apenas tenía voz para hablar después de los gritos. Tenía las manos convertidas en puños. No intentó defenderse cuando vio lentamente cómo llegaba la bofetada.

Se la merecía.

—No te acerques a ella nunca más o encontraré la forma de hacerte daño. Mucho daño —amenazó con voz ronca.

Cuando se fueron de la habitación, Eric apenas podía entender cómo podía haber sucedido todo aquello. Había sido repentino, fugaz. De estar besándola y acariciándola con pasión a comérsela viva. Sabía que cuando un vampiro sufría grandes lesiones y se encontraba en su habitación una hembra de la que podía beber, tendría que ser vampira para no morir. Las humanas eran muy débiles para defenderse y sus golpes no dolían, mientras que las vampiras tenían la suficiente fuerza para empujarlos y pararlos.

Durante aquel trance de hambre todo aquello que había visto había sido a

través de una espesa niebla que no le había dejado distinguir con claridad. ¿Tenía aquello algo que ver con su sangre berserker? No había sido consciente del mordisco, sólo sintió de repente un dulce y exquisito líquido manando en su boca para bajar por su seca garganta.

El elixir más exquisito del mundo.

Hasta que Gideon y Ethan no lo tiraron al suelo, no se había dado cuenta de que era sangre. La sangre de Lux que había corrido a ríos por su boca. Había estado a punto de matarla.

Dios, y ni se había dado cuenta.

Sintió una mano en su hombro, consolándolo en silencio. Era Ethan, no le hacía falta girarse. Aquel olor a bosque, tierra y lluvia era característico de él.

—Joder, he estado a punto de matar a una inocente —susurró con voz ronca.

—Todos cometemos errores, amigo.

Eric negó con la cabeza.

—No he podido evitarlo. —Se miró las manos—. La sentía, incluso a veces podía ver a través de esa niebla espesa. —Ethan asintió, entendiendo a qué se refería—. Pero cuando probé su sangre, pensé que era... No lo sé.

Se pasó las manos por el cabello.

—Ben la va a cuidar. Le hará una transfusión y listo.

Aquellas palabras no servían a Eric. No cuando había estado a punto de quitarle la vida. Sentía como si una mano estuviese agarrando con fuerza su garganta, le costaba tragar y respirar. Tenía aún el sabor de Lux en su paladar y aunque se sintiese mal... era lo más delicioso que había probado en toda su longeva vida.



Eric entró en la habitación de la planta baja. Se había enterado de que allí descansaba Lux. Le habían hecho más de dos transfusiones de sangre, pero aún se encontraba débil. Luna se había quedado dormida al lado de Lux, pero Gideon se la había llevado a su habitación a la primera oportunidad que tuvo.

No se separó de ella en ningún momento.

Dejando a un lado los remordimientos, vio a Lux al final de la habitación tendida en una camilla. Había un aparato que medía su pulsación. Se

preguntó cuándo lo habrían comprado. Los vampiros no solían tener necesidad de aparatos humanos. Se curaban con rapidez.

Acercándose a ella, se relajó al ver su rostro mucho más sonrojado. Su cabello no parecía tan seco y áspero. En su cuello había dos perforaciones donde había clavado sus colmillos para alimentarse. ¡Qué cerca había estado de cometer un error fatal! Se inclinó sobre ella y aspiró el olor corporal que desprendía. Aunque siguiese conservando su fragancia, estaba mezclada con la sangre que le habían administrado. Tenía un olor rancio y saber que era por su culpa, hacía que tomar aquella decisión pareciese lo mejor.

Iba a devolverle todo y más.

Incorporó a Lux y cuando él se sentó en la camilla, la puso sobre su regazo. Desconectó todos los aparatos cuando comenzaron a pitar. Sentir su liviano peso sobre él cubierto de un camisón hizo que notara una gran quemazón en los ojos.

Cogió de la mesa de auxiliar unas tijeras afiladas que vio y se las acercó al cuello. Se hizo un corte largo pero poco profundo, luego dejó las tijeras ensangrentadas en la mesita. Con una mano se colocó la cabeza de Lux en el hombro pero cerca del cuello, acercando sus labios rosados a la herida. Le hizo abrir los labios para dejar caer las primeras gotas.

Después ella empezaría a beber simplemente, la sangre de los vampiros tenía aquella cualidad. Su sabor era adictivo para los humanos, aunque como era de esperar no hacían cola en la mansión para beberla. Por el simple hecho de ser lo que era, todos la repudiaban.

Que él hubiese bebido de su sangre y ella fuese a beber de la de Eric sólo tenía un problema: completarían la mitad de un ciclo de unión de Anam Cara. Por supuesto, nadie tendría por qué enterarse de aquello y seguirían con sus vidas como si nada hubiese pasado.

Sonrió aliviado cuando los suaves labios de Lux se apretaron con fuerza en la herida, comenzando a absorber. Las manos de ella, antes caídas a ambos lados, se enredaron en su cuello con fuerza, apretándose más a su cuerpo.

Cerró los ojos y gruñó, intentando controlar las oleadas de placer que le estaban recorriendo. Sentir los pechos de Lux contra su torso hacía que otra vez aquella niebla intentase cubrirle los ojos. Tampoco ayudaba mucho que ella se frotase contra su erección y gimiese en la herida de su cuello.

No, no ayudaba.

Lux se fue incorporando hasta encontrarse a horcajadas sobre él. Sus piernas apretaban con fuerza sus muslos, sin dejar apenas un espacio entre

ambos cuerpos. A pesar de no tener hambre sentía un dolor agudo en las encías. Tenía ganas de morderla, de que ambos estuviesen conectados al mismo tiempo.

Sacudió la cabeza y obligó a Lux a separarse de su cuerpo. Ella gruñó en desacuerdo e intentó pegarse de nuevo a él. ¿Cómo podía un hombre rechazar a algo tan delicado y hermoso? Él al menos no se encontraba con fuerzas para hacerlo.

Por alguna extraña razón sentía debilidad por aquella humana rubia desde el primer momento en que la vio. Apenas sabía algo de ella. Era tímida o al menos recelosa de los demás, no se portaba como Luna u otras mujeres desconocidas que él había visto en los locales. Su prioridad era mantener a salvo a su hermana.

También había visto a sus padres en su memoria. Creyó que los conocía, pero rápidamente desechó la idea. Él tenía bastantes años cumplidos y los rostros se parecían unos a otros. Casi nunca lograba recordar ninguno que viese por la calle, pero aquellos dos le eran vagamente familiares.

Con delicadeza pero firmemente, separó a Lux de su cuello.

—Ya has bebido bastante. —Se levantó de la camilla y colocó a una descontrolada Lux sobre el colchón, apretándole los hombros. La miró a los ojos y suspiró. Iba a intentar borrarle la memoria para que nadie se enterase de lo que había pasado. El problema sería si esta vez podría—. Olvidarás todo. No te acordarás de haber bebido de mí. Sólo te visité para ver cómo te encontrabas. —Colocó las manos en las sienes y sus músculos se relajaron instantáneamente. Sus manos se dejaron caer muertas a ambos lados.

Los ojos de ella se cerraron poco a poco hasta quedarse dormida. Su cabello volvió a parecer un abanico rubio sobre la almohada. Con aquellas suaves ondas casi lisas apenas podía controlar las ganas de acariciarlo y enredar sus dedos en él. Su nariz pequeña y afilada le daba un toque misterioso y aquellos ojos azules grisáceos alargados pero no demasiado grandes hacían un rostro perfecto.

Comprobó satisfecho cómo el cuerpo de Lux se recuperaba totalmente en minutos, incluso desapareció la mordida del cuello. Su olor ya era totalmente distinto. Aquel olor a hospital y a cerveza rancia se había ido para dar paso al olor de ella misma con el de él.

Frunció el ceño.

Apretó los puños y salió de la habitación en completo silencio.

Fue hacia el salón, encontrándose a Ethan mirando la televisión con el

volumen casi apagado. A su lado estaba Ben bebiendo de la muñeca de una vampira que otras veces había ido allí para alimentarlos. En la sociedad de los vampiros no se veía mal que se hiciesen favores de sangre en urgencias, excepto cuando era un originario para evitar la mezcla.

Ben miraba a la vampira morena que a su vez miraba a Ethan con una sonrisa pícaro en los labios. Aunque el lobo apenas le echaba cuenta, mirando atento una película de suspense. Llevaba unos pantalones de chándal y una sudadera oscura. Las mangas las llevaba recogidas, mostrando mordeduras de hombres lobo que Eric no había visto antes.

Ben soltó la muñeca y se dejó caer contra el sofá con un suspiro, lleno. Se limpió con un brazo los restos de sangre que caían por sus labios y sonrió. Sus ojos brillaban con fuerza y sus heridas estaban casi completamente curadas, dejando sólo bordes rosáceos y poco más.

La vampira se lamió las heridas para cerrarlas.

—Listo. Dame mi recompensa y llévame a casa.

Ben asintió y se levantó del sofá.

—Vamos. Te doy el dinero y te llevo de vuelta.

Salió del salón con la vampira morena. Contoneaba sus caderas lo justo para llamar la atención. Y aunque su intención había sido captar la mirada de Ethan, el lobo seguía mirando la película como si nada hubiese ocurrido a su lado.

Antes de salir del salón, se inclinó sobre la puerta.

—Adiós Ethan —susurró con voz ronca.

Él sólo asintió sin mirarla. La vampira resopló y salió del salón. Cuando se quedaron a solas, Ethan alzó el volumen de la televisión.

—Sé lo que has hecho. —Le miró fijamente, taladrándole con aquella mirada oscura.

—Lux habría tardado mucho en recuperarse, lo sabes tan bien como yo. —Se llevó una mano al cuello, tocando con la yema de los dedos donde ella había bebido con fuerza—. Por alguna extraña razón me propasé con ella. Ni siquiera había entrado en la habitación para darme de beber, sólo para ver cómo estaba. —Soltó una risa ronca y amarga—. Si no hubiese sido por Luna, la habría matado. —Se llevó una mano a la garganta, sintiendo como si una mano envolviese con fuerza y apretase, cortándole el aire—. Aún no me puedo creer lo que ha pasado. Nunca antes había perdido el control.

—Lo hecho, hecho está. —Le dio unas palmadas en la espalda—. No voy a decir nada, ya lo sabes. Sólo ten cuidado. No pudiste borrarle la

memoria a la humana y ahora podría recordarlo a través de los sueños.

—Lo sé. —Se levantó—. Pero era lo mínimo que podía hacer. ¿Qué habrías hecho tú?

Se encogió de hombros y volvió a centrar la mirada en la televisión, donde se mostraba cómo el asesino arrastraba a su paciente hacia una habitación.

—Nada. Fue un error y ya está. Haría como si nunca hubiese pasado. — Los ojos oscuros de Ethan brillaron mientras sonaba en la televisión una canción de rock—. Aunque todo cambiaría si esa humana fuese mi Anam Cara. —Alzó una ceja.

—Ni siquiera te atrevas a pensarlo —gruñó.

Fue hacia la puerta del salón para irse al gimnasio que había en la planta subterránea de la casa. Al principio lo habían tenido en la planta baja, la contigua al salón, pero Ben insistió en hacerlo bajo tierra para tener más espacio donde guardar armas, poner duchas en vez de tener que ir cada uno a su habitación y poder comprar más máquinas.

Había sido una buenísima idea.

—Espera y verás, amigo —susurró Ethan—. Tiempo al tiempo. Te veo en unos meses de rodillas ante esa hembra.

Nunca, pensó antes de cerrar la puerta con fuerza.



—Estoy bien, Luna —Lux se rió mientras su amiga seguía abrazándola con fuerza y negándose a soltarla.

—No me mientas. Prometo matar al capullo de Eric por lo que te hizo.

Lux cerró los ojos y se estremeció.

—Preferiría que dejásemos eso a un lado —intentó sonar despreocupada, aunque por dentro temblaba como un flan. Desde que se había levantado, la palabra «vampiro» le había estado rondando la cabeza. Desde el primer momento en que lo vio supo que no era un humano cualquiera.

Pero la palabra «vampiro» o «chupasangres» pesaba demasiado para añadirla a su vocabulario. Aunque cualquier marca en su cuello hubiese desaparecido y se encontrase mejor que nunca, no podía olvidar o simplemente ignorar lo que había sucedido.

Incluso a veces podía sentir de nuevo la penetración de sus colmillos en

su piel, el placer que había sentido y la pasión. La pasión que había estado a punto de consumirla, como un manto rojo que la había rodeado con precisión.

Ahora tenía un miedo atroz a casi todos los hombres de la casa. Cuando habían ido a visitarla, un instinto de supervivencia había hecho que cogiera unas tijeras que había cerca y las tirara a la cabeza del rubio que la había encerrado con Eric. También se había levantado de la cama con rapidez.

Ninguno de los dos dijo nada.

Incluso él asintió, mostrándose de acuerdo. Los demás habían intentado sonsacarles información, pero tanto Kenyan como ella prefirieron mantenerse callados. Cuando quiso saber qué hora era para poder situarse, casi estuvo a punto de desmayarse.

Ya eran las nueve de la mañana, la hora en que todos los hombres se habían ido a dormir. Luna se había quedado con ella a pesar de las protestas de Gideon para que se fuese con él.

—Pero...

—Le gustas a Gideon —le interrumpió Lux intentando cambiar de conversación—. Tienes que saberlo. Es un descarado por cómo se comporta.

Luna se sonrojó pero se encogió de hombros, intentando mostrar indiferencia.

—No me interesa —susurró.

—¿Qué? —Lux le dio un pequeño pellizco en el hombro—. Lo dices con la boca pequeña.

—Eso no importa. No estoy interesada en nadie. —Su sonrisa se volvió triste, melancólica, para luego dar paso a cierta agresividad.

—Pero... No es por defenderlos. Ya sabes que aún sigo algo traumatizada por todo lo que ha pasado —Luna asintió—. Pero Gideon parece de otra pasta, el más simpático y cuerdo de todos.

—Es pasajero —finalizó con rapidez.

Lux se dirigió hacia el salón y suspiró, ¿cuánto tiempo tendría que quedarse allí? Echó un vistazo rápido y reparó en el teléfono móvil que había utilizado la noche anterior. Estaba decidida a llamar a su hermana Virginia para tranquilizarla. Comprobó aliviada que estaba encendido y tenía saldo. Marcó de memoria el número y esperó.

—¿Dígame?

—Soy yo, Vir —Lux se aclaró la garganta—. Sigo en casa de Luna.

—Es temprano, ¿no te llevaste tus pastillas para dormir?

Lux maldijo interiormente. Debería haber esperado a que fuera más

tarde. Cada vez que ella se levantaba temprano, su hermana sabía que había sido por las pesadillas. Esta vez no había tenido pesadillas, pero tampoco estaba lo suficientemente cómoda como para dormir horas y horas. Sobre todo cuando había monstruos que las vigilaban.

Quería mantener a su hermana alejada de todo aquel asunto. No quería que ella conociese la existencia de hombres lobo y vampiros. Quería que siguiese siendo como era. Feliz, risueña, con carácter y mandona. Tenía que tomar una decisión. Ella se merecía algo mejor que dormir con un ojo abierto cada noche, pensando si sería tu último día o si algún vampiro te atacaría por la noche, indefensa.

—No, no es eso. Voy a ir para casa, haré una maleta y me iré de viaje —tragó saliva y miró a Luna, que entraba por la puerta—. Me tomaré unas semanas libres, Tyler me las debe.

Ése era otro problema: Tyler. Su jefe, aunque le debiese semanas de vacaciones, sería un hueso difícil de roer.

—Pero, ¿qué ha pasado? —la voz de su hermana sonaba preocupada—. ¿Te sientes mal de nuevo? Te dije que no deberías haber dejado el psicólogo tan rápido.

—No es eso. Bueno, sí. Necesito unas semanas sola para dejar de pensar. Necesito relajarme y en Nueva York no voy a conseguirlo. —Eso estaba claro, pensó mientras apretaba la mano de Luna.

Oyó cómo Virginia suspiraba.

—De acuerdo, no puedo hacer nada por detenerte. ¿No quieres que te acompañe? Podría pedir...

—¡No! —Lux se mordió el labio al darse cuenta de que había sonado demasiado brusca—. Necesito tiempo a solas. Espero que puedas entenderme.

—De acuerdo, vale. Lo entiendo. A solas —Lux sonrió aliviada por el tono bromista de Virginia. Otra cosa que amaba de su hermana: solía ser empática con los demás—. Al menos dime adónde vas a ir y en dónde vas a comprar el billete de avión. Todo es demasiado precipitado, ¿Luna ha tenido algo que ver en esto?

Lux miró a Luna. Ella asintió.

—Sí, nos vamos a ir juntas —se mordió la lengua con demasiada fuerza y gimió de dolor. Una costumbre demasiado mala cada vez que mentía—. Hemos pasado por lo mismo y quizás juntas podamos resolver todo esto más deprisa. A veces siento que todo me supera —susurró lo último, recordando

todo lo que había sentido al estar en la habitación a solas con Eric—. No va a ser mucho tiempo. Te lo prometo.

Se quedaron durante unos minutos en silencio. Sabía que estaba haciéndole daño a Virginia: creía que la elegía por encima de ella. Desde siempre habían estado juntas, incluso los problemas los solucionaban en conjunto. Cuando sus padres murieron ambas se unieron, formando una coraza que nadie había podido penetrar. Estaba segura de que si su hermana prefiriese irse de viaje con una amiga que con ella, le dolería igual o más.

—Vale, pásate por casa al menos para verte. Tendremos que estar un poco juntas antes de que te vayas, ¿no crees? —su voz era puro resentimiento vestido de falsa comprensión.

—Cuenta con eso. —Miró el reloj—. Iré por la noche tarde. Espérame en casa y ten cuidado si sales a la calle.

—¿Qué te pasa? Estás más rara de lo que ya eres, Lux. —Virginia le estaba pinchando por dejarla sola... Lo dejó pasar.

—Te quiero. Nos vemos en unas horas.

Colgó y suspiró.

Luna sonrió y se tumbó en el resto del sofá. Tenía unas pequeñas ojeras debajo de aquellos grandes ojos verdes dorados. El cabello castaño ligeramente despeinado, dándole un toque felino. Llevaba una camiseta que le quedaba demasiado grande, de color blanco. Seguramente de Gideon.

—William ha dicho que nos va a hacer un gran desayuno para recuperar energías. Después curiosearemos la casa hasta que nos dejen salir —Luna sonrió e hizo un gesto para que se levantasen—. Tenemos que hablar con ellos sobre qué va a ser de nosotras.

—¿Quién es William? —No recordaba haber visto a nadie o conocer a nadie en esa casa con ese nombre.

Por favor, no más vampiros.

—Es el mayordomo. Me ha informado de que el desayuno está preparado. —Se llevó las dos manos al estómago—. Y yo me muero de hambre. Tanta acción y testosterona abren el apetito. —Alzó una ceja.

Lux se rió y asintió.

—Vale, vamos.

Cuando llegaron al comedor, ambas jadearon al ver el gran banquete que se presentaba ante ellas. Zumo recién exprimido de naranja, tortitas recién hechas que soltaban un pequeño humo blanco. Tostadas, mantequilla en plato, una jarra de leche caliente, fruta y por último la vajilla blanca

pulcramente colocada sobre la gran mesa del comedor. Tenía pequeñas flores del mismo color decorando los bordes del plato.

Vio que el comedor estaba comunicado con la cocina por una gran puerta. La mesa era rectangular y exageradamente grande de color caoba. Seguramente para tantos cuerpos musculosos y grandes era lo mejor. Ambas se sentaron una enfrente de la otra y comenzaron a comer.

La comida estaba tan buena que después de haber acabado con casi todo, las dos fueron a felicitar al cocinero. Era italiano, y aquel acento era parecido al de su amiga. Antes de que se fueran, Luna y el cocinero compartieron unas palabras en español que no entendió. Ambos sonrieron y se dieron un simple abrazo.

Cuando salieron, Lux decidió que fuesen a ver todos los cuartos de la planta de abajo. Descubrieron que había un gimnasio que, según William, estaba siendo trasladado a una planta subterránea donde tendrían más espacio.

No pudieron bajar, pero Lux se prometió verlo algún día.

Si tenía oportunidad.

Visitaron los enormes jardines que se alzaban ante la mansión. Había distintos tonos de verdes: claro, oscuro y un amarillo castaño que estaba dando paso al otoño. Había un camino de piedras por el que se andaba mientras se contemplaban los árboles y arbustos. Lux se preguntó cómo podrían vivir en una casa tan cara, y encima, con mayordomo y asistentas.

Por la tarde, a sólo unas horas de que los vampiros se despertasen, William las dejó solas. Las dos subieron a la planta de arriba y curiosearon los demás cuartos. No se acercaron a los dormitorios de los hombres, como era obvio. Lo que menos necesitaba Lux era quedarse sin sangre por segunda vez en su vida.

No se la volvería a jugar.

Ni aunque a Eric lo atropellase un coche, ella no volvería a entrar en su habitación.

En una de las habitaciones vieron muchas armas colgadas de la pared. Estaban tapadas por gruesos cristales. Desde pistolas hasta distintas espadas y balas.

Todo aquello parecía tan irreal que a veces Lux tenía la necesidad de pellizcarse la cara.

—¿Por qué te pellizcas? —Luna sonreía.

—Todo esto es tan irreal que siento la necesidad de pellizcarme.

Vampiros, armas... —Dejó caer las manos.

—Vampiros —Luna pronunció dos veces más la palabra—. Son vampiros, ¿verdad? Es decir, ya lo suponía. Pero saber que alguien más piensa lo mismo hace que pregunte cuántas criaturas más hay en el mundo que no conozcamos.

—Espero no conocerlas. Salgamos de esta habitación, me pone nerviosa.

Lux fue la primera en salir mirando el suelo y dejándose llevar por los pensamientos. ¿Más criaturas aparte de vampiros y lobos? Lo último que le faltaba era que hubiese zombis o fantasmas rondando Nueva York. ¿Grifos también? ¿Aquellos seres que volaban y parecían leones? ¿Arpías? Parecía ser que todo aquello que siempre había sido cuentos infantiles, ahora en la vida real existía.

Tan entumecida estaba que hasta que no chocó contra una dura y musculosa espalda, no alzó la vista.

Eric se giró y la miró.

Dios, otra vez la misma sensación. Otra vez aquel calor que penetraba en su cuerpo y se extendía como llamas, sólo que esta vez era más intenso por alguna extraña razón. Odiaba quedarse paralizada cada vez que lo veía, la hacía sentirse estúpida y se atragantaba al hablar. Verlo tan cerca le quitaba el aliento, sobre todo sus ojos y sus labios. A su lado ella parecía una niña pequeña. ¿Cuánto mediría? ¿Dos metros? ¿Uno noventa? Fuese lo que fuese, ella sólo medía uno sesenta y cuatro.

Llevaba una camiseta negra lisa que tapaba su trabajado y duro torso. No le quedaba tan ajustada como para que se viesen todos los músculos que poseía, pero sí el contorno de ellos. Estaba cruzado de brazos, mostrando los tatuajes que ella ya había visto en el bar. Sus brazos parecían de mayor tamaño cuando estaban tensos, incluso parecía que la camiseta fuese a crujiir.

Llevaba unos vaqueros oscuros y unas botas.

Encima de guapo, tenía estilo. Pero eso no quitaba que sintiese cierto miedo al verle.

Se llevó una mano al cabello, intentó mejorar su aspecto.

—Buenas noches, Lux. —Luego miró a sus espaldas—. Luna.

Incluso su nombre pronunciado por aquella voz le hacía estremecerse.

Su amiga bufó y se fue.

Lux sabía que Luna odiaba a Eric por lo que le había hecho. No es que ella le hubiese perdonado ya, ¡había estado a punto de dejarla sin sangre! Pero había algo en todo aquello que aún no entendía. Tenía la sensación de

que él había hecho algo para igualar la situación. Era cierto que se había desmayado por la cantidad de sangre que tomó, pero se despertó como nueva. Incluso tenía más energía y capturaba los estímulos a mayor velocidad.

Se llevó una mano a los labios.

¿Le habría pegado algo por el mordisco?

—¿Te encuentras bien? —Eric se acercó a ella.

Lux le miró y suspiró.

—No, pero da igual —prefirió no decir nada—. Tenemos que hablar con vosotros de algo importante. ¿Ya están levantados todos?

Eric asintió y le hizo un gesto para que bajase las escaleras.

—Nos esperan en el salón.

Lux fue delante, pero sentir el cuerpo grande y cálido de Eric detrás de ella le hizo tropezar en las escaleras más de una vez.. Él la agarró del brazo con ternura, casi temiendo hacerla daño con sólo tocarla.

Escuchó las voces desde las escaleras de Luna, Gideon y de alguno más.

Antes de entrar, sintió de nuevo los dedos de Eric sujetándole la muñeca. Se giró lentamente y alzó una ceja.

—¿Pasa algo? —Estaba demasiado nerviosa, tímida e inquieta.

—Esto no me está resultando fácil. —Siguió sin soltarle la muñeca. Lux no se quejó. Sus ojos azules oscuros se encontraron con los de ella—. Quiero pedirte disculpas por lo que hice. Ya sabes que no soy humano y, aunque no intento justificar lo que sucedió, estaba muy herido y con sólo oler tu sangre... Me descontrolé. —Se acercó un poco más a ella, dejando apenas unos centímetros entre sus cabezas. Su voz apenas era un susurro ronco que la llamaba y la instaba a envolverlo en sus brazos—. Eres lo más delicioso que he probado nunca, Lux. Me tientas como nunca antes lo había hecho alguien. No es un cumplido, tengo que estar en alerta siempre que te siento.

Lux entreabrió los labios y miró los suyos.

—Sigue controlándote entonces.

Curvó las comisuras de la boca hacia arriba. Él se aclaró la garganta, luego asintió.

—Pasemos. Nos esperan.

Cuando los dos entraron, Luna le hizo un gesto para que se sentara con ella. Pero Kenyan estaba a uno de sus lados, y Lux no quería estar cerca de aquel vampiro de mirada violeta. Seguía resentida con él.

Ella se quedó de pie, con Eric a sus espaldas. Había un poco de espacio entre ambos e inconscientemente Lux se alejó un poco más.

—Bien, hablemos claro —Luna había hablado con voz clara y firme—. Tenemos una vida y queremos recuperarla. ¿Qué va a ser de nosotras? Si vais a matarnos, debéis saber que opondremos resistencia.

Gideon sonrió, mostrando unos hoyuelos muy sensuales.

—¿De dónde eres? Tienes un acento muy gracioso cuando hablas inglés.

Luna parpadeó varias veces, luego frunció el ceño.

—Eso no te importa lo más mínimo. Sabemos que sois vampiros. Pero necesitamos que nos lo confirméis.

—Lo somos, hembra. —La glacial voz de Kenyan la estremeció, pero Lux se obligó a ocultarlo.

—¿Cómo diablos habéis aparecido? ¿Una mutación? ¿Os mordió un murciélago? No entiendo nada de nada. Se supone que no existís.

—No nos ha mordido un murciélago —Gideon se rió.

Tragando saliva, Lux pensó si las conservarían como alimento. Eric seguramente estaría dispuesto, y Gideon parecía tener cierto interés sobre su amiga. Pero ella se negaba a ser la comida de nadie.

—No vamos a mataros ni a haceros esclavas.

—¿Me has leído la mente, vampiro? —la última palabra parecía un insulto.

—Sí —Eric sonrió. Cuando Luna iba a interrumpir, siguió hablando y miró a Lux—. Tampoco podemos liberaros, sabéis demasiado de nosotros y no podemos exponernos. Os quedaréis aquí indefinidamente. Tenéis una semana para solucionar todo con vuestra familia y trabajo. Si intentáis huir, os encontraremos y asumiréis las consecuencias de vuestro acto. Antes de que preguntéis por qué no podemos soltaros, os diré que nos hemos replanteado el hecho de borrar vuestras memorias, pero por algún motivo volvéis a recordar —negó con la cabeza—. No volveremos a cometer el mismo error de la otra vez.

—¿Qué? —gritó Luna levantándose—. ¿Quién te crees que eres? ¿Cómo diablos voy a dejar toda mi vida para vivir aquí? ¡Tengo trabajo, amigos y... familia!

El hombre lobo se encogió de hombros.

—No tenéis otra opción. Es eso o la muerte. El Consejo querría vuestra muerte, deberíais agradecer que no los hayamos informado.

Los ojos de Luna brillaban por las lágrimas contenidas. Su cuerpo temblaba con fuerza y sus manos estaban apretadas en puños.

—Dormir con un ojo abierto. Pienso abriros la garganta en la primera

oportunidad que tenga —su voz sonó vacía—. Malditos cabrones.

Salió del salón.

Todos se quedaron en silencio, mirando a Lux que estaba paralizada y blanca. Se levantó poco a poco, mirando a Eric fijamente y con los ojos húmedos. Estaba temblando. No sabía si era de frío o del miedo que le recorría las venas.

—¿No hay otra opción? —susurró—. ¿No podemos vivir las dos en una casa? Podríamos aceptar que nos vigilaseis, que hicieseis guardia también. Pero no nos hagáis vivir aquí —comenzó a alzar la voz—. ¡Tengo a mi hermana! ¡Es mi única familia! —Se llevó una mano a la garganta—. No me queda nadie más. No pienso dejarla sola.

—Quizás ésa sea una buena idea —Gideon asintió—. Podrían vivir en un piso vigiladas. Yo les pondría las cámaras y nos turnaríamos para las guardias.

—No sabemos si los lobos las quieren —Kenyan habló por primera vez en aquella discusión—. ¿Creéis que es sólo casualidad que los hombres lobo aparezcan en el mismo local donde ellas están?

—¿Para qué las querrían? —preguntó Gideon—. Son sólo humanas.

—Sabemos que las valquirias experimentan con los hombres lobo, pero sólo por diversión. Nada extraño. —Ethan se acercó a ella—. ¿Y si los lobos se estuviesen dedicando a experimentar con humanos para aumentar el número de individuos de su especie? Han decaído.

—No puede ser —respondió Kenyan cabizbajo—. Siempre que los hemos visto, no dejaban supervivientes.

—Quizás porque son inexpertos —Ethan gruñó—. Por cómo luchan y comen pueden ser novatos, recién creados. Los dejan sueltos para alimentarse, si alguno queda vivo sabéis que la mordedura de un originario creará nuevos hombres lobo. Muchos no superan el cambio, pero los que lo consiguen... acaban tarde o temprano reuniéndose con su manada. Mientras, su ansia de hambre los supera.

Kenyan se rió.

—Ya. ¿Experimentar con humanos? Los humanos no les sirven para nada.

—Pueden hacer de muralla. Enviarlos a espiar. Si mueren, no habrán perdido a lobos experimentados. Los necesarios para la guerra. Además, sabéis que el Consejo nos impide matar a los humanos a menos que sea totalmente necesario. Son una coartada perfecta para los lobos.

Lux no podía creerse nada de lo que estaban hablando. ¿De verdad estaba presenciando una reunión de vampiros? ¿Contagiarse por un mordisco? Se estremeció. ¿Se iba a convertir ella en un vampiro por haber recibido el mordisco de Eric? Se sentía igual que siempre, incluso mejor. Tenía la sensación de que cuanto más escuchaba, más formaba parte de aquel siniestro mundo... y ella no quería.

Anhelaba con todas sus fuerzas huir de allí.

—Las dejaremos en un piso vigilado —sentenció Eric—. Nos turnaremos para vigilarlas cada noche. —Él la hizo girar hasta quedarse enfrente, sujetándola por los hombros con un poco de fuerza. Sus ojos brillaban en un tono gris—. Eso sí, tendréis que obedecernos en todo. Esta libertad que os ofrecemos es consensuada, a la más mínima señal que veamos de huida, os traeremos de vuelta aquí y esta vez no seremos tan generosos.

—Y yo votaré por mataros, creo que nos hacéis un flaco favor —añadió Kenyan.

CAPÍTULO 6



Queréis algo de beber? —Virginia se fue hacia la cocina, acompañada por Lux y Luna. Ah, y por el pequeño gato que no paraba de ronronear y tirarse a las zapatillas rosas de su hermana con intención de morderlas.

—Café estaría bien. —Lux miró a Luna—. ¿Qué quieres?

—Leche caliente. —Se llevó una mano a la garganta—. Me la siento demasiado seca.

Cuando Virginia y Lux prepararon las bebidas, llevaron un trozo de bizcocho al salón casero. La repostería de Virginia era un desastre, aunque aquel bizcocho de yogur le salía realmente bien. Era una receta familiar que su madre había guardado en un gran libro. Ni una página estaba doblada, ni una esquina manchada.

Lo cuidaban mucho y tenían la sensación de que había pertenecido a la familia durante muchas generaciones.

—Bueno, ¿qué le has dicho a tu familia, Luna?

Lux vio el rostro pálido de su amiga al mirar a su hermana.

—Bien. No han puesto ninguna objeción, ya estoy aquí, así que... —susurró bebiendo la leche y mirando a todos lados.

—Por cierto, ¿de dónde eres? Nunca suelo acordarme. ¿Italia? ¿Francia? Pareces europea.

—España, concretamente Sevilla. Vine por trabajo. Allí no había mucha demanda en el campo en el que me especializo.

—Oh, ¿en qué...?

—Deseo ir algún día a España —Lux interrumpió a su hermana. Cuando quería, podía volverse una autentica máquina de preguntas. Luna no parecía ser una persona que hablase de su vida privada con entusiasmo—. Dicen que suele hacer buen tiempo.

—Echo de menos mi país. —Sus ojos verdes dorados se llenaron de melancolía—. Pero mi ausencia es por una buena razón. Podré visitar España siempre que quiera.

—Bueno, habládme de ese viaje que vais a hacer —Virginia sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos impecables—. ¿Adónde os vais? Debéis traerme algún recuerdo. —Cogió al pequeño felino que no paraba de intentar subirse al sofá, colocándoselo en las piernas.

—Escocia —respondió Luna sonriendo tensamente—. Hemos pensando en Escocia.

—Vaya, dicen que es precioso. —Virginia acarició la panza del felino—. Y, ¿a la capital? O... ¿Glasgow?

—Estábamos pensando en las Tierras Altas o Dundee. —Lux recordó el cuadro del salón—. Quiero ver el Lago Ness. Hacer caminatas y respirar aire limpio. Iríamos la semana que viene, o quizás en unos días, lo estamos terminando de organizar.

—Me encantaría ir con vosotras —Virginia suspiró—. Otra vez será, supongo. —sonrió pícaramente—. Recordad pasároslo bien. —Le guiñó un ojo—. Ya eres mayorcita. ¿Cuánto tiempo hace que no sales con ningún hombre? Aún recuerdo a aquel amor de adolescencia que tanto te gustó. Ibas detrás de él cuando terminaba el colegio. Acababas perdiéndote y yo era la que tenía que ir a buscarte.

Bueno, depende lo que considerase salir con uno, pensó Lux sonrojándose.

Con aquel amor de adolescencia había dado su primer beso. Aquel chico había sido el más guapo del instituto: rubio, ojos claros, alto, deportista... El típico inglés que se mudaba a Nueva York y acababa enamorando a todas las chicas. Él había tenido dos años más que ella, pero aquello no había importado.

Cuando se enteró de que Lux iba tras él, rápidamente había comenzado a hablar con ella. Al principio, había tartamudeado e incluso se había puesto ropa de su hermana mayor para aparentar más edad. Al poco tiempo comenzaron a salir como novios. Duraron bastante tiempo, hasta que sus padres murieron. Ella terminó la relación rápidamente. Él siempre había estado con ella en los momentos más difíciles, pero con aquel desastroso incidente todo había cambiado. Había disfrutado con Jason, pero se había arrepentido de pasar tanto tiempo con él cuando podía haber estado con sus padres.

Quizás era injusto, pero una relación era lo que menos necesitaba en aquel tiempo.

—¿Y tú qué? Eres mayor que yo.

—Cierto —Virginia sonrió—. Desgraciadamente no me gusta ninguno de los que conozco. ¿Conocéis a alguno?

Luna sonrió.

—Ben. Ese hombre es...

—Ni se te ocurra —susurró Lux fulminándola con la mirada—. No la metas en esto.

—De acuerdo. —Levantó las manos—. Lo siento.

—¿Quién es Ben?

—Nadie que te interese. Un hombre de cuarenta años que busca una relación estable —mintió Lux—. Es... agradable a la vista, pero nada del otro mundo. Ya empieza a caérsele todo. Y tiene muchas entradas en las sienas.

Luna se rió por lo bajo mientras miraba al techo con una sonrisa.



—No ha sido tan difícil. —Luna apretó el botón del ascensor para subir a la tercera planta, donde a partir de ahora vivirían.

No podía creer que de verdad ellos hubiesen comprado un piso exclusivamente para tenerlas vigiladas. Pensaba que ambas tendrían que pagarlo, pero no. Ellos lo habían hecho y por supuesto, ninguna de las dos dijeron nada. Es más, Luna se había quejado por el «poco espacio» y la zona que habían escogido.

Después de despedirse de Virginia, se llevó una maleta que perteneció a su padre con toda su ropa y algún que otro libro para pasar los días. Mañana tendría que ir a trabajar y planear cómo pedirle a su jefe Tyler unas vacaciones. Si por algo se caracterizaba Tyler, era por ser una rata que apenas daba nada.

Incluso le costaba dar la paga extra de Navidad.

—Dicen que Gideon y Eric están arriba instalando las cámaras.

Lux se sobresaltó al oír el nombre del vampiro moreno.

—¿Por qué ellos dos?

Luna se encogió de hombros. Luego, como si se hubiese dado cuenta de algo muy obvio, la miró de reojo.

—¿Por qué no? —sonrió pícaramente tras preguntar.

—Por nada. Sólo me pongo nerviosa al verlo. —Odió tener que recurrir a aquel pretexto—. Sabes lo que me pasó con él.

La sonrisa de su amiga se borró.

—Cierto. ¿Te pidió disculpas? Es lo mínimo que mereces por haber servido como plato principal. O mejor dicho, como único plato.

Lux sonrió. Miró el monitor del ascensor que indicaba en que planta te encontrabas y a cuál ibas a ir.

—Sí, me pidió disculpas —se mordió el labio.

—¿Estaba arrepentido? —Luna la escrutaba con la mirada.

—Mm... Se arrepentía de haber estado a punto de quitarme la vida. — Esperaba que con eso bastase.

Pero no. Luna parecía querer más. Mucho más.

—¿Por qué tengo la sensación de que me escondes algo?

Lux le sacó la lengua en el mismo instante en que se abrían las puertas del ascensor, sonando una simple melodía seguida de una campana.

—Porque lo hago.

Ambas salieron del ascensor y fueron hacia la entrada que había en el tercer piso. Tenía que admitir que vivir en un apartamento había sido uno de sus sueños desde pequeña, pero el miedo a encontrarse sola lo había hecho imposible. Sólo con pensar en decorar su nuevo cuarto... Era capaz de gastarse una paga entera. Había querido saborear la independencia, el llegar a casa y no encontrar a nadie... Y aunque estuviera Luna, era diferente a encontrarse la preocupada cara de Virginia cuando se retrasaba.

Luna llamó al timbre, sonando una melodía bastante simple y bonita. Ambas se miraron durante unos segundos

—Me gusta. Tranquilo y alejado del centro de Nueva York.

Lux asintió.

La puerta se abrió, mostrando a Eric con cables azules y rojos en la mano derecha. Su cabello negro estaba suelto, cayendo algunos cortos mechones por su frente. Sus ojos azules la recorrieron de arriba abajo antes de sonreír tenuemente, añadiéndole un toque picaresco.

Llevaba unos vaqueros negros anchos, una camisa gris larga que estaba remangada en los antebrazos, exponiendo los duros y fuertes músculos que poseía. Por último, unas botas negras que estaban un poco manchadas de agua y barro seco.

Afuera llovía con fuerza, incluso su ropa estaba un poco húmeda. Nada más salir de casa de su hermana, el cielo se había cubierto de nubes negras y espesas. Dos minutos más tarde, había comenzado a llover.

Luna le pegó un codazo.

—Bien, ya hemos venido. Espero que esto sirva para que no tengáis que venir a buscarnos si algún día llegamos tarde o pasa algo. ¡Los accidentes ocurren!

En ese momento, se escuchó una voz del interior de la casa.

—¿Son las mujeres? —gritó la voz. Ése era Gideon—. ¿Ha venido Luna?

La aludida bufó con fuerza y entró en el apartamento, empujando a Eric. Claro estaba que él se había dejado. Nadie con la estatura y peso de Luna podía mover aquel cuerpo tan grande y fuerte que parecía estar hecho de granito.

Los dos se quedaron unos segundos mirándose fijamente hasta que Eric se echó a un lado para que entrase.

—¿Cómo te encuentras hoy? —susurró cerca de su oído cuando pasó por su lado.

—Bien, gracias —tartamudeó al sentir el calor de su cuerpo cerca del suyo.

Ambos entraron en el salón, donde Gideon colocaba unas cámaras en la terraza. Llevaba un mono vaquero, pero la parte de arriba se la había quitado, dejando ver unos músculos tonificados y fuertes. Su piel bronceada contrastaba con sus ojos dorados. Estaba sudando y, con aquella aniñada sonrisa dirigida a Luna, parecía ser capaz de derretir la armadura más fría y consistente que cualquier mujer pudiese levantar.

—¿Qué dices, Luna? —Gideon le guiñó un ojo—. ¿Cómo me veo?

Luna alzó una ceja y sonrió.

—¿Aparte de sudoroso y sucio? Pareces un Ken recién comprado. Te falta echarte aceite por todo el cuerpo para relucir.

Gideon hizo una mueca, aunque aún seguía sonriendo de aquella manera tan arrebatadora y sensual.

—Me rompes el corazón. —Se llevó una mano al pecho—. Por cierto, ¿qué es un Ken?

—Búscalos. —Se fue hacia el pasillo donde se encontraban las habitaciones—. Voy a ver mi habitación. ¿Vienes, Lux?

Ella asintió y la siguió con su maleta a rastras.

Lux sonrió al ver que cada una tenía su propia habitación. Se quedó con la más pequeña, aunque tampoco le importó. En ella había un escritorio de madera, una estantería del mismo color, el armario y la cama con un polar de color azul oscuro. Dejó caer la maleta al suelo y se tiró a la cama. Era

cómoda y no lo suficientemente dura como para costarle días de adaptación.

Se quedó pensando en todo lo que había sucedido aquellos días, mirando la ventana por la cual entraba un poco de luz. Seguía lloviendo con fuerza, podían escucharse las gotas de agua golpear contra el asfalto y contra el cristal de la ventana. ¿Estaría bien Virginia? Quizás ella también necesitaba distanciarse y aclarar sus pensamientos. Desde la muerte de sus padres, habían estado juntas todo el tiempo.

Alguien llamó a su puerta. Luna apareció con una pequeña sonrisa.

—Bueno, ¿te gusta tu cuarto?

—Sí. Es todo lo que necesito. —Se levantó lentamente—. Mañana volveré quizás un poco tarde de trabajar. Si voy a pedir vacaciones, Tyler al menos me exigirá más horas extras mañana.

—¿Crees que todo se quedará así? —Hizo un gesto con los brazos, intentando abarcar todo—. No pienso quedarme aquí toda la vida.

—Ni yo. Sólo nos quedaremos hasta que esto se solucione. —Se encogió de hombros, incorporándose—. Al menos no nos atacarán los lobos ni nos encontraremos sin protección.

Luna asintió.

—Sí, espero que así sea.



—¿Señor? Tenemos noticias sobre los vampiros que aniquilaron la pasada noche a casi todos nuestros novatos en el local.

Luxian dejó caer al suelo de su despacho el cuerpo inerte de la humana, escuchándose un chasquido al golpear el suelo de mármol. Suspiró y sonrió, sintiendo poco a poco cómo la sangre volvía a llenar sus vacías venas. Ser mitad lobo y mitad vampiro tenía sus inconvenientes. Sobre todo cuando tenías que asegurarte de que todos pensaran que eras un originario y no un híbrido.

—De acuerdo. —Le hizo un gesto, señalándole el cuerpo—. ¿Cómo va Rotka? ¿Ha conseguido controlarlos?

—Más o menos, señor —tartamudeó el débil humano que tenía por esclavo—. Están muy descontrolados y parecen no saciar su hambre.

—¿Has probado por ponerte a ti mismo como plato? —Luxian se rió amargamente al ver el pálido rostro.

No contestó. Tampoco esperó a que lo hiciese.

—Mi hijo lo conseguirá. —Se levantó del cómodo sillón y salió del despacho—. ¿Qué tenías que decirme?

El humano iba detrás de él casi al trote, sin poder seguir sus grandes zancadas. Su enorme altura no era superada por nadie, excepto por su hijo Rotka. Se dirigían hacia la planta baja, donde se entrenaban todos los hombres lobo. En cada entrenamiento muchos perdían miembros de su cuerpo por las brutales palizas que recibían, pero a la semana siguiente conseguían volver a recuperar dicho miembro.

Si se encontraba en forma lobuna, claro.

Si no, la recuperación de un miembro extraído podía adoptar forma amorfa.

—Señor, se ha contado que dos humanas acompañan a los vampiros repetidas veces. Es más, las dos últimas peleas han sido en presencia de dichas humanas.

Luxian frunció el ceño.

—¿Qué tienen que ver las humanas con ellos?

—Es algo que aún no hemos descubierto. Se cree que son supervivientes del accidente que hubo en el aparcamiento hace...

—¿Humanas con vampiros? —Soltó una ronca carcajada—. Deja de decir estupideces. El Consejo no lo permitiría. Ponen la pureza de la raza por encima de todo.

—Señor, creemos que si capturásemos a las humanas podríamos obtener información. —Luxian se paró y le miró fijamente. El sirviente se estremeció—. Quizás alguna de esas humanas puedan ser pareja de los vampiros. Si lográsemos capturarlas crearíamos una brecha en sus defensas. Es de saber que los vampiros mueren a lo largo de los años por la ausencia de su pareja.

—¿Cuál era el estúpido nombre que recibían las almas gemelas, Roger? Ah, Anam Cara —sonrió—. Por ahora sólo quiero que las espiéis y almacenéis tanta información como sea posible. Tenéis que mostrarme alguna prueba de que son pareja de los vampiros. No quiero más estúpidos humanos rondando por aquí.

El esclavo se quedó para sí mismo que los hombres lobo también tenían Anam Cara.

—De acuerdo, señor.

Cuando llegó a las puertas de la sala de entrenamiento, las abrió y sonrió complacido.

Ante él se encontraba un hombre lobo de pie en sus cuartos traseros que aulló en símbolo de victoria. Tenía los brazos caídos a ambos lados, manchados de sangre. Su largo pelaje negro le daba un aspecto amenazador que pocos poseían. Sus ojos eran de un azul claro, casi cristal. Era el único hombre lobo con aquellos ojos claros, lo había heredado de su madre.

De su gran boca repleta de dientes afilados salía vaho. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión, esperando a que el otro lobo se levantara.

Los demás hombres lobo continuaban peleando contra su oponente, mordiendo, arrancando piel y músculo, jugándose la vida en aquel entrenamiento. Rotka era el lobo más fuerte del clan, incluso superior que él. No era su verdadero hijo, aunque todos lo creyesen así. Para él, Rotka era el único camino que le permitía ser jefe de los hombres lobo.

Todos pararon de entrenar al darse cuenta de su presencia. Incluso los más heridos se levantaron del suelo y se quedaron enfrente, mostrándose ante él. Rotka fue el último. En su sangre corría la de un hombre lobo originario, por lo que a veces no podía controlar el instinto de dominación.

—Queridos amigos, tengo una gran noticia —nadie respondió, sólo los gruñidos de los heridos y las fuertes respiraciones—. Esta noche saldréis un grupo en forma humana, no quiero que los vampiros os descubran. Le he dejado todas las indicaciones a Roger, le preguntaréis a él. —Miró a Rotka—. Hijo, te quiero en veinte minutos en mi despacho. —Sus ojos brillaron.

Salió del entrenamiento, escuchando a sus espaldas los gruñidos y aullidos de dolor.

Había vuelto a empezar el entrenamiento.



Lux se había despertado a las siete en punto, más temprano de lo habitual. La razón era exclusivamente que no sabía si habría mucho tráfico, así que prefería lucir ojeras que oír los gritos e insultos de Tyler. Tampoco había conseguido dormir mucho, pero eso sólo había sido culpa de ella.

No había podido parar de darle vueltas a la cabeza. Sí, había disfrutado de los besos y caricias de Eric, pero algo no cuadraba. Ella estaba segura de que algo había ocurrido entre ellos. No sólo cuando la había mordido, que se había visto atrapada por un furor que le había impedido moverse, sino al día siguiente. Una conexión.

Necesitaba hablar con él, preguntarle, resolver todas sus dudas, quizás de esa forma consiguiese conciliar el sueño.

Luna seguía dormida, por lo que sólo le dejó una nota avisándola de que estaría alrededor de las cinco y media allí. Se había puesto una falda blanca hasta las rodillas, una camiseta azul marino y unos tacones del mismo color. Llevaba un bolso azul con bordes blancos, había escogido su mejor conjunto para causarle una buena impresión a Tyler.

Después de haber tomado una taza de café, se fue del piso mirando por última vez la pequeña cámara que había en la puerta.

Media hora más tarde, se encontró en su trabajo. El cielo seguía estando gris y oscuro, señal de que hoy también llovería. Cuando fichó y se subió en el ascensor para llegar a la planta donde se encontraba el despacho de Tyler se encontró a Irethe, una trabajadora que había llegado hacía apenas dos meses. Llevaba un vestido hasta la mitad de los muslos de color azul oscuro. Contra su pecho tenía una carpeta negra pegada donde ponía «Futuros proyectos». Sus ojos castaños verdosos la miraron con simpatía cuando entró.

—Buenos días, Lux —habló con aquel acento tan marcado de las Tierras Altas de Escocia.

—Buenos días, Irethe. ¿Ya viste a Tyler?

Ella asintió, haciendo que su cabello castaño chocolate se moviese.

—Está de buen humor. —Se acercó a ella—. Si vas a decirle algo, aprovéchate ahora.

Lux se rio y asintió.

—A eso voy. Quiero tomarme unas vacaciones.

Los ojos de Irethe se abrieron.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Voy a Escocia, tu país natal.

—¡Vaya! Vas a disfrutar como nunca antes lo has hecho. —Sus ojos se empañaron de melancolía—. Cuando tome las mías, volveré. Echo de menos a mi familia y amigos. Cuando llueve, los campos se vuelven del color más verde y más fuerte que hayas visto. Luego, si le sumas los distintos lagos que tiene y sus castillos... —suspiró—. Sí, echo de menos no estar en una ciudad y perderme en el campo.

—En Nueva York hay campos. —Le dio a la segunda planta—. Vale, admito que no es lo mismo pero al menos podrías darte un paseo por aquí o ir a los pueblos cercanos.

—Sí, lo haré. Aunque apenas llevo un año viviendo en Nueva York,

quiero adaptarme antes de ponerme a investigar por los alrededores.

Cuando llegó a la segunda planta, ambas se despidieron. Lux cogió aire y caminó segura y decidida a conseguir aquellas vacaciones. Que realmente no serían vacaciones, sino tiempo que necesitaba para solucionar su vida. Se quedó enfrente de la puerta del despacho donde había un pequeño letrero en el que se leía «Tyler Murray». Se mordió la lengua, recordando las palabras que por la noche se había aprendido de memoria.

—Señorita Lux, puede pasar a mi despacho en vez de quedarse en la puerta —gritó Tyler.

Lux abrió la puerta y se sonrojó.

—Buenos días, señor...

—¿A qué vienes? ¿A por un aumento de sueldo? —la interrumpió sacando una carpeta de su cajón.

Quizás podría sacarle provecho a la situación...

—Pues verás, es una de las... —Mejor no, pensó al ver la ceja alzada de Tyler. En otra ocasión sería—. Vengo a pedir vacaciones.

—¿Vacaciones? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, me debe vacaciones. —Lux cogió aire—. Quiero tres semanas.

—¿Se puede saber por qué quieres vacaciones en pleno invierno? —Se levantó de su sillón de piel y fue hacia ella con lentitud—. Los trabajadores suelen pedir las en verano.

—Aún no he superado el accidente que tuve... En el aparcamiento. —Su jefe pareció vacilar, abandonando aquella postura helada que solía adoptar. Si no fuese tan frío como el hielo y engreído, Lux habría pensado que era atractivo—. Voy a irme a Escocia durante ese tiempo. Quiero buscar calma en otro lugar y en Nueva York no lo encontraré. Ya lo he intentado. Ni siquiera me pedí días libres cuando tuve el... accidente. No más de los necesarios por la pierna.

—Necesitaría una suplente, tres semanas es... bastante tiempo. Y tu trabajo es muy importante en estas fechas, eres quien lo organiza todo. Y lo haces genial.

Lux le miró a los ojos, intentando mostrar todo el miedo que aún mantenía por dentro. Aquellas semanas sólo servirían para intentar planificar su futuro. Es más, quizás ni siquiera pudiese salir a la calle por miedo a que Virginia la viese. Estaba segura de que en tres semanas podría arreglarse todo... O eso esperaba.

No estaba dispuesta a vivir toda su vida con vampiros.

—Por favor —rogó Lux—. Me debe muchas semanas, tres apenas son nada en comparación con las que podría pedir. Me las merezco y... —Tomando aquel camino podría jugarse su trabajo, pero no tenía alternativa—. Si no me las da pienso dejar mi trabajo. Estoy segura de que otra empresa estaría encantada de contratarme. He recibido ofertas y mucho más buenas que la que actualmente tengo aquí. —Eso era mentira, pero se sorprendió ante su tono de voz, calmado y pausado. Definitivamente estaba aprendiendo a mentir con maestría.

Tyler sonrió por primera vez desde que ella trabajaba allí. Miró sorprendida lo atractivo que era. Cabello oscuro, corto y con ondas. Ojos castaños oscuros como una habitación sin luz, nariz recta y labios finos. Tenía una barba incipiente que le daba un toque seductor y pícaro.

De todas maneras, no se dejaría llevar. Quizás Tyler estaba buscando la forma más dolorosa de decirle que se había quedado sin empleo. El traje de chaqueta gris que llevaba con una camisa blanca le quedaba perfecto. Tenía aquel toque de empresario del que muchos carecían. Lo malo era el brillo en sus ojos.

Aquel brillo que tenía cada vez que planeaba algo.

—De acuerdo Lux, voy a concederte esas dichosas vacaciones —Lux no mostró su sorpresa—. Eres mi mejor trabajadora. Quizás algo simple e insegura, también algo torpe. —Vale, se estaba pasando—. Pero te las voy a conceder. Sé que lo pasaste bastante mal, ni siquiera sigues siendo la misma chica que entró por esa puerta a pedirme trabajo. —Se sentó en su sillón de nuevo, haciéndolo crujir levemente por el peso—. Desgraciadamente, hay personas cuya vida está sellada por el dolor. —Sus ojos oscuros la taladraron—. Tú pareces ser una de éstas.

Sin saber por qué, aquellas palabras produjeron un vacío en su pecho que nunca antes había sentido. Se llevó una mano a la garganta, sintiendo una presión fuerte. Tragó saliva y desvió la mirada hacia el paisaje de la ventana, donde se veía la lluvia caer con fuerza.

—Listo. Termina hoy tu trabajo decentemente y vuelve en tres semanas. Diviértete en Escocia, Lux. Recuerda que los escoceses con kilt no llevan nada debajo —le guiñó un ojo.

Salió del despacho sin decir nada.

CAPÍTULO 7



Gideon entró al gimnasio, encontrando a Eric corriendo en la cinta. La camiseta vieja de color gris que llevaba presentaba surcos de sudor y estaba pegada a su torso. Tenía la mirada clavada en la pared, parpadeando pocas veces y siguiendo un ritmo constante demasiado rápido para un humano. Su lenguaje corporal era tenso, incómodo y hostil.

Se colocó a su lado y sonrió.

—He recibido noticias de los hermanos Mackenzie.

Los ojos azules oscuros del vampiro se posaron en Gideon.

—¿Algo nuevo?

Siguió corriendo. No aminoró el ritmo.

—Vendrán pronto. Les hemos avisado de las sospechas y los problemas que ha habido con... ciertas humanas.

Eric apagó el aparato y bajó.

—¿Le has dicho lo de las humanas? —casi gruñó.

Casi.

—Sabes que tenía que hacerlo. Mejor que se enteren ahora que cuando vengan.

Eric se dirigió hacia las duchas del gimnasio.

—Bien, ¿qué te han dicho?

—Como dije, vendrán en unas semanas, quizás el mes que viene. —Se encogió de hombros.

—El Consejo debe enterarse, sabes las estupideces que se montan cuando llegan originarios. Tú irás —ordenó antes de quitarse la camisa.

—¿Qué? ¡No pienso cargar con ese grupo de vejestorios!

—¿Lo dices por Anisia? —Eric sonrió—. Le dejaste bien claro que no querías nada con ella.

—Pero su padre es un alto cargo del Consejo de Vampiros. —Gideon se pasó las dos manos por el cabello rubio—. Cada vez que su padre me ve con ella, acabo con una buena regañina o con...

—Me da igual. Los caprichos de esa niña no tienen importancia. Llévate

a Ethan o Ben si es necesario. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Ahora vete, voy a ducharme.

Gideon se fue haciéndole un corte de mangas y cerrando la puerta con fuerza. Anisia era una joven vampira que estaba obsesionada con Gideon. Desde los primeros días que lo vio, acabó persiguiéndolo con vestidos nuevos y un cuello que ofrecerle del que beber. Era hermosa y eso nadie podía discutirlo, de cabello platino y ojos violetas. Todos los vampiros la querían como pareja. Excepto Gideon.

Y ella sólo lo quería a él.

Encendió el agua de la ducha y un suspiro de alivio escapó de sus labios. Sus músculos, hasta ese momento tensos por el ejercicio, se relajaron. Se enjabonó el cabello para quitar el sudor y después el cuerpo. Cuando pasó las manos por su pene, gimió al sentir una oleada de placer recorrerle el cuerpo.

Sabía por qué estaba excitado, por qué se había pasado horas y horas haciendo ejercicio hasta sentir punzadas en los músculos. Todo era por una humana de cabellos rubios y ojos azules. Cada vez que imaginaba su rostro, su pene se volvía inmediatamente duro. No hacía falta que la tocara ni que la oliera, con sólo ver su rostro ya estaba excitado y preparado para volver a sentir su cuerpo. Y el hecho de que hubiesen completado a mitad el ciclo de Anam Cara había empeorado las cosas.

Cada vez que estaba cerca de ella, el corazón de la humana latía desbocadamente y lo observaba silenciosamente. Sabía que llegaría el día en el que perdería el control y completaría el ciclo con ella. Una vez iniciado, no había marcha atrás. Excepto si una de las dos partes moría.

Lux también comenzaba a mostrar impulsos de querer contacto, propios de los Anam Cara. Desprendía un intenso olor a excitación y mujer que llamaría la atención de todos los vampiros, de los que Eric se haría cargo para dejar clara su voluntad de tomarla. El mundo de los vampiros era primitivo, incluso más que el de los animales. Quizás sintiese un suave cosquilleo al verlo, pero aquello empeoraría hasta que ella fuese a buscarlo.

Él pensaba dejar que ella fuera la que diese el primer paso. Después de haber estado a punto de matarla, no quería volver a oler el miedo a su alrededor.

Sin poder evitarlo, se envolvió su dura polla entre una de sus manos, presionando suavemente.

Gimió.

Apoyó la espalda contra la pared de la ducha, buscando un apoyo. El

agua seguía corriendo por su cuerpo, acariciándole los hombros por donde caía con fuerza el chorro. Comenzó a mover de arriba abajo la mano, apretando cuando llegaba hasta el hinchado glande. Cerró los ojos y tragó aire.

Embistió de nuevo, imaginándose que era Lux la que lo envolvía con aquella pequeña y dulce mano. Recordó los besos que se dieron antes del inoportuno accidente causado por su hambre, la manera en que ella le había respondido con tanta pasión. Recordó el olor a madreSelva que desprendía cuando se excitaba, cómo se había removido entre sus brazos.

Con la otra mano que le quedaba libre, la dirigió hacia sus testículos. Los acarició y luego apretó a la vez que movía más rápido la mano que estaba sobre su pene. En su mente imaginó el cuerpo desnudo de Lux siendo acariciado por él. Se había fijado en sus pequeños pechos, por lo que no fue muy difícil imaginárselos siendo saboreados por su boca.

—Maldición... —jadeó.

Dos embistes más y... se corrió.

Todo su cuerpo se vio envuelto en una ola de placer que desde hacía años no había sentido. Una ola de placer que le dejó con más hambre.

Su mano se vio manchada por semen. Gruñó. ¿Durante cuánto tiempo estaría así? Siempre que la veía acababa con mal genio por la frustración sexual. Sólo le aliviaba el deporte y la lucha contra los lobos. Todo lo demás, no hacía nada. Aquel vínculo iba a ser su perdición, sobre todo si ella se mostraba con tanta reticencia.

Se enjuagó por última vez antes de apagar el agua. Desnudo, cogió una de las toallas que había en el mueble de atrás en los baños. Se la envolvió por las caderas y se fue hacia las taquillas donde había guardado ropa limpia y una muda.

Hoy le tocaba a él hacer vigilancia en el apartamento de las humanas, los demás tenían que merodear la ciudad ante cualquier pista, los lobos saldrían aquella noche, estaba seguro de ello. Había intentado intercambiar su turno con Ben e incluso con Gideon, pero ninguno de los dos quiso cambiar la calle por las mujeres. Esperaba que aquella liberación que había tenido sirviese de algo. No estaba seguro de poder contenerse si la veía de nuevo.

Y aún menos si volvía a responder a sus besos con la misma pasión que la otra vez.



Mierda, no había servido de nada.

Masturbarse en los baños del gimnasio no había ayudado para nada. Cuando llamó al timbre, se encontró a una Lux recién salida de la ducha, con el cabello mojado. Sus grandes ojos azules lo miraron fijamente, recorriéndole todo el cuerpo sin poder ocultar su deseo por él. Vestía unos pequeños pantalones de color rosa, una camiseta de tirantes de color blanco y unas zapatillas de estar por casa.

¿Aquél era su pijama? Dios, Lux era la mujer más caliente que había visto nunca. Siguió el movimiento de su mano al cabello, llevándose un mechón detrás de la oreja.

Cogió aire y... apretó los dientes. Los incisivos querían salir, extenderse y morder aquel cuello.

El familiar olor a madreselva de la excitación de Lux apareció de nuevo. Clavó sus ojos con fuerza en ella. Vio sus pezones a través de la camiseta de tirantes, erectos, duros. Al darse cuenta de hacia dónde miraba el vampiro, la humana se sonrojó y se cruzó de brazos.

—Hola —tartamudeó ella.

—Buenas noches, Lux. —Su voz sonó ronca. Demasiado ronca.

—Pasa. —Se apartó de la puerta.

El pasillo era lo suficientemente estrecho para que él no pudiese pasar. No si ella no se quitaba de en medio y caminaba hasta el salón. No podía acercarse a su cuerpo, no tanto.

Su vista se agudizó por el deseo.

Escuchó los fuertes latidos del corazón de Lux, el pulso de su cuello, la sangre acumulándose en ciertas partes de su menudo cuerpo. Las pupilas de ella estaban dilatadas, y lo contemplaba, esperando algo. Eric apretó los puños y cogió aire.

—Voy a inspeccionar el piso rápidamente y las cámaras.

—P-por supuesto. ¿No necesitas ver los videos?

—No, van directamente a nuestra fortaleza —contestó secamente.

Ella pareció sorprendida.

Eric pasó con rapidez, tocándole el menor tiempo posible. Tras mirar el salón y el resto de cuartos del piso, se aseguró de que todas las cámaras funcionaban perfectamente. Tras terminar, fue hasta el salón, donde se

encontraba ella hecha un ovillo en el sofá. Se incorporó al verlo, y miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? Tengo cerveza.

—Sí, una, por favor.

Pasándose una mano por el cuello, el cuerpo de Lux cruzó por su lado para ir a la cocina y volver con un botellín fresco.

—Aquí tienes.

—Gracias. —Cogiéndolo, rozó los delgados y largos dedos de ella. Su corazón volvió a dar otro brinco, mientras que oleadas de excitación y olor femenino llenaban el salón.

Eric estaba teniendo serios problemas para no lanzarse contra ella, hundirse en su cuerpo y terminar de completar el ciclo. Demonios, cada segundo que pasaba se daba cuenta del lío en el que se había metido. ¿Emparejado con una humana? El Consejo se volvería loco si tuviera constancia de ello. Estaban tan obsesionados con mantener a la raza intacta que corrían los rumores de haber asesinado a inocentes por haber estado emparejados con originarios.

Lux se sentó en el sofá y le hizo un gesto.

—Puedes sentarte en el sillón si quieres.

—Me tomaré la cerveza y me marcharé a dar una vuelta, tengo que asegurar el perímetro —soltó, sentándose y pensando en la noche que le esperaba.

Los pies de la humana eran menudos, delicados, y las uñas estaban pintadas de rosa oscuro.

—Esta noche te toca vigilarnos, ¿no? —esbozó una sonrisa—. Eres nuestro niño.

Sin darse cuenta, sonrió.

—Más o menos, sí, aunque Ethan ha estado dando vueltas sin que fueseis conscientes hace una hora. —Vio que se removía inquieta y apretaba los muslos. Achicó los ojos—. ¿Estás bien?

—Yo... Tengo algunas preguntas, Eric. En verdad tengo un montón pero algunas necesito saberlas ya. Necesito dar claridad a mi cabeza.

Precavido, asintió con lentitud.

—Si puedo responderlas, lo haré.

—Yo... Yo necesito saber qué pasó. O qué consecuencias ha tenido el hecho de que me mordieses. Lo recuerdo todo tan... borroso. Fue raro, ¿sabes? —Sus mejillas se volvieron rojas como el granate. Aquello le pareció

tierno y excitante—. Fui a ayudarte cuando Kenyan me encerró contigo y dijo algo de las Anam Cara. ¿Qué es eso? No entendía nada.

Sopesando la pregunta, Eric sabía que aquello sí podría responderlo. Le dio un largo trago a la cerveza antes de responder.

—Las Anam Cara son como los vínculos que se establecen entre dos personas, teniendo que ser una de ellas de una raza...

—¿Paranormal?

—Sí, podríamos llamarlo así —Eric esbozó una media sonrisa.

—Y... ¿se puede elegir a la persona? ¿O es automático?

—Funciona de diferentes formas, pero no hay una teoría clara que respalde una contestación a la pregunta. Si Ethan tuviese que responderte, te diría que hay una divinidad que se encarga de hacer las parejas y hacer que éstas se encuentren. —Apoyando los codos en las rodillas, prosiguió—: Si le preguntas a Kenyan, te diría que es puramente automático. Sucede sin más.

Ella alzó una ceja.

—¿Y tú qué piensas?

—Creo que es un poco de ambas. Hay algo que hace que te sientas atraído irremediabilmente por una persona. Y además, es algo que ocurre nada más verla por primera vez. Sabes que es diferente.

—Entonces no puedes elegirlo.

—Mm... No, es verdad, no puedes elegirlo. Es difícil de explicar.

—Oh, vale... Kenyan creía que... tú y yo... —se calló, mirando sus manos y luego alzando la cabeza.

—Sí, él... él tiene la habilidad para ver ciertas cosas. Mejor dicho, sentirlas.

—Entonces... yo...

Lux lo había dejado en el aire, pero Eric no quería que huyese de allí por asustarla. Lo mejor era andarse con cuidado.

—No hemos hecho nada que complete el ciclo. Sólo compartimos algo... diferente.

—Te alimentaste de mí —le recriminó.

—Sí, tienes razón, y me disculpé por ello. Estaba herido, no podía pensar con claridad, era mi instinto de supervivencia.

—Está bien... supongo que es algo que puede pasar a cualquiera —murmuró.

A él le sorprendió la comprensión de esa mujer, tan fuerte como para mantenerse cuerda después de todo lo que le había pasado. Era más fuerte de

lo que ella pensaba, y de lo que era consciente. Estaba siendo bastante comprensiva después de averiguar que el mundo no sólo era de los humanos, sino que éstos convivían con otras razas.

—Me sorprende lo bien que lo llevas, Lux. Tu fuerza es admirable.

Su voz, ronca por la excitación y el cansancio, captó su atención. Se estaba humedeciendo los labios. Eric apretó el botellín. El cristal se agrietó y al sentirlo, relajó los dedos.

—Tengo más preguntas.

Echándose hacia atrás, apoyó la espalda en el sillón.

—Te escucho.

—Hay... ¿Hay ciertas consecuencias por haberte alimentado de mí?

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Yo... Cuando te alimentaste de mí, estaba como... paralizada. En una neblina. Sentía muchísimo placer, no te voy a mentir... —admitió con la boca pequeña—. Pero quise huir en un primer momento, y no pude. Algo me lo impedía. Tiene algo que ver con que eres un... eres... diferente, ¿no?

Intentó no sentirse ofendido cuando ella no quiso decir lo que era.

—Sí. Tenemos el poder de influir sobre la mente de nuestras presas cuando éstas se van a negar a darnos su sangre. Eso fue lo que hice contigo.

Lux le miró como si acabara de darle un puñetazo en el estómago.

—Lux, lo siento, estaba muy débil, era mi instinto de supervivencia. No pude hacer nada. —La miró, intentando que entendiera el dilema en el que se había encontrado. Su cuerpo había actuado de esa forma, si no habría muerto. Además, si hubiese estado consciente, no habría tomado su sangre sin su consentimiento.



De repente Lux sintió mucho frío. Se cruzó de brazos, intentando darse calor. Sabía que lo había herido cuando había sido incapaz de pronunciar «vampiro», pero aún no estaba intentando adaptarse a su nueva vida. Luna tendría que llegar en poco tiempo, sólo había salido a comprar algo para cenar. Seguramente averiguaría lo que había pasado. Un frío glacial se había instalado entre ellos.

Lux se retorció las manos y se colocó bien la camiseta con los

pantalones. Atrajo su mirada ante aquel movimiento. Pareció ver algo de comprensión en su mirada, pero lo ocultó rápidamente.

—¿Quieres algo de comer? ¿Beber algo más?

—No —fue su simple respuesta.

—Vale. —Se sentó en la otra esquina del sofá—. Si quieres algo, sólo tienes que pedírmelo —dijo tímidamente.

Él la miró.

Lux se sonrojó y desvió la mirada. Eric comenzó a cambiar los canales de la televisión. ¿Por qué no se iba? Según había dicho, tendría que vigilar los alrededores del piso y asegurarse de que no había hombres lobo. Luego pensó que estaba allí porque prefería que estuviese con Luna antes que dejarla sola.

En ese momento, se escuchó el cerrojo de la puerta. Luna entró cargada con tres pizzas enormes que desprendían un delicioso olor.

—¿Qué hace él aquí? —espetó la recién llegada con una mirada poco amistosa.

—Hoy le toca el turno. —Lux se aclaró la garganta.

—Ah, cierto. —Su compañera de piso fue hasta ella y la besó en la mejilla. Dejó las pizzas en la mesa—. ¿Dónde está Míster Ken?

Eric entrecerró los ojos.

—¿Quién es Míster Ken?

—Gideon. Tu estúpido compañero —sonrió—. Ya sabes, rubio, metro y medio, con una barriga gorda y... —comenzó a hacer gestos.

Lux sonrió.

—Gideon es de todo menos gordo y bajo. —Abrió una caja de pizza—. Es más, estoy segura de que puede superar los dos metros. Por cierto, huele genial. —Se levantó—. Voy a por las bebidas, ¿qué quieres, Luna?

—Agua. —Se sentó en el sofá, mirando a Eric fijamente.

—Vale. —Miró al vampiro—. ¿Quieres algo, Eric?

Cuando éste miró a su cuello, Lux se estremeció.

—No —volvió a decir.

Se encogió de hombros y fue hacia la cocina. Cuando llegó, sacó las dos botellas de agua del frigorífico y abrió el grifo, dejando correr el agua. Se refrescó el rostro, intentando calmar el calor y la frustración sexual que llevaba encima. Por supuesto, el agua se calentó en segundos por la elevada temperatura de su cuerpo, sin ayudarla en nada.

Fue hacia el salón y reprimió la sonrisa al ver la mirada inquisidora que

Luna le echaba a Eric. Le dio a su amiga la botella de agua y, satisfecha y curiosa, se dio cuenta de que tendría que sentarse en el medio, cerca del cuerpo del vampiro.

Lo hizo lentamente, sintiendo aquellos ojos azules puestos en ella.

—Puedes poner lo que quieras.

—No, ahora echan una película que tengo ganas de ver. —Luna se estiró para intentar quitarle el mando de la televisión.

Lux se colocó entre ambos, levantándose, y finalmente cogió el mando.

—¿Podéis dejar de comportaros como niños?

—Te recuerdo que estuvo a punto de matarte. Deberías joderle en cada oportunidad que tuvieses.

Se encogió de hombros, negándose a mirar a ninguno de los dos.

—Eso ya está resuelto. —Subió el volumen cuando Luna comenzó a protestar—. Veremos esto y ya está.

—¿Un documental sobre leones? —se rió secamente—. Esto es una estupidez.

Lux ni se había dado cuenta de que era un documental.

El timbre sonó en ese momento, interrumpiendo otro duro comentario de su amiga.

—Genial, voy yo —Luna se incorporó desganada mientras maldecía en español.

Todo ocurrió muy deprisa.

Eric se levantó del sofá a una velocidad inhumana para ir hacia ella, tirando la mesa con las pizzas y las sillas. En ese momento, cuando Luna extendió la mano para abrir la puerta, ésta se rompió con un fuerte estruendo que hizo vibrar la casa. Aparecieron muchos hombres lobo que se empujaban por entrar.

Uno de ellos tiró a Luna contra el espejo que había en el recibidor, recibiendo un gran golpe que la dejó inconsciente. Su cuerpo cayó como el de una muñeca de trapo. Se escucharon los trozos de vidrio hacerse pedazos e impactar contra el suelo.

—¡Luna! —gritó Lux.

Eric se enfrentó con dos hombres lobo, intentando abrirles las mandíbulas para matarlos rápidamente, pero otro más se unió, haciendo imposible una lucha justa. Lux se vio acorralada por dos de ellos que se acercaban lentamente, uno a cuatro patas y otro a dos, mostrando los grandes músculos que componían sus brazos y piernas.

Gritó al chocar contra la ventana del salón, rompiendo el cristal y gimiendo de dolor al sentir una patada en la cabeza. Las cortinas cayeron sobre ella, tapándola completamente. Tan fuerte fue el impacto que el aire se escapó de sus pulmones de manera rápida y seca, dejándola débil y mareada durante unos segundos.

Sus ojos consiguieron esbozar la figura de Eric, siendo tirado como peso muerto contra una pared; al impactar fue sujetado por la garganta. Lo dejaron caer pero prosiguieron.

Lux gritó al oír huesos rotos. Eric gruñó de dolor, quedándose contra el suelo, sujeto por la garganta.

—¡Dejadlo, malditos cabrones! —gritó llorando mientras una sensación de miedo y dolor le invadía el cuerpo por completo. Uno de ellos pisó el cuello de su vampiro con fuerza—. ¡Dejadlo en paz!

Intentando levantarse del suelo, sintiendo las rodillas temblándole con fuerza, fue hacia Eric dando tumbos. Cuando se agachó a su lado, una gran mano se enredó en su cuello en apenas unos segundos, separándola del contacto del vampiro, apenas la había agarrado con firmeza para mantenerla a su lado.

Otro golpe en la cabeza hizo que su vista se nublase por completo excepto por pequeños puntitos de color blanco que volaban a su alrededor, escuchando los gritos de su amiga Luna y los dolorosos gruñidos de Eric. Sus pulmones lucharon por coger aire, pero la mano se apretó más y más en su cuello.

—¡Lux! —la voz de Luna sonó ronca por los gritos y los sollozos.

Era su fin, lo sabía. Aquella mano que apretaba con tanta fuerza tenía la meta de asfixiarla. Abrió los ojos; no estaba dispuesta a morir sin quedarse con algunos detalles de los lobos, en caso de que sobreviviese. Un movimiento le llamó la atención. Vio horrorizada cómo dos lobos se llevaban a una desmayada y sangrante Luna mientras los demás se encargaban de golpear a Eric hasta matarlo.

Dos lágrimas se deslizaron por sus frías mejillas. ¿Se había sentido alguna vez en su vida tan impotente? Estaba segura de que no.

CAPÍTULO 8



Está despertando —susurró una voz ronca—. Dios, Eric apártate y déjala que respire. Pareces...

—Cierra la puta boca, Kenyan —gruñó el aludido.

Lux parpadeó varias veces antes de abrir los ojos por completo. Se llevó una mano a la garganta y gimió al sentirla seca y algo obstruida.

Sus ojos vieron una habitación iluminada, varios vampiros alrededor de ella y un armario enfrente de color marrón oscuro. Palmeó con una mano la superficie en la que se hallaba, encontrándose un colchón cómodo pero duro. Miró a su izquierda, hallando unos ojos azules oscuros ensombrecidos por la preocupación. Gimió al ver el desastroso aspecto que mostraba el vampiro. Un ojo hinchado al igual que los labios, una mandíbula llena de arañones abiertos que mostraban la costra de sangre seca que se había formado.

Prefirió no pensar en cómo se encontrarían sus costillas y el resto del cuerpo.

Una de las manos del vampiro se fue a su rostro, acariciándole la mejilla con suavidad para sorpresa de todos.

—No sabes cuánto me has asustado, *a ghrá* —susurró—. Pensé que te vería morir sin poder hacer nada. Nunca me había sentido tan... —pareció contenerse—. Me alegro de que estés viva.

Lux colocó su mano encima de la de él, sintiendo la extraña necesidad de tocarle y consolarle. Oír aquella voz ronca y llena de remordimiento por no haberla ayudado le hacía sentir ternura.

—¿Qué pasó? —tosió y tragó saliva, intentando aclararse la garganta—. No recuerdo nada después de desmayarme.

—Se han llevado a Luna —Kenyan fue el que habló.

Eric asintió con pesar, apretando la mandíbula.

Lux se llevó una mano a los labios.

—¿Ha desaparecido? —susurró mirando las sábanas de la cama—. Tenemos que hacer algo inmediatamente.

—Lo siento —la voz de Eric sonó ahogada—. No pude hacer nada por

detenerlos.

Ella asintió, colocándole la mano en el regazo mientras las lágrimas fluían por sus mejillas.

—Dios, no puedo creérmelo —sollozó.

Su vida no hacía más y más que empeorar, reflexionó. Tenía que volver a ver a Luna, ayudarla. Era su apoyo en aquella tormenta y además, se lo debía. Esperaba que estuviese bien, que no fuese una víctima más en la roja historia que se había iniciado en el aparcamiento.

—Gideon lleva buscándola desde hace seis horas, todavía no ha vuelto.

—¡Tenéis que salir a buscarla! —gritó con voz torpe—. Tenemos que averiguar dónde la tienen, no pueden haber ido muy lejos. O podría ser...

Se negó a terminar la frase. Es más, se negaba a aceptar otra realidad que no fuese la de que su amiga se encontraba en perfectas condiciones.

—La encontraremos —le prometió Eric—. La traeremos de vuelta.

En ese momento entró Ethan en la habitación con el rostro contraído.

—Gideon sigue sin encontrar ninguna pista. Se niega a volver aunque esté a punto de amanecer. Dice que se las apañará él solo.

Kenyan resopló.

—Otro macho vinculándose. Estas humanas van a ser vuestra perdición, y lo sabes. Una vez que entras en esto, no hay forma de salir. Te estás vinculando con comida...

Lux cogió el despertador que había en la mesita de noche y con todas sus fuerzas lo tiró contra su rubia cabeza.

Bingo.

Le dio justo en la frente y cayó al suelo.

El vampiro dejó de hablar y la miró fijamente.

—¡Deja de hablar como si fuésemos simples mercancías, maldito bastardo engendro de la naturaleza! —gritó con fuerza, ignorando el dolor que sentía en la garganta—. Espero que un día no muy lejano te pongan en tu sitio y te hagan pagar todas y cada una de tus palabras.

Kenyan se frotó la frente, donde le había impactado el despertador.

—Mierda, tienes puntería —luego resopló—. Me voy, esto me pone enfermo. —Kenyan salió de la habitación—. Me voy a buscar al perro de Gideon.

Todos salieron de la habitación, dejándolos solos. Lux aprovechó para dejar salir su vulnerabilidad, cansada de resistir. Hundió la cabeza entre sus manos e intentó recuperar el control... pero fue imposible. Había vivido

varios traumáticos episodios recientemente, acababan de raptar a su amiga y no tenía muchas esperanzas de volver a verla.

—Tranquila, Lux, vamos a encontrarla. —Sintió su mano en la espalda, en círculos.

—¿Cómo consiguieron saber dónde vivíamos? —gimió de dolor y rabia—. No puedo creer que haya pasado esto, joder. Más le vale a Gideon estar haciendo algo y...

Eric la interrumpió, frunciendo el ceño.

—Lux, Gideon está realmente preocupado. Déjame hablar, después me contestas —la interrumpió al ver que abría la boca—. Lleva seis horas sin venir, buscándola y matando a todo hombre lobo que se encuentra en Nueva York. Dentro de unas horas va a amanecer y se niega a volver. ¿Crees que cualquier vampiro arriesgaría su vida así por cualquier humano? La luz del sol es uno de nuestros puntos débiles. Gideon siente algo por tu amiga, Lux. Cuando los vampiros nos... cuando se desencadena el vínculo Anam Cara, sentimos el ansia de mantenerla a salvo, nos es imposible quedarnos a un lado. No descansaríamos hasta encontrarla, incluso tampoco nos alimentaríamos si ella no regresase.

Lux se avergonzó por sus palabras. Quizás había subestimado ese vínculo de los Anam Cara, pero debía entenderla. Era demasiado pronto. Quería que normalizase el hecho de que esas razas establecían vínculos de verdad, física y emocionalmente.

—Lo siento. No pensaba realmente eso. Sólo estoy dolida. —Tragó saliva y se incorporó en la cama, sintiendo un repentino mareo. Su cabeza daba vueltas.

Eric se acercó a su espalda y puso ambas manos sobre sus hombros. Los cubría por completo.

—Voy a ayudarle, Lux. Haré todo lo posible por traerla, pero para ello necesito que cooperes. Necesito que te quedes aquí, sana y salva.

Se giró con rapidez. Él quitó sus manos de encima.

—No —exclamó con rotundidad.

—Si no, estaré más pendiente de protegerte que de buscarla. Sé que eres sensata, Lux. Sabes que llevo razón.

Estaban tan cerca que Lux podía sentir su mentolado aliento en el rostro. La determinación en aquellas cuencas azules oscuras la llenó, consiguiendo que una sensación de seguridad la rodease. Aún sentía aquellas apremiantes ganas de acariciarlo, de observarlo con detenimiento, pero su amiga estaba

por delante de cualquier cosa en aquel momento.

—Joder, de acuerdo... Está bien, tienes razón... pero tienes que llamarme con cualquier cosa que suceda. ¿Me entiendes?

—Lo haré.



Eric fue hacia la sala donde se encontraban las armas tras haber dejado a Lux en la habitación para que descansara, a regañadientes. Estaba a punto de amanecer, no podía hacer mucho. Se prepararía para salir en el crepúsculo, cuando la tenue luz no fuese capaz de provocarle heridas y debilitarlo. Las quemaduras que provocaban los rayos del sol en la piel de los vampiros eran dolorosas, grandes y profundas, sólo curables al alimentarse de otra persona. Aunque fuese mitad berserker, el sol le hacía daño. Mucho. No aguantaba más que el resto de los vampiros.

Una fugaz imagen fue hasta su mente. Lux. El hecho de haberla visto en la cama, en *su* cama, tumbada, dejando su olor... el instinto le había rugido que la tomara, que se quedara con ella, que finalizara el vínculo.

Pero el razonamiento estaba por encima de cualquier acto físico. Necesitaba encontrar a Luna con vida y saber qué estaba sucediendo, por qué los lobos atacaban indiscriminadamente. Y lo más importante, cómo habían adivinado dónde vivían las humanas. Los hombres lobo los habían seguido y ellos no habían captado su olor. ¿Cómo era posible? Nada podía camuflarlos.

Deberían de haber sido esclavos humanos.

Apretó las manos hasta convertirlos en puños.

Ethan entró en ese momento en la sala, echando casi la puerta abajo. Estaba despeinado, con sangre en el rostro y una pistola en la mano. Su corazón latía desbocadamente, los ojos brillaban, señal de que su parte animal estaba consciente, despierta, preparada para luchar.

—¿Qué diablos...?

—Gideon ha encontrado sangre de la española —dijo rápidamente, interrumpiéndolo—. Estaba cerca del bar en el que fuimos atacados por última vez. Gideon está seguro de que es de ella.

—¿Y por qué tienes sangre en la cara?

—Fui con Kenyan cuando Gideon nos dio la dirección. Unos cuantos lobos nos esperaban allí, preparados y transformados. También un trozo de

ropa de la humana. Seguimos buscándola. —Ethan cogió aire, expandiendo su pecho—. Hemos traído los hombres lobo para interrogarlos.

CAPÍTULO 9



Dónde diablos pueden habérsela llevado? —susurró Gideon mientras dejaba que la lluvia le empapase por completo. La ropa le pesaba mucho y estaba totalmente pegada a su cuerpo, irritándole en varias zonas—. Por favor, aguanta, Luna —jadeó mientras volvían a caminar.

Apenas quedaba una hora para el amanecer y seguía buscándola. Se había recorrido casi toda la parte este de Nueva York, aniquilando lobos o dejándolos al borde de la muerte para que sus compañeros les sacasen la mayor información posible.

Sentía los músculos en tensión y calientes. Estaba cubierto de la sangre de sus enemigos y de la suya propia. Sólo el sentimiento de odio, desolación y venganza era lo que lo mantenía en pie. Le temblaban las manos por las ansias de encontrarse a otra víctima a la que matar.

¿Por qué se la tenían que haber llevado? ¿Por qué?

El doloroso pensamiento de que ella pudiese tratarse de su Anam Cara lo inquietó. Pero nunca había sentido esa necesidad de asegurarse por el bienestar de una mujer. Nunca. Tenía que estar sana y salva.

El cielo se estaba aclarando.

Saber que el amanecer le estaba pisando los talones le producía un enorme terror, tenía el vello de la nuca de punta.

Escuchó unos aullidos. Enfrente de él se encontraban dos lobos enormes atacándose mientras una humana lloraba, sujetándose con fuerza una pierna ensangrentada por un mordisco.

Sacó sus dos pistolas y caminó hacia ellos.

Al menos, liberaría su furia.



Luna tenía un fuerte dolor en la cabeza, tan fuerte que al abrir los ojos tuvo que cerrarlos ante el repentino mareo que sintió. Intentó mover las

piernas, pero las tenía atadas, también las manos. Era una cuerda seca y áspera que le irritaba la piel. Se encontraba tirada en un suelo de mármol, con sangre y con la vista borrosa.

Tragó saliva y gimió de color.

Intentó por segunda abrir los ojos y... jadeó.

Ante ella se encontraba un hombre sonriendo, mostrando unos dientes afilados y blancos. Tenía una cicatriz en la mejilla muy fea y sangre por el rostro. Sus oscuros ojos la miraban fijamente.

—Tu novio ha estado a punto de destrozarme. Pude escapar, aunque tuve que dejar a dos de los míos allí. —Se encogió de hombros, ladeando la cabeza—. Valdrá la pena, por la comunidad.

—¿Quién eres? —Tragó saliva de nuevo al sentir la garganta seca—. ¿Por qué estoy aquí?

—Eso no te importa y estás aquí porque serás nuestro experimento. Haremos de ti una buena guerrera que mate a los vampiros. La sociedad está plagada de esos chupasangres. Nos estamos extinguiendo.

—¿Estás loco? —gritó. Un sudor frío había aparecido por todo su cuerpo—. No soy una guerrera, en mi vida me he peleado con nadie, ¡no sé de qué hablas! No tengo nada que ver con ellos.

El hombre se rió con fuertes carcajadas que parecían retumbar la habitación en la que se encontraba.

—Te hemos visto con los colmillos. Es demasiado tarde.

Su cuerpo comenzó a sufrir fuertes convulsiones y Luna sabía lo que significaba: se estaba transformando. Ver el proceso en primera fila sólo consiguió aterrorizarla y preguntarse qué harían con ella. Qué sería de ella. ¿La devorarían? ¿O la torturarían hasta que se dieran cuenta de que ella no sabía nada de los vampiros? Todas las opciones eran siniestras, cada cual peor.

Cuando terminó, aulló y gruñó mirándola fijamente, alzándose sobre sus cuartos traseros. Mostró sus grandes fauces y antes de que previese el movimiento, una gran garra se incrustó en su tobillo, arrastrándola por el suelo. Se golpeó las costillas. Le arrancó la ropa rápidamente, arañándola al mismo tiempo y dejándola expuesta a él.

—¡Suéltame! —suplicó aterrorizada.

El lobo le mordió con fuerza la pierna, penetrando su piel y carne con aquellos afilados dientes. Sus tendones comenzaron a romperse cuando tiró de la pierna que se encontraba entre sus fauces, zarandeándola. Gritó con

fuerza, dando patadas a diestro y siniestro mientras sentía la herida abrirse más. La sangre comenzó a manar con fuerza, salpicando el suelo y el rostro de él. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas, iba a sufrir.

Nunca se había sentido de esa forma, sola, indefensa y lo que era peor: con miedo, mucho miedo ante lo desconocido, ante lo que pudiese sucederle en aquella pequeña y sucia habitación.

Unos segundos más tarde... el verdadero dolor la recorrió de pies a cabeza. El infierno se desató en su cuerpo. Luna comenzó a convulsionarse mientras su mirada se volvía blanca, perdida, alejada de toda realidad. Su espalda se arqueaba con fuerza, sus huesos crujían cruelmente, adoptando formas anormales, sus tendones parecían estar a punto de disolverse en un ácido que le recorría por las venas.

—Bien, ahora traed al vampiro. —Dos hombres aparecieron detrás del lobo.

Las voces parecían lejanas y ajenas al sufrimiento al que era expuesta.

—¿No deberíamos esperar a que termine su transformación y después que la muerda el vampiro?

—No, para que se alcance un estado puro de ambas especies ha de ser así. Además, este vampiro originario está en sus últimas horas de vida. Nos costó mucha sangre y esfuerzo encontrar uno.

—Pero no sobrevivirá. Los últimos cinco humanos murieron —replicó el otro.

—¿Y crees que me importa algo? Traed al vampiro.

Luna seguía chillando mientras su cuerpo luchaba por salir vivo de aquella prueba, por ser capaz de superar el cambio. Dos grandes hombres trajeron a un vampiro torturado que, al ver su sangre, abrió la boca e intentó soltarse. A pesar del dolor y el miedo que sentía, saber que iba a ser devorada por un hombre lobo y por un hambriento vampiro sólo conseguía aterrorizarla aún más. Podía ver todo lo que le rodeaba, pero su cuerpo no respondía ante ninguna orden suya.

Sólo ante el dolor.

Agarraron su muñeca, tirando de la cuerda, e indefensa vio cómo la llevaban hacia los largos y gruesos colmillos del vampiro. Cuando clavó sus dientes con saña sobre sus delicadas venas, chilló de color e intentó apartarse.

Un fuego la rodeó, abrasándola con violencia. Una lucha se desataba en su interior, dividiéndola.

—Es fuerte —dijo uno de los hombres.

—No dejes que el vampiro beba de ella más de lo estrictamente necesario. Morirá.

Cuando intentaron quitar al vampiro de su muñeca, éste se agarró con más fuerza. Volvieron a tirar de él, pero sólo consiguieron desgarrarle la carne y la vena de la que bebía.

—Joder —gruñó uno—. Se va a desangrar.

Colocaron las manos en torno al cuello del vampiro y, en un perfecto giro se lo rompieron.

—No nos servía de todas formas.

Lágrimas calientes se derramaban por el rostro de Luna, sintiendo el mayor de los dolores en su pierna y en su brazo, sin contar el golpe que había recibido en las costillas anteriormente. Unos minutos más tarde, cuando terminaron de observarla, todos se fueron y la dejaron sola, tirada en el suelo mientras intentaba ponerse en posición fetal, recogiendo los pocos pedazos que quedaban de ella y de su orgullo.

Mientras las lágrimas caían por sus ojos, su cuerpo comenzó a sufrir los cambios de ambas especies, el pequeño descanso había durado unos segundos. Su corazón latía desesperadamente, intentando llevar sangre nueva y no infectada al cerebro. Sus anticuerpos luchaban contra las bacterias que habían entrado por las enormes heridas y, a la vez, intentaban taponarlas para no perder más sangre.

Pero todo era en vano.

Esa misma noche, la Luna que todos conocían murió.



—Por favor, dime que la habéis encontrado —susurró Lux, mirando a todos.

Ya había amanecido. Cuando los guardianes regresaron, Lux sintió una gran congoja. Sobre todo por el rostro de Gideon. Después de haberse acostumbrado a verle con una gran sonrisa pícaro y unos ojos cálidos como el mismo fuego, ver el dolor que surcaba su rostro fue...

Desesperanzador.

Como un puñetazo en el estómago.

Apretaba los dientes con fuerza, tenía el rostro fruncido y sus ojos eran negros, sin nada del anterior dorado que había tenido. El guerrero se fue al

gimnasio sin hablar con nadie, dejando gotas de sangre por donde caminaba.

Lux había visto a Eric detrás, serio y con un claro mensaje en sus bellos ojos: no sabían nada de Luna.

—No, desgraciadamente no sabemos nada... Tenemos cierta información que esperemos que sea falsa.

—¿Por qué? —Miró su demacrado aspecto—. Dios mío, tenemos que curarte.

—Cálmate, estamos todos bien.

—Llamaré a la vampira que usó Gideon —dijo Ethan mientras se dirigía al salón—. Le pediré que traiga a alguna más.

Sentimientos de posesión y celos aparecieron repentinamente. Lux intentó controlar su tono de voz, pero su cuerpo exponía claramente su malestar. ¿Cómo que alimentarse de vampiras?

—¿Qué diablos pasa? ¿Por qué necesitáis vampiras?

—Hemos perdido mucha sangre, tenemos que reponerla. Son unas viejas amigas, nos hacemos favores de sangre. Nada de sentimientos, sólo necesidad.

La cabeza de Lux trabajaba rápidamente en intentar comprenderlo todo.

—Pero... —Se llevó una mano al cuello, viendo ante ella un gran dilema.

—Necesitamos alimentarnos para que cuando anochezca podamos seguir buscando a Luna.

No pasa nada, coge aire, Lux, no es nada. Todos se van a alimentar, se dijo a sí misma, yendo hacia el salón con los demás. Llevándose una mano al pecho, estudió a todos y cada uno de los que se encontraban allí. Eric, quien anteriormente se había alimentado de ella, también bebería de una vampira. Eso no debería molestarla, ¿verdad? No, no debería. Tragó saliva y se sentó en el sofá, cruzándose de brazos.

Su cabeza parecía tener un enorme dilema. Su cuerpo quería levantarse y ofrecerse como comida, que bebiera de ella, pero por otra parte... volver a pasar por aquella neblina, sentir el intenso deseo de mantener relaciones sexuales con Eric... No estaba preparada aún para la intensidad que él desprendía.

Mientras esperaban a las vampiras, Lux se dedicó a hacer preguntas sobre lo que había pasado por la noche, queriendo obtener información y mantenerse alejada del conflicto interno por el que pasaba. Si antes había estado preocupada, ahora se sentía desolada, sin esperanza y con unas ganas de llorar que le irritaban los ojos. Un gran nudo se había instalado en su

pecho al oír los rumores de que Luna había sido sometida a un cambio de humana a híbrida.

Cuando guardó cierta esperanza de que siguiera viva, Eric le dio una suave palmada en la espalda.

—Es imposible sobrevivir, Lux.

—¿Por qué? —jadeó.

—Sólo han sobrevivido tres personas en todos estos años.

—Pero, ¿por qué perdéis la esperanza? ¡Puede estar viva!

No se dio cuenta de que estaba gritando.

—Porque si sobreviviese, ellos la torturarían. Harían cualquier cosa con tal de sacarle información sobre nosotros. Y Luna apenas sabe nada de nosotros; aunque les dijese la verdad, ellos no la creerían.

—¡Pero queda esperanza! Podéis encontrarla antes de que sea demasiado tarde —exclamó, queriendo alejar de su mente la posibilidad de que Luna estuviese muerta.

En ese momento entraron dos hermosas vampiras por el salón, acompañadas del mayordomo. Una era de piel oscura, cabello rizado corto y ojos pardos, vestida con un traje de leopardo que hacía marcar todas sus exuberantes curvas. La otra era la morena que había alimentado a Ben hacía unos días.

—Gracias por venir.

—Un placer —dijo la del pelo rizado.

Se acercó a Ben y le dio su muñeca.

—¿No prefieres del cuello? —Los ojos del vampiro brillaron—. Podríamos pasarlo bien.

—Quizás más tarde, ahora bebe. —Le golpeó la boca con la muñeca.

No se hizo de rogar, al instante empezó a beber de la vena de la muñeca mientras intentaba acercarla más a su cuerpo.

La otra morena miró a Ethan con un mohín.

—Una lástima que no bebas sangre. Me entregaría entera a ti.

El lobo la miró de reojo unos segundos, luego se encogió de hombros y cerró los ojos, intentando descansar un poco. Se acercó a Kenyan, quien la esperaba impacientemente.

—Dame tu cuello, vampira.

—Ni lo sueñes, elfo.

—¿Cómo me has llamado? —gruñó levantándose.

—Oh, vamos. Ese cabello rubio casi plateado y esos ojos violetas...

Pareces un hada sacado de un cuento de niños —se rió.

Kenyan cogió a la vampira y antes de que ella pudiese moverse, se vio acorralada contra la pared y con unos colmillos clavados en su vena. Intentó moverse contra él, golpeándolo y clavándole los dedos en su hermoso cuero cabelludo.

Nada sirvió.

Lux miró a Eric.

—No quiero que bebas de ninguna de ellas dos.

Se sonrojó al darse cuenta de sus palabras. Ella... ¿ella había dicho eso? No era posible. Definitivamente, aquel primitivo pensamiento había salido por su boca sin haberse dado cuenta. Eric sonrió y la miró con una ceja alzada.

—Quiero decir... ¿Aceptarías que yo te diese de beber? —susurró con la boca pequeña, sorprendiéndose por cómo su cuerpo respondía ante la idea de ver a Eric beber de otra persona.

Era ilógico, irracional, no lo conocía de nada. Y aun así, le sentaba como una bofetada el hecho de verlo agarrado a otro cuerpo. Lux se obligó a no insistir, asustada de hasta dónde podría llegar aquello.

—Creo que voy a rechazar tu oferta. Estás confundida, Lux. Tienes miedo.

—Yo... No sé qué me pasa —murmuró.

—Quizás, lo mejor es que subas y descanses. Hasta que anochezca no saldremos, te avisaré.

—Yo... —Tragó saliva y asintió—. Sí, creo que es lo mejor.

Lux intentó ignorar el sonido de succión que se escuchaba en el salón. No se levantó, siguió donde se encontraba, mirándose las manos fijamente.

—Todo esto se me está escapando de las manos —murmuró.

—Hablaremos después. Sube arriba.

Ella clavó sus ojos en él.

—¿Por qué? ¿Hay algo que me hayas ocultado?

—Ahora no es momento para esto, humana —habló Ethan desde donde se encontraba, con los ojos cerrados y la espalda apoyada—. Vete arriba y deja que nos recuperemos. No encontraremos a Luna si no nos dejas planear nuestro próximo movimiento. Estás malgastando nuestro tiempo.

Ante aquella dura respuesta, Lux se dijo que su reacción posesiva con Eric había sido una niñez, fruto del dolor. Asintiendo, abandonó el salón sin mirar atrás, sintiendo un inmenso peso en los pies, como si fueran de

hormigón. Tenía que ordenar sus pensamientos, volver a ser la misma de siempre o perdería el norte. Tenía que asumir todo aquello, que existían razas diferentes a la humana, que sentía una extraña conexión hacia Eric y que su amiga estaba en peligro.

Caminó por la mansión hasta que se dio cuenta de que se encontraba enfrente de las escaleras que conducían al gimnasio. Decidida, las bajó con cuidado ante la total oscuridad. No había ninguna lámpara que las alumbrara. Una vez las bajó, las luces se encendieron automáticamente. El gimnasio era casi tan grande como un campo de fútbol. Allí había todo tipo de máquinas para ejercitar los músculos, para correr y dos puertas, una conduciría a los aseos y la otra podría contener más material, pensó Lux. Se escuchaba agua, ¿habría una piscina dentro de alguna de esas paredes?

Sola, suspiró y se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en una pared.

¿De verdad había tan pocas posibilidades de que saliese viva del cambio?

No estaba dispuesta a perder a Luna, esa chica que se había convertido en su mayor apoyo en aquella locura. Ambas habían pasado juntas por el accidente, Luna no la había dejado sola en ningún momento desde que se encontraron, incluso amenazó con castrar a Eric si volvía a hacerle daño. Además, en su cabeza no entraba la idea de volver a su vida sin volver a ver nunca más a la española.

Ella tampoco la dejaría sola ahora, incluso estaba dispuesta a salir a la calle a encontrarla.

Aunque duraría menos de una hora... Las pocas opciones que tenía la entristecían, llenándola de ira.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz tosca y fría.

Alzó la mirada y se encontró a Gideon. Acababa de ducharse, ya no tenía tanta sangre por el rostro ni por la ropa. Llevaba un chándal oscuro y una toalla blanca con manchas rojas al hombro. ¿Seguía desangrándose, sus heridas no habían cicatrizado?

—Nada. —Se encogió de hombros, impasible a toda frialdad. Sentía que tenía en su interior el mismo Polo Norte. Luego pensó en su amiga. —Es... —cogió aire—. ¿Es cierto que puede estar muerta?

A pesar de haber mostrado un rostro indiferente como respuesta, se notó lo mucho que le importaba su amiga y lo mal que se encontraba en ese momento. Inútil. Desesperado. Incluso creía haber visto los ojos secos y enrojecidos. Sin poder evitarlo, le cogió de la mano y tiró de él hacia abajo

para que se sentase con ella.

Por supuesto, no lo hizo.

—Siéntate conmigo, por favor. —Volvió a tirar de su gran y cálida mano.

Sus ojos dorados estaban apagados.

—Sé que estás dolido. Yo lo estoy.

Gideon se soltó de su mano y se rió secamente.

—Es diferente para mí.

—Y una mierda, ella es mi amiga, la conozco más que tú, he vivido con ella un montón de situaciones extremas.

—Ella es mi Anam Cara —murmuró, apenas audible—. Ella es mía, tengo que protegerla. Y he fallado estrepitosamente.

—¿Tu Anam Cara? —murmuró.

—Sí. —Gideon esbozó una sonrisa herida, mirando a lo lejos. No parecía tener muchas ganas de hablar con ella.

—Eric me ha hablado de ello, aunque sigo sin entenderlo del todo —admitió.

—Es... Es un vínculo. Aparece cuando te encuentras por primera vez a quien será tu pareja por el resto de tu vida. Sientes... ese calor hormigueándote en las yemas de los dedos, tu corazón comienza a latir desbocadamente mientras una enorme excitación te recorre de pies a cabeza.

—Lux se perdió en sus palabras, observándolo—. Tu instinto te insta a que la busques, la marques y termines el vínculo. De esa forma estaréis unidos.

—Y... ¿eso sucede por algún motivo?

No respondió. Gideon se dejó caer a su lado, apoyando los brazos en las rodillas. Era enorme. Era el doble que ella, podría cubrir su cuerpo por completo. Sus hombros eran anchos y fuertes, al igual que la trabajada espalda. Tenía unas largas piernas enfundadas en el chándal que no conseguían ocultar sus músculos. Parecía un guerrero, un enorme guerrero. Todos los hombres que se encontraban en aquella mansión eran iguales, algunos más grandes que otros, pero desde luego ninguno medía menos del metro noventa. Sus manos tenían pequeñas cicatrices, algunas más viejas que otras. Tenía los nudillos blancos.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, Gideon con la mirada clavada en la pared de enfrente y Lux con la mirada puesta en el atractivo vampiro. Escuchaban las voces y los pasos de las otras personas que estaban en la mansión, pero apenas como murmullos.

—Quiero encontrarla.

Lux tuvo que estar totalmente atenta a lo que decía, ya que hablaba tan bajo que se preguntó si realmente él había dicho aquellas palabras. Tenía las manos convertidas en puños, apretando fuertemente.

Hacía tanto frío en el gimnasio que cuando suspiró, pudo ver su propio aliento.

—Lo entiendo, yo también...

—No —la cortó—. *Necesito* encontrarla. Ella es mi pareja.

Frunció el ceño y se acercó más a él.

—Pienso matar a todos aquéllos que le hayan hecho daño. No descansaré hasta encontrarla.

—La seguirías queriendo aunque no fuera humana... ¿Verdad?

Gideon se rió fríamente.

—No la quiero, Lux.

—Pero has dicho...

—Es mi pareja —volvió a interrumpirla, haciendo que ella le golpease el hombro con fuerza. Pero él la ignoró, como si no hubiese sentido nada—. Estoy seguro de que la querré con el tiempo, es más, es una agonía no saber cómo se encuentra y dónde está.

—Gilipollas, eso es sinónimo de amar.

Los ojos dorados de él se clavaron en ella.

—No te equivoques, Lux. Hasta que no hayamos completado el vínculo, todo lo que yo sienta es para nada.

—Luna no te lo pondrá fácil.

Él sonrió con sinceridad.

—Lo sé, humana. Aunque creo que tú y Eric tampoco lo tendréis fácil.

Lux se sonrojó.

—Yo... no entiendo nada. Es diferente. Él se alimentó de mí y eso ha causado que yo sienta ciertas...

Se quedó callada, sin saber cómo continuar. Él no insistió. Cuando Gideon fue a cruzarse de brazos, vio que tenía en la mano un colgante de una luna enganchada a un cordón muy fino de cuero. Se quedó mirándolo fijamente hasta que su curiosidad salió a flote.

—¿De quién es ese colgante?

El vampiro cerró la mano.

—De Luna.

Esperó a que siguiese respondiendo, pero él continuaba callado.

—Lo encontré en el callejón donde estaba su sangre —se aclaró la voz.

—¿Cómo sabes que es de ella y no de otra chica a la que se le haya caído?

—Ya se lo he visto antes puesto. Además, puedo reconocer su olor —susurró antes de llevarse el colgante a su nariz e inspirar.

—Pero...

La puerta del gimnasio se abrió, apareciendo Eric cubriéndola entera con su gran cuerpo. Se cruzó de brazos y le hizo un gesto, enfadada por que hubiese interrumpido aquella charla con Gideon.

—Vamos.

—¿Qué?

Eric tiró de su brazo y la levantó. Antes de que protestase, la incorporó y miró a Gideon con el semblante lleno de preocupación.

—Tienes que alimentarte si quieres encontrar a Luna. En este estado no harás nada.

Gideon no dijo nada, sólo apretó los labios y desvió la mirada. Eric fue consciente de la situación en la que se encontraba su amigo y apretó los dientes. Luego clavó los ojos en Lux.

—Espérame en la habitación, ahora voy yo. Hablaremos de todo.

Fue a protestar y decirle que podía meterse su charla por donde le cupiese cuando él se acercó a ella, agachándose hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—Necesito hablar con Gideon, ¿te importaría esperar en la habitación?

—Al ver cómo Lux seguía allí, suspiró—. Por favor, sube a la habitación, Lux.

Se fue del gimnasio con reticencia y se dijo que esta vez pensaba aclararlo todo. No más sentimientos contrariados. Era hora de que Eric arreglara aquello de una maldita vez.



Cuando ambos se quedaron solos, Eric seguía mirando por donde había salido y oyendo los pasos de la humana. ¿Por qué se había enfadado? Su cuerpo la delataba. Él no había podido beber de la vampira, su instinto le ordenaba que se alimentara de Lux, ya que de lo contrario sería traición. Pero aún no estaba preparada, y él pensaba dejarle el tiempo que necesitara. Pero

estaba débil, y no podría aguantar mucho.

Cogiendo aire, miró de nuevo a su amigo, quien acariciaba un colgante varias veces y lo apretaba con fuerza contra la palma de la mano. Sabía que Gideon se encontraba desolado, preocupado y lleno de ira. Pero aquello no le ayudaría en nada. Necesitaba ayudarlo a que viera a través de toda aquella ira.

Se cruzó de brazos, adoptando aquella posición de líder que solía llamar la atención de sus compañeros de batalla, pero él parecía estar sumido en sus pensamientos.

—La vampira te espera.

Sus ojos dorados se clavaron en él con determinación.

—No.

—Luna no se enfadaría, Gideon. Es más, si estuviese aquí...

—¡Pero no lo está! —gruñó levantándose y mostrando los colmillos.

—Deja de portarte como un perro herido. ¿Acaso quieres que te maten mientras la buscamos? Al menos bebe de la muñeca.

En ese momento, la vampira morena de cabello corto y rizado entró con una dulce y tierna sonrisa. Cerró la puerta suavemente a sus espaldas sin desconectar sus ojos de los dorados oscuros de Gideon. Se acercó poco a poco, como si ya hubiese tratado una situación parecida.

Se acercó y le ofreció su pequeña.

—Bebe, vampiro. Sé lo que sientes.

Gideon se rió secamente.

—¿Qué sabrás tú?

—Al contrario que tú, yo sí encontré a mi pareja muerta después de años buscándolo. Lo peor fue tener que decirle a mi hijo que había fallecido en un combate cuando la cruda realidad era que lo habían torturado y luego, lo habían tirado en un callejón de mala muerte, en bolsas de basura. —Eric se alejó un poco de ellos—. Yo no bebí mientras lo buscábamos, perdí parte del tiempo compadeciéndome de mí misma. —Le ofreció la muñeca—. No lo hagas tú, la humana está viva.

Gideon se levantó temblando, apoyándose en la pared y con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes?

Eric nunca había escuchado nunca aquel tono desesperado en la voz de Gideon, tampoco la debilidad que estaba mostrando en ese momento. Los guardianes no se permitían mostrarla, era considerada como una diana en el pecho.

La vampira sonrió, se mordió la muñeca y la acercó a Gideon. La sangre roja oscura y espesa corría en hilos por su brazo.

—Bebe Gideon, y encontrarás las respuestas a tus preguntas.

CAPÍTULO 10



Lux daba vueltas en la habitación mientras maldecía a Eric, la situación en la que se encontraba y los hombres lobo. Desde que se había alimentado de él, ansias de deseo la recorrían diariamente. El hecho de que se hubiese alimentado de otra, la hería y quería saber el porqué. Los sentimientos que tenía hacia él no eran racionales, no podían serlo. Algo no cuadraba en todo aquello.

Golpeó la cama con un puño.

—Maldito jodido cabrón de...

—Deberías lavarte la boca.

Lux se giró rápidamente y se sentó en la cama, llevándose una mano al pecho.

—¿Cómo has podido entrar sin que te oiga? —susurró sorprendida.

Él se fue acercando, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y mirándola. Estaba increíble, era demasiado guapo, la aturdió. Le encantaba el cuerpo tan grande y vital que tenía.

—Maldecías como un camionero y encima, estabas gritando como un camionero.

Lux sacudió la cabeza, obligándose a poner cierto orden.

—Está bien, eso da igual, no es importante. Eric, hay algo mal en mí —murmuró, sosteniéndole la mirada.

Cuando vio el extraño brillo que había en sus ojos, sintió cómo su corazón comenzaba a latir con fuerza.

—¿Qué hay mal en ti?

—Desde que te alimentaste de mí, cuando te vi al día siguiente, siento unas... unas tremendas ganas de acariciarte y me molestó muchísimo el hecho de que te alimentaras de otra. No tiene lógica ninguna, pero creo que todo... esto —dijo abriendo los brazos por completo— me va a volver loca. Es por el vínculo, ¿verdad? Te has alimentado de mí y ahora no hay marcha atrás. Voy a sentirme como una maldita loca por el resto de mi vida.

Él la estudiaba como un depredador, consciente de todos sus

movimientos. Intentaba acercarse a ella, pero Lux retrocedía, asustada por las sensaciones que invadían su cuerpo.

—No todo es por haberme alimentado de ti, Lux. Eres mi Anam Cara. — Ella abrió los ojos por completo—. No es algo que yo haya elegido, simplemente pasa.

—Espera... ¿estás diciendo que somos pareja? ¿Tú y yo? —Se señaló a sí misma.

—Sí. El hecho de que me haya alimentado de ti sólo lo ha reforzado, pero lo que sientes es el impulso de finalizar el vínculo. Es puramente instinto, no hay nada racional en él.

—¿Por qué? —gritó, yendo hacia él con furia—. ¿Por qué yo?

Él negó con la cabeza.

—Sabes que sucede porque sí, no hay una razón. Simplemente estamos conectados. No hay más. Estás hecha para mí.

¿Que estaba hecha para él? Alzó una ceja, decidida a plantarle cara aunque le hubiese parecido muy sexy el comentario. Pero el cansancio le ganó la batalla.

Lux dejó escapar todo el aire de sus pulmones antes de dejarse caer en la cama. Necesitaba sentarse, sus piernas temblaban frenéticamente. Y aun así, confusa y enfadada, sentía un irrefrenable deseo por Eric. Quería besarlo, acariciarlo, volver a sentir lo que él le había transmitido cuando se había alimentado de ella.

Negó con la cabeza.

—Esto es una locura. Así que eso es todo, ¿no? —dijo con una sonrisa irónica—. Tenemos que acabar juntos.

Los rasgos de Eric se oscurecieron.

—Ésta no ha sido mi elección, Lux. Sucede así, no hay nada que podamos hacer. Puedes luchar todo lo que quieras, pero tarde o temprano vendrás a mí, y yo te recibiré con los brazos abiertos. Quizás no fui del todo sincero contigo al principio, pero...

—¿A qué te refieres? —le interrumpió bruscamente.

Él avanzó otro paso.

—Te di mi sangre, Lux. Te visité cuando estabas inconsciente, tras la última transfusión de sangre. Estabas... pálida, sin vida. Decidí darte de mi sangre. Ésa fue la razón por la que te levantaste tan sana y con los sentidos más desarrollados.

—Yo... —El rostro de Lux perdió el poco color que tenía—. Yo... ¿he

bebido sangre?

—Deja de pensarlo en un modo estrictamente humano, Lux. —La agarró de los hombros con cierta brusquedad. Sentía calor, un intenso calor donde sus pieles se encontraban—. Es normal en mi mundo.

—¡No en el mío! —bramó.

—Pues despídete del tuyo, cariño. Nunca más vas a volver.

Aquella verdad cayó sobre ella como una losa. Alzó la mirada y la clavó en su rostro, tan cerca del de ella que podía captar su olor, masculino y fuerte. Inspiró, llenándose los pulmones. Luego suspiró, abriendo los ojos con lentitud. Un extraño brillo dorado decoraba sus iris azules oscuros.

—Para mí también es difícil, demonios. ¿Crees que no siento deseos de besarte, acariciarte y follarte?

Lux abrió la boca. Su cuerpo respondió a la palabra, vibrando con suavidad.

—No digas esas cosas.

—Fo-llar-te —murmuró roncamente, como si se deleitara con cada sílaba.

Ella consiguió entrever en su boca dos colmillos que parecían haberse alargado. En vez de sentir un repentino miedo, un deseo voraz la embargó seguido de un calor que fue a parar entre sus piernas y en los pechos. Quería que la tocara. Y ya.

—Que te jodan, vampiro.

Él sonrió, disfrutando de su provocación.

—Yo voy a joderte a ti, Lux.

Y la besó.

No se paró a besarla tiernamente, no. La obligó a abrir los labios e introdujo la lengua en su boca. Sus manos bajaron por su cuerpo hasta posarse en sus nalgas, apretándola contra la erección que palpitaba en sus pantalones y animándola a que se frotara contra ella.

Ella gimió y se meció contra él, correspondiéndole, rodeando su cuello con los brazos. Todo espacio entre sus cuerpos desapareció.

Sus labios eran sensuales, masculinos y se movían contra los suyos con maestría. Capturó el inferior con los colmillos y tiró con suavidad, agrandando el deseo que ya sentía.

Ambos se miraron.

Eric perdió el control.

Cogiéndola por los muslos, la sentó sobre un mueble que había cerca de

la puerta y abrió con brusquedad sus piernas, colocándose entre ellas. Las manos de Lux se fueron a su cabello, clavándole las uñas para atraerlo hacia sus labios. Esta vez fue ella quien lo devoró. Era primitivo, una imperiosa necesidad de tener contacto, de sentirlo y aliviarse.

Se tuvo que separar para coger aire, pero no sin antes volver a tocar el pelo oscuro de Eric. Con la respiración agitada, apoyó su frente sobre la de él. Abrió los ojos con lentitud, viendo nuevamente aquel brillo grisáceo dorado en sus cuencas azules.

—Para ser un primer beso no ha estado nada mal.

Él sonrió tenuemente, con la poca luz que había alumbrando uno de los perfiles de su rostro.

—Creo que es mejor que me vaya. Descansa, te avisaré antes de que nos marchemos —su voz era ronca, oscura y con un deje decadente que le erizó el vello de la nuca.

Pídele que se quede. Vuelve a besarle, a acariciarlo. Siente la fuerza fluyendo por sus fuertes hombros y brazos.

No. Lux tenía que mantener a raya aquellos impulsos.

Asintiendo, se bajó del mueble y recolocó su ropa con rapidez.

—De acuerdo.

Eric se fue no sin antes mirarla de nuevo, andando con incomodidad.

Tras quedarse sola, se dejó caer en la enorme cama. Los latidos de su pobre corazón eran desbocados. Colocándose una mano allí, cerró los ojos e intentó relajarse. Rápidamente, la sensación de excitación y euforia pasó a una de tristeza y ansiedad. Luna. Su amiga no estaba.

Aguanta, Luna, te encontrarán. Fueron sus pensamientos antes de caer rendida a los brazos de Morfeo.



Virginia iba con una bolsa de basura en la mano derecha, mientras que la otra la llevaba guardada dentro de la sudadera de color negro. Eran las once de la noche y después de un duro día de trabajo, había pensado en quedarse tirada en el sofá con su pequeño gatito. Pero el apestoso olor a pescado de la basura le había hecho tener que levantarse y tirarlo. Ni siquiera su gato había podido parar de maullar, arañando la puerta y mirándola con aquellos ojos azules muy parecidos a los suyos.

Arrojó la bolsa de basura al contenedor y luego se quedó un rato mirando el oscuro cielo de Nueva York. Desgraciadamente no se veían demasiadas estrellas, pero al menos el fresco aire de la noche no la atosigaba tanto. La refrescaba y aliviaba en cierta forma la preocupación que sentía por Lux.

Suspiró.

Sabía que pasaba algo entre su hermana y Luna. Le había extrañado mucho que se hubiese ido de viaje así como así, cuando Lux era de aquellas chicas que nunca cogía un avión. Les temía desde que era pequeña cuando vio por televisión el atentado de las Torres Gemelas.

Retomó el camino a casa, pensando en el doloroso recuerdo de sus padres. Ellos seguramente habrían afrontado la situación mucho mejor de lo que ella lo estaba haciendo.

Un coche negro con espejos tintados pasó por su lado, siguiendo su paso. Comenzó a andar más deprisa, mirando de reojo al vehículo. Cuando apenas quedaba una calle por pasar, la ventana se bajó lentamente, mostrando el rostro de un hombre de cabello castaño claro y ojos del mismo color. Era muy guapo.

Le sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Hola guapa, ¿puedes ayudarme?

Virginia frunció el ceño. A pesar de las pintas corrientes del atractivo hombre, ver los espejos tintados le resultaba extraño.

No solían verse coches así.

—¿Qué necesitas? —No se acercó al coche, se quedó en la acera, esperando.

—Busco a Lux Blueling. ¿Sabes dónde vive?

Virginia se acercó al coche lentamente, sin poder evitarlo.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros, mostrando sus musculosos hombros tapados por una cazadora marrón oscura.

—Tengo que darle un paquete, ¿vives cerca de ella? ¿La conoces? ¿Eres su vecina? Podría dejártelo a ti.

—¿Qué es?

—Es de su trabajo, yo sólo lo traigo. —Se encogió de hombros.

—Es muy tarde, los transportistas no trabajan hasta tan tarde —añadió con recelo, retrocediendo un paso.

—¿Te dejo el paquete o lo llevo de vuelta? Estoy haciéndole un favor a mi jefe al estar hasta tan tarde dando vueltas.

Cuando vio que bajaba del coche, Virginia fue hacia el maletero, al igual que él. Al abrirlo, mostró un paquete grande envuelto en cartón. Al intentar cogerlo, hizo un gesto de fuerza y lo volvió a dejar en el maletero. Aquellos ojos color marrón claro la miraron fijamente, sonriendo.

—¿Podrías ayudarme? Pesa mucho.

Ella frunció el ceño.

—Eres grande y fuerte, ¿en serio quieres que me lo crea?

—Tendrás que ayudarme, me han dicho que es para un pub en el que trabaja. No querrás que pierda su trabajo, ¿verdad?

Virginia abrió los ojos completamente mientras sentía la piel de gallina por la nuca.

Y no era por el frío.

—Mi hermana no trabaja en un pub. Ésa soy yo.

El rostro del hombre se hizo más duro, perdiendo aquella coqueta sonrisa. Sus ojos se volvieron oscuros como la noche, apretó las manos contra el coche, escuchándose un crujido. Miró allí. Las marcas de sus dedos se habían quedado impresas en la carrocería del coche.

Retrocedió rápidamente.

—¿Quién coño eres?

No recibió respuesta.

Virginia se dio la vuelta y comenzó a correr hacia su casa. Sus viejas zapatillas de deporte hacían que sintiese el asfalto en la planta del pie, incluso los charcos que pisaba por la fuerte lluvia que anteriormente había caído. Sus pies no tardaron en estar húmedos.

Suspiró aliviada cuando entró, aunque tuvo que probar las distintas llaves que tenía en el bolsillo, ya que solamente se dedicaba a mirar hacia atrás, estando atenta ante cualquier sombra que viese.

Cerró la puerta con fuerza, echó todos los cerrojos y colocó una silla en el picaporte. Luego, se apoyó sobre ésta y suspiró. Tenía que coger su escopeta.

¿Cómo diablos aquel hombre había dejado la marca de sus dedos sobre el coche? Nadie tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Escuchó el cascabel de su gato, luego sus maullidos resonaron al lado de ella. Se frotaba contra sus piernas, exigiendo atención.

Se levantó, lo cogió en brazos y fue hacia el salón, asegurándose de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Cuando vio de reojo el teléfono, fue hacia él y marcó el número de la policía.

No había señal.

Empezó a tirar delicadamente del cable del teléfono hasta que apareció roto.

—Mierda.

Retrocedió lentamente mientras escuchaba a su propio corazón latir con fuerza en su pecho. Sus ojos seguían clavados en el cable del teléfono.

Jadeó en busca de aire cuando una mano se agarró a su cuello desde atrás, asfixiándola. Soltó al gato, viendo cómo se escondía debajo de un mueble mientras sus claros ojos azules la miraban fijamente.

Intentó arañar aquella mano con las suyas, incluso intentó quitarle los dedos de su garganta, pero el apretón era de acero. Ni siquiera su fuerza multiplicada por dos conseguiría moverla un centímetro.

—¿Sabes? Creo que antes me lo pasaré bien contigo.

Sus pies dejaron de tocar el suelo.

Su garganta comenzó a latir de dolor, sus pulmones parecían hincharse más y más cada segundo que no cogía aire.

—De todas maneras, Luxian no se enfadará por llegar tarde veinte minutos.

¿Luxian? ¿Quién demonios era Luxian? Debía de haber un error, ella no conocía a nadie con ese nombre y mucho menos su hermana.

—Te estás equivocando —graznó.

—No lo creo, preciosa. Bueno, quizás un poco. He confundido tu nombre con el de tu hermana, pero ya te tengo, y eso es lo que me ordenaron. Ahora veamos qué escondes debajo de esa sudadera...

Al sentir que la otra mano agarraba la tela y tiraba hacia atrás, desgarrándola, se temió lo peor. Sus pechos quedaron descubiertos. Hacia dónde se dirigía aquel encuentro la aterrizzaba. Necesitaba salir de allí, buscar su móvil y llamar a la policía. Pero la falta de oxígeno le impedía pensar, idear un plan.

—Por favor, déjame, suéltame —sollozó, rogando que hubiese algo de compasión en aquel desconocido.

La mano apretó mucho más, haciendo que cerrase los ojos con fuerza. Se acercó tanto a su mejilla que captó el olor a tabaco en su aliento.

—Shh, sólo tengo veinte minutos.



—No te tenses tanto, y prepárate para sentir cómo el arma va a retroceder cuando dispires —murmuró Eric cerca del oído de Lux, agarrando la pistola sobre las manos de ella. El olor que desprendía la humana lo estaba volviendo loco y el no pegar sus caderas al trasero de ella era todo un desafío —. Es mejor que lo hagas sin las orejeras, en una situación real no las tendrás.

Ella asintió con seriedad, sacándole una sonrisa.

—De acuerdo, creo que lo he pillado.

Él dio dos pasos hacia atrás y asintió.

—Dispara.

Y lo hizo, varias veces. Las balas impactaron en el centro de la figura, dejando un pequeño humo a su paso. Sorprendido, se acercó cuando ella bajó el arma, mirándole con satisfacción por encima del hombro.

—Nunca habría pensado que se me fuese a dar tan bien.

—Estoy sorprendido, pensé que fallarías —admitió.

Lux contuvo la risa, pero su pecho vibró.

—Te arrepientes ahora de haberme enseñado, ¿verdad? Temes que sea mejor que tú.

Él la había llevado allí a las cinco de la tarde, cuando no había podido descansar durante más tiempo y había escuchado sus pasos por la mansión. Al parecer William le había conseguido ropa nueva, pues llevaba una sudadera blanca y unos vaqueros ceñidos que marcaban su esbelta figura, además de unas botas y unos calcetines altos.

—Practiqué un poco cuando me saqué el permiso de armas, tras el accidente —guiñó un ojo en su dirección, sacándole una sonrisa puramente masculina—. Te tomaba el pelo.

—Chica lista... De todas formas, no es una situación real: nunca vas a tener a un enemigo quieto, siempre se estará moviendo y él también te estará disparando.

Asintiendo, Lux le dio el arma.

—¿Ya se han despertado los demás? ¿Tenéis un plan?

—Hemos descansado tres horas, el resto del día hemos estado trazando varias líneas de actuación. De todas formas, Ethan ha salido.

Los ojos de ella se abrieron por completo.

—¿Crees que ha podido encontrar algo?

—No lo sé —añadió con sinceridad—. Hasta que no llegue...

En ese momento Kenyan entró en la sala de entrenamiento de armas con rapidez. Tenía el ceño fruncido y su cuerpo estaba en tensión, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Ethan ha encontrado algo, Eric. —Miró a la humana de reojo—. Todos están esperando en la sala.

—De acuerdo, ahora mismo vamos.

Kenyan asintió y se fue con pasos duros y pesados, como si el cansancio de aquellos días lo estuviese agotando.

Mientras ambos salían de la mano hacia el despacho, Lux no pudo evitar que imágenes macabras y sangrientas rondasen por su cabeza. Últimamente no sucedían más que cosas malas y tenía la sensación de que lo peor aún estaba por llegar.

Cuando entraron en una gran habitación, contuvo el aliento. Ante ella estaban todos los vampiros y el hombre lobo. Había un despacho lleno de papeles, mapas y fotos de periódicos. La gran mesa de caoba iba a conjunto con la silla, y las espesas cortinas de color rojo estaban echadas con persianas que no dejaban pasar la luz del sol.

La habitación era iluminada por una gran lámpara que colgaba de la pared y otra del despacho. Miró la gran alfombra que pisaba de aspecto regio. ¿Cuánto dinero tenían? Se preguntó de dónde sacarían tanto dinero para permitirse una propiedad de semejante tamaño y aquella exquisita decoración.

Quizás algún día lo supiese.

Miró a Gideon y se estremeció.

Sus ojos eran dos ónices que brillaban con intensidad, tenía la mandíbula tensa y los puños apretados fuertemente contra el asiento del sillón. El mueble en cuestión crujía. Parecía tener un tic nervioso bajo la mejilla derecha, miraba a la pared sin parpadear apenas. Sus hombros estaban tensos, quietos.

Miró a Kenyan, que seguía con aquella sonrisa como si nada le preocupase. Tenía que ser genial vivir la vida sin preocupaciones, pensó Lux. Ethan fruncía el ceño mientras Ben le contaba un chiste bastante malo, riéndose él mismo mientras daba fuertes golpes contra la pared.

Cuando se dieron los demás cuenta de la presencia de ambos, dejaron de hablar. Gideon fue el primero en levantarse y plantarse cara a cara con Eric.

—Pido permiso para salir nada más anochezca.

—Cálmate, Gideon, aún hay sol —Ben sonrió—. Hola, Lux, ¿cómo te

encuentras? Tienes muy buen aspecto.

Eric gruñó.

—No podemos salir así sin más y...

—Eres un maldito flojo —Gideon fue hacia Ben, haciéndose oír sus pisadas. Le agarró por la chaqueta—. No trabajas y encima, te quejas. Sigo sin comprender cómo pudiste llegar hasta la prueba final para ser un guardián.

La hermosa sonrisa de Ben se borró.

—Te voy a tolerar esto porque por alguna extraña razón, parece tener un vínculo fuerte con una humana a la que apenas has visto. Si no, estarías con la cara pegada al suelo, cabrón. Aparta tus asquerosas manos de mí.

Lux se estremeció por la gran tensión que podía palpase en el ambiente. Instintivamente, se acercó más a Eric. Sus oscuros ojos la miraron durante unos segundos, luego se apartó de ella y separó a los dos rubios. Agarró a Gideon por el brazo, tirando para atrás.

—Dejad de pelearos...

Lux se llevó una mano a la boca cuando Gideon empujó a Eric, haciéndolo chocar contra el escritorio.

Todo lo que había encima de éste cayó al suelo.

—No me toques. —Sus oscuros ojos se entrecerraron—. Vuelve a tocarme y te corto las manos.

Ethan sujetó a Gideon por el cuello y apretó con fuerza. El vampiro intentó volverse pero la firmeza del agarre se lo impidió. Un siniestro brillo apareció en los ojos de Gideon. Había salido en defensa de Eric aun cuando él no lo había pedido y aún menos necesitado.

Lux fue hacia Eric con intención de calmarlo al ver aquella mirada de muerte que se asomaba en sus ojos, quería que se centraran y así enterarse de lo que había sucedido. En un rápido movimiento Gideon había tratado de avanzar para atacar a Ethan, Eric estiró el brazo para apartarla de en medio.

La fuerza de su brazo le hizo perder el equilibrio. Lux se golpeó la cabeza contra la esquina de una pequeña mesa que había al lado, dándose justamente en la sien. Lo vio todo negro durante unos segundos.

Jadeó y cogió aire.

En menos de un segundo, Eric la incorporó y la sentó en un asiento libre, echándole un rápido vistazo. Eric soltó una maldición

—¿Estás bien? Se me olvida que eres humana, Lux. Lo siento.

Lux se llevó una mano a la cabeza, mareada.

—¿Qué? Ah, vale...

En esos momentos, no pensaba discutirlo.

—Suéltame, Ethan —murmuró fríamente Gideon, sin despegar sus ojos de los del hombre lobo.

—Cierra la boca antes de que te parta los dientes. Has perdido el control y eres un peligro para todos —gruñó Ethan, empujándolo lejos de él.

Gideon, como si se hubiese dado cuenta del repentino caos que reinaba allí, dijo algo en otro idioma y salió de la habitación dando un fuerte portazo. Lux cogió aire y se tocó la sien donde se había golpeado. Contuvo un gemido. Necesitaba saber qué habían averiguado, y ahora que Gideon se había ido, poco a poco los demás comenzaron a relajarse.

—Sigamos, ¿por dónde íbamos? —la marmórea voz de Ben la distrajo por unos segundos antes de sacudir la cabeza.

—Han secuestrado a Virginia Blueling, Eric. Ayer por la noche. Quizás alrededor de las diez cuando fue a tirar la basura. La casa está hecha un desastre, hay sangre por todas partes y signos de lucha —dijo Kenyan en gaélico para que Lux no se enterase de nada. Sus ojos azules grisáceos lo miraban entrecerrados. Estaba enfadada por no entender nada.

Eric se tensó mientras sentía la mirada de Lux ahora sobre él, exigiéndole una explicación de lo que había dicho.

—Y eso no es todo. —Kenyan clavó sus ojos violetas sobre él—. Creo que ha podido haber una violación; Ethan pudo captar las feromonas que desprenden los de su raza al mantener relaciones sexuales. Sean consentidas o no. —Eric se mantuvo impasible. Cualquier reacción suya perjudicaría a Lux—. Recuerda que los hombres lobo se caracterizan por la brutalidad que cometen durante sus relaciones sexuales —sonrió—. ¿Ves? He aprendido a decir las cosas con más suavidad. —Su ceño se frunció—. ¿Por qué coño te quejas...?

—¿Qué diablos pasa? ¡No me entero de nada! ¡Hablad en inglés ahora mismo! —gritó.

Kenyan alzó una ceja.

—¿Algo más? —respondió en gaélico—. Quiero enterarme de todo antes de hablar con ella.

—No. Está desaparecida, no sabemos nada de su rastro. He organizado ya dos grupos para buscarla y también a Luna. Los hermanos MacKenzie no dan rastro de vida, vuelven a estar incomunicados.

—Joder, cuando más lo necesitamos desaparecen. —Se pasó una mano

por el rostro—. Tampoco sé por qué me sorprende, ellos son así —alzó la voz al hablar en inglés—. Aparte de lo que hemos hablado, ¿alguna novedad más?

—No, no tenemos noticias sobre el paradero de Luna. —Ethan se pasó una gran mano por su cabello casi al rape—. Ni transformándome consigo hallar su olor. Llamó Naylea.

Lux frunció el ceño.

—¿Quién es Naylea? ¿Nos va a ayudar a encontrar a Luna?

El vampiro hizo un amago de sonrisa.

—Es mi hermana. Está en un monasterio de vampiros en Canadá. No creo que pueda ayudarnos mucho.

Los ojos de Lux se abrieron completamente. Se incorporó de su asiento con lentitud.

—¿Un monasterio de vampiros? ¡Dios mío, hay vampiros por todo el mundo!

Kenyan sonrió divertido mientras que Ethan seguía con el ceño fruncido. Eric pensaba cuál sería la mejor forma de decirle a Lux lo de su hermana. Dos noches atrás, le había pedido a Kenyan que investigara tanto a Lux como a Luna. Había enviado a Rox para que vigilara a Virginia. Si habían raptado a la humana eso quería decir que su viejo compañero debía de estar muerto. Rox había sido su compañero durante años y aunque pertenecía al cuerpo militar de los vampiros, no era un guardián, estaba en un rango inferior.

—Fuera, tengo que hablar con ella. Kenyan, te conoces el territorio mejor que ninguno, dejo en tus manos la partida de búsqueda. Organízalas y luego me lo dices.

Todos fueron dejando el despacho mientras Lux observaba con el ceño fruncido la seriedad que tenía el rostro del vampiro. Los ojos azules oscuros de él estaban sobre los de ella, midiéndola. Cuando pasaron dos minutos, ella se cruzó de brazos y suspiró, abatida.

—¿Qué te ha contado? —murmuró, alejándose de él hasta apoyarse en la pared de enfrente.

—Lux, quiero que sepas que cuentas con todos nosotros para esto y que no descansaremos hasta acabar con ellos y encontrarlas —prometió, dando un paso hacia su tembloroso cuerpo. Su corazón latía con rapidez, la sangre fluía por sus venas en un explosivo torrente de vida—. Te juro que pagarán por todo esto.

Los azules grisáceos ojos de ella se humedecieron. No sabía qué

pensamientos estarían pasando por su mente. Seguramente ninguno del calibre de la noticia de su hermana. Cogiendo aire, lo soltó con rapidez.

—Tu hermana Virginia ha desaparecido.

—¡No! —gritó—. ¡Mientes, no es verdad! ¡Me estás mintiendo! —Las lágrimas comenzaron a mojar su cara, dejando ver el miedo y la desesperación. Como si su peor pesadilla acabara de hacerse realidad.

Eric sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago, incapaz de poder hacer nada para aliviar su dolor.

—No. Tu hermana ha desaparecido. Los hombres lobo se la llevaron.

—¡No! ¡Me estás mintiendo! —gritó. Fue hasta él e impactó sus puños contra el pecho masculino. Sus ojos se enrojecieron mientras lloraba con fuerza, escuchándose por casi toda la mansión sus sollozos y sus palabras—. Dime que me estás mintiendo, por favor —rogó mientras otra lágrima caía—. Dime que lo has hecho porque...

—Ayer un hombre fue a buscarla expresamente, Lux. Mandé a un vampiro para que la vigilara. —La cogió por la barbilla, obligándola a que le mirase—. Si la han capturado ha sido porque lo han matado. Tu hermana intentó huir, pero...

—¿Cómo sabías que tenía una hermana? —susurró con voz ronca. Luego, como si se hubiese dado cuenta de algo, gimió de dolor. Sus ojos se abrieron completamente—. Me has investigado.

—Os investigué tanto a ti como a Luna. Quisimos enviar protección y eso fue lo que hicimos.

—Pero no fue suficiente. —Desgarrada, se rodeó con los brazos, agachando la cabeza.

Eric intentó aguantar el gran vacío y la opresión que sentía en la garganta. Nunca antes había tenido que consolar a nadie. Ahora se encontraba delante de una mujer con la que tenía un vínculo casi completo pero a la que desconocía casi por completo.

—La vamos a encontrar, ya estamos haciendo los grupos para esta noche.

—Por eso hablabais en otro idioma. —Sus ojos miraban la pared que estaba detrás. Parecía no escucharle.

—Lux... —Se pasó una mano por el rostro—. Hay algo que debo decirte.

—¿Más? —sollozó mientras otra cortina de lágrimas cubría sus rojas mejillas—. ¿Hay algo más? ¿Algo peor que esto? No dirás que han matado a mis padres, ¿verdad? —se rió con ironía—. Porque están muertos.

—Lo sé —respondió con simplicidad y tristeza.

—¡Joder, Eric! Dime la verdad. Seguro que no puede ser peor de lo que estoy pensando. —Su rostro se volvió pálido—. ¿Está... muerta? —la última palabra sonó seca, fría y sin vida. Hasta que no contestó, no parpadeó ni movió un solo músculo.

—¡No! —bramó—. No que sepamos.

Cogió aire antes de continuar, cerrando los ojos durante unos segundos.

—Ethan fue con otros a tu casa a inspeccionarla. —Lux le miraba fijamente, llorando en silencio—. Encontramos... encontramos sangre y también pudo captar una hormona que suelen soltar los hombres lobo al aparearse. ¡Mierda!, no llores más, por favor.

—¡Cómo quieres que no lllore! —gritó, tensándose y yendo hacia la puerta—. Acabas de decirme que mi hermana ha sido violada por una bestia, ¿sabes lo que estoy sintiendo en este mismo instante? ¿Puedes tener una vaga idea de cómo me siento?

—Lux, te entiendo perfectamente...

—¡No lo entiendes, no lo entiendes! —su voz cada vez era más alta, y agarraba el pomo de la puerta con fuerza.

—¡Lux, deja de comportarte así! Intento ayudarte. —Se levantó de la silla, siguiéndola.

—Pienso ir con vosotros, ¿te enteras? Voy a ir con vosotros y me vas a dar una maldita pistola y...

Eric abrió los ojos, sorprendido por la venganza que llameaba en ella. Antes de que pudiese hacer otro movimiento, se puso en medio de la puerta, impidiendo que saliera. Ella lo miró con dolor antes de golpearle. Su cara se volvió roja.

—¡Quítate de en medio!

Al no hacerlo, Lux agarró algo que había a su izquierda y se lanzó sobre él.



—¿Cómo va la humana? ¿Ha podido sobrevivir o habéis tenido que deshaceros de ella?

—De momento no responde. —Roger se retorció las manos, mirando de reojo a Luxian—. Pero tampoco está muerta. Parece estar con un pie en cada

barrio.

Los claros ojos de Luxian brillaron. Cuando sonó un golpe en la puerta, al abrir apareció Rotka. Tenía el corto cabello mojado, unos pantalones de talle bajo negros con sangre, al igual que la camiseta negra de deporte que solía ponerse. Sus ojos, tan claros como el cristal, observaban con todo lujo de detalles la habitación en la que se encontraba, esperando hallar algo fuera de su sitio.

Eso era lo malo de los originarios, en su sangre llevaban las ganas de luchar, derramar sangre y sobre todo, el poder. Querían tener el control en todo momento. Sabía que dentro de poco no podría hacer nada por seguir siendo el líder de los hombres lobo, pero Luxian pensaba sacarle el máximo provecho a la situación.

—Padre, tenemos a la hermana de la humana que buscamos.

—Perfecto, ¿dónde la tenéis?

—En las mazmorras. Pero ha habido un problema, Odair ha violado a la humana.

—¿Y qué problema hay porque la haya violado? Sólo la usaremos como cebo, después se la daremos a los neófitos. Esperemos que al menos se calmen —sonrió.

—No vamos a matarla. —Un frío glacial provenía de la voz. Rotka se cruzó de brazos, escuchándose la camisa crujir por los fuertes músculos que componían su espalda y brazos.

—¿Y qué vamos a hacer si no? —Roger se acercó cautelosamente a Rotka, intentando ignorar la mirada de odio que éste le dirigía.

—Cierra esa asquerosa boca que tienes si no quieres que te despedace, escoria humana —sus palabras eran frías, desprovistas de sentimientos—. No se te ocurra dirigirte a mí.

Sus ojos brillaron, furiosos.

—Cálmate, hijo, solucionaremos esto.

—El problema de que la haya violado será que ellos querrán vengarse. No muestras preocupación por el clan, padre. Además... la humana ha venido con heridas muy graves. Hemos estado a punto de perderla, ¿es que eres incapaz de ver lo crítica que es la situación? —gruñó, dando dos pasos hacia Luxian.

La cara de Roger palideció.

—¿Y cómo la habéis curado?

—Secuestramos a un médico del hospital de Nueva York que iba a su

casa, su turno había finalizado. La humana estaba desmayada, así que no hubo problema con la anestesia. Le ha dado unas pastillas y antibióticos para que no se le infecte la herida. La ha operado en la misma mazmorra, padre. —Apretó los puños con fuerza, escuchándose un chasquido.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Desde cuándo defiendes a los humanos? Recuerda que como futuro líder...

En apenas dos segundos, Luxian se encontró con las manos de su hijo sobre el cuello, levantándolo del suelo y apoyándolo en la pared. Comenzó a asfixiarse. Los dedos de Rotka apretaban con fuerza sobre la tráquea. Su pulgar hacía presión en una zona delicada que parecía estar a punto de reventar.

—No vuelvas a darme órdenes —gruñó.

Lo dejó caer al suelo y salió de la habitación, sintiendo los primeros espasmos de dolor que sólo afirmaban el cambio que su cuerpo volvería a sufrir en los próximos minutos.

Cuando entró en el gimnasio, todos los hombres lobo dejaron de pelear para mirarle. Se arrancó la ropa con una mano, desapareciendo su piel humana para dar paso a aquel pelaje oscuro y abundante que le cubrió todo el cuerpo. Aulló y entró en el campo de guerra, echándose encima de un hombre lobo que intentaba esconderse detrás de otro.

Oh, sí. Él sería perfecto para descargar toda su furia que por algún extraño motivo había aparecido al ver a aquella humana al borde de la muerte.

Al menos, Odair había pagado por ello.



Virginia apretó los ojos antes de parpadear varias veces y abrirlos. Ante ella se mostraba un techo gris, descolorido y con moho por todas las esquinas. Giró la cabeza y sólo encontró otra pared igual. Miró al otro lado y vio una puerta con rejas gruesas y de hierro.

Cuando intentó incorporarse, gimió de dolor al sentir una gran presión de cintura para abajo. ¿Qué diablos había pasado?

Se incorporó poco a poco hasta que vio un gran vendaje alrededor de su pubis y caderas con algunas manchas de sangre. Gritó horrorizada cuando todos los recuerdos de aquella noche le invadieron la cabeza. Un repentino

dolor la trajo a la realidad, derramando lágrimas por sus pálidas y frías mejillas.

Gritó mientras sentía un fuerte tirón en las cuerdas vocales.

Con las manos, se aferró a la sucia sábana blanca que tenía por encima para tapar sus senos desnudos.

Mientras las lágrimas se derramaban silenciosamente por sus mejillas y el miedo la invadía, intentó incorporarse poco a poco, sintiendo los tirones de los puntos. En el vendaje, comenzaron a aparecer nuevas manchas de sangre.

Dios, estaba totalmente horrorizada.

—Ayuda —gimió—. Por favor, ayudadme.

Cuando estuvo totalmente erguida, se mordió con fuerza los labios al sentir un escalofriante dolor atravesarle todo el cuerpo. Apoyó una mano en la mesa donde la habían puesto, cerrando los ojos y teniendo a duras penas el control sobre sí misma.

—Tú-ú puedes —jadeó, temblando por el frío y el dolor—. Si no te paró la muerte de tus padres, esto no lo hará. —Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus pálidas mejillas.

Comenzó a andar hasta la puerta de la celda, cojeando y dejando tras de sí un reguero de sangre. Su visión comenzó a hacerse borrosa, sus rodillas temblaron con fuerza hasta que vio un hombre de ojos castaños y cabello... Mierda, era él. Sólo con un aspecto más demacrado, un gran moratón alrededor del ojo, la mandíbula hinchada y bastantes arañazos abiertos por el rostro y brazos.

El que la había violado.

Y sonreía.

Abrió la puerta de la mazmorra mientras ella retrocedía, llorando con más fuerza.

—Déjame, por favor, déjame —gritó desesperada.

—¿Ves estas heridas? Me las han hecho por tu culpa. —Entró en la mazmorra, casi cubriéndola con su cuerpo—. Y tú eres quien va a hacer que me olvide de ellas.



Brandon miró el retrato de su difunta esposa, apretando con fuerza el marco de la foto. Sus claros ojos azules miraban con adoración a la cámara,

su cabello rojizo estaba suelto en finas y suaves ondas que llegaban hasta sus pálidos hombros. Sus labios, rojos carmesí, estaban curvados hacia arriba.

Dios, cuánto la extrañaba.

Aún podía recordar el olor a lavanda que desprendía. Cuando él estaba en el desván, afinando aquella guitarra eléctrica que le había regalado su mujer en el primer aniversario de bodas, ella solía ir a verle. Entraba, se sentaba y cerraba los ojos mientras le oía.

A Brandon no le hacía falta escucharla o girarse para verla.

Con sólo captar aquel olor...

Un gruñido de dolor brotó de su pecho al recordar más y más de aquella vida que parecía ser tan lejana. Aquella vida que ahora parecía tan irreal, como si hubiese sido un sueño. Recordaba cuando él dejaba de tocar y se acercaba a ella, diciéndole con la mirada lo mucho que la amaba y deseaba.

Miró la vieja y raída alfombra que había en el desván, donde habían compartido tantas noches de pasión. Rose se había enamorado de ella nada más verla en uno de sus muchos viajes de novios. Su color había sido de un morado con brocados blancos, suave pero estable.

Ya apenas quedaba nada de ella, al igual que él. Brandon Crow había desaparecido por completo aquella noche del 31 de octubre. Sólo quedaba una sombra de lo que había sido. Mientras que antes lo había movido el amor, la fuerza y las ganas por la paz con las demás razas, ahora sólo le movía la ira, la venganza y el dolor por su esposa.

Oh, Dios. Cuánto echaba de menos a Rose.

Dejó la foto en la mesa, mirando por la gran ventana del ático una hermosa vista de Nueva York. Muchos rascacielos se alzaban orgullosos, llenos de luces que apenas dejaban paso a la oscuridad de la noche. El mar los cruzaba por una cara, dándole un aspecto melancólico.

Se dio la vuelta y cogió las armas que tenía en uno de los armarios, equipándose completamente mientras pensaba qué tortura cometería hoy contra los asesinos de su esposa: los hombres lobo.

Como un originario, debía vigilar su espalda. Los vampiros lo querían para liderar al Consejo e incluso eran capaces de llegar a las manos con tal de que hiciese tal cometido. Aparte, los hombres lobo lo buscaban para acabar con él. En la actualidad, sólo quedaban cuatro o cinco originarios. Todos los demás habían sido extinguidos o habían muerto ya.

Escuchó un aullido a lo lejos.

Era la hora.



Eric terminó de guardarse las dos semiautomáticas mientras Ethan lo miraba desde una esquina, cruzado de brazos. Todos estaban armados hasta los dientes, ningún hombre lobo saldría con vida aquella noche. Y él obtendría la información que necesitaba, no podía volver sin nada. Lux no aguantaría mucho más.

Cuando Kenyan consiguió información sobre la vida de Luna, todos se sorprendieron al ver que ésta no tenía familia viva. Entre sus contactos, sólo estaban dos amigos españoles con el nombre de Manuel y Rafa. Cuando profundizaron más, pudieron averiguar que ellos eran como los hermanos mayores de Luna, tenían unos cuatro o cinco años más que ella. La habían cuidado cuando toda su familia excepto ella murieron en un accidente de avión.

Y lo más extraño: Luna había estado casada.

No existían papeles de divorcio. ¿Por qué seguía casada legalmente con un tal Jaime? Por supuesto, aquella información se la habían guardado. No necesitaban avivar más el odio que sentía Gideon en aquellos momentos.

Kenyan se había recogido el largo cabello casi platino en una coleta, acentuando sus rasgos afilados y mostrando aquellos ojos de color violeta. Vestía de negro, con unas botas del mismo color preparadas para la acción. Llevaba una catana en su espalda, dos pistolas Desert Eagle y munición. Sin decir una palabra, le hizo un gesto con la cabeza hacia atrás. Aunque no hacía falta; Eric había captado el olor de Lux nada más entrar en el almacén de armas del gimnasio.

Todos se fueron hacia el aparcamiento, a solas con ella. Suspiró incómodo al sentir de nuevo su miembro tan duro como un mástil cuando sintió su presencia. ¿Es que no podía controlar a su propio cuerpo? Parecía que no. Se sentía como un adolescente repleto de hormonas cuando la pura verdad era que su edad sobrepasaba los doscientos años.

Y eso no era lo peor.

Sentía los testículos tensos, los colmillos alargados ante las ganas de morder y succionar, alimentarse era una necesidad que tarde o temprano tendría que aliviar, fuera Lux o no. Cada parte de su cuerpo se moría de ganas por reclamarla como suya.

Cuando Lux se había arrojado a él con un cenicero, él sólo necesitó unos segundos para agarrar su mano y tirarla al suelo con una llave. Ella había estado debajo de él, con el cabello desparramado, observándole con sus ojos azules completamente rojos de llorar. Tras haber asentido, le había dado una última oportunidad para traer a su hermana y a Luna.

Eric no quería imaginar lo que sucedería en caso de que regresara con las manos vacías.

—Hola —susurró ella.

—Tengo que irme, Lux. Acaba de anochecer.

Sin más, cerró el gran armario e intentó no mirarla cuando pasó por su lado. Dios, apenas podían controlar su cuerpo.

Ella le agarró del fuerte brazo cuando rozó su cuerpo para pasar por la puerta y bajar al aparcamiento donde los demás lo esperaban. Pudo haberse desprendido de ella sacudiéndose pero al sentir su pequeña mano en su brazo descubierto, sólo pudo cerrar los ojos, pararse y coger aire mientras se repetía por qué no debía tomarla allí mismo.

Pero no existían razones.

—Eric, quiero pedirte disculpas. Yo... sé que...

—Lo entiendo, Lux. Esta situación es insoportable. Yo no habría reaccionado mejor si la víctima fuese mi hermana.

Ella asintió con lentitud, luego se hizo a un lado.

—Tráelas de vuelta, por favor.

CAPÍTULO 11



Dolor de pelotas? —bromeó Ben sonriendo—. Ni idea de qué se trata. ¿Se siente bien? Esta humana te lo pone crudo, hermano.

El humor de Ben, en algunas ocasiones, relajaba al grupo. Pero no aquella noche. Todos parecían saltar a la mínima, incluso él, que solía pasar de todo.

—Tus bromas no son hoy bienvenidas. —Ethan movió el cuello de un lado a otro, crujiendo levemente.

En dos grupos, Eric, Ethan y Ben se montaron en un Ford Focus negro. Mientras que Kenyan y Gideon se montaban en otro. Eric, mirando de reojo a su destrozado compañero, suspiró y miró a Kenyan.

Éste asintió.

Luego, cada uno de ellos se separó al salir del aparcamiento. Se habían dividido la ciudad para rastrearla y capturar a cualquier hombre lobo que pudiese darles información.

Desgraciadamente, Eric era consciente de que si él no conseguía averiguar nada sobre el paradero de las dos mujeres, Lux acabaría por salir de la mansión y buscar. No conseguiría nada más que su muerte, pero al menos no sentiría la culpa de estar quieta mientras el tiempo pasaba y con ello aumentaban las posibilidades de que ambas hubiesen muerto.

También se prometió llamar a su hermana Naylea.

Sabía que se encontraba sola en Canadá y que tarde o temprano, si él no iba a visitarla, ella acabaría apareciendo. Y lo que menos necesitaban en ese momento era que Naylea estuviese por Nueva York. Luxian la utilizaría en su contra, sabiendo que él se entregaría a cambio de ella, o incluso que vagaría por las calles hasta que le diesen caza.

Golpeó con fuerza el volante y maldijo.

Al menos, si Brandon Crow y los hermanos MacKenzie estuviesen con ellos, todo sería mucho más fácil.

Pero los cabrones de los hermanos se habían tomado un año sabático por su país natal, Escocia. Ambos eran originarios, al igual que el infeliz y

amargado Brandon Crow, quien vagaba por el mundo matando a todos aquellos hombres lobo que se cruzaban en su camino como venganza por la muerte de su esposa Rose.

—¿Qué coño te pasa? —le espetó Ben—. Si sigues a esa velocidad y dando frenazos, acabaremos en un hospital.

Ethan, quien lo llevaba mirando de reojo desde que salieron del aparcamiento, asintió.

—Odio darle la razón al muñeco hinchable de atrás, pero es cierto.

—¿A quién diablos le llamas muñeco hinchable, chuchó? Dios, cuando te transformas tienes más pelos que...

—Al menos no parezco un ridículo bebé con un atrofiado y desarrollado pene —sonrió, sabiendo que había dado en el punto débil del vampiro rubio.

Los ojos azules de éste se achicaron.

—Maldito perro de mierda. Las mujeres aman no verme ni un rastro de pelo en la polla. ¿Quieres testigos? Ve al bar que está en la esquina de...

—No hace falta que vaya tan lejos. —La sonrisa de Ethan se hizo completamente lobuna—. Puedo preguntarle a cualquiera que pase por nuestro lado. Si lo pensamos seriamente —Eric intentó aguantar la risa mientras miraba por el espejo retrovisor, donde Ben apenas podía controlarse — eres como un prostituto, a excepción de que no cobras. Porque no lo haces, ¿verdad?

—Se acabó, para ahora mismo el coche —gruñó—. ¡Para el jodido coche, voy a cargarme a este malnacido ahora mismo! Luego, pondré tu peluda piel como alfombra en mi cuarto de baño. Me servirás para secarme las plantas de los pies —su sonrisa se acentuó—; al menos servirás para algo.

—Voy a destrozarte esa cara de niño mimado que tienes y...

—Callaos. Los dos. ¡Ya! —gritó—. El próximo que hable, se baja.

No se volvió a oír nada más.



—¿Qué haces? Tenemos que ir hacia la derecha.

—Haz lo que quieras, yo voy por ese camino —dijo Gideon sin mirarle.

Mierda, estar con aquel estúpido vampiro era lo peor que podría haberle ocurrido. Podía aguantar las bromas de Ben, el inquietante y constante silencio de Ethan, e incluso el mal humor del líder de los Guardianes del Rey,

Eric.

Pero un vampiro con el vínculo de Anam Cara era sin duda un peso que no estaba dispuesto a cargar y menos aún, en una misión donde Eric prometía dejar sin testículos a todo aquél que no llevase información.

—Genial, vete, haz lo que te dé la gana. Luego serás tú quien pague las consecuencias. Yo no voy a convertirme en tu puñetera niñera. Jódete.

Y con ello, se dio la vuelta y siguió la ruta que Eric había establecido mientras maldecía. Metió las manos dentro de la cazadora e intentó no pensar en Gideon, en no ir detrás de él y seguirle. A pesar de todo, era un compañero. Siempre habían estado unidos, como dos hermanos.

Luego llegó Luna, la española que parecía traer loco a su compañero.

¿Qué veía en ella? Podía admitir que era atractiva, pero había visto mujeres mucho mejores. En primer lugar, hablaba demasiado alto, como queriendo hacerse escuchar. En segundo lugar, cuando se enfadaba solía soltar un montón de tacos, haciéndole perder la paciencia. Era una perra presuntuosa que creía que todos tenían que hacer su voluntad.

Luna era un misterio para él, aunque tampoco tenía ganas de resolverlo. Se preguntó cómo se tomaría Gideon la noticia de que estaba casada. Soltando otro taco más, se dio la vuelta y siguió a su compañero.

—Eric nos va a matar, y todo será por tu culpa.

Gideon se encogió de hombros mientras seguía caminando con rapidez, repitiéndose una y otra vez que volvería a verla, que la encontraría viva. Por supuesto, ni él mismo se creía sus palabras.



Lux miraba con aburrimiento una película que echaban en la televisión. No se había enterado muy bien del argumento, pero parecía ir de adolescentes y vampiros.

Cuando era más joven, solía leer esos libros y quedarse hasta tarde viendo las películas y series que la televisión transmitía, pero ahora todo aquello le parecía tan dulcificado que incluso le producía arcadas.

Además, después de conocer a un vampiro como Eric, estaba segura de que ninguno volvería a hacer mella en ella. Se pasó una mano por el cuello, sonriendo al recordar el incidente que hubo entre ambos. Había estado a punto de perder la vida, pero Luna había subido a la habitación con Gideon.

Dios, nunca podría agradecerérselo.

Sin ella y la ayuda de los demás vampiros e Ethan, hubiese muerto.

Lux no había podido hacer nada cuando se llevaron a su mejor amiga. Todavía sentía un enorme peso sobre sus hombros. Quería confiar en Eric, pero no tenía nada a lo que agarrarse y aquella espera la estaba matando. ¿Y si Luna ya estaba muerta? ¿Y si su hermana también? ¿Qué haría ella?

Sabía que si hacía algo, Eric iría a buscarla y sería capaz de encerrarla. Por algún extraño motivo, realmente se preocupaba de su seguridad. Lux no le daba tanta importancia al vínculo. Porque no la tenía, ¿verdad? Sacudió la cabeza y suspiró. No podía quedarse sentada mientras su hermana y su mejor amiga estaban afuera, siendo torturadas o metidas en bolsas de plástico.

Golpeó con fuerza el sofá.

Sabía que tanto las asistentas como el mayordomo se pasaban varias veces por el salón para tenerla vigilada. Odiaba aquella especie de jaula que él había creado para protegerla. Además, ¿por qué tenía ella que soportar eso? ¿Acaso eran pareja para que se preocupase tanto y la sobreprotegiese? El vínculo no estaba cerrado, era libre. Y lo sería por mucho tiempo.

—Como no venga con noticias, yo misma saldré de esta jaula —susurró cambiando de canal—. Joder, maldito Eric, soy una prisionera.

—¿Por qué insultas a mi hermano, humana? ¿Y qué haces en su casa?

Lux se levantó de un salto del sofá y miró a una hermosa mujer que estaba en la puerta del salón, cruzada de brazos y mirándola con el ceño fruncido. Su cabello era de un color castaño claro y mezclado con rubio con mechuras negras en el interior muy anchas. Su cabello, completamente liso, le llegaba hasta por debajo del pecho.

Sus ojos eran del mismo color que los de Eric, azules oscuros con una raya clara en el interior. Su piel era pálida, tenía una pequeña nariz y unos labios finos excepto por el inferior, que era levemente más carnoso. Era bastante baja de altura, aunque estaba segura de que nadie se había dejado engañar por su apariencia. Esa mujer transmitía fuerza y carácter por todos los poros de su piel.

Llevaba una camisa oscura de tirantes, una falda ancha con varios cortes de color negro y unas botas miliares. En el cuello, tenía un colgante de una luna que descansaba entre el canal de sus pechos.

Cuando sonrió, mostró unos pequeños pero afilados colmillos.

—¿Y bien?

—¿Quién eres tú? —le preguntó Lux mientras se acercaba a ella.

—Yo te he preguntando primero, humana, así que contesta. Además, estás en mi casa y no tengo por qué responderte.

Vaya, lo que tenía de guapa lo tenía de gilipollas.

—¿Quieres dejar de decirme humana? Tengo nombre —le espetó.

—Te llamaré por tu nombre cuando me lo des —sonrió—. Me llamo Naylea y...

—¡Eres la hermana de Eric! —pensó en voz alta—. Dios, lo suponía. Os parecéis muchísimo.

—Conoces a mi hermano —no era una pregunta, pero Lux de todas maneras asintió—. ¿Puedo preguntarte por qué hueles a él? Desprendes su olor por cada poro de tu piel y además, en tu sangre hay rastros de la suya. — Sus hermosos ojos se abrieron por completo—. Dioses, no me digas que os habéis unido.

Aquel dichoso tema aparecía cada dos por tres. Cogiendo aire, intentó mantener la calma.

—En primer lugar, yo no me he unido a nadie. Y en segundo lugar, tu hermano bebió de mí y estuvo a punto de matarme. Yo bebí de él, inconscientemente, fue idea suya. Yo nunca quise.

—Sí, sí... Has bebido de mi hermano, puedo olerlo en tu sangre. No te preocupes, no hay nada de lo que avergonzarse. Mi hermano es un buen macho y si no te cuida bien, podrás llamarme y yo vendré a patearle el culo. —Le guiñó un ojo. Su sonrisa desapareció—. Pero aún no habéis cerrado el vínculo, ¿le estás haciendo sufrir? Me parece estupendo, me encerró en ese maldito monasterio y me ha costado muchísimo escapar. Oh, ¿has visto al malnacido de Kenyan? Le debo unos cuantos golpes.

Lux parpadeó varias veces mientras aquella vampira se sentaba en el sofá y comenzaba a cambiar de canales. Cuando pasó por su lado, pudo captar un olor a chocolate y a rosas que hizo que cerrara los ojos de placer.

—Me estoy perdiendo... Naylea. —Alzó las manos—. Yo soy Lux, no sé si te habrá hablado tu hermano sobre mí y mi amiga Luna.

Ella la miró y se levantó del sofá.

—¡Ay, Dios! Eres la humana que trae loco a mi hermano, ¿verdad? Muchos ya hablan de ti y también de tu amiga Luna. Que por cierto me han dicho que es española, ¿habla bien el inglés? Yo una vez intenté aprender español pero...

—¿Hablan de nosotras? ¿Por qué? No me has respondido a lo de la sangre y cada vez que hablas me dejas con más dudas, ¿te importa

recapitular?

—Vamos a ver. —Naylea apagó la televisión—. Sí, sé que mi hermano y sus *colegas* —bufó la última palabra— os salvaron la vida frente a los hombres lobo. Os borraron la memoria pero la recuperasteis totalmente al encontraros, sé que teníais sueños ya que la pérdida de memoria los causa. Aunque pocos consiguen recordarlos... —se mordió el labio—. Luego sé que hubo otra pelea en un bar donde todos os reencontrasteis y finalmente, habéis acabado aquí. Se sabe que Gideon hace el payaso para llamar la atención de Luna y que tú y Eric tenéis encuentros muy fogosos por las noches... —Alzó una ceja—. Creo que eso es falso, porque si no ya estaríais unidos. Sois un cotilleo en la sociedad de los vampiros, el Consejo no está muy contento — hizo un mohín con los labios.

—Secuestraron a mi amiga Luna cuando nos instalamos en el piso que tu hermano y los demás nos ofrecieron. —Los ojos de Lux se aguaron, pareciendo de un azul verdoso en vez de azules grisáceos. Se humedeció los labios—. Se la llevaron sin que Eric o yo pudiésemos hacer algo. Luego... —tragó saliva—. Hace poco me he enterado de que también se han llevado a mi hermana. Me lo estoy tomando como algo personal.

—No, deja de pensar esas estupideces. Haces dos cosas mal. —Levantó un dedo, mostrando una uña negra con un símbolo alquímico—. Esto no es algo personal contra ti, sino contra mi hermano por distintos motivos que ahora no interesan. —Levantó otro dedo—. Si yo hubiese estado en tu lugar, saldría de esta mansión en menos de dos segundos y ni nadie y menos Eric, me pararía los pies hasta encontrar a mi hermana.

Lux sintió una fuerte opresión en la garganta que le impidió respirar durante unos segundos.

—Lo sé, pero...

—¿Pero qué? Levántate ahora mismo. Tú y yo nos vamos a matar lobos. No te preocupes, mi hermano me enseñó cuando cumplí los dieciséis. —Le guiñó un ojo—. No me preguntes cuántos tengo ahora mismo, es una grosería. Conseguiré la llave donde están guardadas las armas y... ¡Listo!

Naylea tenía razón. Ella no podía quedarse quieta mientras su hermana y su mejor amiga estaban fuera, jugándose la vida. Por otra parte... ¿de qué serviría ella si moría afuera? ¿No se enfadaría Eric ante la muestra de desconfianza absoluta y total que mostraba? Le había prometido que se quedaría allí... Iba a romper su promesa.

Pero por una buena causa.

Al notar que no la seguía, Naylea se dio la vuelta.

—¿Vienes?

Persiguió a la vampira mientras una pequeña vocecilla le decía que estaba haciendo algo que lamentaría toda su vida.

CAPÍTULO 12



Naylea metió una llave plateada en la cerradura del gran armario donde anteriormente Lux había visto a Eric y a los demás guardianes sacar armas. Pero al verlo frente a ella, no pudo evitar jadear y llevarse una mano al pecho. Eran enormes, y estaba segura de que por su enorme peso ella no podría cargarlas. Había una sección con dagas, catanas y otras espadas casi tan grandes como ella misma. Lux se preguntó quién las cuidaría. Una macabra imagen de Kenyan afilándolas apareció por su mente. Él era el más oscuro y frío del grupo.

Se estremeció.

¡Dios mío! Tener toda esa cantidad de armas debía ser ilegal. ¿Acaso ellos traficaban con ellas? De esa forma se explicaría el porqué de sus riquezas. No necesitaba una respuesta que se lo confirmara, estaba segura de que sí.

—Deja de pensar que mi hermano trafica en el mercado negro —sonrió al ver el sonrojo de Lux—. Se las compran a vampiros y humanos que conocen nuestra existencia. Si supieses los altos cargos que ocupamos en la actualidad de distintas empresas... ¡Te llevarías las manos a la cabeza!

—¿Humanos?

Naylea la miró como si acabasen de salirle dos cuernos en la cabeza.

—Por supuesto, humanos. Ganan un pastón gracias a nosotros. No cogeremos las espadas, pesan demasiado y tampoco debemos tener un encuentro tan cerca con los hombres lobo. Las pistolas son nuestra mejor opción.

Lux vio cómo aquella pequeña mujer —era incluso más pequeña que ella — cogía una escopeta de caza y una M4 Carbine. O al menos, eso ponía en el grabado de dicha arma. La cargó y sonrió al escucharse soltar el gatillo. Se alejó del armario y se fue al de al lado, cogiendo munición para después irse a un gran escaparate con toda clase de armas blancas.

Una de ellas se la guardó bajo la suelta falda, otra en la bota y por último, una en el cinturón.

—Deja de mirarme como si estuviese loca. El tiempo es oro. Reza para que Eric no nos encuentre; si no, yo directa al monasterio pero tú... —sonrió con picardía—. ¿Has probado que te dé unos azotes? A mí solía gustarme hasta que tuve un pequeño accidente y...

—Vale, lo he entendido. Cojo dos armas. —Se cruzó de brazos delante del gran armario. Cogió dos pequeñas pistolas y, apuntando con ellas hacia abajo, se acercó a Naylea—. No sé cuál es su munición, ¿me ayudas a buscarla?

En menos de dos minutos, Lux se encontraba más armada que nunca antes en su vida. Dos pistolas, un gran collar de munición colgándole por el cuello, dos cuchillos afilados en los muslos y otra pistola en el cinturón.

Suspirando, miró a Naylea.

—Sabes que no sé disparar ni lanzar cuchillos, ¿verdad?

Se encogió de hombros, cerrando los armarios e instándola a que la siguiese.

—Mientras no me des a mí, no me importa. Además, todo humano que se encuentra en una situación de vida o muerte, acaba dando a su enemigo.



—No me puedo creer que hayas hecho eso —susurró Lux.

—No los he matado, sólo los he dormido. Mi hermano me prohibió que tocara a su servicio y menos aún a su mayordomo. —Se encogió de hombros—. Deja de quejarte como un bebé y sube al coche. Tenemos mucho trabajo que hacer. Vamos a visitar a alguien que nos echará una mano con lo de tu hermana y amiga.

Lux se subió y cuando ambas salieron del aparcamiento, se dio cuenta de lo segura que había estado en la mansión. Sintió todo su cuerpo temblar, ya fuera por miedo o excitación. El aire fresco de la noche penetró por la ventana abierta del vehículo, refrescándole el rostro. Se preguntó si era buena idea. Desde chica, había sido algo cobarde y era lo que más odiaba de sí misma. Nunca había faltado a clases, ni alzado la voz ante sus padres, ni les había mentado acerca de si estaba o no haciendo los deberes. Mientras su hermana Virginia se escapaba por la ventana, ella permanecía en su cuarto, observándola alejarse mientras un coche con las luces encendidas la esperaba fuera.

Se limpió rápidamente dos lágrimas que cayeron por sus mejillas, pero Naylea se dio cuenta.

—¿Te pasa algo? Podemos volver, si es eso lo que te pasa.

—No, no, no es eso —se aclaró la voz—. Me odio —murmuró dolorosamente, obligándose a tragarse las lágrimas—. Odio ser tan cobarde. Mientras tú sólo me instabas a salir, yo no dejaba de dar pretextos. Luna o mi hermana no habrían dudado en salir a buscarme y mírame a mí —tardó unos segundos en responder, tratando de controlarse—. Tú has tenido que plantearme las cosas a la cara para darme cuenta de todo.

Sintió la mano de ella en su muslo, apretádoselo suavemente.

—No te lo tomes así. Es normal, de verdad que te entiendo. Antes era diferente, he tenido que darme bastantes golpes en la vida para cambiar.

Tomó una curva con demasiada velocidad, haciendo que Lux se golpee el lateral de la cabeza contra el cristal.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Vamos a visitar a un... viejo amigo. Él nos ayudará, aunque a cambio querrá algo.

Lux miró por la ventana. Aquel paisaje no lo conocía. Sólo se veían calles oscuras y sucias donde las personas estaban afuera con una pequeña hoguera, hablando en voz baja mientras fumaban y bebían. El aspecto de esas personas era desaliñado, oscuro y sucio. Dios, ¿en qué barrio se encontraban?

Un hombre con bigote y gorra que estaba sentado en los escalones de la puerta de la casa la miró fijamente.

Había tanto silencio que era escalofriante.

—Tranquiliza ese corazón, llega a ser hasta molesto —bromeó Naylea.

—¿Dónde nos encontramos?

—Mejor que no lo sepas. Eric acabaría enterándose y me mataría.

Cuando aparcó, Lux siguió a Naylea de cerca, quien andaba con total seguridad como si hubiese estado allí anteriormente. Incluso alguno que otro la saludó con un asentimiento de cabeza, mostrando respeto. En cambio, a Lux la miraban de reojo, con cierto recelo. Era una desconocida y allí parecían odiar a los nuevos.

Se llevó una mano al pecho y se obligó a tener más valor.

En cinco minutos, ambas se encontraban en un callejón donde había una puerta de emergencias de un local. Entraron con el consentimiento de un camarero que estaba fumando afuera. Volvió a saludar a la hermana de Eric y a ella la observó con una curiosa sonrisa antes de mirar la redonda luna

asomarse entre los edificios. Le pareció captar un extraño brillo en su melancólica mirada.

Se acercó a la espalda de Naylea.

—Ese... no es humano, ¿verdad?

—No, no lo es —respondió en voz baja—. ¿Viste sus ojos grises, como el humo? Son líquidos, sus iris se mueven como oro fundido. Se desconoce a qué especie pertenece, pero son muy agresivos. Son capaces de encender un edificio entero si los pillas de mal humor.

Cuando entraron, Lux parpadeó por el humo que había en la discoteca. Era de dos plantas y, por todos lados, había personas bailando y pidiendo en la barra. Las camareras que atendían vestían minúsculas faldas, mientras que los camareros no llevaban camisas y mostraban sus trabajados torsos, tonteando con algunos clientes.

Las luces eran rojas y amarillas, haciendo un ambiente oscuro y perfecto para dejarse llevar.

Cuando Naylea se paró de repente, Lux se golpeó la nariz contra su cabeza.

—Ay, mierda. Qué dolor.

—¿Era ése Brandon Crow? —era una pregunta retórica—. No, es imposible.

Lux no tuvo dificultad para mirar por encima de su cabeza.

—¿Quién? ¿Qué pasa?

—Si mis ojos no me engañan, tenemos ante nosotras a uno de los vampiros originarios. Para entendernos: de los primeros vampiros que existieron y cuyo linaje es puro. Pero... pensé que había desaparecido después de la muerte de su esposa —susurró—. Mierda, lo he perdido de vista.

—Me estoy perdiendo. Yo sólo veo a muchas personas frotándose unas contra otras y un terrible humo que me hace llorar los ojos.

Naylea le cogió de la mano.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. Viktor debe de estar esperándonos.

—¿Quién es Viktor? ¿Cómo va a saber que estamos aquí si este plan lo hemos ideado de manera espontánea? Ni yo sabía que fuésemos a venir aquí.

—Porque él siempre lo sabe todo. No te dejes engañar por él, es un berserker muy... intimidante que no duda en usar todas sus cartas para que le debas favores y te tenga bajo su mando. Todos en este club están endeudados. No hables, déjame todo a mí.

Lux seguía sin entender nada mientras la seguía, dando trompicones y chocándose con casi todas las personas que se encontraba. Alguna que otra mano le tocó el cabello, el trasero y la cadera. Ella se giraba, pero desaparecían. Todo aquello la estaba inquietando.

—Los berserker son guerreros vikingos. Él es el más antiguo que conozco. Tiene una deuda conmigo.



Eric dejó caer con fuerza el cuerpo del hombre lobo que acababa de matar en una de las más sucias y oscuras calles de Nueva York. Miró sus manos y el cuchillo que había empleado: cubiertos de sangre y piel.

Ethan se acercó sobre dos patas en forma lobuna. Su gran pecho cubierto de pelo se movía con fuerza, sus ojos le miraban fijamente, esperando alguna orden. Ben se limpió un corte de su rostro, maldiciendo mientras daba una matada al hombre lobo que habían conseguido dejar con vida. Aulló dos veces antes de que Ethan se acercase y le diese un mordisco en el hocico, imposibilitando que se comunicase y pidiese refuerzos a otros que pudiesen estar cerca.

Se escuchó un gemido de dolor.

—Ben, llama a Gideon y a Kenyan. Diles que hemos conseguido capturar a uno.

El rubio asintió.

—Ethan, llévatelo a casa. Ben irá contigo, yo aún tengo cosas que hacer.

Sabiendo que iba a protestar gruñendo o volviendo a su forma humana, le palmeó la gran y peluda espalda con una mano. Tenía la sensación de que en esa noche pasaría algo. Su instinto se lo advertía una y otra vez.

—Es una orden, amigo mío. Si Lux os ve se quedará más tranquila. Iré en una o dos horas como mucho.

Cuando él asintió, Ethan se fue hacia una esquina para cambiar a forma humana. De reojo, Ben hablaba casi chillando con uno de sus compañeros. Parecía enfadado, daba patadas a los cadáveres de sus enemigos que quedaban por el suelo hasta que encontró un contenedor y se desahogó con él.

Cuando sus ojos claros contactaron con los de Eric, colgó.

Se acercó a él con rapidez.

—Gideon ha perdido el control. Se encuentran en una pelea en el Bronx. Mierda.

—Ben y yo iremos al Bronx. Te han dicho exactamente dónde se encuentran, ¿verdad? —él asintió—. Nos vemos luego —le dijo a Ethan.

Ambos se montaron en el coche conducido por Ben, mientras de reojo observaba cómo un Ethan ya humano cogía al lobo que, poco a poco, comenzaba a recuperar su forma humana, dejándolo completamente desnudo.

Maldita sea. ¿Por qué no se había puesto él mismo con Gideon sabiendo lo imprudente e insensato que era desde que desapareció Luna? Pensaba que Kenyan al menos podría mantenerlo a raya, pero se había equivocado. Ahora tendría que pagar con las consecuencias e intentar repararlo. Las normas que regían a los vampiros eran estrictas. Si alguno de sus hombres era secuestrado, asesinado, o conseguían sacarle información sobre el Consejo de los Vampiros, toda la culpa recaería en Eric y, si todo se enturbiaba más, su hermana Naylea también estaría en peligro.

Ya había pasado una vez.

No sólo iba a correr sangre lobuna, también la de aquéllos que lo habían desobedecido. Ninguno de ellos tenía el suficiente poder como para no acatar las órdenes del líder de los Guardianes del Rey.



—Mierda, está más sexy desde la última vez que lo vi —ronroneó Naylea mientras entraba junto a Lux en un gran despacho, luego silbó—. Y ahora es más rico. ¿Por qué coño tuve que ir detrás del elfo de Kenyan? Ese tío no vale la pena.

Lux parpadeó varias veces. No sólo por las palabras tan bruscas de Naylea, sino al ver a un gigantesco hombre cruzado de brazos y apoyado en el borde de una hermosa mesa de color caoba que costaría su sueldo durante dos años. Tenía el cabello rubio hasta la nuca, con varios mechones cayendo sobre el atractivo rostro varonil. Tenía unos ojos de color castaño con algunos puntitos dorados, dándoles un toque tan cálido que estaba a punto de derretir a las dos mujeres que se encontraban con él. Su piel era olivácea, cálida. Estaba vestido de chaqueta, pero la corbata estaba tirada en uno de los caros sillones, viéndose un poco del musculoso torso que tenía. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca. Era igual de grande que Eric y los

demás.

Oh, Dios.

Lux se recordó que era de mala educación babear y mirar fijamente a alguien, pero apenas podía controlar sus pobres hormonas humanas, aún menos con el vínculo medio forjado. De reojo observó a Naylea, que se encontraba en la misma situación que ella. De repente, sonrió.

—Viktor, estás... encantadoramente caliente y sexy. —Lux la miró con una ceja alzada—. Miranos, dos pobres mujeres excitadas ante ti, ¿es que no tienes vergüenza, vikingo?

Cuando sonrió, Lux se llevó una mano a la garganta. Era la sonrisa más hermosa que nunca antes hubiese visto.

—Ya sabes que puedo hacerme cargo de más de una mujer al mismo tiempo. —Miró a Lux—. Pero no creo que hayáis venido a...

—¿Follar contigo? No, déjalo. Tenemos mucho que hacer y eres como una piedra en el zapato. Además, recuerdo que los polvos rápidos no eran lo tuyo.

El vikingo frunció el ceño, enfadado. Incluso así se veía irresistible, como un adonis.

—No solías quejarte.

—He conocido a algunos mejores. —Naylea se llevó una mano a la boca y jadeó teatralmente—. Dios, no me digas que he herido tu orgullo.

—Es Kenyan, ¿verdad? Cariño, no te hace caso. Pasa de ti.

Auch. Punto débil.

Lux pudo ver el ceño fruncido de la vampira a la vez que una extraña expresión aparecía en su rostro.

—Al menos no me engañó con dos zorras —gruñó, mostrando dos largos colmillos que Lux no había visto antes.

—Fue sin querer, te pedí disculpas. —Se encogió de hombros, sonriendo como un niño. No parecía sentirlo en absoluto—. Además, mi cara estuvo cubierta de moratones por tu querido Kenyan.

—Es un buen hombre, no como tú. Ahora deja de distraerme y escucha lo que tenemos que decirte. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué has oído sobre una española que ha sido secuestrada por los hombres lobo?

El rostro oliváceo del berserker se volvió frío y serio. No quedaba nada del antiguo hombre que había estado bromeando con ellas. Su postura se tensó.

—No sé de qué hablas, Naylea.

—No te hagas el estúpido, vikingo. ¿Te crees que no sé que tienes espías por toda Nueva York? Me debes una deuda, y quiero que me la pagues ahora mismo.

Sus ojos marrones brillaron, volviéndose calientes y de un tono dorado casi miel.

—¿Estás segura? Puedes necesitarlo en otro momento.

—Dime dónde se encuentra Luna, la española que ha sido secuestrada. —Lux le dio un codazo suavemente. Cuando la miró, se acercó a su oído y lo más bajo que pudo, le susurró el nombre de su hermana—. Ah, por cierto. Como saber sólo un nombre es muy poca cosa, quiero que me digas también dónde se encuentra Virginia. Y así, tendrás tu deuda salvada. —Le guiñó un ojo.

Lux tragó saliva mientras observaba cómo Viktor sonreía y negaba con la cabeza varias veces. Esperaba no estar metiendo en ningún lío a Naylea. No sólo se enfadaría Eric, sino que ella tampoco se perdonaría que le sucediese algo. Ya bastantes personas se estaban viendo implicadas en asuntos oscuros por su culpa.

—Una deuda, una información. Lo tomas o lo dejas. ¿Quién será? ¿Luna o Virginia?

—No intentes tomarme por estúpida. No pienso volver a meterme en otro trato contigo. Terminaremos éste como te he dicho. No me deberás nada si me das la información de ambas humanas.

Poco a poco, Viktor se fue acercando sin dejar de sonreír. Cuando se colocó enfrente de Naylea, Lux pudo captar un olor fresco y frío que pareció congelarle la punta de la nariz. Si pensaba que de lejos era atractivo, de cerca era devastador. Por cada poro de su piel irradiaba una sensualidad que, excepto en Eric, ella nunca había visto.

—Hazme ese jodido favor y deja de tocarme los c...

—Pero qué chica tan mal hablada. —Le acarició la mejilla con sus dedos antes de que ella se apartase, enfadada—. No, no acepto. Una o nada.

—Seguirías debiéndome un favor —susurró la vampira, retrocediendo un paso.

—Lo sé.

Lux vio cómo los ojos de ambos conectaban, retándose y sin apartar la mirada. Se sintió como una intrusa en un mundo totalmente distinto al suyo. En ese momento se dio cuenta de que toda su felicidad colgaba de un único hilo. Nunca se perdonaría que Virginia muriese por su culpa. Y para agravar

la situación, también estaba Luna.

—Vámonos, Lux, no tenemos nada que hacer aquí.

Apenas pudo ocultar su sorpresa cuando los largos y finos dedos de ella se enroscaron en su muñeca, arrastrándola hacia la puerta. Pudo ver también el asombro en los atractivos y varoniles ojos del berserker, que, cruzado de brazos, observaba a la vampira como algo inalcanzable y perdido.

Cuando ambas salieron de aquel despacho, ninguna de las dos dijo nada. Se dedicaron a buscar la salida mientras una gran ira le recorría todo el cuerpo a Lux, preguntándose qué podría hacer ella para ver de nuevo a su hermana y a su mejor amiga.

Naylea abrió la puerta de atrás del local, mirándola derrotada.

—Vámonos, no tenemos nada que hacer aquí. Ese tío es un cretino.

Siempre lo sabe todo. No te dejes engañar por él, es un berserker muy... intimidante que no duda en usar todas sus cartas para que le debas favores y te tenga bajo su mando. No hables, déjame todo a mí.

Sonriendo, se soltó de Naylea y comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia el interior del local mientras oía los gritos de la vampira, pisándole los talones. Cuando pasó por la pista donde todos bailaban, empujó y dio codazos a todos aquéllos que se interponían en su camino.

—¡No lo hagas, ni se te ocurra, Lux! —gritó con todas sus fuerzas, esperando ser oída a pesar del gran ruido que había en la sala.

Cuando subió las escaleras, fue hacia el despacho jadeando y aguantando el intenso dolor de costillas que sentía cada vez que corría. No hacer deporte tenía sus consecuencias. El guardaespaldas que estaba allí se hizo a un lado sin ni siquiera mirarla, como si hubiese estado esperando su regreso.

Entró y vio la gran sonrisa en el berserker.

Fue hacia él sin pararse, pero titubeó cuando vio al enorme guardaespaldas agarrar a la vampira que intentaba entrar para impedir aquel trato que la perseguiría durante el resto de su vida. Colocándose enfrente del vikingo, suspiró y cogió aire rápidamente, negándose a escuchar aquella voz que le gritaba que estaba cometiendo un error.

—Dame la información de cómo encontrar a mi hermana y a mi amiga y estaré en deuda contigo, Viktor.

—¡Mierda, Lux! ¡No sabes lo que haces, da la vuelta y ven aquí inmediatamente! —Se escuchó un golpe—. ¡No me sobes, maldito oso!

Viktor suspiró.

—Deja de insultar a mi servicio, Naylea. —Miró a Lux, tendiéndole la

mano—. Trato hecho, dame la mano y ahora firmaremos un acuerdo.

¿Acuerdo? ¿Dar la mano? ¿Acaso no valía su palabra?

—Lux, dame la mano, firma y te diré todo lo que sé de ellas. Puedo darte la ubicación ahora mismo.

¿Cómo diablos sabía su nombre? Asintiendo, le dio su temblorosa mano mientras escuchaba las maldiciones de Naylea.

—Sé muchas cosas sobre ti, humana. Ahora firmemos. —Sus ojos volvieron a brillar, manipuladores—. Estoy seguro de que me serás muy útil.

Lux, apretando su gran mano, se encaminó hacia la mesa donde ya había un folio con una firma y varias hojas que la anteponían. Como un documento. Se sentó en la cómoda y gran silla mientras sentía su corazón latir con fuerza. Incluso parecía querer salir de su pecho.

—¿Cómo sabías-s que volvería-a? —tartamudeó.

Su sonrisa se hizo más grande.

—Yo siempre lo sé todo, cariño. Ahora firma antes de que Naylea tumbé a mi guardaespaldas. Debería contratarla a ella y no a esos brutos.

Le ignoró y firmó.

CAPÍTULO 13



Eric volvió a la mansión con el cuerpo magullado por pelear con uno de los hombres lobo de alto rango que había estado a punto de romper la cabeza de Gideon en dos como si fuera una maldita sandía. Cuando entró en aquel callejón, estuvo a punto de perder el control que haría que su mitad vampira fusionase con su mitad berserker, originando algo que nadie querría ver.

Y menos aún saber.

Tenía sangre por todo el rostro, cabello y cuerpo. De sus enemigos y suya. Kenyan se había llevado a Gideon a la mansión en un coche robado. Había llamado a una vampira para que fuera a alimentarlo, ya que era la única manera de curarse y sobrevivir a heridas mortales. Había estado a punto de morir sin corazón. Es más, tenía un gran boquete en el pecho donde un lobo le había mordido con fuerza, intentando arrancar algo más que piel y tendones.

Ethan bajó las escaleras, recibéndolo con el rostro serio y con algún que otro arañón por las mejillas. Llevaba un chándal negro, unas zapatillas de deporte de Nike y una camiseta de tirantes del mismo color que el chándal, mostrando los tatuajes que tenía por el cuello y el brazo, donde podía verse (si se entendía, claro) su estirpe y de qué clan de lobos provenía.

Por la leve capa de sudor que tenía en sus fuertes brazos y piernas, debía de haber estado haciendo algo.

—Gideon está recuperándose. Acababa de beber de una de las vampiras. Kenyan está discutiendo con tu hermana y Lux... será mejor que vayas al salón.

Eric se pasó el brazo por el rostro, suspirando. Ya ni le sorprendía que Naylea estuviese allí. Hacía lo que le daba la gana sin importarle las consecuencias.

—¿Acaso ni siquiera puedo cambiarme de ropa?

Quedándose solo, accedió ir hacia el salón cubierto de sangre y terriblemente cansado para averiguar por qué Kenyan y su hermana estaban

de nuevo en una pelea.

No sabía si conseguirían sacarle algo de información al lobo que habían capturado, pero al menos no se sentía tan inútil como si no le hubiese llevado nada a Lux. Mañana, volvería a recorrer todas las calles de Nueva York e incluso se replantearía la idea de hacer una expedición por otros dos estados.

Eso sí. La próxima vez Gideon iría con él.

Mientras caminaba hacia donde se escuchaban los gritos de Naylea y Kenyan, vio a Gideon pasar por su lado para dirigirse hacia donde estaría el lobo al que habían cogido. No quería ni imaginarse qué le haría. Los vampiros se mostraban muy territoriales con sus parejas y aún más si no habían establecido el vínculo.

Si ya se creaba una pelea por quitarle una humana o humano del que se iban a alimentar, por su pareja eran capaces de dejarse la piel en el camino. No morirían hasta acabar con la vida de la persona que los había separado. Los ojos que antaño habían sido dorados, ahora parecían castaño oscuro con pequeñas motas doradas.

Al llegar al salón, Lux desvió la mirada, con las mejillas completamente rojas. Su hermana estaba cruzada de brazos, sus ojos soltaban chispas, quizás del cabreo que tenía. Kenyan la miraba detenidamente. Algo había pasado.

—Naylea, ignorando el hecho de que has vuelto a los Estados Unidos sin mi permiso, quiero saber qué ha pasado.

Los ojos azules oscuros de Eric se posaron sobre su compañero. Nadie respondió.

—Vuelvo a preguntar. ¿Qué sucede?

Estaba a punto de perder la paciencia, y el hecho de que no hubiese encontrado aún a Luna y a la hermana de Lux aumentaban su ira. Él siempre había conseguido resolver sus problemas en cuestión de horas. Pero aquello se estaba alargando demasiado.

—Han salido esta noche, Eric. Se fueron por los barrios bajos de Nueva York. Fueron al local de Viktor a conseguir información —sonrió—. Pregunta qué pasó.

—¿Qué? —gruñó mirando a Lux, que se había colocado al lado de Naylea—. Lux, dime que no es verdad —Ella no dijo nada, sólo se miró sus zapatos—. Joder, ¿qué diablos te dije sobre esperarme aquí, Lux? —gritó.

—¡No me chilles! Tenía que hacerlo, ¡es mi hermana!

—¡Yo te iba a traer la información! ¿Es que no escuchas cuando te hablo?

—¿Acaso le has traído algo de información, hermanito? —Naylea pisó con fuerza el pie de Kenyan cuando pasó por su lado, ganándose un gruñido.

—No te metas, Naylea. Después de que hable con Lux, tú y yo vamos a charlar muy seriamente. ¿Qué te dije de no salir del monasterio? Podrías haber acabado muerta —gruñó mientras se pasaba las manos por el cabello, cansado—. ¿Por qué nadie puede obedecer mis malditas órdenes? ¿Acaso os reunís para conspirar contra mí? Cierra la boca, Kenyan. Tanto tú como Gideon vais a ser sancionados por no seguir mis órdenes. —Cuando el rubio iba a hablar, alzó la mano—. Ni se te ocurra protestar.

—Eric, escúchame. —Lux se acercó a él, temblorosa—. Hemos conseguido información de mi hermana y Luna, ¿por qué no olvidamos todo esto y te contamos lo que sabemos?

—¿Eres incapaz de ver la seriedad del asunto? Podrían haberos capturado, y desde luego habríamos perdido más tiempo intentando buscaros a las tres.

Lux retrocedió, visiblemente pálida. Se rodeó el cuerpo con los brazos, quizás intentando entrar en calor.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados, Eric. No hace falta que lo entiendas. Tenía que hacerlo.

Eric había sabido desde el primer momento que si su hermana estaba con Lux, definitivamente iba a destrozar sus planes. Naylea era impulsiva, no pensaba lógicamente y siempre estaba metida en líos, además de ser insensata. Había puesto en peligro a Lux y a ella misma. Apoyándose en la pared, se preguntó en qué momento había dejado de tener el poder.

Se quedaron durante unos segundos en silencio, luego suspiró.

—Joder, Naylea —Miró a la susodicha con irritación—. ¿Por qué diablos le metes esa estúpida idea en la cabeza de ir a buscar a Luna y a Virginia? ¿Acaso no puedes mantener la boca cerrada? Ella no es una vampira, no tiene tu fuerza ni tu agilidad. Has puesto su vida en peligro.

Kenyan rodeó los hombros de la hermana de Eric, haciéndola callar.

—Déjamela a mí. —Le guiñó un ojo—. Haré que no vuelva a abrir la boca.

—No será con tu pene, ¿verdad? La última vez ni siquiera tuve que abrir la boca completamente —sonrió e hizo un sonido con los labios, parecido a un *plop*—. La tenías en mis manos y desapareció. Decepcionas, vampiro. Decepcionas y mucho. Con esa minipolla no vas ni a la vuelta de la esquina.

Naylea sonrió al oír la risa de Lux mientras Kenyan gruñía, mirándola

fijamente.

—No te escuché quejarte. Es más, no parabas de correrte.

—¿Y cómo sabes que no fingía? —Eric suspiró. A veces, su hermana era una bocazas.

—Maldita sea, no me piques.

—Los dos, callados. —Hizo un gesto a Naylea—. Llévate a Lux, voy a hablar con Kenyan. Que sepas que esto no acaba aquí, hermana. Después pienso hablar contigo muy seriamente y no sonrías, Lux —su voz se volvió más fría—. He intentado ser lo más neutral posible para que esto fuese llevadero. Pero a partir de ahora, aquél o aquélla que no acate mis órdenes será castigado, y en caso de repetirse otra vez —pasó la mirada por todos los presentes— será llevado al Consejo, ¿entendido?

Ella estalló.

—¡Siempre lo hacemos a tu manera! —gritó Naylea.

—Fuera de aquí —su voz era puro hielo. Lux lo miraba como si de una bestia se tratase. Parpadeó varias veces, sintiendo que la falta de sangre debido a la pelea le debilitaba cada minuto más.

—¡Ni se te ocurra darme órdenes, Eric! No soy uno de tus guardianes.

Naylea tiró del brazo de la humana al ver el brillo que desprendían los ojos de su hermano. Temiendo que perdiese el control y desvelase su secreto, salió con Lux mientras miraba de reojo a Kenyan, que permanecía cruzado de brazos y atento ante el castigo que le daría por haber desobedecido las órdenes.

—Me has...

—Ahórrate el cuento y dime cuál es mi castigo —susurró.

—No vuelvas a interrumpirme, Kenyan. No estoy para tener que aguantar tus escenas de orgullo delante de mi hermana. —Le señaló—. No te acerques a ella, te lo prohíbo. Ya la hiciste sufrir bastante.

—No puedes prohibirme eso.

—Puedo y lo haré si me veo obligado. —Se apretó el puente de la nariz, horrorizado por el temblor de sus piernas. Dios, ¿cuánta sangre había perdido? Cuando llegó a la mansión, su objetivo había sido informar a Lux y sacar información al lobo que habían capturado—. Tú y Gideon seréis deportados durante dos meses. Buscaré dónde os necesitan. Gideon ha perdido la cabeza desde que Luna desapareció. —Le miró de reojo—. Y tú no dejas de seguirle en cada estupidez que comete.

—¿¡Habrías querido que lo dejase ir a una misión suicida!? ¡No sabe lo

que hace!

—¡No me grites, Kenyan! Por encima de todo, soy superior a ti en la Asamblea. Sabes perfectamente que estoy en todo mi derecho de deportarte al otro extremo del mundo si me da la gana, así que guárdate los esfuerzos. — Se sentó en un sillón.

—¿Quién va a cubrir mi baja? —preguntó Kenyan indiferente, como si todo aquello le diese igual.

—Eso no te incumbe. Nada más se recupere Gideon os iréis. Estoy harto de tener que jugarle la piel por todos vosotros como si fuese vuestro condenado padre.

—Nadie te ha pedido que lo hagas, Eric. Si estás cubierto de mierda, es por ti mismo.

La vista de Eric se oscureció rápidamente, luego volvió. Aparecieron varios puntos blancos y negros.

—Terminaremos de hablar luego, ahora...

—No, vas a escucharme —gruñó Kenyan—. Podrás enviarme al país que te dé la gana, Eric. Pero no vas a poder separarme de tu hermana, ¿te enteras? Ella me necesita, lo sabes perfectamente.

Eric se levantó del sillón con demasiada fuerza, tambaleándose.

—Acércate a mi hermana y te arranco las dos piernas —sonrió amenazadoramente, mostrando los colmillos—. O las tres.

Los ojos violetas de Kenyan se dirigieron hacia su hombro. Su camiseta negra empapada de sangre era pesada en aquella zona, de donde no paraba de salir flujo oscuro. Bajo su silueta, había varias gotas rojas en el suelo.

—Mierda, Eric, estás herido...

—No te acerques a mi hermana —jadeó, llevándose una mano al hombro—. Mierda, vuelve a sangrar.

Kenyan le obligó a sentarse antes de arrancarle la camiseta de un tirón.

—Maldito sádico. Dando sermones mientras te desangras vivo, ¿en qué diablos piensas? —Trozos de la camiseta cayeron al suelo.

—En matarte, no te acerques a mi hermana-a —Frunció el ceño—. Ya le has hecho bastante daño. ¿Te enteras?

El vampiro rubio maldijo al ver el gran agujero que tenía en el hombro, del que podían verse tendones, músculos y hueso.

—¿Quién te ha hecho esto? Dios, el lobo que te haya mordido debe incluso de haber cenado —bromeó sonriendo mientras apretaba la tela rota con fuerza contra la herida—. ¿Por qué no te alimentas de Lux?

Eric gruñó cuando uno de los dedos de Kenyan entró en la herida sin querer.

—Es complicado.

—Mierda, no paras de sangrar. Creo que te ha roto varias venas. ¿Puedes apretarte con fuerza mientras busco a Lux?

Agarró el brazo del vampiro.

—No la llames.

—Tienes que alimentarte, amigo. No durarías ni dos días.

—No la llames... A ella. —Tragó saliva.

—¿Crees acaso que Lux te negaría su vena por estar enfadada contigo?

—Kenyan bufó.

Cuando fue a darse la vuelta, el agarre de Eric lo frenó. Al girarse, se estremeció al ver un brillo blanquecino en sus ojos.

—No la llames.

CAPÍTULO 14



La repentina fuerza que había recorrido el cuerpo de Virginia se esfumó cuando un hombre de ojos claros y cabello oscuro agarró a su violador de la nuca y, con fuerza, lo estampó contra la pared de atrás. Sorprendida, vio cómo de sus labios salía un gemido-aullido de dolor que la descolocó por completo.

Retrocedió hasta que su espalda dio contra una consistencia sólida. Se deslizó por ella, sentándose en el duro y frío suelo mientras la manta que tenía enrollada pesaba cada vez más por la sangre.

Los puntos se habían deshecho.

—¿Qué te dije acerca de tocarla, maldito cabrón? —se escucharon varios huesos quebrarse.

—Rotka, por favor... —volvió a escucharse un gemido animal. Virginia cerró los ojos—. No-o puedo... respirar-r.

—¿Crees acaso que me importa, Odair? —Sus manos apretaron con más fuerza—. Lo hueles, ¿verdad que sí? Has hecho que se le quiten los puntos, maldito violador de mierda.

—A nuestras hembras-s no les pasa nada-a —tartamudeó mientras intentaba coger aire.

—No me vengas con esas excusas, Odair. Dije claramente que nadie podía tocar a ninguna de las dos mujeres. —Virginia abrió los ojos. ¿Dos mujeres?—. ¿Acaso intentas retarme? —un frío silencio los rodeó durante unos segundos. Luego se escuchó una risa seca—. Sí, eso es. Quieres probar mi liderazgo, ¿verdad? —volvió a escucharse la misma risa de antes, luego un cuerpo caer—. Levántate, Odair.

Virginia se llevó las manos a la boca para no gritar al ver cómo el enorme cuerpo del hombre que la había salvado comenzaba a cambiar. Su rostro se alargaba, sus huesos crujían con fuerza al cambiar de tamaño y forma, los músculos se estiraban y la piel comenzaba a cubrirse de un pelaje oscuro.

Ante ella, se mostró un gran hombre lobo que gruñó, mostrando una gran

boca repleta de afilados dientes.

El otro, asustado y resignado, sufrió el cambio con menos fuerza. Al transformarse, el hombre lobo de pelo negro que lo superaba en tamaño casi el doble, se lanzó contra él. El hombre lobo castaño claro intentó esquivar un golpe, demasiado lento se movió cuando el lobo oscuro lo cogió de la nuca y apretó con fuerza, escuchándose un crujido que hizo estremecer a Virginia.

—No mires, no mires... —se repitió varias veces mientras se tapaba los oídos, intentando no oír los aullidos, gruñidos y gemidos que se escuchaban con fuerza en la habitación, incluso el eco que producían.

Dos minutos más tarde, después de sentir el suelo temblar, las paredes, y oír alguna que otra cosa, abrió los ojos.

El hombre que la había salvado estaba completamente desnudo y... mierda, era el espécimen masculino más atractivo que había visto en su vida. Su espalda, ancha y musculosa, tenía varios tatuajes que parecían símbolos. Sus fuertes piernas, sus musculosos brazos en los que podía verse perfectamente su contorno, hicieron que suspirase de alivio. Parecía haber encontrado a alguien que la ayudase en aquella mazmorra.

En sus pies se encontraba el hombre lobo muerto, con el cuello en una extraña posición mientras poco a poco, su cuerpo comenzaba a transformarse en humano.

Los ojos azules, claros como el cristal, del hombre, se posaron en ella.

—Traeré a un médico para que vuelva a coserte los puntos.

Virginia se agarró a su musculoso y caliente brazo.

—Por favor, sácame de aquí. —Sus ojos se humedecieron—. No he hecho nada malo, ni siquiera los he visto nunca. ¿Puedes ayudarme a salir?

La desgarradora voz de Virginia no pasó desapercibida para él.

—Todo esto no es por ti —murmuró, echando un rápido vistazo a su cuerpo—. Es por Eric.

—¿Quién es Eric? —se humedeció los labios—. ¿Quién es? ¿Por qué estoy involucrada en esto?

—Porque Eric es la pareja de tu hermana, Virginia —la voz de él no transmitía ningún sentimiento—. Eres nuestra baza para conseguirlo.



Naylea estaba sentada en la cama de la habitación de Lux. Estaba

cruzada de piernas, mirándose las uñas pintadas mientras murmuraba. Lux miraba por la ventana de la habitación. Todo lo que se alzaba ante ella eran grandes jardines iluminados por farolas.

Un lugar precioso.

Pensó en el trato que había hecho con Viktor. Esperaba que no le pasase factura en un futuro cercano. Se sacó del bolsillo de la chaqueta las direcciones que le había dado el vikingo.

—Sigo pensando que has hecho una estupidez. —Sus ojos iguales a los de Eric se clavaron en ella—. Mi hermano te matará cuando lo sepa, si es que no lo sabe todavía...

—Y ni lo sabrá si ninguna de las dos se lo decimos.

—Kenyan lo sabe —se mordió el labio—. Hemos tenido suerte de que mi hermano nos mandase callar a todos. Se lo iba a decir. Es un chivato.

Se giró y la miró, cruzándose de brazos.

—¿Qué os pasa a Kenyan y a ti? Hay mucha tensión sexual entre vosotros.

—Olvidalo, ese capullo no va a volver a acercarse a mí. Lux. —Se levantó y fue hacia ella, andando con aquella poca elegancia que la caracterizaba—. Es agua pasada.

No hacía falta pensar mucho para saber que Kenyan la había hecho sufrir. Intentó callarse, pero antes de que se diese cuenta la pregunta se había escapado de sus labios.

—¿Qué te hizo? —Cuando Naylea la miró, se sonrojó—. No tienes que contármelo si no quieres.

—Lo normal cuando te juntas con ese tipo de hombres —se humedeció los labios—. También tuve un rollo con Viktor. No acabó nada bien. Aunque admito que valió cada segundo que pasé con él. Vivíamos como si no existiera el mañana. Eso me trajo muchos problemas... Ahí empezó a meterse Kenyan. Estaba muy enfadada porque, después de lo que me hizo, no quería que se metiese en ninguno de mis asuntos. Se cree que tiene el derecho divino de...

Naylea dejó de hablar y comenzó a olisquear el aire, frunciendo el ceño. Lux intentó captar algún olor, pero no olía nada excepto su perfume. La vampira se levantó y abrió la puerta, dejándola sola allí.

—¿Adónde vas?

La siguió todo el tiempo. Tenía el rostro serio, apenas parpadeaba. La rigidez de su cuerpo la preocupó, pero no estaba herida. ¿Habría entrado en

trance? ¿Acaso los vampiros podían?

Bajaron las escaleras hasta que entraron de nuevo en el despacho. Unas oscuras sombras se proyectaban sobre el suelo. Lux se llevó la mano a la garganta al ver a Eric pálido, bebiendo de la muñeca de una vampira morena que antaño había visto. Kenyan estaba al lado de él, hablando con la vampira en voz baja.

Cuando se dio cuenta de su presencia, dejó de hablar.

Eric miró hacia la puerta y se separó de la muñeca. Gotas de sangre resbalaban por sus agrietados labios. Intentó levantarse de la silla, pero cayó de nuevo en ella. No tenía fuerzas para aguantar su enorme peso.

Inexplicablemente, la ira se fue apoderando de su cuerpo. Observó con odio a la atractiva vampira mientras intentaba concienciarse de que ella no querría estar en su lugar. Pero sí que quería, y podía engañar a todos menos a sí misma. Estaba celosa, tremendamente celosa. Ansiaba echar de la casa a aquella mujer y ser ella quien lo alimentara.

—Lux —su voz sonaba pastosa. Se estremeció de asco al ver la sangre espesa y roja por su boca—. Vete para arriba.

—Te estás alimentando de... otra. —Se acercó a él, ignorando a todos mientras sentía la garganta seca y el corazón latirle con fuerza, golpeando su pecho en protesta por el dolor que sentía. Demonios, estaba muy enfadada. Tenía ganas de arrastrar a aquella mujer por el suelo y golpear a Eric con fuerza. Todo por haberle visto beber de otra mujer en vez de ella.

Ni siquiera se conocían o estaban juntos, pero era algo fuera de lo normal. No había lógica en sus sentimientos, que parecían ser puramente animales cuando se trataba de él. Se dijo que era por el vínculo, que ella no sentía nada por aquel hombre que la había salvado varias veces de una muerte segura.

Cerró los ojos.

—Vete, Lux.

Lux se sobresaltó. ¿Qué iba a hacer? Sentía las miradas de Kenyan y Naylea sobre ella, quizás intentando averiguar cuál sería su próximo movimiento.

Se mordió con fuerza el interior de la mejilla. Le dolía que no la hubiese llamado. Parecía sangrar por todos los poros de su piel. Ella le habría alimentado sin dudarlo... ¿no? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Es que acaso él no podía verlo? Aunque la primera vez hubiese estado a punto de matarla, le habría ofrecido toda su sangre sin pensárselo dos veces. Tampoco entendía

por qué experimentaba unos sentimientos tan fuertes hacia él. Sentía una gran quemazón en el pecho.

—Yo...

—Vámonos, Naylea —habló pausadamente Kenyan. Esta vez la hermana de Eric accedió, dejándolos a solas.

La otra vampira salió sin dejar de mirarla.

Estaban solos y un desolador silencio los rodeaba. Cuando extendió el brazo para tocarla, ella se acercó. Pero en vez de cogerle la mano, le dio una bofetada en la mejilla. Él no se movió, sólo se quedó mirándola fijamente mientras el olor a óxido de la sangre le penetraba por la nariz. Vio el aspecto tan demacrado que presentaba.

—No pienso pedirte perdón por la bofetada —susurró.

—Lo entiendo. —Eric le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Su temperatura era inferior a la suya. Aquello no pintaba nada bien.

Estaba en sus manos la opción de alimentarlo o no, lo que a su vez supondría que la relación entre ellos, ya de por sí complicada, lo fuera aún más. Pero, ¿qué podía hacer? Él le había salvado la vida varias veces, intentaba ayudarla a encontrar a su hermana y a Luna. Ella podría darle su sangre a cambio. Se negaba a pensar que quería hacerlo, prefería verlo como una obligación.

Es un deber, Lux. No te emociones.

Era tan guapo. Apenas podía aguantar el apretón que sentía en la garganta. Su pelo estaba húmedo por el sudor y la sangre, sus ojos enrojecidos... Sus fuertes brazos caían a ambos lados, débiles.

—Puedes beber de mí.

Lo dijo tan bajo que estuvo segura de que él la oyó por ser un vampiro.

—Lux, no tienes que...

—Tú... Has hecho muchas cosas por mí. —Se acercó a él, preguntándose cómo se iba a colocar—. Yo puedo darte mi sangre libremente.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Lux asintió, mirando sus labios, donde se asomaban los colmillos.

—Sé que el vínculo se fortalecerá, pero ahora mismo no me importa. Podré pensar en ello más adelante. —Cogiendo aire, se sentó en su regazo, colocando las manos sobre sus fuertes hombros—. Necesito volver a ver a mi hermana y a Luna.

Él asintió, tenso, como si su respuesta no le hubiese satisfecho del todo.

—Puedo beber de la otra vampira y seguir buscándolas.

—Si fuese así, no estarías tan impaciente por alimentarte de mí, hazlo.

Lux se preparó para sentir dolor, mucho dolor. Sabía que Eric estaba demasiado débil como para hacer de aquel encuentro otra fantasía sexual. Esta vez no sentiría placer, sino unos dientes clavados en su cuello.

El fresco aliento del vampiro la estremeció. Lux se humedeció los labios. La nariz de Eric estaba acariciando el arco de su cuello, haciéndole sentir un fugaz cosquilleo. Su corazón latía desbocadamente. Se sobresaltó cuando una enorme mano se colocó sobre su pecho izquierdo. Su pezón se tensó, irguiéndose ante el contacto.

—Relájate. —La ronca voz masculina causó estragos en ella. Apretó ambos muslos.

La otra mano se instaló en su cadera, acariciando el hueso con suavidad. Tenía la piel de gallina y estaba excitada. Abochornada, se dijo que Eric era incapaz de saber que se encontraba en tal estado... o eso esperaba. Si cerraba los ojos, Lux podría vivir una verdadera experiencia sexual.

Lux contuvo un gemido cuando él posó su boca sobre el cuello, humedeciendo la zona con su cálida lengua.

Aquello era demasiado. Sin poder evitarlo, se apretó más a él, resguardándose en su protector pecho. La expectación por su próximo movimiento le hizo ser consciente de que sentía algo en su trasero. Lux abrió los ojos y lo miró de reojo, asustada pero tentada ante aquella mirada con destellos grises y dorados. Estaba duro. Eric tenía una enorme erección bajo su glúteo.

Ella se humedeció los labios.

Contrólate, Lux. Tranquila.

Eric succionó sobre su piel, arrancándole un vergonzante gemido. ¿Aquel sonido había salido de su boca? Quería que lo hiciera de nuevo, desechó a lo más profundo de su mente los pensamientos más lógicos y racionales. Por qué Eric hacía aquello, hacerla disfrutar en vez de coger lo que tan libremente le daba.

Lux era incapaz de retirar sus ojos de él, conectada a aquel enorme vampiro que la apretaba a su cuerpo.

—Bebe —rogó, deseosa de sentir nuevamente las exquisitas sensaciones.

Eric clavó sus colmillos en el cuello de Lux. Pero no hubo dolor. Sólo un exquisito placer que recorría su cuerpo. Gimiendo, se mordió los labios y cerró los ojos, apretando el rostro masculino contra su cuello. Sentía una imperiosa necesidad de frotarse contra el enorme y duro bulto que sentía

entre sus glúteos.

Si lo hago suavemente, él no se dará cuenta.

Pero Lux estaba más allá de sí misma, no podía actuar siguiendo un hilo de pensamientos. Aún menos cuando un ronco gruñido brotó del pecho del enorme vampiro. Separando las piernas, se frotó suavemente contra la polla de Eric.

Ella se arqueó cuando una mano fue hasta sus pechos, agarrando uno de ellos dentro de la tensa tela. Eric la apretó aún más a él, consciente de todo. Seguía bebiendo pero con lentitud, como si temiese que aquel momento llegara a su fin. Lux, movida por toda lujuria, colocó su mano sobre la tela, encima de donde se encontraba la de Eric, encima de su pecho izquierdo. Y apretó con fuerza. El placer aumentó cuando los dedos masculinos atraparon el intrépido pezón, capturándolo entre el pulgar y el índice, pellizcando la cumbre.

Más. Quería más.

Eric cerró las dos incisiones que tenía con una lamida de su lengua. Dejó de sangrar justo en el momento. Pero ella quería más, se apretó a él, rogándole en silencio.

—Para, Lux. Ya he tomado suficiente.

Confusa, abrió los ojos. Vio cómo las heridas que tenía el cuerpo de Eric se cerraban ante ella, quedando sólo sangre seca y el relieve rosa de algunas. Él la miró a los ojos con un brillo plateado. Le acarició la mejilla con la palma de su mano. La besó en los labios con pasión, haciéndole jadear de nuevo.

—Gracias, Lux. Te agradezco que me hayas ofrecido tu sangre.

Sonrojada por los acontecimientos, se aclaró la garganta.

—De nada... —No es que ella se hubiese ido con las manos vacías—. Has vuelto a sumirme en aquella niebla, ¿verdad? —preguntó, a sabiendas de que esta vez había sido diferente.

Él la obligó a mirarlo. La intensidad de su mirada consiguió que su estado de excitación aumentara.

—No, no tenía fuerzas para ello. Tu cuerpo ha respondido libremente a mí.



Naylea permanecía sentada en el sofá de la sala de entretenimiento, enfrente de Kenyan. Él sonreía mientras la miraba de arriba abajo, sin ocultar el deseo que sentía por ella. Ni tampoco la erección que tenía. Tragó saliva y se cruzó de brazos, impidiendo que le mirase los pechos.

—Deja de mirarme fijamente. —Cuando Kenyan le guiñó un ojo, se sonrojó.

—¿Por qué? Estás preciosa. —Apoyó los brazos en sus rodillas—. Sigues igual de hermosa y loca que siempre.

—¿Loca? —se rió—. No será por ti.

—Siempre por mí. —Sus ojos violetas miraron sus labios—. ¿Quieres besarme?

Naylea se abrazó las piernas, intentando que él no pudiese oler su excitación. A pesar de lo mucho que le odiaba por haberla fallado y traicionado, su cuerpo seguía reaccionando ante él. No tener el control sobre sus reacciones le hacía sentir un tremendo odio hacia sí misma.

Las manos de él cayeron.

—No, gracias. Te huele el aliento.

Alzó una ceja rubia, sonriendo pícaramente.

—Mentirosa. —Se levantó y se sentó a su lado, agarrándola de la rodilla cuando iba a apartarse—. No te vayas.

—¿No quiero estar a tu lado! —Se mordió el labio inferior—. ¿Por qué no puedes entenderlo? Vale, no respondas. Lo sé. A cualquiera le entra ganas de echar un polvo con el ruido que hacen esos dos —dijo señalando con el dedo el despacho.

—Yo no quiero echar un polvo, Naylea. —Su gran mano acarició la rodilla. Y con un movimiento rápido que ella no pudo prever, la sentó sobre su regazo. Le besó el tope de la cabeza—. Quiero hacerte el amor. *A ti*.

Las manos de él en su cadera la presionaron hacia abajo, donde se encontraba su erección. Sus labios se acercaron a los de ella.

—¿No me echas de menos por las noches? ¿No echas de menos abrazarme, sentir mi cuerpo junto al tuyo después de...?

—¿De follar? —le interrumpió, necesitando romper el hechizo—. No, gracias, roncas y no puedo dormir.

Sin poder evitarlo, acarició el rubio y largo cabello de Kenyan, suspirando.

—A pesar de odiarte, tengo que admitir que me encanta tu cabello. Eres la envidia de todas las mujeres. Lo sabes, ¿verdad?

Kenyan quedó asombrado y hechizado por la hermosa y cálida sonrisa de Naylea. Sintió cómo su polla se endurecía más por la simple caricia en su pelo. Sin poder evitarlo, cogió su pequeño rostro entre sus manos y juntó sus labios con los de ella.

Lo que pasó después...

En dos segundos se encontraba con el cuerpo de la vampira bajo el suyo, devorando sus labios mientras le acariciaba la boca con su lengua, excitándola hasta niveles que ella nunca pensó que podría alcanzar. Las manos de él estaban en su cadera, acariciándole la piel mientras seguía dominándola en el beso.

—Tienes nuestro tatuaje aún, ¿verdad, cielo? —Sus labios bajaron por su cuello, deleitándose con sus gemidos—. Yo lo tengo. Sigo teniéndolo. —Le subió la falda, revelando una diminuta pieza de encaje que cubría su monte de Venus. Metió su mano por la ropa y gimió al sentirlo liso y desnudo, desprovisto de vello. —Mierda, sigues siendo igual de caliente.

Sonrió al ver el tatuaje que tenía casi cerca de su desnudo sexo, entre la ingle y la cadera. Tenía puesto su nombre y una frase en gaélico que decía «El amor verdadero es para siempre» más abajo en pequeño. Él también lo tenía: el nombre de ella y aquella frase en pequeño abajo.

Sintiendo los ojos acuosos, sacudió la cabeza y le besó el tatuaje.

—*Tha gràdh agam dhuibh.* —«Te amo»—. *Gabh mo leisgeul, mo chridhe* —«Perdóname, mi corazón».

Naylea se incorporó, asustada por las palabras que había dicho Kenyan. No podía olvidar todo el daño hacía unos años atrás. No podía borrar y hacer cuenta nueva cuando ella se había encontrado tan triste y sola.

—Tengo que irme.

—Naylea...

—¡No me toques! —Dio un salto cuando su mano iba a agarrarla del brazo.

—Tenemos que hablar. —Se levantó del sofá—. Un día tendremos que hablar.

Ella lo sabía. Un día de esos Kenyan no la dejaría huir, pero mientras tanto pensaba esconderse, mantener alejados sus sentimientos. Si le había ido bien aquellos años había sido precisamente por eso: por mantenerse alejada de él.

—Necesito estar sola. —Le miró de reojo—. Eres lo que menos necesito en este momento.



Eric estaba en el despacho reunido con todos. En primer lugar, Gideon había recuperado un poco el ánimo al enterarse de que Lux había conseguido la dirección de donde se encontraban las dos humanas. Era en un barrio pobre a las afueras de Nueva York, casi sin población y en donde se reunían pequeños grupos para la droga y su dispersión por otras ciudades o pueblos.

Mientras que Eric estaba con un plano haciendo los grupos y gruñendo por la estupidez que hizo Gideon, Lux estaba a sus espaldas, mirando el plano mientras un sentimiento de felicidad la invadía. Vería a su hermana y a Luna. Prefería ignorar los temblores que recorrían su cuerpo tras el candente encuentro con Eric.

Había quedado claro que ambos tendrían que hablar un día de ellos, del vínculo. Pero sería más adelante.

—Gideon, irás conmigo y con Ethan. Kenyan y Ben, iréis los dos. —Con la pluma que tenía entre los dedos, señaló a Kenyan—. No he olvidado tu castigo. Vuelve a hacer una estupidez y te arranco la cabeza con los dientes, ¿te enteras? A Gideon lo tendremos controlado nosotros. —Eric estuvo a punto de gruñir al ver el poco caso que le hacía Ben, que le pellizcó el culo a Lux—. Aparta tus manos de ella, Ben.

—Mierda, huele a hembra sin vincular, ¿soy el único que lo capta?

Eric sabía a qué se refería. Si en cuestión de días no acababa acostándose con Lux, poco a poco iría desprendiendo un potente olor que atraería a los vampiros machos. En la muñeca de Lux aparecía una mancha que la marcaría como apta para vincularse. No todos los humanos podían llegar a ser vinculados con los vampiros.

Naylea se cruzó de brazos y sonrió.

—Te has olvidado de mí, hermano.

Eric levantó la vista hasta ella, alzando una ceja.

—No, no me he olvidado de ti. Únicamente no estás en la misión.

Kenyan sonrió, mirando de reojo a Naylea.

—Ben, ¿puedo hacerte una pregunta? —Los encantadores ojos de Lux se clavaron en el vampiro rubio de rostro angelical. Se mordió el labio mientras sentía cómo sus mejillas se sonrojaban al sentir la mirada de todos sobre ella.

—Claro, cariño. Puedes hacerme cualquier pregunta. —Le guiñó un ojo.

—Pues...

—Diablos, Eric. ¡Tengo que ir! —saltó Naylea.

—No vamos a seguir hablando de eso, Lea. —Su hermana estuvo a punto de sonreír como una niña al oírle llamarla como cuando era pequeña.

—Yo puedo resguardarla. —Kenyan se colocó a su lado—. Podemos protegerla.

—Déjate de estupideces, todos sabemos que lo que quieres no es precisamente protegerla. —Ben le guiñó un ojo—. No me mires así, hombre. Te entiendo. Yo también me la follaría si Eric no fuese su hermano —Eric gruñó—. Joder, jefe, lo siento.

El vampiro lo ignoró.

—Tu hermana sabe manejar las armas. Cuantos más seamos, mejor. No hemos recibido noticias de los hermanos MacKenzie. No tenemos por ahora a nadie más.

—No te metas en esto si no quieres más problemas, Kenyan. Mi hermana no viene y es mi última palabra.

—Mm... Eric —Lux tragó saliva—. ¿Puede venir Naylea con nosotros? Si estás ocupado, ella puede ocuparse de mí en cualquier momento o...

—Lux, tú no vienes. Te quedarás aquí con mi hermana mientras nosotros nos ocupamos de esto. No tardaremos.

Suspirando cansadamente, intentó controlar sus ansias por asfixiarlo.

—Quiero ir.

—Me distraerías, y con ello pondrías en peligro la misión —le contestó tranquilo—. Preparaos, chicos, nos vamos en media hora.

Cuando todos comenzaron a salir, Lux se quedó mirando fijamente a Eric. Entendía su postura, pero que la dejasen fuera de aquello otra vez la enojaba. Deseaba coger el abrecartas y tirárselo a la pierna.

—Yo os he dado esa información.

—No sabemos si es cierta, Lux. No voy a poner tu vida ni la de mi hermana en peligro, aparte de que, como he dicho antes, me distraerías. Estaría más atento a ti que a los olores que captara allí abajo —Se pasó una mano por el cabello largo que le llegaba hasta los hombros—. Si hago esto es por tu bien. Ya estás metida en un buen lío con Viktor por tu insensatez.

—Si no hubiese actuado, aún no sabrías su paradero.

Eric la miró fijamente, con paciencia, como si estuviese hablando con un niño de cinco años que no entendía el porqué de las cosas.

—No vas a venir. No tengo nada más que agregar.

CAPÍTULO 15



Lux se encontraba nuevamente allí, encerrada en aquella enorme fortaleza, con Naylea. Se movía de un lado para otro, impaciente. Apenas se habían ido, justo cuando había amanecido, y ya estaba impaciente por tener noticias. Si Eric no era capaz de traerlas esta vez de vuelta, ella saldría la próxima vez. Pasara lo que pasara.

—Si hubieses mantenido la boca cerrada, sabrías que yo pensaba seguirlos sin que se diesen cuenta.

—¡Guau! ¿En serio? —su voz era pura ironía—. ¡No leo la mente!

—¡Ha sido tu culpa! —La vampira la miró fijamente—. Si no hubieses estado cegada por las ganas de ver a tu hermana y a tu amiga, te habrías dado cuenta de que te has condenado en vida.

Lux se puso pálida al escuchar sus palabras.

—No-o creo que sea para tanto...

Sus ojos azules tan iguales a los de su hermano se clavaron en ella con fuerza.

—De eso no te quepa duda, Lux. Pasarás cada día preguntándote qué te va a pedir y cuándo. —Sus ojos se achicaron—. Lo hará en el momento en el que menos lo pienses. —Se acercó a ella—. No podrás negarte, le has dado tu palabra y esto no es como en la sociedad humana. O cumples tu palabra o pagas con sangre.

—Me da igual, no me arrepiento. —Alzó la cabeza—. He hecho lo que tenía que hacer.

Naylea suspiró cansadamente y le dio un vaso, como si la considerase un caso perdido.

—Bebe, te dará color a ese rostro tan pálido. ¿Has comido algo tras alimentarse Eric de ti?

Ella se sonrojó, ¿tan obvio había sido? Esperaba que no la hubiesen oído, gimiendo mientras se restregaba contra aquel duro y caliente cuerpo, imaginándose todas las cosas que Eric sería capaz de hacerle. Estaba ansiosa por sentir sus caricias. Pero los vampiros y las demás criaturas tenían los

sentidos muy desarrollados. Seguramente todos la habrían oído.

—No, no he comido nada. Apenas tengo apetito.

—Pues deberías, ahora que van a traerte a tu hermana y a tu amiga, deberías estar sana. Acompáñame a la cocina.

Obedeciéndola, Lux se dejó caer en una de las sillas del enorme comedor. Naylea le puso patatas fritas, una bebida energética, dos bocadillos que había en uno de los dos frigoríficos y fruta. Dejándose caer a su lado le acercó el plato de las patatas con el dedo.

—Come y mucho. Estás muy delgada. Parece como si fueses a salir despedida por una suave brisa.

Lux puso los ojos en blanco.

—Tú también estás delgada.

—Yo soy más pequeña que tú —murmuró, cogiendo una manzana roja—. Me encantan las manzanas.

—Cómetela, yo no la quiero.

—Tengo que echar un polvo —soltó Naylea inesperadamente. Lux estuvo a punto de escupir su bebida—. Hace dos meses que no tengo sexo.

—¿Te parece mucho tiempo? —inquirió, soltando una risita nerviosa.

—Por supuesto, los vampiros solemos tener sexo casi todos los días, somos muy... instintivos. Animales. —Le dio un bocado a la manzana, sin dejar de mirarla—. Los humanos sois diferentes.

—Supongo que sí —murmuró, cogiendo uno de los bocadillos.

—¿Con cuántos hombres te has acostado, Lux? —Naylea sonrió—. Nunca he tenido una hermana. Ahora que hay mujeres en la casa, podemos hablar de todo esto.

Lux tuvo que dejar el bocadillo en el plato antes de contestarle.

—Yo no voy a estar aquí toda mi vida, Naylea. Pero por supuesto, puedo darte mi número.

La vampira alzó una ceja y apoyó los codos en la mesa, observándola.

—¿De verdad crees que vas a salir de aquí? Has entrado en el mundo de los vampiros, Lux. No tienes escapatoria. Termina de comer, tenemos cosas que hacer —musitó antes de incorporarse.



—A la de una, dos y...

Gideon echó la puerta hacia abajo de una patada. Ante ellos, se encontraba la entrada al interior del edificio donde supuestamente estaban tanto Luna como Virginia. El pasillo por el que iban estaba totalmente oscuro, sin ni siquiera una luz que alumbrase. Olía a moho y a perro mojado. Un intenso olor a descomposición llegó repentinamente hasta ellos.

Eso pasaba cuando iban por vía subterránea. Habían descubierto unos pasadizos que iban directamente al edificio sin tener que enfrentarse a todos los hombres lobo que custodiaban la entrada. Daba gracias por llevar unas botas, ya que si no tendría los pies mojados por el agua que pisaban.

Lo malo no era el agua. Era el estado en el que se encontraba: sucia, con huesos de otros hombres lobo y también restos de humanos.

Una *exquisitez*.

—Ya tenemos dónde duchar a Ethan —bromeó Ben detrás de él.

Se escuchó una risa.

—Cierra la boca, Ben —masculló Ethan cayendo del techo. Miró hacia arriba y vio cómo Kenyan salía de una gran alcantarilla, apareciendo entre ellos. La reja estaba rota, abierta y a punto de desprenderse—. O serás tú el que se encuentre en ella.

—No quiero ninguna pelea más. —La paciencia de Eric estaba agotada. Se sentía como una maldita niñera que tuviese que detener siempre las peleas.

Continuaron en silencio hasta que se encontraron una gran puerta de hierro cerrada que se alzaba delante de ellos. Kenyan comprobó la cerradura durante unos segundos antes de sacar un alambre del bolsillo del pantalón. Maldijo, dio patadas a la puerta, sacó y metió varias veces el alambre dentro hasta que sonrió y la puerta se abrió.

—Listo, es muy antigua, de la vieja escuela. Si fuera nueva tecnología habríamos tenido problemas. —Se guardó de nuevo el alambre—. ¿Tomamos las antiguas posiciones o vamos todos juntos?

—Manteneos todos juntos, no sabemos qué vamos a encontrarnos —susurró Eric pasando el primero.

Estaban en un gran pasillo que contenía dos puertas. Pudo divisar más lejos un ascensor. Se escucharon unos pasos en la planta superior, seguidos de unas risas y unos aullidos de dolor. Sin pensárselo dos veces, señaló a Gideon y a Ben.

—Vosotros dos inspeccionad esas dos habitaciones. —Luego señaló a Kenyan y a Ethan—. Vosotros dos subid conmigo en el ascensor, luego nos dividiremos. Nuestra prioridad es encontrar a los dos humanos. Si alguien las

consigue encontrar, que se las lleve fuera sin esperarnos. Afuera hay un coche con las llaves puestas.

—Vale —contestaron todos antes de ponerse manos a la obra.



Tras una patada, la puerta cayó al suelo con un fuerte crujido. Gideon entró en la habitación, intentando controlar la decepción que sentía. El suelo era blanco, de piedra, las paredes grises con moho en las esquinas y restos de sangre y marcas de arañazos. Podía captar el olor a sangre, pero en la habitación no había sangre fresca.

Sintió la mano de Ben en su hombro.

—Aún nos queda la otra habitación, compañero. Seguro que las encontramos.

—¿Y si es demasiado tarde? —susurró—. Puede estar muerta...

—O viva. Deja de decir estupideces y salgamos de aquí. No debemos perder tiempo. —Le tiró del brazo.

—¿Para qué querrían una habitación sin usar? —Se adentró más en ella, sintiendo de nuevo un olor fuerte a sangre—. Acércate, Ben. Aquí huele a sangre.

La hermosa cara de Ben mostró su cansancio frunciendo el ceño.

—Joder, Gideon. Sé que estás... —Cuando se colocó cerca de su amigo, inspiró con fuerza—. Mierda, huele a sangre fresca. Alguien está herido.

Sintiendo cómo su corazón latía con fuerza, comenzó a dar vueltas alrededor de sí mismo, mirando con más detalle aquella habitación. El suelo que pisaba se tambaleó durante unos segundos. Quedándose quieto, volvió a moverse, sintiendo de nuevo ese temblor tan pequeño que en otras circunstancias no habría notado.

Miró sus pies, se agachó y tocó el suelo con las palmas de las manos.

Volvió a temblar.

Había un pasadizo bajo ellos. Siguió tocando el suelo cuidadosamente, sin querer saltarse ninguna señal. Sus dedos encontraron una pequeña grieta, intentó meter los dedos y abrirla más.

Cuando consiguió abrirla un poco, sus dedos se resbalaron por el sudor y se cerró nuevamente. Lo volvió a intentar.

Se abrió.

Era un sótano.

Unas escaleras de hierro comunicaban con el piso de abajo. El olor a sangre se hizo más fuerte. El camino estaba oscuro a excepción de una pequeña luz que alumbraba escasamente, parpadeando. Gideon cogió aire, intentando controlar los nervios que estaban a punto de dominarlo. Ben le empujó suavemente en la espalda para que entrase.

Al bajar ambos, Gideon oyó cómo Ben maldecía al ver la cantidad de calabozos que había con vampiros, hombres lobo y humanos en un estado lamentable. Avanzó mientras ignoraba las peticiones de los demás. El suelo estaba manchado de sangre seca, algunos de los prisioneros estaban muertos, haciendo que un olor podrido cubriese la zona.

—Mientras tú buscas, yo iré soltando a los vampiros y recogiendo información —le comentó su compañero desde atrás.

—De acuerdo.

Siguió caminando, intentando que toda aquella carnicería no se grabara en su retina, era como un laboratorio. Sintió los ojos húmedos al pensar en la tortura que tendría que haber soportado Luna. Apretó con fuerza los dientes y siguió caminando. Se encontró al final de la sala una puerta de acero con una rendija. Cogiendo aire se asomó por ella.

Había un cuerpo tirado en el suelo cubierto por un pequeño trapo que estaba manchado de sangre. Muchos agujeros dejaban rastros de su piel a la vista, viendo arañazos, moratones y heridas abiertas que sangraban. La figura era pequeña, femenina y un largo cabello oscuro por la sangre estaba derramado en el suelo.

—¿Luna? —susurró. Inspiró. Algo en ese olor le era familiar—. ¡Luna!

Golpeó con el hombro, dio patadas incluso cuando sintió cómo sus huesos crujían, doloridos por los impactos. Finalmente, cuando su brazo se quedó adormecido por el dolor, consiguió echar la puerta abajo.

—¡Luna! Dios mío, Luna —jadeó.

Corrió hacia la figura y se agachó a su lado. Sintiéndose torpe por sus enormes manos, la cogió en brazos y tragó saliva al verla con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Apretó el frío cuerpo contra su pecho, escondiendo el rostro en su cabello sucio y enmarañado. Aspiró con fuerza su olor, besándole el cuello mientras sentía las lágrimas deslizarse por sus ojos. Sus lágrimas rojas mojaron el rostro de la inerte humana.

—¡Luna! —jadeó mientras sollozaba—. Despiértate, Luna. —Le besó la frente—. Abre los ojos. —La besó en los labios fríos y agrietados—. Qué te

han hecho. Qué te han hecho, cielo. —Apretó los ojos y agarró con más firmeza el menudo cuerpo—. Lo siento, nena, lo siento muchísimo. He venido tarde. Lo siento tanto... —La abrazó con fuerza—. Perdóname.

Detrás de él sintió a Ben, que estaba en silencio apoyado en el marco de la puerta mientras observaba aquella imagen que lo seguiría el resto de su vida. Desolación, tristeza y muerte. Nunca antes había visto llorar a Gideon. El rostro de ella estaba en el hueco de su cuello. Pudo ver sus rasgos marcados por la falta de comida. También el tono pálido morado. Miró fijamente sus labios...

Estaban cerrados.

Antes habían estado entreabiertos.

—Gideon, sepárala de ti. —La adrenalina comenzó a bombearle en la sangre. No era humana, había algo raro en ella. Se tocó el arma—. Joder, Gideon. Sepárate de ella. ¡No está muerta!

Los oscuros ojos de su amigo, antes dorados, se clavaron en él.

—Cierra la puta boca antes de que te parta los dientes —gruñó apretando más fuerte el femenino cuerpo contra el de él. Lo veía como una amenaza. Cuando volvió a mirar el rostro de Luna, sus rasgos se suavizaron. Acarició una esquelética mejilla. Su voz sonó desgarrada—. Maldita sea, lo siento. Prometo vengarme, te prometo matarlos a todos y...

Su boca estaba de nuevo entreabierta.

—¡No está muerta, Gideon!

Sabiendo que Gideon se echaría encima de él, en un rápido movimiento se colocó a su lado y le tapó la nariz y la boca a la humana. Su compañero comenzó a empujarlo, insultándole mientras ignoraba cómo los grandes ojos de la humana se abrían completamente, exponiendo una mirada carmesí tan aterradora como bella.

Retiró la mano y dejó que su amigo la mirase, ella jadeaba y se convulsionaba, en busca de aire. Entre sus labios pudieron verse dos largos colmillos. No era humana. ¿Qué diablos era? Sus articulaciones comenzaron a crujir, de sus brazos comenzó a aparecer espeso pelo.

Luna gritó, arqueándose en los brazos de un incrédulo Gideon. Cuando pareció recuperar el control, volvió a quedarse estática en los brazos del vampiro. Las venas que antes se habían marcado por todo su cuerpo desaparecieron.

Alzó una mano con lentitud, temblando. La colocó en la mejilla de Gideon, donde la incertidumbre desdibujaba los rasgos del vampiro. Apretaba

los labios con fuerza, intentando controlarse. Habló en un español algo seco y pesado que ninguno de los dos entendió a pesar de conocerlo. Cuando se dio cuenta de dónde se encontraba, le miró con aquellos ojos tan aterradores y magníficos.

—Deja de llorar, Ken —susurró con una voz ronca que le hizo tragar saliva para intentar suavizarla. Parecía haber estado gritando durante horas. Dos lágrimas transparentes se deslizaron por las marcadas y pálidas mejillas de Luna—. Sabía que vendría-s.

—He tardado demasiado. —El vampiro volvió a apretarla contra su cuerpo—. Ahora nos vamos a casa, nena. Te ducharé, te alimentaré y podrás descansar. Después hablaremos, ahora duérmete mientras te saco de este infierno.

Los ojos de ella se cerraron, relajándose en los protectores brazos de Gideon.

Asintió y se apretó contra él.

Gideon miró a Ben.

—Nos vamos.

—Pero no hemos encontrado a Virginia. —Achicó los ojos—. Gideon, ya tienes a Luna. Ahora tenemos que buscar a la hermana de Lux.

—He dicho que nos vamos —gruñó al acercar su rostro al de Ben—. Los demás la están buscando. ¿Qué más quieres?

El vampiro apenas podía creerse lo que estaba escuchando de su compañero. ¿Cuándo se había vuelto así?

—Imagínate que ella fuese Virginia, Gideon. Imagínate que encontramos a Virginia pero no a Luna. ¿Querías que dejásemos de buscarla? ¿Acaso eres un maldito cabrón egoísta al que sólo le importa tener lo que quiere? Obedece a Eric, no te busques más problemas —escupió cada palabra, incapaz de reconocer a su compañero a través de la actitud que tenía.

El aludido frunció el ceño y asintió.

—Tienes razón —tragó saliva mientras miraba a Luna en sus brazos. Apenas pesaba como un niño de diez años. Daba lástima en el estado en el que se encontraba. Sus mejillas hundidas, su cuerpo cubierto de sangre y heridas. La acercó más a él y aspiró su aroma—. Voy a llevarla a la mansión y volveré. Te lo prometo —suspiró al ver la ceja alzada de Ben. No se fiaba de él—. Por favor, déjame ponerla a salvo. Yo... tengo que dejarla en un lugar seguro.

Bastó una mirada de Ben para que Gideon saliese a toda prisa de la

habitación. Esperaba no arrepentirse.

Y tampoco que Eric se enterase. Si no, los dos estarían perdidos.



Salió de aquella infernal habitación cuando se quedó solo. Cerró la pequeña puerta y se enfrentó a la última habitación que quedaba en aquella planta de abajo. Ben pasó las dos manos por los pantalones que llevaba, intentando deshacerse de aquel sudor que lo envolvía. Estaba nervioso. Sentía que en aquella habitación se escondía algo peligroso.

Sacó las dos pistolas que tenía sujetas a la hebilla del cinturón.

Se apoyó contra el marco de la puerta, cogiendo aire mientras un olor a perro mojado le penetraba por la nariz.

Había hombres lobo allí dentro, custodiaban algo. ¿Podría ser acaso la otra humana? Olía a sangre fresca y a infección. Quien estuviese ahí dentro, estaba realmente enfermo o lo estaría. Cada segundo que pasaba allí abajo, sus ganas de salir a la superficie aumentaban. Aquel olor permanecería días y días en su mente.

Dando una patada a la puerta, de ella salieron dos hombres lobo. Al verle, gruñeron y se lanzaron hacia él. Echándose a un lado, disparó varias veces. Sonrió cuando uno de ellos cayó al suelo, cambiando su forma a humana. En su cuerpo se vieron tres disparos, dos de ellos en el pecho y otro en el cuello.

No tuvo la misma suerte con el otro.

Se golpeó la cabeza contra el duro suelo de mármol. Con sus manos agarró las grandes fauces de la gran bestia, que intentaba llegar a su cuello mientras sus garras le arañaban el pecho. Algo impactó contra la gran y peluda cabeza del lobo, que se giró hacia atrás y saltó hacia esa persona. Ben se levantó rápidamente del suelo.

Sintió su sangre arder al ver cómo el lobo tiraba a una mujer contra la pared que estaba detrás, dejándola inconsciente en el suelo. Llevaba una camisa blanca ancha que dejaba al descubierto sus piernas. Dicha camisa estaba cubierta de sangre tanto seca como nueva que no paraba de salir de su bajo vientre.

Mierda.

—Voy a matarte, maldito cabrón —gruñó.

Se lanzó a la gran espalda del lobo, manteniendo su cuerpo bien pegado al del animal mientras éste gruñía y se sacudía para intentar librarse de él. Cogiendo las pistolas, apuntó a la nuca del animal y comenzó a disparar frenéticamente, incluso cuando el cuerpo cayó inconsciente al suelo.

Fue corriendo hacia la mujer.

Se agachó y cogió su malherido cuerpo entre sus grandes brazos, inspeccionando sus heridas. Le levantó suavemente la camiseta hasta revelar unos puntos en mal estado en su monte de Venus. Algunos ya estaban quitados, pero otros resistían, intentando mantener la carne junta. La herida estaba manchada de sangre seca. Y estaba infectada.

Se estremeció ante la horrible imagen que presentaba aquella herida. Intentó controlar las ganas de vomitar que sentía en aquel momento. Temblándole las manos, le apartó algunos mechones negros de su rostro, revelando los rasgos más hermosos y perfectos que nunca antes había visto.

Unos grandes ojos cerrados por unos delicados y sucios párpados, hinchados de llorar. Una nariz pequeña, recta y un poco respingona que le daba un toque pícaro. Unos labios dulces y rellenos. El de arriba era menos carnoso que el inferior.

Al abrir sus ojos, Ben se sorprendió por la tonalidad cristal azul que presentaban. A pesar de las leves ojeras y el sufrimiento que se veía en ellos, eran los ojos más misteriosos y fríos que había visto en mucho tiempo.

—Eres Virginia, ¿verdad?

La humana asintió lentamente.

—Sí, lo soy. —Sus ojos comenzaron a humedecerse—. Por favor, sácame de aquí...

—Claro que te voy a...

—Estoy muerta —le interrumpió Virginia mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Eres un ángel, ¿verdad? —sollozó con una voz ronca y llena de dolor que desarmó a Ben—. Estoy muerta, por eso puedo verte-e —tartamudeó—. No he salido viva de aquí.

Ben cogió ambas manos de la humana sorprendiéndose por lo fría que estaba. Las apretó, intentando infundirles calor. Un sorprendente calor se instaló en la muñeca de Ben, siguiendo su cuerpo. Conocía aquella sensación. Intentó no asustarse, centrarse en el estado de ella y en huir de allí.

—No te preocupes por nada, descansa. Voy a sacarte de aquí y te recuperarás.

La levantó en brazos y, con toda la prisa que pudo, buscó la salida para

irse de aquel infierno en el que se encontraba pero en el que, curiosamente, había conocido a quien sería su Anam Cara.

A Virginia Blueling.



—Eric, acabo de recibir una llamada de Ben y de Gideon. —Ethan estaba a su lado, viendo el último cuerpo del hombre lobo que Eric había matado.

—¿Algo importante? —Se limpió las manos en los oscuros pantalones, jadeando.

—Las han encontrado. —Kenyan sonrió con sorna al escucharlo. El lobo lo ignoró.

Eric lo miró fijamente, sorprendido. Ethan asintió para remarcar su respuesta. El vampiro sonrió. Guardó las armas y le palmeó el hombro, satisfecho. Las heridas que tenía se cerraban, fruto de la sangre que había recibido de Lux.

—¿Dónde estaban?

—En las dos habitaciones de abajo. Al parecer eran las dos guaridas —concluyó Kenyan sonriendo—. Le hemos estropeado la sorpresa.

—Que se jodan —Eric escupió sangre al suelo—. Me tienen hasta los cojones —gruñó.

—¿Sigues fumando puros, Eric? —Kenyan sonrió—. Tienes la misma voz ronca que hace...

—La tengo ronca porque acaban de darme un puñetazo en la tráquea, gilipollas —gruñó de nuevo—. Y no, dejé de fumar puros hace cincuenta años. Ahora salgamos de aquí. Tiene que haber muchos más hombres lobo rondando cerca. No me creo que esto apenas cuente con veinte miembros.

—Tendrán más células aparte de ésta. —Ethan se pasó una mano por la cabeza—. Suele haber bastantes manadas.

—¿Ben y Gideon no vuelven? —Kenyan se rió secamente—. Estupendo, si nos tienden una emboscada estamos bien jodidos.

—Han dicho que volverán.

—Claro, y tú les crees —el rubio sonrió—. ¿Estás seguro de haber dejado solas a tu hermana y a Lux? Nunca se sabe qué planean. ¿Dos mujeres juntas bajo ninguna supervisión de un hombre? —resopló—. Mala cosa.

—Cierra la boca de una puta vez, Kenyan. —Definitivamente, había perdido la poca paciencia que tenía.

En ese momento, se escucharon más gruñidos y aullidos provenientes de las habitaciones de al lado.

Los tres sacaron las armas.

—No sonrías, Kenyan. —Le miró fijamente—. Esto aún no ha terminado.

El aludido sonrió.

—¿Quién ha sonreído?

—Ahora mismo estás sonriendo. —Eric no entendía por qué estaba tan irritado—. Deja ahora mismo de sonreír —gruñó.

Kenyan alzó las manos y miró a Ethan.

—¿Qué diablos le pasa?

Por la puerta aparecieron cinco hombres lobo.

—Mierda. ¿Habéis matado a todos los que os habíais encontrado por el camino? —preguntó Eric.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —El cuerpo de Ethan comenzó a transformarse, oyéndose los huesos y músculos crujir con fuerza.

—Porque alguno de ellos habrá pedido refuerzos. —Eric le golpeó con el mango de la pistola a un hombre lobo, echándose a su lado. Maldijo al ver más entrando por la pared, cayendo a pedazos—. Mierda, son demasiados.

Ethan esquivó a uno de los hombres lobo a cuatro patas, luego se lanzó a por dos que corrían hacia ellos.

—Más les vale a Gideon y a Ben estar aquí en menos de diez minutos —susurró Kenyan antes de meterse en la pelea.



—Creo que no deberíamos haber salido de la mansión —la voz de Lux apenas se escuchaba.

Naylea hizo un gesto con la mano.

—Deja de acobardarte, Lux. ¿Quieres encontrar a tu hermana y a tu amiga? —Esperó a que asintiera—. Pues ésta es la única solución.

Cogió una curva con demasiada rudeza, escuchándose el desgaste de las ruedas. Naylea maldijo.

—Mierda, mi hermano se va a enfadar.

—No creo que ni siquiera lo note. —Se cruzó de brazos—. ¡Total, ya estará ocupado matándonos!

Los ojos de la vampira se centraron en ella.

—A mí podrá chillarme y amenazarme con encerrarme en Dios sabe dónde. Pero a ti... —Su sonrisa se volvió pícaro—. Los hombres son muy simples, cariño. Te desnudas, le haces un meneo de caderas y se le habrá olvidado todo. Eso sí, fóllatelo rápido antes de que recupere la memoria. Los hombres después de correrse se encuentran tan débiles que...

Dejó de hablar al ver el rostro de Lux. Aguantó la sonrisa.

—¿Qué te pasa ahora? ¡Dios! Ni que no te hubieses... —Al ver que no continuaba, abrió la boca—. ¿No habéis follado?

—¿Quieres dejar de decir *esas* palabras? —Se sonrojó. La vampira se rió estruendosamente—. Sí, genial. Ríete de mí. No me importa. ¿Te crees que no me he fijado en cómo te comportas cuando está Kenyan?

La sonrisa de la vampira se borró.

—Yo no me comporto de ninguna manera —gruñó.

Paró el coche.

—Ya hemos llegado. Bájate antes de que... Mierda, Lux. Mira a tu derecha.

Cuando la humana lo hizo, se hizo un ovillo en el asiento. Gideon salía de un edificio grande, oscuro y viejo con algo entre sus brazos, envuelto en su chaqueta.

—¿Qué será eso?

—Seguramente un hombre lobo o quizás algún humano que hayan encontrado allí dentro. —Naylea también estaba agachada—. Mierda, pensé que llegarían más tarde.

—Quizás ahora vuelva. Los demás tienen que estar dentro, ¿no ves que hay más coches aparcados? Son de ellos. Puedo reconocerlos —susurró Lux—. Mm... ¿entramos?

—Vamos a esperar diez minutos, por si acaso sale Ethan o alguno más. Si no, entramos.

Se quedaron durante unos minutos en silencio, hasta que Lux no pudo contenerse más.

—Naylea, tengo un mal presentimiento.

Ella sonrió, mostrando sus dos largos y finos colmillos que llamaban tanto la atención a Lux.

—No me extraña. Si yo fuera tú, también la tendría. Deja de pensar en

mi hermano y en cómo se tomará la noticia cuando se entere. Total, seguramente yo me llevaré la peor parte.

Lux frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque para él eres un ángel, eres su pareja, no puede hacerte daño,
Lux. ¿Acaso no lo has notado?

CAPÍTULO 16



Naylea, ¿qué es este líquido? —preguntó Lux mientras caminaban por un gran pasillo oscuro que tendrían que ser las cañerías. Las paredes eran de piedra y estaban oscurecidas por la mugre y el moho. La luz era escasa y ella veía a duras penas.

—¿Aparte de agua sucia con mierda? —Naylea sonrió—. Pues hay restos de hombres lobo, humanos y un sinfín de bacterias. Además, huele muy mal. Me encantaría tener el olfato de un humano, los vampiros lo tenemos demasiado desarrollado —susurró para sí—. Al menos, por aquí no nos descubrirán. Tapa nuestro olor totalmente.

Ambas se quedaron calladas mientras seguían avanzando. Se podía escuchar el sonido de las goteras, el agua moverse y pisadas en el piso superior. Se paralizaron al escuchar una puerta abrirse y a tres figuras acercándose a ellas.

Estaban corriendo.

Lux miró a Naylea, que tenía los ojos completamente abiertos.

—¡Mierda! Es mi hermano, Ethan y el elfo de Kenyan. ¡Nos han visto!

—¿Y qué hacemos ahora?

—¡Correr, vienen detrás de ellos seis hombres lobo!

Naylea se dio la vuelta y comenzó a correr hacia la salida por la que ambas habían entrado. Lux no pudo seguir el paso de Naylea, quien había salido pitando. ¡La estaba dejando sola! Miró a sus espaldas y vio el cabreado rostro de Eric.

Aceleró el paso.

—¡Corre Lux, corre más rápido! ¡Sigue a Naylea!

Lux lo intentó, pero desgraciadamente su pie se enganchó en un trozo de cuerda que había en el agua, haciéndola tropezar y caer en ella por completo.

Una mano la agarró por el brazo y tiró de su cuerpo antes de que tragase agua y se atragantase. En dos segundos, se encontraba entre los brazos de Eric, quien corría mientras Ethan y Kenyan disparaban. Se agarró a su cuello, echando una mirada hacia atrás.

Gritó.

—¡Mierda, nos van a coger!

—¡No me chilles, Lux! Estoy a tu lado —gruñó. Apenas parecía notar el peso de su cuerpo mientras corría—. Ya no sé qué hacer para que te quedes en casa. ¿Quién diablos te crees que eres para salir por la noche y meterte en la boca del lobo? ¿Indiana Jones? —preguntó con sorna.

Lux intentó no sonreír, pero falló estrepitosamente.

—No hace gracia, Lux. Y hueles fatal —murmuró.

Lux le golpeó suavemente en el pecho con el brazo.

—He tropezado con una cuerda que había en el agua. —Se estremeció—. Dios, estoy hecha un asco, ¿verdad? —Se acarició el cabello. Gritó cuando se quitó con la punta de los dedos restos de carne podrida.

Eric dio un enorme salto, dejando atrás una enorme tubería que minutos atrás Lux había tenido que pasar por debajo.

—¿Qué es eso? —Lo tiró al agua.

—Restos.

No preguntó más. Cuando consiguieron salir de aquel infernal túnel, Naylea la esperaba en la salida. La cogió del brazo y la hizo meterse en el coche con ella.

Lux pegó la frente al cristal de la ventanilla, observando el espectáculo que sus ojos le ofrecían. Cuando los tres vampiros salieron, dos primeros hombres lobo salieron tras ellos. Naylea sacó el brazo del coche con una pistola, apuntando en la cabeza.

Los dos cayeron muertos.

Los otros cuatro salieron de distinta forma, esquivando las balas. Kenyan saltó desde la derecha, colocándose encima del lobo. Sacando de su pantorrilla un cuchillo, lo clavó en la espalda y comenzó a bajar con él, rasgándole el cuerpo.

Ethan se convirtió. Lux parpadeó.

—Mi-mi-mierda...

—¡Llévatela de aquí, Naylea! —gritó Eric con un extraño brillo en sus ojos.

Mientras ella obedecía, encendiendo el coche, vio cómo Eric se quedaba parado mientras un hombre lobo iba hacia él a cuatro patas, abriendo aquella enorme boca que parecía ser capaz de triturar todo. Cuando gritó, Eric se agachó y le golpeó el gran pecho al animal, haciéndolo caer de boca dos metros más atrás.

Sonrió.

Definitivamente era un placer verlo luchar. Sus movimientos, su dureza y... todo. Sentía un primitivo deseo por ese oscuro vampiro que tantas veces le había salvado la vida. De la rapidez, apenas podía distinguirlo de la misma oscuridad que los rodeaba. Cuando el lobo se incorporó para cargar de nuevo hacia él, Eric sacó una pistola y en la otra apareció una daga con símbolos rojos. Corrió hacia el lobo.

Todo ocurrió muy deprisa.

Su vampiro pudo hacer un movimiento con el brazo, rasgándole la garganta. Pero el lobo le mordió por el hombro con fuerza, tiró y lo dejó caer.

El coche comenzó a moverse.

—¡Para el coche, Naylea! —gritó.

—Pero Eric ha dicho...

—¡Para ahora mismo te he dicho! —le gritó, golpeando el cristal.

Eric se levantó del suelo con lentitud. Su hombro estaba colocado en una extraña posición, su cuello estaba casi desgarrado por la parte del mismo hombro. No paraba de salir sangre carmesí. Se tapó aquella herida con su mano, apretando con fuerza.

Sus ojos conectaron con los de ella.

Luego con los de Naylea.

El coche siguió avanzando, ignorando los ruegos y gritos de Lux. Su última visión fue ver cómo salían más hombres lobo de aquella puerta.

CAPÍTULO 17



Lux, por favor, dime algo. —Naylea apenas podía controlar lo mal que se sentía.

—¿Por qué lo has hecho? —murmuró. Caminaba en círculos en el salón. Seguía empapada, olía fatal y tenía la nariz roja. Su largo cabello rubio estaba pegado a su rostro y a su espalda.

—Prefiero enfrentarme a tu ira que a la de mi hermano —bromeó, intentando aligerar el ambiente—. Mi hermano es el líder, Lux. Ten más fe en él, no es fácil matarlo.

Pero estaba preocupada, Eric había recibido un ataque muy severo. ¿Y si también les pasaba algo a los demás? ¿Qué sucedería entonces con Luna y Virginia? Aquello parecía estar dirigido a ella, como si hubiese hecho algo contra los hombres lobo, porque todas las personas importantes para ella acababan heridas.

—Vendrán dentro de poco tiempo, el amanecer no está lejos... —Lux seguía igual de pálida.

—Espero que hayan encontrado a Virginia y a Luna.

Por la puerta del salón apareció Ben completamente lleno de sangre, con el cabello rubio pegado al rostro y los ojos... nublados por la confusión. Se pasó una mano por el rostro antes de mirarlas. Estaba vestido completamente de negro, aunque algunos cortes exponían su olivácea piel.

—¿Ya ha llegado Eric? —Lux fue hacia él.

—¿Qué? Ah, no. —Sacudió la cabeza. Sus azules ojos se clavaron en ella. Examinándola de arriba abajo—. No me dijiste que tu hermana era tan... especial.

Los ojos de la humana se abrieron completamente. Con sus menudas manos, lo agarró de la camiseta sucia y tiró de él.

—¿Dónde está? —susurró—. Dime ahora mismo donde está. ¿Está aquí? ¿La habéis traído? ¿Y Luna? ¿Se encuentran ambas bien?

Las manos del rubio se colocaron sobre sus débiles y pequeños hombros. Se estaba mareando por lo rápido que se movía.

—Lux, tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si acabas de decirme que mi hermana Virginia está aquí!

—Yo no he dicho eso —dijo Ben con cautela.

—Pero la has visto.

Por el brillo que emitían los ojos de Ben, salió del salón corriendo y subió las escaleras, sin saber dónde se encontraba.

—¿Dónde está! —gritó desde las escaleras. Se sobresaltó al ver a Ben detrás de ella.

—Sígueme.

Mientras lo seguía, se repitió una y otra vez que debía mantenerse serena. Calmada. Todo para infundirle fuerzas a su hermana. ¿Cambiaría mucho la relación entre ambas cuando supiese que era su culpa el hecho de que se encontrase allí? ¿Volvería a ser la misma? Sabía que había tenido un encontronazo con un hombre lobo... Sólo esperaba que se hubiese quedado en poco. No podría soportar ver a su fuerte hermana mayor débil, desolada y rota en mil pedazos.

Era la única familia que le quedaba.

Ben abrió una puerta de color caoba oscura que se encontraba en la planta superior.

Era una gran habitación que claramente había sido decorada por un hombre. Un armario del mismo color que la puerta, unas cortinas pesadas que no dejarían pasar la luz si se encontraba la persiana levantada y una gran cama de matrimonio donde había un pequeño bulto bajo las sábanas.

Miró a Ben.

El vampiro asintió.

De repente, sintió un gran peso en las piernas. No podía moverlas. Tenía las manos a cada lado de su cuerpo, convertidas en puños, y se mordía el labio con fuerza. ¿Por qué se encontraba en aquel estado?

Tú puedes. Avanza. ¿Qué diablos te pasa, Lux?

Un paso. Otro más. Caminó hacia su hermana. Cuando se encontró a su lado, sintió como si le hubiesen desgarrado el corazón.

¿Aquella era su hermana? ¿Aquella mujer casi sin carne en los huesos, con hematomas y heridas profundas? Calientes lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas. Sabiendo que había más, fue retirándole poco a poco la sábana blanca que tenía encima, revelando una camiseta negra y ancha que debía de pertenecer a Ben.

—Lux, no tienes por qué hacerlo.

—Tengo que verlo —su voz sonó rota, ronca y fría—. Es mi hermana, joder. ¿Por qué no podían habérmelo hecho a mí? —susurró para sí misma—. La han violado, ¿verdad? Y la han torturado.

Al ver que el vampiro iba a negarlo, se dio la vuelta y lo miró.

—¡No me mientas, joder!

Se escuchó un gemido. El vampiro la hizo a un lado y acercó a su demacrada hermana. Cogió un vaso lleno de agua y lo acercó a aquellos secos y agrietados labios que, en otros momentos, habían sido carnosos y rosados.

Cosa que ella siempre había envidiado.

Sus ojos se fueron abriendo poco a poco, revelando esas cuencas cristalinas tan poco comunes. Sonrió tenuemente.

—Lux —suspiró.

—Virginia. —Empujó al vampiro, que gruñó. Se arrodilló al lado de la cama, sintiendo nuevamente una fuerte presión en la garganta—. No sabes cuánto lo lamento —hipó—. Yo no quería que sucediera esto.

Los largos y finos dedos de ella acariciaron la mejilla de Lux.

—Ya lo sé, cariño. —Cerró los ojos durante un momento—. Aún no sé qué coño ha pasado. He visto cosas que... No me creerías, Lux. Esto es peor que *Underworld*.

Se rió secamente, encogiéndose de hombros. Sí, su hermana seguía con aquellas películas de vampiros y hombres lobo.

—No te creas... —Besó la delgada mejilla de su hermana, marcada por la falta de nutrición—. Voy a traerte una sopa y...

—Ya ha comido —susurró Ben, sentándose en una butaca.

—¿Cómo? —Sacudió la cabeza—. La estás cuidando —no era una pregunta—. ¿Desde cuándo está aquí?

Cuando las frías manos de Virginia cogieron las suyas, dejó de prestar atención al rubio.

—A pesar de lo que dice, sigo creyendo que he muerto. —Sus grandes ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué si no me cuidaría un ángel rubio?

—No estás muerta. —El corazón de Lux dio un vuelco—. Si lo estuvieses, yo no estaría aquí, contigo —susurró.

—¿Y dónde estarías entonces? —Virginia mostró una gran hilera de dientes blancos y perfectos cuando sonrió con tristeza.

—Matando a todos aquellos capullos que te hubiesen arrebatado de mi

lado. Luego, te traería de vuelta.

—Deja de llorar, Lux. —Le pellizcó con poca fuerza su mejilla—. Voy a recuperarme, lo sabes.

—Pero no quiero... —Se paró durante unos segundos para tranquilizarse. Luego cogió aire—. No quiero que te veas sumida en este mundo. Luego no tendrás escapatoria. No se puede salir.

Su hermana frunció el ceño, gimió de dolor y cerró los ojos.

Lux lo interpretó todo: necesitaba descansar y no asustarla más de lo que estaba. Volvió a taparla con las mantas, sonriendo e intentando controlar las lágrimas. Más tarde lidiaría con ella, su hermana ya estaba sana y salva, que era lo importante. Lux no podía controlar sus emociones.

—Descansa, olvida lo que te he dicho. —La besó en la mejilla—. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? Si hubiese podido...

Sintió los dedos de Virginia en sus labios.

—Lo sé, Lux. Lo sé —sonrió—. Yo también te quiero.

—Te dejo en buenas manos. —Señaló a Ben, quien la observaba—. Es un canalla con las mujeres, pero es buena gente.

Virginia negó con la cabeza.

—Te equivocas, Lux. Los ángeles no son así con las mujeres.

Tras asentir, salió de la habitación, cerró la puerta con lentitud y se dejó caer contra la pared. Un espeso e infinito vacío se instaló en su pecho.



Eric gruñó al ver la fea herida que tenía en el estómago. Se apretó con fuerza y fue hacia el salón, ignorando el rastro de sangre que dejaba en el suelo. Había pasado por heridas peores.

Se encontró a Naylea, que miraba absorta el crepitar de las llamas de la chimenea. Estaba sentada en el sofá, abrazándose las rodillas. Sus ojos, iguales que los de él, se encontraron con los suyos.

Sonrió secamente.

—Te veo bien. —Se encogió de hombros—. Te mereces esas heridas.

Se levantó del sofá y fue hacia él, haciendo ondear la larga falda que llevaba de color negro. Sin que se lo esperase, su hermana le abofeteó con fuerza.

—No vuelvas a ordenarme nunca más que te deje atrás, ¿te has enterado,

cabezón? —Le empujó con fuerza. Sus ojos estaban húmedos—. No sólo he tenido que ver cómo los hombres lobo te atacaban mientras mi instinto me gritaba que me quedara allí, sino que he tenido que aguantar a tu humana, llorando y cayéndose en pedazos. ¿Sabes lo que sentía? ¡Me sentía impotente!

Eric intentó agarrarla.

—Cálmate, Naylea...

—¡No me digas que me calme! —Retrocedió—. ¿Sabes el miedo que he visto en sus ojos? Miedo a perder a Virginia, miedo de perder a Luna. Y miedo por perderte a ti, el único que le queda. Tienes que hacer algo con ese vínculo antes de que se vuelva loca.

El vampiro parpadeó, confundido.

—Ya lo solucionaré.

—Hazlo pronto; no sé cuánto tiempo lleváis así, pero a medida que pasan los días, la intensidad aumenta, al igual que las probabilidades de que otros vampiros machos aparezcan.

Ignorando sus heridas, abrazó a su pequeña y salvaje hermana, atrayéndola hacia él. Le besó el tope de la cabeza. Se sintió torpe y estúpido. Su hermana no solía preocuparse por nadie, era independiente, fría y ciertamente insensata, además de tener un horrible gusto en los hombres.

—No vuelvas a pedirme que te deje, ¿te enteras?

—Lo siento, Naylea. No volverá a pasar.

Ella se separó de él, limpiándose las mejillas.

—Sí, claro. Por supuesto. —Le señaló con el dedo—. Vuelve a hacer una estupidez como ésa y estás muerto, hermanito —tragó saliva, intentando controlarse—. ¿Las habéis encontrado?

—Sí, a ambas. Pero... —suspiró, superado por los acontecimientos y las consecuencias que traerían las dos mujeres—. Luna es una híbrida y la hermana de Lux se encuentra en un estado que a los mismos muertos les asustaría. Mañana... cuando todos estemos descansados, tendremos una reunión.

—No seas muy duro con Lux —le aconsejó—. Está destrozada. Y fue mi idea que saliésemos.

Eric sonrió.

—Lo sé. —Se acercó a su hermana y la abrazó con fuerza, ignorando la sangre que manchaba su ropa—. Eres un incordio.

—No más que tú. Ahora ve con tu humana y recuerda no ser estúpido.

Mañana la riñes, hoy sólo mímalala. —Le guiñó un ojo.

Eric sonrió, negó con la cabeza y se fue a su habitación, deseando ver a Lux. Cuando su hermana se la llevó en el coche, sintió una fuerte opresión en el pecho al ver la angustia que había en aquellos ojos azul grisáceos. Pudo escuchar sus gritos, suplicándole a Naylea que no lo dejaran allí.

Tenía mucho que hablar con ella.

¿Qué diablos había estado haciendo allí? De todas maneras, no le tendría que haber extrañado. Conocía a Lux, era una humana demasiado cotilla que había tenido la mala suerte de que su hermana, su mejor amiga y ella se viesen implicadas en aquel mundo que nunca antes habrían imaginado.

Subió las escaleras, parándose cada poco tiempo por el dolor que le atravesaba todo el cuerpo.

Al terminarlas, fue hacia su habitación y abrió la puerta lentamente.

En la cama, se encontraba Lux en postura fetal. Se abrazaba con fuerza las rodillas, tenía los párpados cerrados con fuerza y el ceño fruncido, como si un mal sueño la estuviese perturbando.

Se acercó a ella cojeando, sin poder evitar sonreír al verla. Se tumbó en la cama, apoyando la dolorida espalda en el cabecero de la cama y la atrajo hacia su cuerpo, abrazándola e intentando darle el calor que necesitaba.

—¿Eric? —susurró. Se incorporó y le miró. Dos segundos más tarde, lo estaba rodeando con sus brazos—. Dios, no sabes lo preocupada que estaba.

Sus bonitos ojos estaban rojos e hinchados de llorar.

Se quitó de su cuerpo, gimiendo.

—Dios, estás herido. —Sin esperar respuesta, se subió a horcajadas, le cogió con delicadeza el rostro y le colocó la cabeza en su cuello—. Muerde.

—Lux, cálmate —susurró, sorprendido por la reacción—. No voy a morirme.

—¡Te estás desangrando! —Le desgarró la camiseta, sorprendiendo al vampiro—. Ahora bebe.

Eric le cogió las muñecas con una mano y la alejó un poco de él, mirándola fijamente.

—Lux, te repito que te calmes. —Cogió aire—. Has de saber que no me he olvidado de tu... *pequeña* aventura.

—Incluso tú sabías que no me quedaría de brazos cruzados. Ahora bebe.

Algo en los lentos latidos de su corazón y en el cansancio que mostraba le decía claramente que no se había recuperado del todo de la última vez que se había alimentado.

Las manos de él se deslizaron por sus caderas cubiertas por la camiseta, acariciándolas mientras ella se quedaba quieta.

Eric la miró con una ceja alzada... aunque no dudó en recorrerle el cuerpo una y otra vez con sus ansiosos ojos.

—No puedo beber de ti.

Ella frunció el ceño.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—No te has recuperado desde la última vez que me alimenté de ti. —Sin poder evitarlo, le acarició el cabello. Lo tenía húmedo. Había tomado una ducha no hacía más de quince minutos.

—Pero he comido y...

—Bebí demasiado, los vampiros podemos matar a los humanos muy fácilmente. —Cogió aire y la miró con severidad—. Tienes que alimentarte de mí, esto tiene que ser mutuo o acabarás muriendo.

Lux suspiró y se llevó las manos al rostro, cubriéndoselo durante unos minutos. Estaban relajados, incluso ella lo estaba. Tanto Virginia como Luna se encontraban allí. Mañana sólo tendrían que planear su siguiente movimiento. Pero antes de todo eso estaba el asunto de Lux, ella tenía que alimentarse de él.

Alzando la cabeza, asintió.

—De acuerdo —murmuró—. Déjame beber de ti.

Eric ocultó su sorpresa y cogió una daga que había en la mesita de noche. Acercándola a su cuello, Lux posó con rapidez sus dedos sobre él.

—Ten cuidado. No tienes que hacer un corte profundo.

Él aguantó la sonrisa y asintió.

—Lo sé. ¿Estás preparada?

Ella se humedeció los labios y asintió, pegándose a su pecho. Tras hacerse un pequeño corte, pues estaba herido y no podía perder mucha sangre más, colocó su mano sobre la cabeza de Lux, acercándola a la herida. Repentinamente, el cuerpo femenino se colocó sobre el suyo, juntando las estrechas caderas a las de él.

—Joder —gruñó, intentando controlar el inminente deseo.

Las pequeñas succiones eran débiles pero insistentes. Ante sus ojos, el cuerpo de Lux cobraba más vida, su pelo vibraba, su corazón latía con más fuerza... y desprendía un potente olor a excitación. Eric apretó los dientes. Se comportaría, no la acariciaría ni...

Lux acababa de colocarse sobre su erecto pene, sintiendo el calor de su

núcleo.

—Maldita sea...

Ella pareció encenderse con sus palabras, abrazándose más fuerte a él y frotándose de arriba abajo, avivando el fuego del encuentro. Enredó posesivamente una mano sobre el dorado cabello de Lux, levantando su bonito rostro del cuello.

La imagen que le mostró fue de lo más tentadora, acabando con el poco autocontrol que tenía. Sus ojos brillaban, la boca femenina estaba entreabierta, manchada con restos de sangre que bajaban hasta su barbilla y pechos. Estaba sonrojada y lo miraba con deseo, auténtico deseo animal. Ella estaba preparada. Y él aún más.

—Eric —jadeó.

No se paró a besarla tiernamente, no había tiempo para eso. La obligó a abrir los labios e introdujo su lengua. Sus manos bajaron por su cuerpo hasta posarse en sus nalgas, apretándola contra la erección que palpitaba en sus pantalones y moviéndose contra ella.

Ella gimió y se meció contra él, correspondiéndole.

Los dulces y suaves labios de Lux siguieron a los suyos con agonía. Es más, atrapó entre sus dientes el labio inferior del vampiro y tiró con suavidad.

Ambos se miraron.

Eric perdió el control.

Cogiéndola por los muslos, la sentó sobre el escritorio y abrió con brusquedad sus piernas, colocándose entre ellas. Las manos de Lux se fueron a su cabello, clavándole las uñas para atraerlo hacia sus labios, con brusquedad. Esta vez fue ella quien lo devoró. Es más, sentía una placentera irritación por los mordiscos y besos que le daba la humana.

—Sí, hazme arder, pequeña —susurró contra sus labios.

Las caderas de ella se mecieron contra las suyas, volviendo a acercar su caliente centro a su dolorosa erección.

Eric gruñó.

—Hazlo de nuevo. —Le ordenó mientras introducía uno de sus dedos por la cinturilla del pantalón, sintiendo el calor ardiente que desprendía su sexo. Traspasó las braguitas y colocó su gran mano sobre su monte de Venus, presionando sin dejar de mirarla a los ojos.

Lux gimió y se movió de forma que se montó en su mano, teniendo su húmedo sexo pegado a la palma de él.

—Eres mía —susurró—. Dios, eres mía y voy a reclamarte como tal.

Voy a cerrar el vínculo y me da igual las consecuencias que esto pueda traer.

Eric introdujo un dedo hasta el nudillo dentro de su caliente vagina y gruñó. Ella lo recibió plenamente. Cuando Lux gimió, él plantó sus labios sobre los de ella. Lo curvó como un gancho y sonrió con satisfacción cuando ella se sobresaltó. El dedo pulgar lo colocó sobre su clítoris y presionó.

—Eric... —gimió contra sus labios, jadeando—. Creo que...

Las paredes de su sexo apresaban su dedo, intentando introducirlo más.

—Dime qué quieres que haga. —La besó tiernamente en los labios—. Dime dónde quieres que te toque y lo haré. —Miró sus pechos aún tapados. Sus pezones estaban erectos y parecían suplicar ser lamidos—. ¿Quieres que te bese aquí? —Subió una mano hasta sus pechos. Apretó suavemente el pezón entre el pulgar y el dedo índice.

—Sí —jadeó Lux envolviéndole entre sus brazos—. Bésame los pechos.

Penetró otro dedo en su húmedo sexo y los movió.

Lo sentía. Dios, sentía que Lux estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Su rostro contraído por el deseo se lo indicaba. También su vagina, que cada momento estaba más caliente y húmeda por él, mojando la mano que se encontraba entre sus piernas. Sin poder contenerse, volvió a devorar sus labios con agonía, intentando marcarlos para siempre.

—Eres hermosa —susurró, hechizado por todo lo que ella provocaba en él.

Pudo oír cómo los latidos de su corazón aumentaban, cómo tragaba saliva y por último, pudo captar aún más fuerte el olor de su excitación.

Dios, amaba aquel olor a madreSelva.

Cerró los ojos durante unos segundos antes de abrirlos de nuevo. Estaba seguro de que sus pupilas se encontraban totalmente dilatadas. Un efecto que aparecía en los vampiros cada vez que se encontraban excitados, hambrientos o enfadados.

Retirando su mano de su sexo, ella protestó e incluso intentó que volviera a ponerla donde estaba, pero Eric le arrancó la camisa. Quitó el sujetador sin tirantes, revelando dos pechos medianos con los pezones erectos. Empezó a lamer y a morder uno mientras su mano se encargaba de apretar el otro, consiguiendo que Lux gimiese y se arqueasen sus labios.

—Sí... —suspiró.

¡Dios! Era tan dulce. Eric había deseado lamerle los pechos desde que la había visto al entrar a la mansión, y ahora podría hacerlo, una y otra vez sin que pasase nada, sin que hubiese una barrera entre ellos.

Juntó ambos pechos e introdujo en su boca ambos pezones, Lux gritó mientras llevaba sus manos a los pantalones de su vampiro y se los bajaba con el bóxer, revelando una erección grande, hinchada y orgullosa. ¿Tenía acaso suficiente sangre para provocarle una erección?

La cogió entre sus manos y empezó a subir y bajar por ella rápidamente, bombeando y causando que se hinchase más en sus manos. Eric se deshizo de su abrazo, la inclinó en la mesa y se colocó sobre ella, olvidando el temblor de sus rodillas y la sed de sangre. No se molestó en ocultar sus colmillos, Lux estaba acostumbrada a verlos y ya no parecía temerlos.

—Joder, Lux. Eres...

—¿El qué? —sonrió sin dejar de acariciarlo. Apretó su pulgar contra el glande, consiguiendo un gruñido. Estaba muy caliente.

Eric bajó por su cuerpo, haciendo que Lux tuviese que soltar su verga. Gimió en protesta. Disfrutaría de su cuerpo, saciaría su más primitivo deseo de hundirse en él, venerarlo e impregnarla con su olor. Nadie volvería a dudar de que ningún macho la hubiera reclamado.

Los labios de Eric se colocaron sobre su plano vientre, besándolo y lamiendo mientras sus manos acariciaban sus pechos. Después mordió suavemente el hueso de su cadera, succionando suavemente la piel de aquella zona antes de bajar sus manos y abrir los labios de su vagina como si fuese una flor, exponiéndola a su hambrienta mirada.

—¡Dios, Eric! —gritó Lux cuando sintió la lengua del vampiro lamerla por completo.

Eric siguió dándole placer con la boca, saboreándola mientras Lux gemía y se apoyaba contra el suelo, sonriendo por el orgasmo que había tenido en apenas unos segundos. Por último, se arqueó cuando atrapó su clítoris entre sus labios y apretó con los colmillos suavemente para alargar el placer. La ansiedad que había estado sintiendo aquellos días estaba remitiendo, había sido como estar en una jaula, delante de lo que más deseaba pero sin posibilidad de tocarlo.

—Lux, no sabes cuánto me gusta tu sabor.

Gimió al oír las palabras de Eric, que sólo consiguieron excitarla más.

Pero él no se detuvo, siguió atormentándola con su boca para que tuviese dos orgasmos más antes de subir por su cuerpo hasta sus labios, deteniéndose en sus pechos para besar y lamer el canal que había entre ellos. Después tomó posesión de su hinchada boca, sintiendo su propia sangre en ella. Se colocó en su húmeda entrada, gimiendo.

—*Mo chuisle*, no sabes cuánto te deseo.

Eric la penetró mientras Lux soltaba todo el aire que contenían sus pulmones y notaba cómo la cadera de él rozaba su clítoris, llevándola más cerca del límite. Sus ojos azules oscuros brillaban, victoriosos y lujuriosos; estaba muy cerca. Lux siguió moviéndose, le rodeó la cadera con una de sus piernas, dándole un ángulo más abierto mientras seguía embistiendo.

—Maldición —gruñó.

—Más fuerte, más —gritó Lux moviendo sus caderas contra las de él.

Llegó hasta el ansiado clímax gritando con otro empujón, agarrándose a sus hombros, totalmente feliz y relajada por haber podido liberar completamente la tensión sexual que había entre ellos desde que había entrado en la mansión. En ese momento, sintió un pinchazo en su cuello que le hizo estremecerse. Los labios de él estaban bebiendo de su vena con rapidez. Podía sentir los tirones en ella, la sangre absorbida por sus labios.

Eric se corrió tras dos embestidas, gimiendo y apoyando su peso sobre ella. Ambos respiraban con rapidez, con el sudor de sus cuerpos mezclándose mientras Lux sentía sus pezones muy sensibles contra el pecho desnudo de su vampiro.

Él sonrió pícaramente contra su cuello, cerrando las dos incisiones que tenía con una lamida de su lengua.

El cuerpo de Eric volvía a estar curado por completo, cerrándose ante sus ojos las heridas expuestas. Lux pasó las uñas por su piel, oyéndolo sisear. Demonios, quería que volviese a estar en su interior, que la tocara con la boca de la misma forma que acababa de hacer, que le hiciera llegar varias veces al clímax.

Lux soltó un pequeño grito cuando sintió una quemazón en la muñeca.

—¿Qué demonios...? —Ante sus ojos, vio cómo una marca aparecía justo en las venas de la muñeca. Se trataba de una letra parecida a la CH siendo transcrita en inglés, pensó, recordando sus conocimientos cuando comenzó el primer año estudiando inglés, pero que finalmente abandonó. Eran una T minúscula y una S alargada.

Eric se incorporó lo suficiente como para coger su muñeca y mirar la señal. Él se miró su muñeca y se la mostró. También la tenía, y al igual que ella, en carne viva, como si acabasen de hacérsela con hierro muy caliente.

—¿Qué es esto? —murmuró, confundida.

—Es la marca... Estamos emparejados —Ella lo miró—. Eres mi Anam Cara.



Ben miraba extasiado el hermoso rostro de Virginia. Su cabello ya estaba limpio, brillaba con una fuerza y vitalidad que parecía increíble. Sus ojos, tan claros como los de un cristal limpio y azulado, estaban puestos en la comida.

Comía lentamente, susurrando a veces y mirándole a él, pillándole varias veces observándola. Aunque para qué mentir, a él le daba igual. Nunca había sido tímido y cuando veía algo que le gustaba, no despegaba sus ojos de ello.

Habían pasado veintitrés horas desde que las encontraron. Cada vez que Lux la visitaba, Virginia sonreía falsamente y le decía una y otra vez que se encontraba bien, protegiendo a su hermana pequeña de la realidad. Cuando se iba, volvía aquella chica de mirada perdida que lloraba en silencio, intentando encontrar paz en aquella habitación.

Y en esos momentos, se sentía tan inútil que sólo se quedaba absorto, con los ojos puestos en ella. También había intentado mantener una conversación, pero Virginia estaba convencida de que él era un ángel y la había salvado. Cada día, Ben le curaba y revisaba las heridas que tenía mientras ella clavaba sus ojos en él, mirándolo como si no se creyese que estaba allí, como si él fuese irreal. Solía cerrar los ojos, derramando varias lágrimas.

—¿Por qué me miras tanto? —susurró Virginia.

—Me gustas.

Directo.

Ella sonrió secamente, dejando la bandeja casi llena de comida a un lado.

—Te habría gustado más antes. Cuando no tenía tanta mierda encima.

Parecía hablar para sí misma.

—Me gusta lo que veo. —Se encogió de hombros.

—Ves lo que quieres, no lo que realmente hay.

Ben siempre se había reconocido como un vampiro que nunca había tardado más de dos minutos en encontrar a una mujer que le esperase con los muslos abiertos. Siempre tenía algo que decir, nunca se quedaba en blanco y, aún menos, nunca se había sentido como un niño sin experiencia. Con Virginia se convertía en aquel niño que no sabía qué decir, su cerebro se negaba a funcionar y... alguna vez que otra se había avergonzado cuando ella le había pillado mirándola.

—¿Cómo está la comida?

—Buena.

—¿Y por qué no comes más? Estás en los huesos y a los hombres no nos gustan las mujeres así. —Se acercó a ella y se sentó al lado de la cama, colocándole de nuevo la bandeja en las piernas.

—Me importa una mierda cómo le gusten las mujeres a los hombres. — Sin embargo, cogió una patata frita y se la acercó a los labios—. Además, tú no eres un hombre. Eres un ángel.

—Otra vez con lo mismo... —bufó.

—Has ignorado lo...

—¡No soy un jodido ángel, Virginia!

—No me grites. —Lo miró con los ojos completamente abiertos.

—Lo siento. —Se pasó una mano por el cabello rubio. Le había crecido un poco. Demasiado para su gusto—. Perdóname.

Ella asintió. Se incorporó poco a poco de la cama hasta quedar de rodillas. Le acarició el rostro con aquellas dos delicadas y pálidas manos. Sonrió con tristeza.

—¿Por qué no te conocí antes de estar tan estropeada?

Aquellas palabras fueron como un puñetazo para Ben.

—Tú no estás estropeada. —La cogió con delicadeza por la cintura y la colocó sobre su regazo, abrazándola—. Eres lo más... hermoso, limpio y claro que nunca antes había visto. —Le cogió la mano y se la colocó donde latía su corazón—. ¿Lo notas? Me alteras.

También le alteraba algo más... pero decidió callarse.

Ella asintió, sonriendo contra su pecho. Aquella mano le acarició el fuerte torso, palpando cada músculo que tenía. Era increíble el vínculo que habían forjado desde que la rescató de las entrañas de aquella habitación del terror. Ella confiaba en él. Lo hacía de verdad.

—Estás... realmente bien, ángel. ¿Te cuento algo? Siempre tuve debilidad por los hombres rubios.

Ben sonrió como un niño pícaro.

—Yo siempre tuve debilidad por las morenas.

Se quedaron en silencio durante unos segundos antes de que Virginia lo rompiera, sin separarse de su cálido pecho.

—Ellos... Ellos no eran humanos. Y esto no es un sueño, ¿verdad?

Ben le acarició el cabello.

—La respuesta es no. A ambas preguntas. —Le hizo mirarle—. Pero te

prometo por mi vida, mi honor y mi sangre que nunca más volverán a ponerte una mano encima, Vir. Nunca más.

Ella sonrió ampliamente y de verdad desde que estaba allí.

—Por alguna extraña razón te creo, ángel. —Lo abrazó con fuerza, escondiendo su rostro en el cuello de Ben—. Me encanta... que me llames Vir. —El vampiro sonrió—. Dime tu nombre completo para que yo pueda también darte un apodo.

—Me llamo Ben. Todos me llaman Ben, así que no podrás ponerme un apodo. —La besó en la mejilla, cerca de la pequeña oreja que tenía—. Pero te dejaré que me llames como quieras, incluso ángel. Serás la única que podrá llamarme así.

—¿Ben es tu nombre completo?

El vampiro frunció el ceño.

—No, no es mi nombre completo.

Virginia se rió al ver el rostro del vampiro. Su risa era suave, melodiosa, le recordaba a un arpa.

—¿Me lo vas a decir entonces?

—Benward.

Virginia parpadeó varias veces, con la boca abierta por el asombro.

—Benward —susurró. Luego le miró—. Me gusta.

—Gracias nena. —Aquel vampiro tenía una hermosa dentadura que todas las mujeres y hombres envidiarían, pensó Virginia—. Yo amo el tuyo. Te hace justicia.

Sus pálidas mejillas se fueron volviendo de un tono rosado que Ben quiso acariciar. Antes de darse cuenta, sus dedos ya estaban cumpliéndole aquel deseo. Ella le miraba a él, esperando. Sus dedos bajaban y subían varias veces, estremeciéndola.

Sin poder evitarlo, le acarició con el dedo pulgar aquellos rosados labios. Se preguntó en qué se parecerían ambas. Mientras que Lux era rubia, ojos grisáceos azules, de altura normal, poco pecho y labios muy finos, Virginia era todo lo contrario. Cabello castaño oscuro, ojos como un cristal azulado claro, labios gruesos y...

Bajó la mirada.

Oh, sí. Grandes pechos.

Pechos que él mismo se dedicaría a adorar, lamiéndolos y mordisqueándolos hasta tenerla a su merced. Aquella humana estaba hecha para el placer. Pero no para cualquiera, sino para el que él era capaz de dar.

—Eh... Me estás mirando las tetas, Benward.

No retiró los ojos. Se encogió de hombros.

—Lo sé. Son hermosas.

Virginia le golpeó juguetonamente en el hombro.

—Bien, ya que tú me estás mirando a mí. ¿No debería mirarte yo también?

Los claros y profundos ojos azules de Ben se fueron a los suyos.

—Claro, ¿qué quieres que me quite? ¿Los pantalones? Soy todo tuyo, nena. —Le guiñó un ojo.

Ella se rió, encantada por aquel juego que le hacía olvidar todo lo demás. Era inocente, pues de otra forma Virginia se habría alejado de él y no volvería a mirarlo con aquellos ojos. Y que le cortasen las manos si Ben pensaba dejar que eso ocurriera.

—No, ¿de qué serviría? Llevarías ropa interior.

Se acercó más a ella hasta que sus narices se tocaron. Virginia comenzó a sentir una quemazón en los pechos que fue recorriéndole todo el cuerpo hasta parar en su clítoris. Aquello la asustó.

—Nunca llevo ropa interior.

—¿Nunca? —susurró ella, desviando la mirada hasta tenerla en aquel bulto que tenía en los pantalones; ciertamente no lo dejaba a la vista por la posición en la que se encontraba.

—Nunca. Pero si no me crees... podría mostrártelo.

Sus claros ojos se fueron oscureciendo, pero no hizo ningún movimiento. Ben sabía que aún estaba algo asustada. Sonriendo, le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Respira, nena. No voy a saltar sobre ti.

Virginia se sonrojó.

—Se me olvida respirar cuando me miras así.

El vampiro se sorprendió. En ese momento, se dio cuenta que sentía una fuerte conexión con la hermana de Lux. Ella estaba comiendo, mirando al suelo mientras una sonrisa pícaro surcaba sus labios.

Después de todo... coquetear con ella había provocado que comiese.

Una técnica que volvería a usar.



Eric despertó al sentir las manos de Lux acariciándole el torso una y otra vez. La miró y sonrió. Estaba dormida.

Su cabello estaba esparcido por su pecho. Tras haberse unido por el encuentro sexual, Lux había asimilado la situación con bastante madurez. Ella prefería pensar que estaban «saliendo» en vez de que se habían unido para el resto de sus vidas. Él estaba de acuerdo, todo aquello era nuevo para ella. El resto de los miembros se habían mostrado contentos por la unión.

Lux se despertó, estirando sus piernas y brazos antes de mirarle con una enorme sonrisa. Se colocó sobre él, tumbada.

—Buenos... ¿días?

—Sí, buenos días. —Su ronca voz le estremeció. Eric dibujaba círculos sobre la espalda de ella.

Lux se sonrojó y asintió.

—¿Ahora vas a echarme la bronca?

—¿Merecería la pena? —Eric la miró fijamente. Ella se encogió de hombros.

—Lamento... todo eso. Pero no podía quedarme de brazos cruzados mientras mi hermana y Luna estaban allí.

Eric cogió aire, recordándose que no debía pelearse con ella.

—Lux, no te dejo en casa porque quiera molestarte o privarte de ver a tu hermana y a tu amiga. Lo hago porque, ¿qué crees que pasaría si te cogen a ti? ¿No hemos tenido ya bastante con que las tuvieran a ellas? ¿Querías acaso que yo me convirtiese en una sombra, al igual que Gideon?

Los ojos de ella se abrieron completamente.

—¿Te pondrías así por mí? —Parecía asustada.

La acercó más a él con un brazo.

—Estaría peor. Nos hemos alimentado el uno del otro, nosotros comenzamos la unión, ellos no. Creo que no hubiese sido capaz ni siquiera de alimentarme de otra aunque para ello tuviese que encontrarte. ¿Sabes cuántas veces estuve dejándole pasar a Gideon sus peleas e insultos pensando que yo sería mucho peor? —Ella parpadeó rápidamente—. Cuando te vi allí, me dejaste en blanco. No sabía qué hacer, todos mis planes se desmoronaron. Necesitaba que te fueras de allí antes de que también te llevaran a ti. —Le acarició el cabello—. ¿Qué coño me pasa? No lo sé. Sólo quiero que estés viva, segura y cerca de mí. No quiero vivir con la preocupación de que un día de éstos volverás a salir y no tendrás tanta suerte como estas veces, Lux. —Le cogió la barbilla con los dedos—. Prométeme que no volverás a salir sin

avisar. Al menos avísame.

Ella tragó saliva.

—A veces me siento... como si no pudiese salir. ¿Acaso toda mi vida estaré encerrada aquí? —susurró.

—No, Lux. No vas a estar toda tu vida encerrada aquí. ¿Quieres irte de nuevo al apartamento? —Aquellas palabras salieron con esfuerzo de su garganta. ¿Acaso ella quería alejarse de él?

—¡No! —gritó Lux, incorporándose de la cama—. ¿Acaso tú quieres que me vaya?

Eric se incorporó también y la agarró de los brazos.

—Lux, claro que no quiero que te vayas. Has dicho que te sentías encerrada y...

—Pero no me refería a eso —le interrumpió. Al sentir la mirada de Eric sobre ella, se sonrojó y la desvió—. No ahora, que estamos... conociéndonos.

—Sabes que es mucho más que eso, ¿verdad? —Cuando ella asintió, él se relajó.

Eric plantó sus manos en las desnudas caderas de Lux. La colocó sobre él a horcajadas, anidando su erección entre sus piernas. Ella puso sus manos en su cuello y miró los fuertes músculos de su torso, devorando su cuerpo.

Ella le enredó las manos en el cabello de la nuca, tirando de los espesos mechones negros mientras se arqueaba contra él.

—Antes de que volvamos a hacer el amor, tengo varias preguntas.

Eric suspiró y la besó en los labios antes de asentir y jugar con su largo cabello.

—Pregunta.

—¿Qué pasará conmigo? No soy vampira. Me haré vieja y... —Su rostro se volvió pálido—. Oh-h, mierda...

—Lux, mientras bebas mi sangre permanecerás en esa edad. Si un humano bebe de la sangre de un vampiro con regularidad, no envejece.

Ella sonrió ampliamente.

—Vale... y... —Ella pasó la uña por la tetilla de él, sacándole un gruñido—. ¿Qué pasa cuando bebo tu sangre? Quiero decir, ¿influye algo?

Él asintió, cogiéndole la muñeca y acariciando la marca en relieve con el pulgar.

—Bebiendo la sangre de un vampiro, no solamente te recuperas y te mantienes en esa edad, sino que también desprenderás el olor del vampiro por cada poro de tu piel, dejando claro que no estás libre. Los vampiros solemos

ser muy territoriales.

Ella parpadeó varias veces, como si varias piezas de un puzle se hubiesen unido.

—Por eso el primer día que vi a Naylea dijo que olía a ti. No la entendía —susurró—. ¿Ahora huelo a ti?

—Sí, y seguirás con mi olor. Sobre todo tras unirnos. Además... suelo dejarte pequeñas marcas por el cuerpo —lo dijo tan bajo que casi no se enteró.

—¿En serio?

—Mm... —respondió afirmativamente, llevando la otra mano hasta el pecho para atraparlo por completo y jugar con el pezón hasta endurecerlo.

CAPÍTULO 18



Todos se encontraban en el despacho de Eric. Gideon había tomado asiento en un pequeño oscuro sofá junto a Luna. Tenía un brazo sobre sus hombros, atrayéndola hacia él. Ella misma necesitaba aquel contacto para tranquilizarse. Apenas se reconocía y apenas la reconocían.

Sus grandes ojos, una vez dorados y verdes, eran ahora rojos. Rojos carmesí. Sus labios estaban apretados con fuerza. Su largo cabello castaño oscuro con ondas estaba derramado por sus hombros. Toda ella parecía más perfilada, más mortífera. Miraba a todos los rincones. Con aquella nueva vista, tacto y oído, además de poder degustar mucho mejor los sabores y tener unos reflejos que Lux envidiaba, su cuerpo estaba en constante tensión.

Llevaba una camiseta negra de *AC/DC* con letras rojas, unos vaqueros negros muy estrechos y unas botas militares. Dios, había cambiado tanto... Además, la pobre estaría intentando adaptarse a su nuevo cuerpo.

Gideon había recuperado casi todo su buen humor, aunque se notaba que seguía bastante preocupado por ella.

Por otra parte, Ethan estaba a la derecha de Eric, revisando unos papeles. En uno de los sillones estaba su hermana Virginia totalmente quieta. Los miraba a todos fijamente, con los brazos y las piernas cruzados. Llevaba un vestido negro de *Naylea* y sandalias. Ben se encontraba a sus espaldas, apoyado en el mismo sillón sin apartarle la mirada de ella.

Kenyan estaba apoyado en la pared, mirando a la hermana de Eric. Ella también, susurrándole insultos mientras él se reía y contraatacaba con otras palabras más obscenas que la hacían sonrojar e irritarse.

—En primer lugar, me alegro de volver a verte, Luna. —La aludida sonrió—. Virginia, bienvenida. Sé que tendréis muchas preguntas después de todo por lo que habéis tenido que pasar. Hemos estado hablando, y empezaremos contigo, Luna.

Ella se levantó y asintió. Gideon la siguió, observándola. Sus ojos se clavaron en el colgante que aún llevaba el vampiro. Era de su amiga. Recordó cuando ambos hablaron a solas y él le confesó habérselo guardado. Todavía

lo conservaba. La pequeña cuerda de cuero estaba más oscura, más usada.

—Quiero daros las gracias por habernos sacado de ese maldito infierno. Sobre todo a mi Ken. —Golpeó con el codo a Gideon en las costillas; éste se llevó la mano a la zona golpeada.

—Tienes fuerza, Luna.

—*Mierda*, lo siento —dijo la primera palabra en español sin darse cuenta.

—Está bien, sólo intenta no matarme en las próximas horas. —Le guiñó un ojo.

—Oh, por favor. ¿Podemos pasar a lo importante? —Lux miró sorprendida a su hermana Virginia, quien apenas podía controlar el movimiento de sus piernas—. Terminemos cuanto antes, por favor.

Cuando Ben iba a colocar una mano en el hombro de ella, Virginia se levantó del sillón y se fue a una esquina, sola. Los miraba a todos y después a la puerta, varias veces. Parecía contar cuántos pasos tenía que dar para salir de allí.

Lux sintió una fuerte opresión en el pecho, observando a su hermana. Pero... ¿lo era realmente? No parecía quedar nada de ella.

Eric le acarició la espalda, intentando relajarla.

—Claro, terminaremos cuanto antes. —Miró a Luna, cuyos ojos rojos estaban en Virginia—. Luna, ¿sientes alguna necesidad de beber sangre o algo parecido? —Eric fue directo.

La española lo miró, se cruzó de brazos y asintió.

—Sí, he sentido más de una vez ganas de beber sangre.

—¿Y? —Lux la hizo seguir, haciéndola sonreír.

—Diablos, Lux. Te has vuelto una chismosa. He bebido de Ken. Pero no sonrías, ha sido entre amigos. Está todo controlado. —Se encogió de hombros, borrando toda sonrisa que hubiese anteriormente.

Gideon no añadió nada, pero su lenguaje corporal distaba mucho de mostrarse de acuerdo. Luego suspiró y apoyó los codos en las rodillas, susurrando unas palabras para sí mismo.

—¿Lo tienes controlado?

—Sólo a veces. Muchas veces necesito correr, cambiar de... forma. —Hizo un gesto con las manos—. Y antes de darme cuenta, ya estoy convertida en una mujer loba. —Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Se las limpió con rapidez, dejándose manchas en la camiseta de *AC/DC*. Eran rojizas, como las de los vampiros. Espera, ¿pero no habían sido anteriormente

transparentes? ¿Qué composición de ambas especies tendría actualmente Luna? Lux frunció el ceño, pero al parecer no era la única que se había dado cuenta. El rostro de Eric estaba surcado por la confusión y la preocupación—. Más tarde, me encuentro desnuda en el suelo, jadeando y con todo el cuerpo dolorido. Pero sólo necesito tiempo y... práctica. Podré soportarlo.

Lux tragó saliva con fuerza.

Eric asintió. Luego miró a Ethan.

—Él puede ayudarte, Luna. Tanto a controlar el cambio como las ansias de sed. Ethan no tiene esa parte vampira que tú tienes, pero estoy seguro de que tu vida podría ser más cómoda si aceptas su ayuda.

Los rojos ojos de Luna se posaron en el hombre lobo, que asintió.

Luego, la atención se centró en Virginia. Sus claros ojos se posaron en Ben. Antes de que el líder hablara, ella tomó la palabra.

—Quiero... Necesito pedirlos un favor —susurró.

Eric miró a Lux con una ceja alzada, preguntando en silencio. Ella se encogió de hombros.

—¿El qué?

—Tengo un pequeño gato donde Lux y yo vivíamos. —Vaya, era cierto, Lux se había olvidado por completo del felino—. Lo... necesito. Es como un bebé, un cachorro, un gatito —su voz tembló. Pasaron varios segundos antes de que volviese a poder hablar. Cuando recobró el control, suspiró pesadamente. Lux ansiaba tirarse a los brazos de su hermana, matar a todos aquéllos que la habían hecho cambiar drásticamente y convertirla en una persona totalmente diferente a lo que antaño había sido—. Por... favor.

Miró a Eric, implorándole con la mirada.

—Eric, por favor. Hazle ese favor a mi hermana. —Lux le acarició los mechones de la nuca—. Si está vivo... puede ayudarla mucho. Tienen un vínculo muy fuerte. Además, de camino podríamos coger ropa y otros objetos que necesitamos si vamos a vivir aquí por tiempo indefinido.

Ben asintió, mostrando su apoyo a la idea.

—Yo podría ir.

—Yo también —dijo Lux sonriendo.

—Ni hablar, Lux. —Eric le colocó una mano en la cintura, advirtiéndola con la mirada—. Tú no te mueves de aquí.

—¡Pero necesito ir! Por favor. Ben puede venir conmigo, incluso tú mismo y todos los que quieran. —El vampiro alzó una ceja. Necesitaba más motivos—. Era la casa de mis padres. Necesito al menos recogerla y

limpiarla.

Eric suspiró y asintió con la cabeza.

—Bien, iremos Ben, tú y yo. —Antes de que Lux fuese a levantarse de la silla para dar un pequeño salto de alegría, la agarró de la nuca con suavidad pero con determinación, haciendo que aquellos ojos azules grisáceos se clavasen en él—. Siempre a mi lado o al de Ben, diciendo en qué habitación estás y siguiendo mis normas. ¿Nos entendemos?

Ella asintió varias veces sin dejar de sonreír.

Se inclinó y le besó en los labios.

—Haré todo lo que quieras. Ahora déjame levantarme para arreglarme y preparar una pequeña bolsa.

Ethan se aclaró la voz, haciendo que Lux se quedase donde estaba.

—¿Un gato?

Oh, mierda. Era un hombre lobo. Y como tal... los perros odiaban a los gatos, o al menos no todos eran capaces de aguantar felinos a su alrededor.

¿Eso quería decir que el gatito de Virginia tendría que quedarse abandonado o regalarlo?

Miró a Eric, que estaba cruzado de brazos y sonreía con picardía. Podían verse claramente los fuertes contornos de sus brazos y las marcadas venas. ¿Es que acaso aquel vampiro no podía ser menos arrebatador? Observó sus labios curvados en aquella sonrisa.

Era el hombre más atractivo que nunca antes hubiese visto.

Y era suyo, ronroneó una oscura voz en su mente.

Nuevamente se sintió sorprendida por la posesividad que sentía hacia él desde que habían forjado el vínculo. Necesitaba más tiempo antes de sentirse completamente cómoda.

Ethan le palmeó el hombro a Lux enérgicamente mientras Ben se reía. Virginia se relajó; hasta ese momento había estado esperando en tensión. Ella sonrió y miró al hombre lobo con una ceja alzada.

—Nena, me encantan los gatos. —Le guiñó un ojo mientras los demás se reían.

Miró a Eric, que la instó a ir a su habitación a arreglarse.

—Saldremos mañana por la noche.

CAPÍTULO 19



Lux miraba a Luna, que estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, escuchando música con los cascos y tarareando una canción mientras hojeaba un periódico con aire ausente. Parecía estar enfrascada en sus pensamientos. Muchas veces se preguntaba cómo aquella mujer podía lucir tan fuerte tras haber estado tanto tiempo sufriendo un horrible dolor, que era el cambio de humana a vampiro. Aunque en su caso había sido doble: era tanto humana, como vampira y como mujer lobo.

Extraño.

¿Cómo la habrían convertido? Eric la había mordido y ella no había sufrido ninguna transformación. Era algo que le preguntaría más tarde.

Los ojos de Luna se clavaron en ella. Luego sonrió, mostrando dos colmillos afilados.

—¡Lux! Te veo genial. —Cuando fue a levantarse del sofá, Lux le hizo un gesto para que siguiese sentada.

—Tú estás de... miedo. —Ambas se rieron—. No fui a verte antes por...

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. —Se quitó uno de los cascos, pero siguió manteniendo uno.

—¿Puedo darte un abrazo o me desgarrarás el cuello a la primera oportunidad que se presente? —bromeó. Aunque la verdad, aquella posibilidad se le había pasado por la cabeza.

—Puedes darme un abrazo. Los mordiscos sólo se los doy a Gideon —se burló, inclinándose y abrazándola por la cintura mientras Lux permanecía de pie, con la cabeza apoyada en la de ella.

—¿Qué sientes? —susurró.

—No lo sé. Todo es muy extraño. Escucho demasiado bien, tanto que tengo el MP4 al mínimo. Lo bajaría más si pudiese, pero acabo silenciándolo. —Lux sonrió—. Veo... con demasiada claridad, incluso si estoy en una habitación a oscuras. Soy capaz de verlo todo, aunque en gris. Y... huelo. Mucho. Capto pequeños olores que se han podido quedar grabados en ciertas partes de la casa.

—Y... ¿Gideon y tú estáis bien?

Ella se encogió de hombros, deshaciendo el abrazo. Lux se sentó a su lado.

—No es lo mismo. Intento mantenerme alejada de él y cuando es inevitable, suelo bromear para deshacer la tensión. —Comenzó a jugar con uno de sus largos mechones casi negros—. Hay veces que cuando lo miro... es como si estuviese esperando algo de mí —gruñó con cierta desesperación.

Lux dio un pequeño salto cuando de la misma garganta de su amiga salió otro gruñido pero más animal. Oscuro, aterrador... un escalofrío le recorrió el cuello. ¿Y si no había sido buena idea ir a verla? Se negó a continuar con aquellos pensamientos y centrarse en Luna.

—Siempre has sabido que Gideon siente algo por ti. ¿Tú no sientes nada por él? No me lo creo.

Deseaba acostumbrarse, de verdad. Pero sentir aquellos ojos rojos sobre ella le aterrizzaba un poco. Sobre todo cuando ladeaba la cabeza y se quedaba completamente quieta, sin mover siquiera el pecho por la respiración.

—Tengo muchos problemas. Vine a Estados Unidos con la intención de escapar de todo lo que allí me rodeaba —se rió secamente—. Ahora sólo tengo más y más problemas sobre mí. Y estoy segura de que la situación empeorará.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? —Colocó su mano sobre la rodilla de ella.

Luna le sonrió, mostrando de nuevo sus colmillos. Negó con la cabeza.

—No, esto tengo que hacerlo yo sola. Pero gracias.

Se quedaron durante unos segundos en silencio. Únicamente podía escucharse el crepitar de las llamas en la chimenea. Aunque seguramente, su amiga podría escuchar sus erráticos latidos del corazón. En ese momento, se dio cuenta de que sabía muy poco de su amiga. Se sentía muy unida a ella, y estaba segura de que era recíproco.

—Luna, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Claro, cariño. Yo también. —Le apretó la rodilla con suavidad—. Tenemos un vínculo muy fuerte. Somos las únicas supervivientes de aquel accidente en el aparcamiento. Tenemos algo especial.

Lux asintió varias veces.

—Me he dado cuenta de que sé muy poco de ti. —Le dio un codazo

suave en las costillas, por si acaso sus reflejos actuaban antes que ella—. Déjame hacerte algunas preguntas, ¿no? Si somos amigas, tenemos que saber algo la una de la otra. Nada personal como qué tipo de sujetador llevas ni la talla.

Sus ojos carmesíes brillaron.

—Claro, pregunta.

—¿De qué parte de España eres? Nunca nos lo dijiste, al menos que recuerde.

Luna se abrazó las rodillas y miró a la pared, como si estuviese recordando. Sonreía ampliamente.

—Sí que te lo dije. En casa de tu hermana. Soy de un pueblo de Sevilla.

Mierda. Lux, de España solamente se sabía la capital.

—Eh... Oh. Vale, seguro que es precioso. —Se encogió de hombros—. Lo siento. ¿Está cerca de Madrid?

—¡No! —Comenzó a reírse—. Qué va. Es el sur de España. El clima es cálido al igual que la mayoría de las personas. Un día te invitaré, estoy segura de que disfrutarías. Les caerías genial a Manuel y a Rafa. Son como mis hermanos, la única familia que tengo allí. Recuerdo que tenía tías por el norte, pero no tengo relación con ellas.

Decidió cambiar de tema al ver que la tristeza de aquellos recuerdos le oscurecía el rostro.

—Te tomo la palabra. ¿Manuel y Rafa? Mm... ¿También son de allí?

—Sí, sí que lo son. Aunque la madre de Rafa es de Albacete. Y no te diré dónde está porque te quedarás igual.

Lux se rió.

—Cierto. Nunca he viajado, es decir, me he movido por Estados Unidos pero poco más. Teníamos dinero tras la muerte de mis padres pero antes queríamos asegurarnos de tener un empleo fijo.

—¿Chismorreando? ¿Por qué diablos no me habéis avisado? —Gideon apareció en la puerta del salón, cruzado de brazos y mirando fijamente a Luna. Luego, sin invitación alguna, la cogió en brazos y se sentó en su sitio. La colocó sobre su regazo—. ¿De qué hablabais?

Lux se encogió de hombros.

—Le estaba haciendo preguntas a Luna. Ya sabes, para conocerla mejor.

—Me encantan esas preguntas, ¿puedo hacerte yo una? —dijo sonriendo mientras le acariciaba la mejilla.

—Seguro.

—Bien, tengo que saberlo todo de ti, ¿no? Es decir... Te alimentas de mí, te he salvado...

Ella frunció el ceño antes de alzar una ceja, escéptica.

—¿Qué demonios me vas a preguntar, Gideon?

Acercándose a su oído, Lux se sonrojó y desvió la mirada. En cambio, su amiga contenía a duras penas las carcajadas. No pudo oír nada, pero por el brillo en los ojos rojos de ella debía de ser comprometedora.

—¡Eso no es una pregunta!

—Bueno, no importa. —Gideon encogió sus enormes hombros—. Era para confirmártelo.

Luna se quedó repentinamente callada y paralizada, hasta tal punto que Lux se incorporó del sofá, asustada. ¿Iba a sufrir una transformación o...?

—Eh... ¿Luna?

Negó con la cabeza. Luego, para suavizar el ambiente, miró de reojo al rubio vampiro.

—Llevas mi colgante. —Lo acarició, rozando su piel de camino sin poderlo remediar—. Me alegro.

—¿Quieres que te lo devuelva? —susurró.

—No —negó con la cabeza—. No podría estar en un lugar mejor.

Vale, Lux se sentía fuera de lugar allí mientras entre esos dos se formaba un ambiente cálido y con mucha atracción sexual. Se levantó del sofá, palmeándose las rodillas.

—Voy a comer algo. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Estoy hambrienta. Os dejo solos.



Ben se preguntó qué vería con tanto interés Virginia, que miraba por la ventana con aire ausente. Su cabello castaño oscuro le llegaba hasta casi la mitad de la espalda. Era precioso. Tenía suaves ondas que brillaban por el baño que apenas unos minutos atrás había tomado. Sus ojos, azules pero tan claros y profundos como el mar del Caribe, estaban humedecidos por las lágrimas contenidas. Cada vez estaba más cerrada en sí, comía menos y hablaba menos.

Él sabía perfectamente que aún estaba traumatizada tras su experiencia con los hombres lobo. No sabía qué hacer. Siempre que entraba en la

habitación, se quedaba de brazos cruzados y forzando a su cerebro a comenzar una conversación.

Virginia giró la cabeza hacia él.

—¿Pasa algo?

Sí. Pasaba algo.

Intentó contener las ganas de abrazarla y acunarla contra su pecho. Se pasó una mano por el cabello rubio que le llegaba hasta el cuello.

—Nada. He estado pensando que antes de que tu hermana, Eric y yo nos vayamos a tu casa, podíamos dar una vuelta por el jardín.

Virginia alzó una fina y delicada ceja negra.

—¿Cuánto queda para que os vayáis?

—Dos horas. ¿Qué me dices?

La humana asintió levemente. Ben se acercó al armario y sacó una gran sudadera negra que era suya. Se la dio y esperó. Apenas podía mantener las manos pegadas al cuerpo mientras veía cómo se la ponía. Su color ahora estaba en Virginia. Le acercó la mano, invitándola a cogerla.

Temblando, lo hizo.

Bajaron las escaleras sin decir ninguna palabra. Al pasar por el salón, escucharon un partido de baloncesto y las voces de Ethan, Kenyan y Naylea. Prefirió no imaginarse dónde se encontraban Lux y Eric. Y respecto a la española... seguramente estaría en aquella habitación llena de cerrojos donde, cada vez que pasaba por ella, se escuchaban aullidos y gruñidos de lobo, seguidos por sollozos y gritos de dolor. Gideon estaría cerca, siempre dispuesto a llevarse mordiscos y arañazos con tal de consolarla.

Cuando salieron de la mansión, fueron andando por los enormes jardines que se mostraban ante ellos. Perfectamente cuidados, podados y de un verde intenso. Aquella noche era más fría que otras y aunque Virginia llevase una sudadera, se preguntó si debería haberle dado algo más grueso.

Aquel cuerpo era tan pequeño...

—No te preocupes, ángel. Estoy muy bien —bromeó.

Aún seguía llamándole así... Aunque también solía decirle Benward. Su nombre al completo.

—Vale, si tienes frío no tienes más que pegarte a mí —sonrió, mostrándole a la humana aquellos dos colmillos que tenía—. Estoy muy caliente. —Al ver la mirada de terror que le dirigía, se arrepintió de sus palabras—. No quería...

—No te preocupes. —La sonrisa de Virginia temblaba—. Estoy bien.

Ella caminaba delante, parándose varias veces para oler alguna rosa o para coger algunas flores y colocárselas en el cabello. En ese momento, tenía una cinta de flores que ella misma se había hecho, enredándolas con los tallos. Parecía un hada, una hermosa hada.

Por una vez en su vida, Ben dio gracias por los enormes jardines que Ethan había insistido en crear. Le debía una. Cuando ya se encontraban bastante alejados de la casa, Virginia se sentó en el césped.

Palmeó a su lado.

—Siéntate conmigo.

Él lo hizo, y se sorprendió cuando ella se situó entre sus piernas y colocó su espalda contra su pecho. Sus ojos estaban cerrados, una sonrisa de paz curvaba sus labios. Podía captar el olor de su cabello y el de las flores.

—Cierto, estás caliente. —Oh, sí. Ella no sabía hasta qué punto.

Ben la abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello.

—¿Te encuentras bien? Sé que necesitas hablar, Virginia. ¿Es porque soy un hombre? Puedes hablar con tu hermana o... ¿Qué necesitas? Incluso podría traerte un psicólogo.

Su cuerpo se tensó entre sus musculosos brazos.

—No necesito a nadie. Sólo necesito tiempo. Mucho tiempo. Pero lo superaré.

Parecía querer convencerse a sí misma, pensó Ben. El silencio fue lo único que los envolvió durante los próximos quince minutos. Cuando comenzó a hacer más frío, le golpeó suavemente la espalda. Pero no respondió. Estaban solos, y completamente relajados con el sonido de la naturaleza. Nada de coches, nada de olores pesados... Sólo el de la naturaleza. Incluso se agradecía aquel frío. Alguna vez que otra, podía escucharse algún pajarillo.

Volvió a tocarla suavemente por la espalda.

—Virginia, tenemos que...

Estaba dormida.

Se había quedado completamente dormida.

Su pecho subía y bajaba lentamente. Ella gimió antes de colocarse más cómodamente sobre su pecho. Sonriendo, la alzó en sus brazos y fue directo a la mansión sin prisas, deseoso de poder disfrutar cada segundo que fuese posible junto a ella.



Lux contemplaba cómo Eric se armaba hasta los dientes. Llevaba distintas pistolas que ella ni siquiera sabía que existían. Aparte, tenía varios puñales guardados y camuflados. Iba vestido de negro con una chaqueta oscura.

Estaba sexy.

Muy sexy y caliente.

Cada vez que se movía, aquella chaqueta crujía suavemente en protesta por tener que respaldar todos aquellos fuertes y grandes músculos de su espalda, hombros y brazos. Oh, sí, Lux se moría de ganas por acariciarlos una y otra vez con sus manos.

Y por lamer los tatuajes que tenía por el cuerpo.

Nunca había sido una de esas chicas a las que les gustaban los hombres tatuados... Pero desde que lo había conocido, sus gustos habían cambiado por completo.

Eric se giró y la miró con una sonrisa pícara y una ceja negra alzada.

Ay, mierda.

—¿Por qué me miras tanto?

Sí, quería jugar. Podía verlo en aquellos ojos azules oscuros.

—¿Acaso no puedo? —Por la sonrisa que le dirigió, supo que sí. Y podía hacer mucho más. Él no le negaría nada—. ¿Sabías que el negro te queda genial? Te hace... más atractivo de lo que ya eres.

Eric se rió, haciendo que Lux se estremeciese por aquel sonido tan ronco y masculino. Se cruzó de piernas, apoyando las manos en el colchón.

—¿Gracias?

—Pues sí, debías decirme «gracias». Era un piropo.

Eric se agachó hasta estar a su altura, entre sus piernas. Le acarició las mejillas con sus manos antes de inclinarse y besarla suavemente.

—Gracias por ese piropo, cariño. Me ha puesto muy cachondo —sonrió.

Mierda, esa sonrisa.

Esa sonrisa pícara y juguetona que estaba en su rostro hacía que su sangre ardiese.

—¿En serio?

—No —volvió a reírse cuando Lux le golpeó en el hombro con fuerza. Aunque pareció que él no se dio cuenta de nada—. Vamos, Ben, nos están

esperando.

—De acuerdo.

Eric se levantó y la cogió de la mano. Con la otra, agarró la mochila vacía que Lux pensaba llevarse para guardar lo más importante.

—¿Sabes? Aunque Ethan no quiera admitirlo, se muere de ganas por ver a ese gatito. —Le guiñó un ojo, luego susurró—: No se lo digas. Los hombres lobo son muy orgullosos.

Lux se rió fuertemente, inundando la habitación con sus armoniosas carcajadas.



Ben se encontraba conduciendo, Eric de copiloto y Lux atrás. Podía escucharse, tanto de los altavoces de atrás como de los de adelante, *AC/DC*. Ben no paraba de tararear y hasta a veces, cantar a todo pulmón sin que ni siquiera las risas de ella o los empujones de Eric lo parasen. Golpeaba el volante con fuerza cuando se escuchaba la batería o la guitarra eléctrica.

—Joder, esta música me vuelve...

—¿Música? Apenas puedo escucharla con tus gritos —gruñó Eric cruzado de brazos mientras abría la ventana del coche y observaba el exterior.

—Yo no grito, jefe. Yo canto. —Miró por el espejo retrovisor a Lux, brillándole aquellos ojos azules claros—. ¿Tú qué dices, rubia?

—No la metas en esto. Cierra la boca.

—Oh, vamos, Eric. ¿Desde cuándo tienes un humor de perros? Ah, sí. Desde que te juntas con Ethan.

Lux comenzó a reírse a la par que Ben. Cuando éste le tendió la mano, ella se la chocó.

Eric la miró de reojo. Lux se encogió de hombros.

—¿Qué? Ésa ha sido buena.

—Claro que ha sido buena. Yo no abro la boca para decir estupideces. —Miró a Eric—. ¿Te ha contado Eric algo sobre Sabrina?

El aludido se llevó una mano a la nuca.

—Cállate.

La curiosidad la había picado. Se incorporó sobre los sillones y se colocó entre ambos asientos, teniendo el rostro cerca de ambos vampiros. Captó el olor mentolado y fresco de Eric.

—¿Quién era Sabrina?

—Nadie —respondió Eric tajante.

—Dirás quién es Sabrina, cielo. Aún está viva. —De nuevo, aquella chispa apareció en sus ojos—. ¿Acaso quieres matarla sin haberla conocido?

—No me calientes, Ben, y dime quién es Sabrina.

—Ésta te la voy a cobrar, *playboy* —gruñó Eric—. No habrá lugar en la Tierra donde puedas esconderte.

—¿Calentarte? Siempre, cielo. Es lo que mejor sé hacer. —Al ver la mirada de Lux bufó, susurrando un: «mujeres aburridas incapaces de entender un chiste»—. Sabrina es una vampira que vive o al menos vivía en Australia. A Eric le ponían las morenas, ¿lo sabías? Por eso me extrañó al principio que estuviese contigo. —Se encogió de hombros. Había ignorado la mirada amenazadora de Eric—. Nunca sabes qué esperar de él. Pero tú eres más bonita. Al menos, ha mejorado en algo.

La música comenzó a sonar cada vez más fuerte. Eric subía el volumen para que ella no se enterase de nada.

Le golpeó la mano, captando su atención.

—Eras un ligón desde jovencito, ¿eh? Te ha costado poco que haya caído en tus redes.

Eric esbozó una sonrisa.

—Tú has sido un hueso duro de roer.

—Ya... —Rodó los ojos—. Lo dices para que me calme.

—El increíble Eric vencido ante la hermosa Lux —suspiró teatralmente—. Increíble pero cierto. En verdad te comprendo, nada que no pueda hacer una mujer...

El coche tomó una mala curva que estuvo a punto de hacerlos chocar contra una farola.

—Vuelve a abrir esa boca que tienes para algo que no sea importante y mueres, ¿te enteras?

Eric agarraba a Ben por el cuello del chaleco, imposibilitándole conducir bien. El coche volvió a dar otro frenazo seguido por varios pitidos y un semáforo en rojo que se saltaron.

—¡Suéltalo, Eric! No quiero morir ahora que mi vida ha comenzado a mejorar, ¿vale?

—¿Quién ha dicho que fuésemos a morir? Solamente haría que el coche se estrellase por la parte de Ben. Podría estamparse contra una pared, partirse por la mitad o...

Ben se deshizo de sus manos.

—Deja de hablar de mi muerte como si yo no estuviese aquí, ¿vale? Me entran escalofríos. —Se estremeció. Lux sonrió al ver la sonrisa de Ben.

Eric no dijo nada. Lux le abrazó por detrás, rodeándole el cuello con sus brazos y besándole en la mejilla. Feliz, vio la tosca sonrisa que aparecía en su curtido rostro. Él le acarició las manos y luego se las cogió para besárselas.

Al primer contacto, Lux se estremeció y comenzó a sentir cómo sus pezones se ponían erectos por el roce del sujetador. ¿Desde cuándo los tenía tan sensibles?

—Oh, vamos. No te irás a excitar ahora, ¿verdad, Lux? —Se sonrojó violentamente por las palabras de Ben—. Soy un pobre vampiro que lleva... cinco días sin follar. ¿Tendrás algo de consideración por mí?

—Y una mierda. —Lux se rió al escuchar la respuesta de Eric—. Búscate una novia.

—Oh, creo que la encontré. —Se encogió de hombros.

—No vale el gato de Virginia.

Lux se rió a carcajadas al ver el rostro de Ben. Eric sonreía ampliamente por su broma, continuando con las caricias en las manos de la humana sin darse cuenta. El vampiro rubio alzó una ceja.

—Por favor, no me van los animales.

—Y si te fuesen, tendrías un problema muy gordo. —Lux le dio una suave cachetada en la mejilla—. No te enfades, Ben. Estamos bromeando.

Éste le guiñó un ojo.

—Lo sé, cielo. ¿Cómo se podría desperdiciar a un hombre como yo?

—Yo no bromeaba. —Eric agarró con rapidez la mano de Ben que iba directa a su rostro. Incluso Lux se sobresaltó por la velocidad de su movimiento.

Dios, a veces se le olvidaba los buenos reflejos que tenían.

Y también lo increíblemente rápidos que podían moverse.

CAPÍTULO 20



Lux estuvo a punto de caerse de espaldas, pero Eric estuvo detrás de ella justo a tiempo. Su hermosa casa ya no existía.

El hogar donde sus padres habían vivido sus últimos años... había desaparecido. En su lugar no había más que un montón de escombros abandonados a su suerte; había sido saqueada un sinfín de veces. En el salón podían verse todos los cajones de los muebles abiertos de par en par. En ellos apenas había nada más que polvo, tela o algunos objetos que los ladrones no habrían calificado como indispensables en el saqueo.

Una gran estantería estaba casi rota, parecía haber sido golpeada innumerables veces por una barra de hierro. Los libros se encontraban tirados por el suelo, las fotos destrozadas, los cristales de las ventanas rotos... Un horror.

Sintió dos cálidas lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Lux... —Eric la abrazó por detrás—. Contrataremos a un servicio de restauración o algo así.

Ben pasó por el lado de ambos, silbando.

—Madre mía. Necesitaríais todo el parque de bomberos de Nueva York para levantar esto. —Al ver el rostro destrozado de la humana, se arrepintió de sus palabras. Eric lo miraba fijamente. Parecía tener ganas de matarlo. Sí. Tenía ganas de matarlo—. Mierda, Lux. Lo siento.

Lux se agachó al ver una foto de sus padres en el suelo. El marco rojo estaba completamente roto, y algunos cristales se encontraban por los rostros. Parecía haber sido pisado.

—No importa —hipó, sin poder controlar las lágrimas y el profundo dolor que sentía—. Es la verdad.

Los dos vampiros se sintieron abrumados por el terrible olor a tormenta que desprendían sus lágrimas. Eric fue el primero en moverse, agachándose a su lado y envolviéndole los hombros con un brazo.

—Dejaremos esta casa como nueva, *mo chuisle*. —Le besó en la sien—.

Vendremos incluso varias veces al año a quedarnos aquí.

Lux lo miró a través de las lágrimas que empañaban sus ojos, sonriéndole y sin poder ocultar toda la gama de sentimientos que la estaban invadiendo en ese momento. Le acarició la mejilla suavemente cubierta por una barba incipiente negra.

—Gracias.

Ben bufó.

—Buscaré al gato por aquí.

—Cierto, se me había olvidado. —Se incorporó del suelo con Eric—. ¿Vienes conmigo arriba a mirar? Luego ya cogeré la ropa y lo demás. Antes prefiero encontrar al felino.

—Tus deseos son órdenes para mí. —La besó en el tope de la cabeza, acariciándole el largo cabello. Le hizo un gesto hacia las escaleras—. Vamos, voy detrás de ti.

Mientras Ben murmuraba y maldecía, comenzó a buscar por toda la casa al felino que, según Lux, no era más que una cría. Tenía que admitir que de camino se paraba a mirar las fotos en las que salía Virginia y la contemplaba. En la mayoría de ellas podía verse a una niña de rasgos demasiado fuertes y exóticos, pero que con el paso de los años sería una mujer muy atractiva.

Como era ahora.

Si no fuese por su pequeña estatura, diría que era la hermana gemela de Adriana Lima, una de las modelos que a él y a Kenyan más le gustaban.

Se paró en seco cuando oyó un chasquido.

Levantó el pie y vio una foto con pequeños trozos de cristales que la cubrían por completo. Se agachó, sacudió la foto y...

Se quedó sin aire.

Ante él se mostraba una foto de Virginia sonriendo completamente, apretando contra su pecho a un pequeño gatito del mismo color que su cabello con una manchita blanca. Era increíble, por no decir además desconcertante, el color de ojos que ambos compartían. ¿Acaso era una simple casualidad? Virginia mostraba una hilera de dientes blancos y perfectos mientras el gato miraba fijamente a la cámara, como si fuese consciente de todo lo que ocurría.

Miró a la izquierda, luego a la derecha.

Se guardó la foto en el bolsillo del pantalón y siguió su camino. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no escuchó el sonido de la puerta principal abrirse lentamente.



Eric admiró el gran autocontrol que Lux estaba teniendo en aquellos momentos tan dolorosos. No sólo estaba destrozada la planta de abajo. La de arriba también. Los colchones de las camas estaban rotos por la mitad, las almohadas no habían conseguido tener más suerte y por último... apenas había nada de joyas, dinero ahorrado o ropa.

Era increíble, nunca había visto un robo así.

Como consecuencia, Lux no podría llevarse nada a la mansión. Cayó de rodillas al suelo, llevándose las manos al rostro mientras respiraba agitadamente.

—Lux, cielo... —Se colocó detrás de ella y le masajeó la nuca.

—No queda nada. ¿Y si se han llevado al gatito o lo han matado? ¿Qué voy a hacer? —sollozó, hipando varias veces—. No tengo nada. Me lo han robado todo.

Eric la cogió en brazos aunque al principio protestó. Se sentó en una silla grande de madera que, casualmente, estaba intacta. Colocó a Lux sobre su regazo y la abrazó con fuerza.

—Sí que tienes. Tienes a una hermana que te quiere, a una amiga mitad vampiro mitad loba y...

Pisadas. Eric le tapó la boca y ella no se movió. Los ojos del vampiro se fueron a la puerta nada más escuchar varios pasos secos, fuertes y rápidos. Con una velocidad inhumana, desplazó a Luz de su lado, la arrastró lo más suavemente que pudo por el suelo hasta estar debajo de la estropeada cama. Echó todo lo que pudo encima de ésta y al darse la vuelta...

Aparecieron varios hombres lobo, uno de ellos impactó contra él, derribándolo al suelo.

Comenzaron a escucharse los gritos de Lux acompañados por los rugidos de los hombres lobo.

El desastre y la matanza comenzaron.

CAPÍTULO 21



Luna dormía o, al menos, intentaba hacerlo. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba una y otra vez cada segundo que había pasado con los hombres lobo. Por alguna extraña razón, no le temía a Ethan. Al revés, aquel hombre conseguía tranquilizarla y encima la ayudaba cada vez que tenía un «pequeño» ataque. Un pequeño ataque quería decir: pupilas más dilatadas de lo normal, garras que salían de sus manos, pelo por todas partes y un hambre anormal de carne que no podía ser saciado.

En casos extremos, con el permiso de ella, la encerraban con llave en una habitación especial con comida durante el tiempo que fuese necesario.

Cuando recobraba la conciencia se encontraba desnuda, llena de morados y golpes por su cuerpo que seguramente ella misma se habría hecho. Y para finalizar, con un hambre atroz acompañado de arcadas y dolor.

Sí, esos dolores de cabeza iban a ser su perdición.

Y los recuerdos también.

Miró a su alrededor. No había nadie, se encontraba sola en el salón. Desprezándose como si realmente hubiese dormido algo, paseó la mirada por el salón sin absoluto interés. Sí, se notaba que aquellos vampiros tenían mucha pasta. Al principio se le había ocurrido que traficaban con armas. Por otra parte también se le vino a la cabeza la idea de que robasen; pero ahora veía que eran vampiros, con muchos años de vida y que llevaban una eternidad invirtiendo bien su dinero. Era evidente que cuanto poseían les pertenecía.

Que ella supiese, aquellos vampiros u hombres lobo no leían la mente y estaba bastante agradecida. Cierto era que Gideon era arrebatador y demasiado guapo para su propio bien, pero había que admitir que todos los especímenes de la mansión eran increíbles. Cada vez que los veía, se le venían dos palabras a la cabeza: pura masculinidad, nada más. Tanta testosterona con sólo tres mujeres era muy peligrosa.

A ella siempre le habían gustado los hombres morenos de ojos oscuros, pero con Gideon... era distinto. Aquel cabello rubio con algunos mechones

castaños muy claros, era su perdición. Por no hablar de aquellos ojos miel. Tan calientes que eran capaces de derretir la misma armadura del diablo.

Oh, sí. Gideon estaba realmente bueno.

Sus ojos se encontraron con un teléfono móvil encima del televisor de plasma.

Levantándose, agudizando sus oídos hasta ser capaz de oír a los sirvientes en las plantas superiores, cogió el móvil y olisqueó el aire. Nada. Ningún vampiro cerca de ella, ni siquiera Ethan.

Marcó el teléfono de Rafa, uno de sus mejores amigos junto a Manuel. Ambos habían sido su máximo apoyo desde el accidente de su familia y su altercado con... cierto hombre que prefería retener en la parte más oscura de sus recuerdos.

Lo cogieron al segundo timbre.

—¿Quién diablos llama a esta hora? —gruñó una voz ronca, masculina y con un marcado acento andaluz que ella también poseía.

—¿Rafa? Soy Luna.

—¿Luna? ¿Qué coño haces llamando a estas horas? ¿Estás loca, mujer? ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Lo siento, lo siento. Se me olvidaba el cambio horario. Aquí son las diez de la noche.

—Mira, llámame más tarde y hablamos. Estoy...

Se escuchó una voz femenina a lo lejos. ¿Otra vez se había llevado Rafa una mujer a su casa? ¿Es que aquel Casanova no podía dejar su pene guardado durante más de tres días? No, parecía que no. En vez de un hombre de casi veintisiete años, parecía un adolescente hormonado.

—¡No, es importante!

—¡Joder, no grites, Luna! Mañana trabajo.

—Vale, lo siento —susurró de nuevo. Lo último que quería era que alguno de los hombres de la casa supiese de aquella llamada—. Mira... He tenido problemas muy gordos.

Se escuchó la cama crujir seguido de un suspiro femenino. Rafa acababa de decir: «Ahora vengo, será un momento». Sí, tenía un buen oído incluso por teléfono. Incluso podría acostumbrarse a aquello...

Se escuchó cerrarse una puerta.

—Luna, ¿qué diablos has hecho ahora, nena?

—Odio cuando usas ese tono de condescendencia conmigo o...

—No me toques los huevos, María de la Luna.

—¡No me llames por mi nombre completo! ¡No me gusta! Además... ¿por qué no te callas y me dejas contarte lo que me ha pasado? ¿Realmente crees que te llamaría a estas horas si fuese una tontería?

Le oyó suspirar y supo que se estaba pasando la mano por el rostro. Sí, Rafa era un hombre bastante guapo. Muy masculino. Se notaba en su acento, en su manera de hablar y en sus rasgos que era del sur. De cabello tan oscuro como una noche sin estrellas, ojos tan oscuros como su cabello, una nariz recta y fuerte acompañada de una mandíbula cuadrada y perfecta, hacían de Rafa el perfecto Don Juan. Además, aquella perilla que a veces se dejaba...

Era arrebatador.

Claro, para todas las mujeres excepto para ella. Era como su hermano, al igual que Manu.

—Más te vale que te hayan secuestrado los marcianos de Marte o que te hayas encontrado a un jodido narcotraficante por la calle porque te juro que si no...

—¿En plan el Duque de *Sin tetas no hay paraíso*? Qué va, cariño. No he tenido tanta suerte —suspiró.

—María de la Luna...

—¡Vale, vale! Mira... no podré volver a España. No por ahora. Necesito que te inventes alguna excusa, que me cubras.

—¿Qué? —La voz de Rafa había cambiado.

—No puedo explicarte el porqué. Sólo... Retrasaré mi vuelta a España, ¿vale? Tendrás que hacer el Camino de Santiago solo o pedirselo al muermo de Manu y...

—Para, para. Luna, dime qué ocurre. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Nada, poco tiempo. —Se mordió el labio—. Quizás ocho, nueve años. Se te pasarán muy rápidos y...

—¿Ocho o nueve años? —gritó.

El sensible oído de Luna le provocó un fuerte dolor en la cabeza.

—¡No chilles!

—¿En qué parte de Estados Unidos estás?

—Deja de comportarte como un padre, Rafa. —Se asomó por la puerta del salón. No había nadie—. No puedo hablar durante mucho tiempo. Quería llamarte para que no te preocupases por si no os cogía el teléfono a ti o a Manu y por si... no me veis durante un tiempo. —Comenzó a jugar con un mechón de su cabello—. Voy a estar bien y...

—¡Ni se te ocurra, Luna! —Se separó el móvil del oído justo a tiempo—. Dime dónde te encuentras. Tengo las llaves de tu casa, no dudaré en usarlas para saber dónde te encuentras.

—Me da igual, Rafa. No vas a encontrar los papeles, me los llevé todos. —Mentira. Había dejado todo guardado en un cajón del salón con llave que sólo él y Manu poseían. Lo último que quería era meterlos en el mismo mundo en el que ella se había visto obligada a entrar—. Sólo vas a encontrar el consolador rosa que me regalaste para enfadar a Manu.

—¡No bromees, Luna! Pienso ir a tu casa a primera hora de la mañana, ¿te enteras?

Vale, a primera hora de la mañana.

Eso quería decir que aún tenía tiempo para hacer algo. Ignorando los gritos, gruñidos y palabrotas de Rafa, colgó la llamada y se dejó caer en el sofá antes de colocar el móvil donde se encontraba. ¿Qué podría hacer?

Sus ojos se fijaron en el cabello rubio que se asomó por la puerta del salón. Era Gideon. Dios, cada día estaba más agradecida por haberla rescatado de aquel infierno donde habían experimentado con ella. Era el hombre perfecto y cada vez que le sonreía...

Espera, espera, ¿estaba sonriendo? Sentía atracción, pero nada más.

No pudo evitar acercarse más a aquel cálido cuerpo masculino cuando se sentó a su lado, colocando un brazo por el respaldo del sofá. La estaba mirando fijamente.

Nerviosa, tragó saliva y clavó sus ojos en los dorados de él.

—¿Qué pasa?

Los dedos de él le acariciaron la mejilla suavemente, luego jugaron con uno de los mechones de su cabello.

—Eres hermosa, ¿lo sabías?

Él sí que era hermoso...

Se cruzó de brazos y apretó las manos con fuerza al notar las ganas que tenía de abrazarle.

—Cállate. Hoy estás más guapo que otros días, ¿te has cortado el pelo? —Mierda, se le había escapado. Sintió cómo sus mejillas se volvían rojas como el granate mientras una sonrisa pícaro cruzaba la cara del vampiro—. Era broma. No te emociones.

Antes de que fuese consciente e incluso teniendo aquellos reflejos tan buenos, las manos de Gideon se fueron a su cabello, jugando con algunos mechones.

—¿Te resulto atractivo?

Ah, mierda. Con aquella sonrisa era imposible decirle no.

Colocó las manos en sus mejillas y asintió.

—Sí, eres muy atractivo. —Le miró los rasgos detenidamente y formuló aquella pregunta que durante tanto tiempo le había rondado por la cabeza—. Oye, ¿eres estadounidense? Yo diría que no.

Gideon sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos.

—Cierto, no soy estadounidense. Averigua de dónde.

—¿Qué me darías a cambio?

—Lo que quieras. Pídeme lo que quieras y será tuyo.

Luna alzó una ceja, se llevó el pulgar a la barbilla y desvió la mirada para concentrarse aunque sintiendo aquellos ojos dorados sobre ella... Era complicado. Si lo averiguaba... Quizás él podría ayudarle para que Rafa no encontrase los papeles. Sin que tuviese que saber nada de él.

Lo miró fijamente.

Por su cabello claro y sus ojos de un dorado tostado, supuso que no sería ni de Italia, España, Portugal o países parecidos. Es más, ella diría que podría ser Dinamarca, Noruega, Suecia, Canadá... Lo pensó detenidamente. ¿Cuál decía? Miró la ropa que vestía. Una camiseta remangada hasta los antebrazos, mostrando los impresionantes músculos que tenía, perfectamente perfilados. Unos vaqueros oscuros y...

Dio un pequeño salto cuando él movió las piernas.

—Vamos, Luna. Eso sí, acierta o si no yo te pediré algo a cambio. —Una chispa brilló en sus ojos.

—Dame al menos tres oportunidades, ¿no?

—De acuerdo, tres intentos y ninguno más.

—Por tu cabello rubio y... —*esa mirada que me pone tan cachonda*— todo tu conjunto —lo último le salió con voz rasposa—, diría que eres... ¿sueco? ¡Un sexy vikingo venido de los mares del...!

Él colocó su mano sobre su boca.

—No cariño, no soy un... vikingo —parecía estar aguantando la risa—. Te quedan dos intentos.

Mierda, la idea de que hubiese sido vikingo le había gustado...

—¿Eres de Noruega? Te pega serlo. Y los noruegos son calientes. —Le guiñó un ojo.

—No, no soy noruego —su sonrisa se acentuó—. Tu último intento o... harás lo que yo te diga.

—¡Dame una pista! Es muy complicado.

—Estás cerca... Sigue por donde ibas.

Luna se pasó ambas manos por el cabello, tirándose de él mientras Gideon intentaba quitárselas.

—Deja de despeinarte, Luna. Además, te estás arrancando mechones. ¿Tan malo sería estar bajo mis órdenes? —Puso cara de ofendido.

—¡Por supuesto! Nunca sé qué esperar de los hombres. —Un frío aterrador ya conocido le recorrió la espina dorsal cuando los recuerdos volvieron a surgir.

Aquel brillo juguetón desapareció de los ojos de Gideon. Se incorporó y le rodeó la cintura con sus brazos, acercándola hasta que sus pechos tocaron su torso. La abrazó y acercó sus labios hasta su oído.

—No sé por qué te habrás puesto así, Luna. Pero no soy como esa persona que te ha hecho daño. Yo nunca te haría daño.

Lo dijo lentamente, intentando convencerla. Mientras, sus manos subían y bajaban por su espalda, tranquilizándola. Lo que no sabía es que causaba el efecto contrario: la alteraba.

—Lo siento, ha sido involuntario. Ya sabes que confío en ti —susurró Luna. Se separó de él y sonrió débilmente—. ¿Dinamarca?

Una gran sonrisa apareció en el rostro del vampiro.

—Acertaste.

CAPÍTULO 22



En apenas unos segundos, de estar cerca del cálido cuerpo de Eric ahora se encontraba debajo de la cama con muchos muebles encima. No podía ver nada, solamente oír los gruñidos y el sonido de los demás muebles de la habitación al ser destruidos por los golpes. ¿Qué diablos estaba pasando?

En posición fetal, retiró un trozo de tela que cubría el lado izquierdo de la cama, permitiéndole ver un poco lo que pasaba.

Se apretó con fuerza la mano contra los labios. ¿Aquello que sus ojos observaban era Eric?

Sus ojos parecían tener un brillo entre gris y dorado que nunca antes habían poseído, no con tanta intensidad. Era... distinto. Su aspecto parecía ser mucho más feroz, su cuerpo había aumentado de tamaño, con las venas marcadas en la piel de un tono grisáceo. Tenía el pecho al descubierto. Si no fuese porque sus vidas estaban en peligros, habría disfrutado de la vista. De aquella criatura tan especial y diferente.

Todo calor o excitación que tuviese Lux fue eliminada de golpe al ver cómo el pecho de Eric era abierto desde el hombro derecho hasta la cintura. La sangre comenzó a cubrir todo su torso, manchándole los pantalones y enseñando el propio músculo.

No lo pensó. Solamente salió de la cama a gatas sin darse cuenta de los gritos que salían de su boca y de las lágrimas que se deslizaban por sus ojos. Tampoco fue consciente de cuando una de las patas de la cama falló e hizo que todo el peso de ésta y de los muebles que tenía arriba se derrumbase sobre una de sus piernas, atrapándola.

Siseó de dolor.

Mientras tiraba de su pierna con el fin de liberarla, miró esperanzada cómo las manos del vampiro abrían una de las mandíbulas de aquellos lobos, matándolo en el acto.

Desgraciadamente, uno se lanzó hacia él por la espalda, derrumbándolo.

—¡Ben! —Lux sintió la quemazón en la garganta. Aquel grito le costaría

estar ronca durante semanas—. ¡Ben, ven inmediatamente!

No hizo falta llamarlo otra vez, en dos segundos apareció en la habitación con dos pistolas.

—¡Al suelo, Lux!

Consiguiendo liberar su pierna tras un fuerte tirón que le sacó un alarido de dolor, comenzó a arrastrarse por el suelo mientras escuchaba los disparos y los cuerpos muertos de los hombres lobo caer a su alrededor. Dios, realmente eran grandes. Cada vez que uno caía, la casa entera temblaba.

Cuando sus manos tocaron las botas negras de Eric, se incorporó poco a poco, apoyándose en la pared llena de sangre que tenía a su lado. Luego, se abrazó al cuerpo de Eric y enterró el rostro en su gran espalda.

—Lux, aléjate de él. Ha perdido el control.

Atónica, vio cómo ahora las dos armas apuntaban al pecho de Eric.

Cojeando, se colocó enfrente de Eric.

—¡Baja inmediatamente las armas, Ben! —Dios, estaba a punto de derrumbarse. Eric estaba muy herido, y recibir varios disparos empeoraría muchísimo la situación.

—Lux, no nos reconoce. —En su voz pudo notarse rencor. ¿Se estaba perdiendo algo?—. Joder, no puedo creerme que nuestro líder sea un maldito berserker. —Bajando el arma, se llevó las manos a la cabeza—. Mierda, el Consejo te aniquilaría.

¿Berserker? ¿Pero Eric no era un vampiro? Lo miró fijamente. Dio un pequeño salto cuando aquellos ojos ahora casi grises dorados la miraron fijamente. Sabía que era él. Tenía toda la situación controlada, solamente parecía estar evaluando la reacción de ambos.

—Ben...

—Nos vamos. —Tanto Lux como Ben se sobresaltaron al escuchar la voz ronca de Eric, doble, como si alguien más hablara a la par. Ella lo miró fijamente y... se extasió. Sí, amaba la constitución de Eric pero verlo de aquella manera, sin camiseta, con aquella voz tan ronca y rozando lo duro, simplemente hizo que abriese los labios y... su piel. Con las venas marcadas de un tono plateado en su marmórea piel. ¿Cómo podía contener tanta belleza y fuerza? ¿Cómo podía ser tan fuerte, peligroso y mortal pero a la vez ser la criatura más bella?

—Perfecto, ahora la humana se excita. ¿Qué coño les pasa a las mujeres de hoy en día? Es una bestia, Lux, no un actor porno maquillado.

Lux, ignorando el calor que sentía en sus mejillas por haber sido pillada

in fraganti, se cruzó de brazos.

—Cállate, Eric es un vampiro y...

—Eso no es sólo un vampiro. Los berserker contienen bestias en su interior, Lux, siempre están en una continua lucha por dominarlas. Si pierde el control... te puedo asegurar que todos estaríamos muertos. Incluso tú. — Parecía estar examinándolo.

—He dicho que nos vamos, ya. —Le hizo un gesto a Lux—. A mi espalda.

Mientras se subía, enredando sus piernas alrededor de su cintura, le tiró del cabello.

—Eres un mandón. Lo sabes, ¿verdad? Por muy sexy o caliente que estés, no voy a permitirte esas libertades. —Lux dio un pequeño salto al sentir la gran mano de Eric dándole una nalgada—. ¡Eh! Eso estuvo fuera de lugar.

—Silencio. Necesito que hagáis el mínimo ruido por si vuelven.

Ben bufó.

—No hace falta estar en silencio. —Lux le miró—. Ya vienen.

Cuando se asomó por el hombro de Eric, clavó sus uñas en él.

Si antes estaba preocupada por su vida, ahora sabría que no saldrían de aquella situación vivos. ¿Dos vampiros contra doce hombres lobo? Al menos no podría decir que su vida había sido monótona.



—¡Ben, ocúpate de ellos mientras la pongo a salvo!

Eric abrió la ventana de la habitación y miró a todas partes mientras éste disparaba.

—¡Y una mierda, yo no me quedo solo con todos éstos!

Ignorando a Ben, que seguía intentando contener a los hombres lobo, Eric cogió todas las sábanas, mantas y ropa que había. Fue haciendo una cadena de ropa, apretando con fuerza los nudos que unía. Cuando terminó, la miró fijamente.

Lux retrocedió.

—Ah, no. No pienso bajarme por la ventana con esa cuerda de ropa. ¿Y si se rompe? ¡Podría matarme!

—No va a romperse, la he asegurado bien. —Dio otro tirón para

mostrárselo—. ¿Lo ves?

—¡Joder, Eric! Date prisa, ¿quieres?

—Lux, vas a hacerlo ahora mismo. Si hace falta que te baje yo, lo haré. No dudes de ello.

Suspirando, asintió lentamente. Eric sacó la cuerda por la ventana, agarrándola con fuerza con ambas manos. Luego, le hizo un gesto con el rostro, animándola. Fue hacia Eric y, alzando los brazos para acariciarle aquella cara tan distinta cuando estaba en berserker, juntó sus labios con los de él.

—No tardéis mucho, ¿vale?

—Cógete un taxi y que te lleve a pleno centro de la ciudad.

—¿Dónde os espero?

—Donde quieras, pero que haya mucha gente a tu alrededor. Yo te encontraré más tarde. Ahora baja.

Cuando comenzó a deslizarse por la cuerda, le miró.

—¿Pero cómo?

—Seguiré tu rastro, Lux. Déjame alguna pista y la seguiré. Baja ya.

Cuando apenas quedaba un metro de distancia al suelo, Lux se soltó. Se incorporó lo más rápidamente que pudo, alzando la cabeza para mirar a Eric. Pero no estaba, sólo se escuchaban disparos, gruñidos y golpes. Los vecinos de al lado miraban la calle, con teléfonos en las manos mientras murmuraban. Sintiendo una fuerte opresión en el pecho, comenzó a correr.



Estaba sentada en el banco de un parque donde algunos adolescentes hablaban en voz alta, bebiendo y comiendo, todo en bolsas de plástico. Se preguntó si sus padres sabrían que se emborrachaban por la madrugada, escapándose seguramente por la ventana. Eran demasiado jóvenes. Suspirando, apoyó la cabeza sobre sus rodillas cuando las recogió sobre su pecho. Tenía hambre, pero en sus bolsillos no había dinero con lo que comprarse algo y saciar su enorme apetito. Así que hizo todo lo posible para ignorar los gruñidos de su estómago.

Estaba empezando a hacer más frío y no llevaba más ropa abrigada que su chaqueta vaquera.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos horas, tres?

Estaba tan preocupada que no se había dado cuenta de la sangre seca que tenía en la frente y en la camisa. Pero era de noche, nadie podía verlo.

No tenía móvil y aunque lo tuviese, ¿a quién llamaría? Tampoco tenía dinero para pedirse un taxi. Aunque no le serviría. No sabía dónde estaba situada la mansión.

Se había frotado, arrancado cabellos; y además, se había hecho algún arañón para dejar sangre. Eric le había dicho que dejase algún rastro para seguirla, ¿no? Pues eso había hecho.

Sintiendo que poco a poco un ataque de estrés y preocupación la inundaban, se tumbó en el banco, colocó las palmas de sus manos como almohada y cerró los ojos, intentando controlar su respiración. Varias lágrimas se derramaron por sus ojos cerrados, deslizándose por sus pálidas mejillas hasta sus manos.



Algo le tocaba la mejilla suavemente, deslizándose hasta sus labios. Volvió a subir hasta su frente, acariciándola una y otra vez. Sintió cómo la levantaban del frío contacto del banco. Ahora sentía un fuerte y caliente pecho que le abrigaba el rostro. Sin poder evitarlo, sus manos acabaron acariciando un cabello. Allí ocultó sus manos del frío de la calle.

—Ya estás a salvo, *mo chuisle*. Descansa. Te llevaré a casa.

No tuvo necesidad de abrir los ojos.

Sabía que estaba a salvo.



Unas manos le estaban quitando la cazadora vaquera que llevaba. Cuando se quedó desnuda por la parte superior, se estremeció de frío. Después fueron los pantalones, que se deslizaron por sus piernas. Cuando sintió unos dedos en el elástico de las bragas, abrió los ojos lentamente.

Se encontraba en el regazo de Eric. Estaban en el cuarto de baño, donde una gran bañera llena de agua caliente soltaba columnas de vapor. Dio una rápida mirada por su cuerpo. Sus heridas estaban casi cerradas. ¿Ya se había curado?

—Quieres aprovecharte de mí, ¿verdad? —bromeó somnolienta—. No me esperaba esto de ti. —Envolvió los brazos alrededor del cuello.

La risa de él vibró en su pecho, sintiéndola Lux al tener la cabeza apoyada en él.

—Claro. —Cuando la tuvo completamente desnuda, la metió con cuidado en la bañera. Ella gimió al sentir el calor del agua—. ¿Está bien?

—Perfecta. Por cierto...

Cerró los ojos y se dejó hundir para luego salir y acariciarse el cabello.

—¿Por qué no te metes conmigo? Cabemos.

Eric la miró fijamente, sonriendo levemente.

—Lux, aunque esté en esta forma —extendió los brazos—, no me encuentro con la fuerza necesaria para bañarme contigo ahí y sólo abrazarte. —Se sentó en el borde de la bañera, observando sus pechos. Remangándose el chaleco que llevaba, Lux observó extasiada cómo su musculoso antebrazo se hundía en el agua para llegar a uno de sus pechos. Cuando llegó hasta él, lo cubrió con su gran mano y presionó suavemente el pezón entre el dedo pulgar y el índice.

Lux se arqueó y gimió.

Cuando Eric fue a retirar la mano, ella lo retuvo.

—Sigue —susurró—. Pero con las dos manos.

Al darse cuenta de sus palabras, la timidez volvió a salir a la luz. Sus mejillas se volvieron rojas bajo la atenta y divertida mirada masculina. Sentado aún en el borde de la bañera, siguió jugueteando y acariciando el pezón mientras se agachaba para llegar a sus finos labios.

Cuando la besó, le dio un pequeño mordisco a su labio inferior para instarla a abrir la boca.

—Usa la lengua, Lux —dijo aposta sabiendo que ella se pondría más roja.

—Siempre la uso. ¿Es que no te has dado cuenta? —Ignorando su bochorno, se puso de pie en la bañera. Los ojos azules oscuros de él recorrieron su cuerpo de arriba abajo.

Pasando una pierna por el otro lado, se colocó a horcajadas sobre él, sonriendo al ver cómo mojaba sus pantalones y su chaleco. Le abrazó íntimamente.

—Te deseo —susurró escondiendo el rostro.

—¿A quién deseas? ¿A mi hombro o a mí? Mírame cuando lo dices, *mo chuisle*.

Lux, poco a poco, separó el rostro de su hombro y lo miró. Sus ojos azules oscuros la observaban. Tenía también un círculo azul claro alrededor del iris, pero aquel brillo de antes ya no estaba. Llevando las manos hacia la cremallera del pantalón, mantuvo su mirada.

—Te deseo. —Volvió a sentir cómo se sonrojaba—. Yo... quiero que me folles.

Se sobresaltó cuando le dio una nalgada. Se separó un poco de su rostro. Lux sacó la lengua para humedecerse los labios. Él siguió el movimiento mientras un hambre depredadora inundaba su mirada, excitándola.

—Quiero que me folles ya —repitió, sin retirar la mirada.

Antes de que se diese cuenta, se encontraba en la bañera. Él comenzó a desnudarse con demasiada rapidez, aunque aquella vez no le importó.

Se llevó las manos a las mejillas mientras lo miraba. Ya no había ropa entre ambos cuerpos, él la dejó caer en el suelo y dejó que lo mirara con detenimiento. Su polla estaba totalmente erecta, su glande casi rozaba el ombligo. Mientras se acercaba, ella seguía con los ojos puestos en aquel miembro. Entró en la bañera.

Lux, sonriendo, se giró y colocó cada pierna al lado de su cadera, quedándose a horcajadas. El pene de Eric quedó anidado entre sus piernas, presionando la húmeda entrada con la hinchada cabeza. Comenzó a jugar con el cabello de él.

—Yo... Me encanta tu cuerpo, Eric. —Arrastró sus manos lentamente por el cuerpo hasta llegar a su miembro. Rodeándolo con los dedos, apretó suavemente. Maravillada, vio cómo apretaba la mandíbula con fuerza y movía sus caderas contra su mano. A pesar de ello, parecía estar intentando mantener la compostura.

Luz comenzó masturbando el miembro masculino con lentitud, de arriba abajo, sintiendo su dureza pero a la vez la suavidad que lo rodeaba. Tenía una ancha vena que casi lo cruzaba en plenitud. Apretó con suavidad antes de echarse todo lo que pudo hacia atrás, hasta tocar la pared de la bañera.

—Demonios, Lux —siseó, siguiendo todos sus movimientos con verdadero interés.

Dejando una serie de besos por las caderas masculinas y el trabajado torso de Eric, bajó hasta tener la cabeza roma a apenas diez centímetros de su boca. Tenía un tono más oscuro y la sangre corría en él con fuerza. Metiéndose el glande en la boca, hizo una profunda succión.

Las caderas de él golpearon contra su rostro.

—Joder, sí, hazlo otra vez, cariño —murmuró, colocando las manos en el cabello de ella, instándole a tragar más.

Poco a poco Lux fue relajando la mandíbula, dejando que más longitud de su verga entrara en su boca. Cuando no pudo más, comenzó a subir y a bajar por ella, acariciando con la lengua todo el tronco y utilizando los dientes suavemente para intensificar el placer.

Él frunció el ceño y se recostó aún más. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a cubrir su cuerpo. Un brillo grisáceo dorado apareció en sus ojos.

Tenía que estar haciéndolo bastante bien. Quería que él disfrutara tanto como ella lo hacía cuando él le daba placer con la boca. Ella estaba excitada, pero esa vez esperaría. Imágenes tórridas de lo que él le podría hacer aumentaban su temperatura corporal.

Una mano rodeó el ancho tronco de la verga, subiendo y bajando al ritmo de su boca, intentando que sintiera placer por todas partes. La mano que le quedó libre fue hasta sus pesados testículos. Rodeándolos, comenzó a acariciarlos al ritmo de sus caricias.

—Maldita sea, eres maravillosa, Lux. —Dio otra embestida contra su boca. Estuvo a punto de atragantarse. Él pareció excitarse aún más, aumentando en su boca.

Justo cuando pensaba que iba a correrse, Eric la subió y la colocó sobre su cuerpo, capturando sus labios en un posesivo beso. La lengua de él acarició la suya mientras sus colmillos arañaban con suavidad sus labios. Las manos de él estaban por su cuerpo, en sus pechos, cintura, cadera... hasta llegar a su mojada entrepierna.

Lux se arqueó sobre él, colocándose de forma que el pulgar diera justo donde más quería, su inflamado clítoris.

—Cariño, estás tan mojada... Súbete, siéntate en mi cara, quiero volver a comerte entera.

Ella le miró con los ojos completamente abiertos. Sus palabras la habían llevado más al límite del placer, sintiendo una descarga recorrerla de pies a cabeza. Sus pezones estaban doloridos aun sin haber sido tocados con determinación.

Eric casi estaba tumbado en la bañera, sin que el agua le tapara el rostro. Girándola, la colocó con facilidad al revés, teniendo su sexo sobre su rostro. Sonrojada, se llevó una mano a la boca.

—¿Te da vergüenza? —preguntó con humor, acariciando los labios de la

vulva suavemente.

Estremeciéndose asintió.

—Sí-í...

—Pero quieres. Tu cuerpo me lo dice. Estás hinchada, húmeda y temblando entre mis brazos —su voz era ronca, oscura pero suave como el mismo terciopelo—. ¿Quieres que te diga lo que pienso hacerte? —Seguía jugando con su sexo, dándole placer pero sin dejarla llegar—. Voy a lamerte, Lux. Voy a capturar tu clítoris y atormentarte hasta que solloces, voy a meter mis dedos en ti y...

—Hazlo —graznó, mordiéndose el labio inferior. Le miró por encima de hombro—. Por favor...

Eric pareció notar que estaba demasiado sensible y perdida en las sensaciones como para continuar con aquello mucho tiempo. Agarrándola de las caderas, posó su boca sobre su sexo, lamiendo los hinchados labios. Ella gimió e intentó alejarse. Él la mantuvo con un agarre de hierro. Llevó su boca hasta el tenso clítoris, atormentándolo con toques de su lengua antes de intentar succionarlo dentro de su boca.

—¡Eric! Oh, ¡joder!

Continuó e introdujo dos dedos en su interior, metiéndolos y sacándolos, curvándolos para intentar encontrar aquel punto que siempre la llevaba de forma inmediata al orgasmo.

Y así fue. Lux se corrió sobre su rostro, perdiendo el soporte de sus brazos. Acabó hundiendo el rostro en el agua, pero él la incorporó. La sentó sobre su cuerpo, estando de espaldas a él. Ella seguía temblando, murmurando palabras sin sentido. Abriéndole las piernas, colocó su miembro sobre ella.

—Sí... hazlo —susurró.

Alzándola, la dejó caer sobre su polla con lentitud, dejando que se acostumbrara a él. Pero no pareció necesitarlo, ella le hizo un gesto para que la dejara caer totalmente, empalándola. Se quedaron quietos, sintiéndose el uno al otro a través de sus cuerpos. Ella lo rodeaba como un guante ardiente, con pequeños espasmos que no lo dejarían durar mucho.

—Cariño, estás tan caliente... Me agarras con fuerza.

Eric comenzó a moverse, cada vez con mayor rapidez, asegurándose de rozar su punto más sensible. Llevó una de las manos hasta los pechos, pellizcó ambos pezones hasta escuchar un pequeño gemido. Esa misma mano ascendió hasta su cuello, agarrándolo con firmeza.

—Joder —gruñó, sin dejar de embestir en su interior.

Ella lo apresó con más fuerza.

—Aprieta... Aprieta, Eric —susurró, dejándose apoyar en su torso.

Demonios, lo llevaría al clímax con rapidez. Nunca se había esperado que Lux fuera así, que tuviese un lado oscuro. Y él estaba dispuesto a satisfacer todas y cada una de sus facetas. Incrementó el agarre sobre su cuello, moviéndose en su interior. Ella cogió aire y se mordió el labio inferior. Tenía los ojos cerrados y se movía contra él.

Estaba a punto de llegar.

Acercando el rostro al cuello femenino, aumentó por última vez el agarre y dio una fuerte sacudida en su interior. Abrió la boca y clavó los dientes en el delgado y pálido cuello. Lux volvió a llegar al clímax, dejándose caer sobre él mientras se alimentaba y terminaba de llegar a su propio placer, extasiado por el sabor de su sangre y su sexo. Una embestida más y llegó, quedándose profundamente dentro de ella. Dabatirones de su vena, quizás con más brusquedad que otras veces.

Pero el vínculo era así, pensó. Los hacía actuar como salvajes, animales... El instinto de ambos salía a la luz. Ella sonreía mientras dos hilos de sangre fluían por su piel, la clavícula, hasta el valle entre sus pechos. Ella estiró una mano y le acarició el cabello.

Un fugaz pensamiento recorrió su mente. Podía imaginarse la eternidad junto a ella.



Virginia abrazaba con fuerza a aquel pequeño felino que la miraba fijamente. Estaba agarrado en su camiseta, dejándose achuchar mientras la mirada azul de Ben estaba sobre ella. Tumbada sobre la cama, dejando que su pequeño felino recorriese todo el colchón mientras maullaba, clavó sus ojos sobre los de Ben.

—Gracias, Benward. —Se incorporó y fue hacia él. Le besó en la mejilla y se separó—. ¿Están bien mi hermana y Eric?

Incómodo por aquel beso tan inocente, se aclaró la voz y se pasó una mano por el cabello rubio.

—Sí, todo bien. —Que le llamase por su nombre completo le había desconcertado. Cuando iba de nuevo a la cama con aquel pequeño felino que

arañaba la colcha, le cogió de la muñeca.

Virginia lo miró con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo?

Acarició su muñeca con el pulgar, haciendo pequeños círculos mientras se sentía como un niño ante la chica que le gustaba.

—¿No vas a agradecerme que te haya traído a tu gato?

—¿Qué quieres? —Su mirada se volvió desconfiada.

Maldita sea, ya la había liado.

—Nada más que un beso. Otro. —Dio un pequeño tirón de su muñeca, acercándola más a él—. Sólo otro más.

Alzó una ceja negra.

—¿Sólo uno más?

—Te lo prometo. Sólo uno más.

Cuando Virginia se puso de puntillas para llegar a su mejilla, en unos segundos Ben giró la cara. Los labios de ella impactaron contra los suyos. Antes de que el miedo la dominase pudo sentirlos suaves, cálidos, excitantes... Se separó rápidamente, mirándolo con aquellos grandes ojos del color del hielo. Se llevó los dedos a la boca.

—Has hecho trampa —susurró algo atontada por el miedo y por el creciente deseo que había despertado aquel vampiro rubio en su cuerpo.

Sus ojos azules claros brillaron.

—No, no la he hecho.

—Sí, lo has hecho —insistió ella.

—No, dije que quería otro beso. Pero no especificué donde —contestó antes de salir de la habitación sonriendo.

Tendría que tener más cuidado a partir de ahora, pensó Virginia. Aquel hombre era demasiado listo y atractivo para su bien.

CAPÍTULO 23



Luna terminó de desnudarse, se metió en la ducha y gimió de placer al sentir el agua caliente acariciar cada poro de su cuerpo. Cuando tuvo el cabello mojado, cogió el champú que había allí sin importarle si era de hombre o de mujer y se lo echó. Comenzó a tararear una canción y antes de que se diese cuenta, estaba bailando, cantando en voz alta y con los ojos cerrados.

—Maldita sea, me ha entrado champú en los ojos.

Abrió la mampara de la ducha y cogió la toalla.

Frotándose los párpados, abrió uno y gritó.

Gideon estaba apoyado en la pared de enfrente del baño, con los brazos cruzados y mirándola con una sonrisa deslumbrante.

Atónita, vio cómo se sacaba la camiseta por la cabeza y comenzaba a desnudarse.

—¿Qué-é coño haces? —tartamudeó—. ¡Eh, tú! ¡Ni se te ocurra entrar, desvergonzado! —Se colocó la toalla que anteriormente había utilizado alrededor del cuerpo.

—Estás hermosa, así. Con el cabello lleno de champú, un ojo cerrado y toda sonrojada. —Se quitó los pantalones, quedándose en unos bóxer negros—. ¿Te sonrojas en alguna otra parte de tu cuerpo? Pienso descubrirlo ahora mismo...

—¡No avances, Gideon! —Gritó cerrando la mampara de la ducha.

Escuchó su risa.

—¿Soléis ser tan tímida las españolas?

—No somos tímidas, tontón. Somos precavidas. Sobre todo si un vampiro desnudo nos persigue... —pensó en voz alta.

La mampara se abrió, entrando Gideon completamente desnudo. La cerró tras de sí y luego se metió en el chorro de agua, acorralándola con su enorme cuerpo contra la pared de la ducha.

Le dio una patada en la espinilla.

—¡Eh, no te di permiso para ducharte conmigo! —Por primera vez en su

vida se estaba sonrojando.

—Oh, vamos, nena. Es una ducha entre amigos. ¿Qué puede pasar?
Mentiroso.

—Los amigos no se duchan juntos —murmuró mientras observaba aquel trasero tan magnífico que poseía. Su piel era dorada. Sin poder evitarlo, le dio un apretón a sus nalgas.

La miró de reojo, sonriendo. Estaba aguantando la risa. Sus ojos dorados brillaban.

—¿Acabas de meterme mano? Jesús, nena. Sí que eres directa.

Ahora sí que estaba segura de que sus mejillas tenían acumulada toda la sangre de su cuerpo. Tiró la toalla fuera de la ducha. Total, ya la había visto desnuda.

Cuando se giró para coger el champú que ella antes había utilizado, se paralizó. De perfil, había visto el gran y erecto miembro que se alzaba hasta casi tocar su ombligo. Se llevó las manos a las mejillas mientras sus ojos se negaban a apartar la mirada de aquella... maravillosa vista.

—Eres un buen ejemplar, ¿eh?

Gideon frunció el ceño. Luego, cuando siguió a su mirada, sonrió. Con una mano se cogió el pene, subió y bajó varias veces, complacido. Se encogió de hombros, como si estuviese acostumbrado a causar aquella sensación. Y lo entendía, de verdad que Luna lo entendía. Aquel pene era más ancho que su muñeca.

—Venga ya, hombre —susurró en español—. Ahora te falta darte unas palmaditas en la espalda. Te gusta mirarte, ¿verdad?

—Me encanta mirar, Luna —le respondió en español.

—Oh, definitivamente tengo que tener cuidado con lo que digo delante de ti.

Gideon, aprovechando el momento la abrazó.

—No, no lo tengas. Quiero saber lo que dices en todo momento. —La apretó contra él.

—Para, absolutamente no, ¿y por qué me abrazas? —protestó con debilidad.

Él sonrió. Dios, ¿podía sentirse más feliz? No. Ella era todo lo que necesitaba.

Deslizando sus manos por su espalda, agarró ambas nalgas con propiedad.

—Si tú puedes tocarme el trasero, yo puedo perfectamente acariciarte a ti

también.

Ella sonrió.

—Cariño, si crees que no me he dado cuenta de que estabas distrayéndome para colocar tu polla entre mis piernas, es que no me conoces.

Gideon abrió los ojos inocentemente.

—Eres una malpensada. —Sin poder contenerse, la besó en los labios suavemente. Luna quiso dar un paso hacia atrás, sintiendo que aquella burbuja antes informal se estaba convirtiendo en algo serio. Después de su desastrosa experiencia en España... no quería lo mismo. Las manos de él apretaron con más fuerza pero con suavidad sus nalgas—. Y además, malhablada.

Luna volvió a reírse.



Rotka miraba desde una de las esquinas del gimnasio a los doce lobos que luchaban entre sí mientras su padre, Luxian, hablaba con dos hombres. Estaba en la planta de arriba, vestido de oscuro. Parecía disfrutar de los gruñidos de dolor que salían de las grandes fauces de los hombres lobo cuando otro los mordía o les arrancaban miembros.

Aunque sus ojos azules, casi blancos, controlaban cada movimiento que hacían, su cabeza estaba en aquella chica de cabello negro y ojos azules tan intensos como el mar del Caribe. Nunca había violado, herido o matado a una mujer y saber que uno de los suyos había incumplido una de sus normas... hacía que se le erizase la piel. Tenía que remarcar su territorio.

—Rotka, ven aquí. —Miró a su padre. Al ver que no se movía, Luxian suspiró—. Por favor.

Pasó al lado de su mejor amigo, Bryan Sockman. Su pelaje era de color castaño claro, al igual que sus ojos. Era uno de los más grandes del grupo y por ello, uno de los más fuertes. Luchaba contra otro de su mismo tamaño, al cual tenía dominado por el cuello.

Cuando los ojos de ambos conectaron, Rotka sonrió.

Se preguntó qué diablos querría ahora su padre. Su rabia por los vampiros comenzaba a crecer cada día y desgraciadamente, sus fracasados planes eran pagados con la vida de sus hermanos. Siempre que mandaban a Bryan a una misión, procuraba ir con él u ordenar a otros que le ofreciesen

protección en cualquier momento a pesar de no necesitarla.

Sin esperar, se sentó en la silla grande de madera que estaba enfrente del despacho.

—Rotka, las dos humanas se escaparon. ¿Puede saberse dónde diablos te encontrabas? Creo haber ordenado...

—Tú no me ordenas nada —gruñó, incorporándose ante el repentino ataque.

Luxian apretó la mandíbula.

—¿Qué sucedió con los hombres que se encontraban allí?

—Todos murieron, al menos la mayoría.

El silencio se interpuso entre ambos. Frío, distante, duro... Sólo se escuchaba la pelea que había abajo. Luxian sabía perfectamente que no podría manejarlo por mucho más tiempo. Tenía que jugar bien sus cartas si no quería convertirse en su objetivo. Podía ver en sus ojos la determinación de mandar, dominar.

—Reúne a tus hombres. Salís esta noche.

—Tus planes suicidas están costando la vida de mis hermanos, padre. — Se acercó un paso, luego otro—. Piensa detenidamente qué vamos a hacer. No pienso arriesgar más vidas.

—Esta vez será diferente. —Colocó una mano sobre el hombro, esbozando una fría sonrisa—. Todo cambiará, Rotka. Nos vengaremos de los vampiros reduciendo su número y... utilizando a las humanas. Tiempo al tiempo, hijo. Esto está a punto de cambiar.



Había pasado una semana desde que Lux, Ben y Eric trajesen al gato. Todo iba bien, y además Virginia parecía estar acostumbrándose a la idea de vivir allí con los demás. Entre ella y Ben se había formado una profunda amistad que por parte del vampiro, era claramente algo más. Se controlaba siempre que estaba cerca de ella, la hacía reír e intentaba mantenerla entretenida para que sus pensamientos no volvieresen a la trágica noche donde su vida había sufrido un enorme cambio.

No era la misma de antes, y con toda la razón del mundo.

No solía sonreír, reír o hablar excepto cuando era necesario. La mayor parte del tiempo estaba con su pequeño gato o con Ben, del cual se hacía cada

día más dependiente. A Lux no le importaba, lo veía un buen hombre y siempre estaba tras ella, a dos pasos. Si se portaba mal... simplemente contaría con Eric. Es más, él le había amenazado con castrarlo si se sobrepasaba con Virginia.

Era por la tarde noche. Estaban en el salón con una película que Luna había insistido que todos vieran. Se trataba de un grupo de mujeres independientes que intentaban salirse del tradicional rol que la sociedad había impuesto sobre la mujer. Lux solía ver esa serie siempre que podía, así que no se quejó a la hora de coger sitio en el sofá y hacer palomitas.

Ella estaba en el sofá con Eric, con la cabeza apoyada en su hombro. Luna estaba tirada en el suelo, cruzada de piernas. Gideon a su lado, mirando más a la mitad vampira mitad loba que se encontraba pegada a él. Ethan estaba en un sillón, con la cabeza hacia atrás. Estaba dormido.

Su hermana Virginia se estaba bañando, por lo que Ben estaba en un sillón con su pequeño gato en el regazo, acariciándole el lomo una y otra vez mientras éste ronroneaba. Todos se habían mostrado sorprendidos por el enorme parecido entre el gato y Virginia. Ya no era sólo por el mismo color de ojos y de cabello, sino por cómo se miraban y la conexión que tenían. Por lo que, siempre que Virginia tenía pesadillas o uno de sus continuos ataques de miedo, el gatito solía estar cerca.

Aquello la tranquilizaba.

Ben, el vampiro jugueteón que más de una vez había coqueteado con Lux, se había convertido en una persona más seria y reservada desde que su hermana vivía allí. Eso sí... su mirada seguía siendo igual de pícara.

—Dios, me encanta Anya Saint Red. Creo que si fuese una mujer, escogería ser como ella —dijo Ben sonriendo.

Bueno, al menos solía ser más maduro cuando ella se encontraba en la misma habitación que él.

Gideon sonrió.

—Me lo imaginaba. —Estiró el brazo para acariciar a Luna. Ella no respondió.

Lux se estiró para mirar a su amiga.

Sus ojos rojos estaban clavados en la pared mientras respiraba de manera rápida y superficial. Tenía las uñas clavadas en sus piernas y... al entreabrir los labios, aparecieron dos grandes colmillos. Un gruñido animal salió de su pecho con violencia.

La miró y gritó, cayendo de espaldas mientras el cambio comenzaba a

hacerse inminente.

Ethan se despertó rápidamente. Antes de que Luna pudiese abalanzarse sobre Lux, con el cuerpo parcialmente cambiado, éste se había transformado en un enorme hombre lobo de color oscuro que agarró a su amiga por el cuello.

—¡Suéltala! —gruñó Gideon incorporándose.

Lo que se había convertido en una tranquila noche de películas, era ahora un campo de batalla. Ben cogió al gato y desapareció por la puerta a toda prisa, seguramente para proteger a Virginia en caso de que Luna se escapase del salón.

Eric la atrapó y huyó rápidamente. Agarrada a su cuello, podía ver cómo el cuerpo de su amiga cambiaba de forma, arañaba, mordía, gruñía... Era un auténtico animal. Ethan era más grande que ella... ¿Pero más fuerte? Esperaba que sí.

—¡Coge la carne del cuarto de la cocina donde William la guarda! —gritó Eric a Gideon—. Se ha alimentado hace diez horas.

Éste, debatiéndose entre quedarse con Luna o ir, abandonó rápidamente el salón. Aquello que había pasado era una de las crisis que solía tener Luna todas las semanas, sobre todo levantadas por su sed de carne y sangre. Siempre solía controlar aquella parte animal y oscura que tenía, pero a veces la dominaba.

Es más, había estado a punto de convertirse en su comida si no hubiese sido por Ethan, ni siquiera Eric había actuado tan rápido.

Cuando subieron a la habitación, cerró la puerta de un portazo y echó el pestillo.

—Vaya —murmuró Lux—. Ethan ha reaccionado con rapidez.

Eric estaba serio, tenía la mandíbula apretada y se había apoyado contra la puerta. Estiró la mano y le acarició el torso tapado por una camiseta azul marino.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede?

Agarró su mano con fuerza. En sus ojos apareció un brillo dorado plateado, como si estuviese alerta.

—Ha sido peligroso, Lux. Si no hubiese sido por Ethan, ahora mismo tendrías la garganta abierta.

—Ethan ha intervenido y además, tú estabas a mi lado. La hubieses parado.

No tenía ninguna duda al respecto.

—Ha sido demasiado rápida. ¿Es que no eres consciente de ello? —La cogió por los hombros y la sacudió suavemente.

—¿En serio? ¿Con unas simples manos humanas? Vaya...

—No eran manos, Lux. Eran garras. Tenemos que hacer algo al respecto. Hablaré con los demás.

—¡No vas a echarla de casa! —gritó soltándose de él—. ¡Es mi mejor amiga! Sólo necesita tiempo, Eric. Es normal, es neófita. Estoy segura de que todos vosotros no erais mucho mejor que ella al principio.

—No estaba pensando en eso, Lux. Sé lo mucho que te importa ella. No voy a echarla, sólo quiero tomar precauciones.

Se relajó y suspiró.

—Vale, más precauciones, lo entiendo —se aclaró la garganta—. ¿Cuándo puedo volver a verla?

—Te quedarás en esta habitación hasta que yo vuelva. —La cogió suavemente del cuello y acercó su rostro al de ella. Lux se embelesó por aquella perfección masculina que tenía. Sin poder evitarlo, se acercó a él y le besó. Eric le respondió al beso, devorándola con los labios mientras su lengua acariciaba la suya. Gimió y se separó de ella—. No me entretengas, Lux. Esto es importante.

Era su culpa, y también del vínculo. Nunca estaba saciada. Siempre quería más y más. Además, aquella mano en su cuello con posesión... Movié las caderas contra las de él.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos te pasa?

—Me pones muy cachonda, Eric. Bésame.

La sorpresa brilló en aquellos ojos. Y el color gris dorado también. Unas venas plateadas aparecieron por su cuello. Oh, sí, la bestia de su interior estaba obsesionada con ella. Siempre deseosa de recibir sus caricias.

—Tengo que hacer cosas importantes. —No parecía muy convencido, pero la voz que salió de su pecho no era la de Eric manteniendo el control, era cuando estaba a punto de perderlo.

—¿Más importantes que... esto?

El dedo pulgar de él acariciaba su pulso. Dios, la estaba volviendo loca.

Mirando la puerta del cuarto, Eric se encogió de hombros.

—Supongo que pueden esperar.

Ella sonrió. Por supuesto que podían esperar.

CAPÍTULO 24



Dios, ¿en serio lo he hecho?

Luna se encontraba encerrada en una habitación, desnuda, con las rodillas pegadas al pecho en posición fetal, en una esquina. Tenía sangre por todo el cuerpo y además, sentía el sabor de la carne cruda que hacía poco había devorado. La habitación no tenía muebles excepto una cama, y ésta se encontraba rota.

En el suelo había restos de carne y sangre. Esta vez, ¿qué había sido? ¿Cerdo, pollo, vacuno? Se encogió de hombros. Todas le sabían igual. Lo malo eran las digestiones, pesadas y con náuseas todo el rato. Tenía que estar en forma de loba para poder digerirla bien.

Se avergonzaba de sí misma. ¿Cómo podía haber atacado a su mejor amiga? Si no hubiese sido por Ethan, ahora mismo estaría hundida, desolada y con ganas de abandonarlo todo. Nunca podría haberse perdonado hacerle daño a Lux. Nunca.

Se abrazó y sollozó.

Le temblaban los labios, los ojos se inundaron de lágrimas... Todo el cuerpo dio una violenta sacudida.

Y lloraba con fuerza, sintiendo una gran opresión en el pecho. Sentía tanto dolor que quizás, pensó, si se lo arrancaba sería mejor. Quizás aquello que le pasó en España se lo tenía merecido por lo que iba a hacer en el futuro.

Quizás.

Se miró las manos, donde las uñas le habían crecido por lo menos el doble. Su estómago sonó, seguido por una punzada de dolor; maldita sea ¿acaso tampoco habría masticado la comida esa vez? Dios, deseaba lavarse los dientes y quitarse aquel sabor a carne cruda que tenía. Y como si no fuese suficiente, sentía los músculos de los brazos y piernas totalmente destrozados, como si hubiese estado haciendo ejercicio durante tres días sin parar.

La puerta se abrió, apareciendo Gideon.

Podía ver el sufrimiento en su rostro. Sin poder aguantarse más, Luna se

incorporó poco a poco con ayuda de la pared. Fue hacia él cojeando lo más rápido posible y cuando él le abrió los brazos, ella tropezó y cayó al suelo.

—Joder —susurró con los nervios a flor de piel.

—Ah, gatita. Espera. —Gideon la cogió en brazos. Ella lo rodeó con los brazos, escondió el rostro en su cuello y... comenzó a sollozar.

—Soy un monstruo. —Gideon se sentó donde estaba ella antes. La mantuvo en su regazo.

—Eso no es verdad. —Le levantó el rostro para limpiarle las lágrimas con el pulgar—. Los monstruos no pueden ser tan hermosos como tú.

—No digas eso. —Se llevó la mano a la boca—. Dios, debes haberte quedado sin olfato después de olerme. Me huele la boca a carne podrida y... apesto a perro mojado. Pero eso no es lo peor de todo. —Más lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas—. He estado a punto de matar a mi mejor amiga.

Gideon le cogió el rostro con ambas manos, haciendo que aquellos ojos rojos lo mirasen fijamente.

—Cariño, ha sido un accidente.

—Un accidente que podría haber costado muy caro. Soy un caso perdido.

—Eso no es verdad. —Se quitó la chaqueta. Con cuidado, se la colocó. Luna se abrazó a aquella prenda caliente que olía a menta. A limpio.

—Gracias.

Gideon la abrazó con fuerza. Su barbilla estaba sobre la cabeza de ella. Cierto, allí olía a carne cruda, a perro mojado y a sangre. Pero no le importaba, sólo quería que todo volviese a ser como antes. Como había sido antes de que ella tuviese uno de sus cambios.

Escuchó que susurraba algo en español y aunque intentó poner todo de su parte para entenderla, no lo consiguió.

La miró con el ceño fruncido. Sus ojos rojos oscuros brillaban con determinación. ¿Qué diablos pasaba por aquella cabeza?

—¿En qué estás pensando?

Ella se sobresaltó y lo miró. Gideon se asustó. Sí, una corriente eléctrica le recorrió la espina dorsal. Aquella mirada de dolor, miedo, vergüenza y determinación lo congeló.

—No —susurró agarrándola de los brazos—. Pienses lo que estés pensando, no.

Luna le sonrió débilmente. Se encogió de hombros.

—No era nada. —Le acarició el corto cabello rubio. Parpadeó, sorprendida—. Eres hermoso. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Lamento haberme portado así. ¿Te hice daño a ti o a Ethan? Por favor, dime que no...

—No, para nada —tragó saliva. ¿Por qué tenía la sensación de que aquello sonaba a despedida?— Ethan dijo que apenas sintió nada. Luchas como un bebé. —Lo consiguió, la postura de ella se relajó—. Yo pensaba ir a coger unas palomitas mientras te miraba.

Luna se acercó más a su rostro, sonriendo.

Se alejó rápidamente.

—Tengo que asearme. ¿Me ayudas a ir a la habitación?

—Claro. —La cogió en brazos—. Vamos, princesa. Te pondrás como nueva.



Luna contempló su reflejo en el espejo del cuarto de baño tras ducharse. Su cabello largo, ondulado y de color marrón oscuro era mucho más brillante y sedoso que cuando era humana. Sus ojos color carmesí la miraban fijamente, como si la estuviesen desafiando a hacer una locura. Eran terriblemente crueles, incluso a ella se le antojaban fríos y desagradables. Aterradores, pensó, ésa era la palabra correcta. Sus labios, hasta entonces finos, eran un poco más grandes y rosados.

Mostró los dientes.

Dos colmillos grandes, blancos y afilados aparecieron. Eso quería decir que aún no había controlado totalmente su parte más oscura. Se había cortado las uñas, pero nuevamente habían crecido. Sintiendo una total desconfianza hacia la mujer que la miraba, salió del baño.

Gideon estaba en el gimnasio, así que podría hacer lo que tenía planeado. Era lo mejor y lo sabía. Quería demasiado a todas aquellas personas que vivían en esa casa como para hacerles daño. Le habían salvado la vida, ahora ella haría lo mismo.

Salió de su habitación y fue a la de Lux y Eric. Cuando estuvo delante, se paró. Escuchaba las risas de ella, los susurros de Eric y más risas. Sonrió. Sí, su amiga había encontrado al hombre perfecto. Sabía que sería feliz con él, no tenía la menor duda. Nada malo le sucedería.

Llamó a la puerta dos veces.

Escuchó la voz de Lux diciéndole que parase.

La puerta se abrió, mostrando a su amiga en ropa interior con una camiseta de Eric. Sus ojos brillaban de felicidad, sus mejillas estaban sonrojadas y sonreía completamente. Tenía varias marcas rojas por el cuello. Cuando la vio, se lanzó a sus brazos.

—¡Luna! Dios mío, qué feliz estoy de verte. ¿Te encuentras bien?

Luna la abrazó. Pudo ver que Eric se levantaba de la cama, sólo vestía unos bóxers negros. Era arrebatador, pero la frialdad y desconfianza que sentía hacia ella hizo que se tensara. Sus ojos azules cayeron sobre ella con determinación.

Vaya... Parecía enfadado.

La culpa aumentó. Incluso quiso llevarse una mano al pecho.

—Sí, todo bien —su voz tembló—. Te veo sana, sin un rasguño. Quería pedirte disculpas por lo que pasó —tragó saliva. Apretó los ojos y respiró—. Lamento todo lo que hice. Pensé que lo tenía controlado.

Lux la abrazó nuevamente.

—No pasa absolutamente nada. —La besó en la mejilla—. Tú estás bien, ¿verdad? Necesitas tiempo, Luna. Todo esto es nuevo para ti, no seas tan exigente contigo misma, cielo.

—Sí, todo bien. —Se acercó más a ella—. Lux, espero que puedas perdonarme alguna vez. Sé que yo no podré hacerlo, pero... —Ahora venía la parte más dura. El rostro de Lux lucía preocupado—. Eres mi mejor amiga y te quiero. Me alegro de que juntas pasásemos aquella pesadilla en el aparcamiento. Me alegro de haber estado allí, si no nunca te habría conocido. Creo que eres como una hermana. —Estaba tan nerviosa que las palabras se torcían. Apenas podía hablar con tranquilidad—. Te quiero. Quería que lo supieses.

—Oh, Luna. Yo también te quiero. —La abrazó con fuerza—. No tengo nada que perdonarte, no ha pasado nada. En serio. Y para ya, no seas tan dura. Yo estaría igual o peor si hubiese pasado por lo que has pasado tú.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Luna. Fue lo suficientemente rápida para limpiarla antes de que Lux se diese cuenta.

—Gracias. Vuelve con Eric. —Señaló la puerta—. Yo me voy a coger algún libro o algo.

—Vale, cielo. Cuídate. Luego nos vemos. —Le guiñó un ojo.

Cuando Lux cerró la puerta, volvieron a escucharse las risas, gruñidos y

movimientos en la cama. Se fue alejando poco a poco, intentando ignorar la conversación donde Eric le preguntaba qué le había dicho y el «no debes acercarte hasta que esté estabilizada». Sí, era un monstruo. Sólo que Gideon tenía una imagen empañada de la situación. ¿Qué vería él realmente en ella?

Pasó por la habitación de Virginia y Ben. Nada más que silencio, no se escuchaba nada. Se preguntó si aquellos dos compartían realmente habitación o solamente se hacían compañía. Quizás se quedaría para siempre con la duda.

Pasó por la de Naylea, donde se la escuchaba discutiendo con Kenyan muy acaloradamente.

Al final, encontró la del hombre lobo

Llamó a la puerta dos veces y esperó con los brazos cruzados.

Cuando ésta se abrió, vio a Ethan. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros oscuros. Estaba acompañado por el gatito de Virginia, que se encontraba en su regazo. Aquellos ojos azules tan intensos como el zafiro la escudriñaban. El cabello de él había crecido un poco, dándole un toque más seductor y pícaro.

—Hola Luna, ¿qué tal te encuentras?

Él la trataba tan bien. Como si no hubiese hecho nada. Lo consideraba un buen amigo. Tenía mucha confianza en él desde que comenzó a ayudarla a controlar su bestia.

—Bien. —Se encogió de hombros—. ¿Puedo pasar?

—Claro. —Entró en la habitación. Ya la había visto más de una vez. Masculina y simple. Así era. Una cama con colcha marrón, muebles de color caoba y ventanas amplias. Una alfombra grande y oscura en el centro. Había muchos libros en las estanterías. Nadie lo sabía, pero Ethan era un intelectual. Se pasaba todo su rato libre leyendo sobre historia. Además, con sangre mohicana corriendo por sus venas, era uno de los hombres más misteriosos que había conocido. Nunca perdía la paciencia... excepto con Ben.

—Siéntate donde quieras. —Ethan dejó al gato en la cama.

Luna se sentó en la esquina del colchón, sin saber dónde colocar las manos. Los ojos oscuros de él estaban puestos sobre ella, pacientes.

—Gracias. —Nunca se cansaría de decir aquella palabra.

—¿Por qué?

—Vamos, ya sabes por qué —parpadeó—. Has evitado que me merendara a mi mejor amiga. ¿Te parece poca razón?

—Todo el mundo tiene un mal día, Luna.

—Pero no todos los días una intenta comerse a alguien. ¡Me siento como un monstruo! No sé controlarme.

El gatito fue hacia su regazo. Se colocó en él y comenzó a lamerle los dedos con aquella diminuta y rasposa lengua. Sonriendo, le acarició la pequeña y suave cabeza, ganándose un ronroneo.

—No eres un monstruo. Si no, no te estaría lamiendo los dedos.

—¿Qué?

—El gato. No estaría contigo si fueses un monstruo. Es muy listo.

¿De verdad acababa de decir aquello? Lo miró. Aquellos grandes ojos azules felinos estaban puestos sobre ella.

—Ya, sí, claro. —Se encogió de hombros—. Siento si he destrozado algo de la casa o si os he hecho daño. No estaba consciente, no podía controlarme. Esa parte de mí tenía el control.

Ethan se acercó a ella. Colocó una de sus grandes manos sobre su hombro.

—Luna, nadie está enfadado contigo.

—¡Pero yo lo estoy conmigo misma! No puedo perdonarme. ¿Qué habría pasado si tú no hubieses reaccionado tan rápido? Ahora mismo Eric estaría partiéndome en pedazos.

—Eric nunca te pondría una mano encima, Luna. Sólo tiene una... estúpida idea de sobreprotección que tarde o temprano desaparecerá.

Luna no respondió, sólo se dedicó a acariciar a aquel felino.

—No has venido sólo a disculparte, ¿verdad?

Alzó la mirada, sorprendida. ¿Cómo lo había descubierto? Aquellos ojos oscuros parecían entenderla perfectamente, leer su interior como si fuera un libro abierto. ¿Qué edad tendría Ethan? Sin poder evitarlo, se abrazó a su cintura, necesitando un poco de consuelo en aquel gran mundo que le daba la espalda. Él le frotaba los hombros, relajándola. ¿Se había sentido alguna vez tan unida a alguien? Sí, a Manuel y a Rafa. Él era como otro hermano más.

—Lo siento, por favor, perdóname. —Varias lágrimas comenzaron a mojar la camiseta de él.

—Luna, deja de culparte. Tú no has elegido esto.

—Tendría que haberme quedado arriba —murmuró. El gato volvió a subirse a su regazo, llamándole la atención.

—Sólo querías una vida normal. Estar con nosotros. No tiene nada de malo.

—Sois como mi familia —susurró.

—Y tú eres la nuestra. —Pasaron unos minutos antes de que Luna reuniese la suficiente fuerza para hablar de nuevo. Cada vez que decía algo, sentía la garganta oprimida y un fuerte dolor en el pecho. ¿Por qué siempre le tocaba a ella abandonar a los que más quería? ¿Por qué siempre el peligro la perseguía?—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Es lo mejor.

—Vas a romperle el corazón a Gideon.

Luna negó varias veces contra su torso.

—Tiene una imagen distorsionada de la realidad.

—Él te ve como eres, Luna. La que ve una imagen distorsionada de la realidad eres tú. —Se separó de ella—. Y te darás cuenta a su debido tiempo. Haz lo que creas que tengas que hacer, yo no voy a interferir en tu camino.

Los ojos de ella volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿No?

—No. Te daré mi número de móvil. Llámame siempre que quieras. Nadie más lo sabrá.

Luna asintió. Cogió al pequeño gatito y lo miró fijamente a los ojos. En ningún momento retiró la mirada. Es más, cuando lo acercó a su rostro se ganó una pequeña lamida en la mejilla. Ese gesto hinchó su dolorido corazón. Sonriendo, lo besó en la pequeña cabecita.

—¿Estás preparada?

Luna miró a Ethan.

Asintiendo, dejó al gatito en la cama, se levantó y volvió a abrazarlo.

—Gracias, Ethan. Espero que todo te vaya muy bien. Tienes aquí una amiga para lo que quieras.

La risa vibró en su pecho.

—¿Por qué te despides para siempre? Nos volveremos a ver.

Los ojos de Luna emitieron un brillo rojizo que no pasó desapercibido ni para Ethan ni para el gato.

CAPÍTULO 25



Vamos, *mo chuisle*. —Una de sus manos situadas en su cadera la hizo moverse nuevamente sobre su pene, enterrado profundamente dentro de ella. Apretó la mandíbula al sentir cómo su sexo lo comprimía, caliente y mojado.

Aquello era como una dulce tortura que lo arrastraba a su calor una y otra vez, sin llenarse del todo.

Lux tenía los brazos alrededor de su cuello mientras seguía moviéndose sobre él, con las piernas enredadas en su cadera.

—Mierda. —Eric llevó una de sus manos a la unión entre sus muslos. Cuando encontró su palpitante clítoris, lo pellizcó con suavidad. Las paredes de su sexo rodearon con más fuerza su polla. Respiró hondo, intentando controlarse. ¿Por qué el sexo con Lux era tan bueno, tan decadente? Lo llevaba todo a otro nivel.

—¡Sí! —susurró en su oído—. Hazlo otra vez, por favor.

Eric sonrió.

—¿El qué? —La mano de su cadera se fue a sus nalgas, haciendo que se moviese más rápido sobre él.

—¡Lo que acabas de hacer! —Esta vez casi gritó cuando los labios de él capturaron un pezón.

—No me acuerdo.

Mentira. Sólo quería oírlo de sus labios.

—Pellízcame *eso*, por favor. —Mordisqueó el lóbulo de su oreja, incrementando el movimiento de sus caderas.

Lux gimió de impotencia cuando los dedos de él le rozaron los pezones. Sí, le daba placer pero eso no era lo que había pedido. Sabía lo que tenía que hacer.

Sonrojándose, introdujo una mano entre ambos cuerpos y cuando llegó hacia la unión de ambos, cogió sus testículos y apretó con fuerza. No demasiada pero sí lo suficiente para que Eric se arqueara y empujara nuevamente dentro de ella, sintiéndose cerca del clímax.

—Pellízcame el clítoris, otra vez —susurró en su oído—. O te doy otro apretón y acabas la faena sin que me haya corrido. Eso sería una mancha negra en tu historial.

Sintiéndose retado, llevó nuevamente una de sus manos a la unión de sus muslos. Cuando separó sus labios y encontró lo que buscaba, lo frotó justo como a ella le gustaba, ganándose gemidos y un gran apretón en su pene por parte de su sexo.

Cerró los ojos con fuerza.

—Mierda.

Separó a Lux de su pecho. Ignorando la sorprendida mirada femenina, la empujó suavemente por el valle entre los pechos hasta que su espalda casi tocó el colchón. Estaba arqueada, aún con las piernas envueltas en sus caderas, y desde aquella posición podía ver cómo sus pechos se movían por cada embestida que él daba.

Sus pezones estaban totalmente erectos, sonrojados por sus mordidas y húmedos por su lengua. Dándole un último toque a su clítoris, volvió a deslizar la mano, ascendiendo hasta sus pechos. Jugueteeó con ambos pezones mientras sentía cómo Lux llegaba al orgasmo, dejándose caer.

Dos empujones más y llegó él. Ya se encontraba de rodillas entre las piernas de ella, sintiendo cómo aquel clímax le dejaba calambres por todo el cuerpo. Lux se incorporó, se abrazó a su cuello y echó su largo cabello hacia atrás.

Los colmillos de Eric se alargaron y sin esperar los clavó en aquella piel pálida con olor a madreselva.

Lux gimió y apretó sus pechos contra su torso, sintiendo la dureza de sus pezones.

—Eso es, bebe —ronroneó.

Decidido a llevarla a otro orgasmo, volvió a moverse dentro de ella. Su respiración volvía a acelerarse, la sangre que le llegaba a la garganta era increíblemente sabrosa y adictiva. Comenzó a frotar en círculos su sexo, intentando revivir de nuevo en ella el clímax.

—Sí, sí, ¡sí! —gritó—. ¡Eric!

Cuando supo que había bebido lo suficiente, se separó. Maldiciendo, se dio cuenta de que no tenía ninguna arma cercana donde cortarse. Se mordió su muñeca y luego la llevó a los labios de ella.

Mientras bebía, los ojos azules grisáceos de ella conectaron con los suyos. Los lentos movimientos de ella dejaban claro que lo tenía agarrado por

los huevos. En más de un sentido. Gimiendo, vio cómo unos pequeños ríos de sangre se deslizaban por sus labios hasta llegar a sus pechos.

Cuando iba a separarse, Eric la mantuvo.

—Sigue bebiendo, *mo chuisle*, yo mientras disfrutaré de las vistas.

Sus mejillas se volvieron rojas.

—Dios, estás preciosa así, Lux. Sonrojada, excitada y con esa mirada tan animal. Estoy completamente duro. —Ella se rió contra su muñeca.

Eric cogió su rostro entre sus manos para profundizar el beso. Penetró su lengua en su boca, moviendo fieramente sus caderas contra ella mientras un deseo animal y voraz lo consumía.

Al abrir sus ojos, Lux se sorprendió.

—Brillan, grises y dorados. —Volvió a juntar sus labios con los de él.

Eric se quedó paralizado.

El miedo lo invadió por completo.

—Mierda. Lux, quítate...

—No digas tonterías, sabes que me encanta esa parte oscura de ti.

—Lux...

—Eric, sigue moviéndote.

Asintiendo, cambió ambas posiciones. Ahora él se encontraba encima de ella. Cogió una de sus piernas y la colocó en su cadera. Así podía mirar fijamente aquellos ojos que parecían adorarlo. Las manos de ella se fueron a su espalda, acariciándole mientras él seguía empujando dentro de ella.

Los ojos de Lux se cerraron, sus labios se abrieron y se arqueó. Sí, podía sentir su orgasmo cerca por los espasmos de su sexo. Incrementando la velocidad, se agachó para poder besar aquellos pechos que tan obsesionados le tenían. Estaba seguro de que al día siguiente se los encontraría irritados tanto por sus besos como por su incipiente barba.

—Córrete, Lux.

—Sí... —ella asintió con la cabeza.

Sintiendo una parte dominante que lo obligaba a actuar, cogió ambas piernas y las enredó en sus caderas. Con una mano en su plano estómago, tomó impulso y empujó varias veces dentro de ella. Los gritos de Lux no tardaron en escucharse, seguidos de un orgasmo que le arrebató la conciencia durante los próximos segundos.

Eric se dejó caer sobre ella al no poder sostenerse sobre sus brazos. Se había corrido dos veces ya y aunque le costase admitirlo, estar dentro de Lux lo llevaba a límites nunca antes cruzados.

—Dios, eso fue... increíble —susurró con los ojos cerrados.

Eric sólo asintió.

Pasados unos minutos, Eric se apartó de ella y la colocó sobre él. Le gustaba sentir el peso liviano y vivo de Lux. Acariciaba su espalda una y otra vez, haciéndole cosquillas en la piel. La respiración femenina era calmada contra su pecho, al igual que el movimiento de su caja torácica.

—Luna estaba rara, Eric. —Lux se aclaró la garganta, sonrojándose al notarla ronca y seca. Cogió un vaso de agua que había en la mesita de noche.

—Se le pasará.

Cuando terminó de beber le golpeó en el hombro.

—No hables así de mi mejor amiga, Eric. Está arrepentida.

—A nadie le viene mal avergonzarse de sí mismo a veces, Lux. Ha estado a punto de matarte.

—¡No tengo ni un rasguño!

—Porque Ethan se interpuso. —Cuando Lux iba a levantarse, la agarró de los hombros—. Cariño, no ves la gravedad de la situación.

Si no fuese porque estaba enfadada, se habría reído.

—Eric, ¡Luna no sabe nada de esto! Hace poco que está en este mundo. Imagínate que hubiese sido yo la que estuviese en su lugar. Torturada y experimentada por un grupo de hombres locos a quienes no les importaba cómo se encontraba. ¡Sólo querían conseguir sus propósitos! —Le cogió el rostro con ambas manos—. ¿Harías eso? ¿Me tratarías así de mal si yo hubiese estado a punto de comerme a alguien inconscientemente?

—Nunca, Lux —dijo con seguridad.

—Pues no la trates así. He visto cómo la has mirado antes. Luego vas a disculparte con ella si no quieres que no vuelva a dirigirte la palabra, ¿te enteras?

Las manos de Eric apretaron sus nalgas con posesividad.

—Sabes que no podrías estar sin hablarme más de dos días —susurró sonriendo.

Cierto. Aquel estúpido vampiro tenía razón.

—Eric, es muy importante para mí. Prométeme que te disculparás.

Él asintió con cierta reticencia.

—Te juro que luego hablaré con ella y me disculparé por mi mal comportamiento. Haré todo lo posible para que su existencia con nosotros sea lo más armoniosa posible.

Complacida por sus palabras, Lux sonrió, feliz. Cogiéndole el rostro, le

besó en los labios castamente y se separó antes de que él profundizase el beso.

—Hasta entonces, no vas a tocarme. Es tu castigo.

Y el suyo también, pero no hacía falta que él supiese eso.

Eric sonrió, apoyado sobre un codo.

—Pero tú sí podrás tocarme, ¿no?

Vaya, a veces la lógica masculina llegaba a ser retorcida. Asintiendo, dio una vuelta en la cama y acabó encima de él.

—Exacto. Sólo podré tocarte yo. —Cogió ambas muñecas de Eric y las subió por encima de su cabeza—. Estás a mi merced.

—¿Dónde se encontraba Luna?

Sonriendo, negó con la cabeza. Su pelo negro contrastaba con el blanco de las sábanas. Su amplio pecho subía y bajaba por la respiración y ella aprovechó para incorporarse de forma que estuviese sentada sobre sus caderas. Estaba agotada, pero tenía varias incógnitas en su cabeza.

—¿Sucede algo? —preguntó con suavidad, acariciándole la línea de la mandíbula.

—Yo... eres berserker, ¿verdad? Cuando fuimos a mi casa a recoger mis pertenencias, Ben lo dijo. Yo... no lo entiendo, ¿no eres el guardián de los vampiros?

Eric suspiró y desvió la mirada, como si hubiese temido todo ese tiempo la llegada de aquel momento. Sus inquietantes ojos se clavaron en ella con recelo, luego con resignación.

—Mi sangre no es pura, Lux. Soy mitad vampiro mitad berserker. Mi madre era hija de uno de los miembros del Consejo. Su sangre era pura, su linaje impecable y por lo tanto se esperaba de ella que contrajese matrimonio con otro vampiro cuyo linaje fuese excelente —murmuró con aire ausente, colocando los brazos detrás de la cabeza—. En ese momento, los vampiros no sólo luchábamos contra los hombres lobo, sino también contra los berserker y otras razas que actualmente están extinguidas. En una de las guardias mi madre fue secuestrada por mi padre, Aedan. Era el líder de los berserker y había planeado a la perfección el secuestro de una de las hijas de un miembro del Consejo. Quería asegurarse una moneda de cambio, un dominio sobre los vampiros que le permitiese cambiar la situación y salvar a su raza de la extinción.

—Supongo que no acabó bien —comentó con duda por el tono que la voz de Eric había adquirido. Frío, triste... desolador. Como si estuviese a

punto de llegar a la peor parte.

—No, acabó fatal para ambos. Ninguno de los clanes lo apoyaba, por lo que mis padres, una vez unidos, tuvieron que abandonar la seguridad del clan de los berserker. Los vampiros iniciaron una intensa búsqueda para aniquilarlos, pero mi padre era un experto en borrar su rastro.

Asintiendo, ella se abrazó a sí misma, rodeándose con los brazos, pendiente del desenlace de aquella trágica historia.

—Los berserker y los vampiros... tenemos una fuerte conexión con nuestro linaje.

Lux frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Mis padres no murieron de viejos, Lux, estarían aún vivos. Murieron por la maldición del destierro —gruñó con ira, apareciendo en sus ojos un tono intensificado que dejaba ver lo mucho que le afectaba aquel tema. Dudaba si debía seguir o no preguntando, pero quería saberlo todo de Eric y aún más, quería saberlo todo sobre aquel mundo.

—¿Maldición del destierro? —repitió, sorprendida por el nombre.

—Cuando tu linaje te corta, te destierra, comienzas a descomponerte poco a poco, a perder vitalidad; en diez años tu cuerpo acaba convirtiéndose en ceniza, seas del clan que seas.

—Pero, ¿es un conjuro? —preguntó, perdida por la explicación.

—Cada familia tiene un libro sagrado llamado «Tòtuhm», donde se tiene que inscribir a los recién nacidos en un plazo máximo de tres días, o morirán. Este libro sagrado permite al Consejo ver el linaje de todas las familias, sus miembros. No es un libro cualquiera, tiene vida. La vida de una familia entera. Si el miembro de la familia más viejo, o, con otras palabras, la cabeza de la familia, decide expulsarte, arranca tu página con todos tus datos y automáticamente desaparece tu nombre del árbol genealógico. Desde ese momento comienza una cuenta atrás. Tienes diez años antes de convertirte en ceniza. Una vez te han expulsado, te han cortado el linaje. Eres un desterrado.

—Pero... ¿entonces el Consejo quitó esa página?

—No, el Consejo no tiene el poder —negó con la cabeza. Su cuerpo estaba tenso y parpadeó, como si estuviese luchando contra los recuerdos—. Fue mi abuelo. Él arrancó la página de mi madre. El clan berserker, el de mi padre. El Consejo, en caso de que uno de sus miembros cometa un acto que se considere muy peligroso para los vampiros, obliga al cabeza de la familia a arrancar su página. Puede ser la vampira más vieja de la familia o en este

caso, el más viejo. Siempre el que va por delante de todos. El de más edad.

Lux cogió aire y le acercó a su pecho para abrazarlo, queriendo darle el consuelo que supo que años atrás no tuvo, quizás queriendo quitar algo de dolor y peso sobre sus hombros. Él soltó todo el aire que había contenido y apoyó la cabeza sobre su pecho, asintiendo. Ella jugó con los mechones de su cabello, relajándolo. Él le besó el valle entre los senos, como agradecimiento.

—Pero estáis vivos, tu hermana y tú.

—Es lo único bueno que tiene la maldición del destierro —susurró con ironía, más hundido en ella—. Afecta a aquéllos cuyas páginas han sido arrancadas pero no a sus hijos, se considera un nuevo libro sagrado. Yo... cuando me case y tenga hijos, tendré que iniciar un Tòtuhm con mi Anam Cara.

Lux sonrió, relajada.

—Eso quiere decir que no te pueden castigar a ti con la maldición del destierro.

—No, no pueden. Esos arcaicos obsesionados con el linaje puro no pueden hacerme daño, ni a Naylea ni a mí. Estamos protegidos en ese sentido. Yo soy mayor que mi hermana, yo y sólo yo puedo iniciar el libro sagrado.

—¿Por qué no lo has hecho aún?

—No hay necesidad hasta que alguno de nosotros tenga descendientes. —Separándose de ella, le pasó el pulgar por el labio inferior—. Todo esto te tiene que sonar a locura.

—La verdad es que lo veo... hermoso. Veo belleza en el Tòtuhm, magia... Es una bonita forma de tener...

—No es bonita, Lux, es horrible, pero ha sido así desde siempre, no hay nada que podamos hacer —la interrumpió con rapidez, afectándole todo el asunto demasiado.

Asintiendo, decidió continuar con sus preguntas; pero por otra parte, dejando a un lado su perspectiva de todo aquello.

—¿Cómo acabaste aquí, Eric? Otra vez con los vampiros, yo no habría querido.

—¿Y qué habrías hecho, Lux? Era un niño de diez años con una hermana de tres, un bebé —sus palabras eran duras como el acero y afiladas como un cuchillo—. Los berserker nunca olvidan, nos estaban buscando. Vine a los vampiros en busca de refugio; les dije que mi familia había sido asesinada a manos de los lobos. Nos aceptaron y entramos en un programa de cría que se

encarga de los huérfanos. No tuve muchas opciones, por lo que decidí entrenarme para ser el líder de los guardianes, el máximo representante de todos los guardianes. Llevo doscientos años así. Oficialmente.

Lux se llevó una mano a la garganta, sobrepasada por la dura vida que Eric había tenido que cargar con tan sólo diez años, por la cantidad de sacrificios que había hecho a cambio de ver a su hermana lejos del peligro. Sintió un nudo en el estómago y sin poder contenerse lo volvió a abrazar, pero esta vez fue ella la que quería consuelo ante los sentimientos de tristeza que le invadieron por la triste historia.

Era tan fuerte, tan protector... y era su Anam Cara. Sabía que él nunca la dejaría ante una mala situación, que siempre estaría a su lado. Codo con codo. Y ella estaría con él, dispuesto a enfrentarse a todos los problemas que surgieran, porque sabía que llegaría el día. Los vampiros podrían descubrir quiénes eran.

—Eric, lo siento tanto —murmuró contra su hombro, envolviéndole fuertemente con sus brazos. No quería que hubiese espacio entre sus cuerpos.

—Está bien, cariño. Querías saberlo.

—No... No quise remover malos recuerdos. —Apoyó la mejilla contra el cálido hombro, odiando su débil voz—. Sólo quería conocerte aún más.

—Y yo he decidido contártela, Lux. No te sientas culpable, ha pasado mucho tiempo. Yo estoy bien, te lo prometo, cariño —su voz era como el terciopelo, oscura y suave, reconfortándola intensamente—. Sé que un día los vampiros averiguarán quiénes somos, Lux. —Ella cerró los ojos y cogió aire—. Y seremos fugitivos, nos perseguirán día y noche, pero nunca morirás. Yo siempre te voy a proteger. Siempre estaré a tu lado.

—Y yo al tuyo. —La mano de él fue a su cabello, enredándola entre sus dedos.

Permanecieron abrazados, sintiéndose el uno al otro, la calidez que sus cuerpos desprendían. El corazón de Lux latía fuertemente, asustado por lo que un día llegaría a ser su vida, pero estaba decidida a enfrentarse a todo. Ella daría la cara por él, como él había hecho por ella. Estaba decidida a enfrentarse a cualquiera con tal de no dejar que volvieran a destruir su familia. Les habían quitado a sus padres, pero no le arrebatarían a Eric. No lo permitiría.

—Todos los que somos parte de los guardianes hemos tenido... una vida complicada, Lux. Incluso Kenyan.

Ella bufó.

—Él me da igual.

—No seas cruel con Kenyan, tiene el linaje más puro de todos, Lux. Es un originario. Su padre es miembro del Consejo y te puedo asegurar que es conocido por las palizas que le daba. Es prepotente, frío y calculador, pero es todo lo que ha recibido en su vida. No sabe actuar de otra forma —señaló comprensivamente, quizás consciente de la primera imagen que el vampiro ofrecía.

—No se portó bien con tu hermana —le recordó sin poder contenerlo.

—Es algo que intento olvidar, porque sé que lo hizo inconscientemente... Es un tema complicado. Estuve dividido entre perdonarlo y romperle las piernas.

Lux esbozó una sonrisa, alejándose para mirarlo a los ojos. Éstos brillaban como dos estrellas en un cielo oscuro, dando paso a la fría noche. Pero ella sólo sentía su calor, y aquel frío se le hacía terriblemente atrayente y atractivo. Ladeó la cabeza para atrapar los labios masculinos entre los suyos, humedeciéndolos con la punta de la lengua.

Se separó cuando él intentó continuar.

—Así que me he llevado un dos por uno —dijo con una sonrisa, encogiéndose de hombros y derramando así su cabello por sus pechos—. Un vampiro y un berserker en un mismo cuerpo.

Eric intentó contener la risa, alzando la cabeza y mirándola con una ceja alzada. Era tan sexy que no pudo evitar volver a besarla.

—Dos en uno —murmuró felizmente.

CAPÍTULO 26



Bronx, Nueva York, 4 de la madrugada de otro día infernal. Luna se dejó caer contra el sucio suelo de asfalto cuando sus músculos le impidieron continuar. Estaba cansada, terriblemente cansada. Respiraba agitadamente, sentía fuego en sus pulmones por la huida que había emprendido y tenía varios mordiscos por su cuerpo. Echándose una ojeada en el muslo, vio cómo la sangre manaba espesamente hasta el suelo.

—Maldito hijo de perra... —gruñó con voz temblorosa, llevándose las manos a la herida.

La había mordido con fuerza y ahora tenía un enorme agujero donde la carne desgarrada intentaba curarse con rapidez. Luna necesitaba alimentarse urgentemente o su vida acabaría allí mismo. Estaba desnuda, sin ropa. Se había transformado para huir de los Desterrados y ahora no tenía una tela con la que hacerse un torniquete.

—Tengo que salir de aquí.

La adrenalina fluía con fuerza en el interior de sus venas. Estaba alerta, sabía que la estaban buscando. Tenía poco tiempo antes de incorporarse y huir. Necesitaba buscar un sitio donde resguardarse y mañana lo pensaría mejor. No permitió que los pensamientos de si estaba haciendo lo correcto llegasen hasta la luz. No. Había hecho lo mejor. No quería volver a sentir la ira y el miedo en los ojos de los demás. No más.

Era una mujer adulta. Había sobrevivido a situaciones más duras. Podía con todo aquello.

La herida de la pierna se estaba cerrando, ya había dejado de sangrar. Incorporándose con ayuda de la pared, clavó los ojos en la redonda luna y alzó la cabeza, estirándose. Una suave brisa le revolvió el cabello. Paz. En ese efímero momento sintió una enorme paz, sucumbió a ella con los brazos abiertos. El sudor de su frente resbaló por sus sienes hasta la mandíbula.

Olía a un cóctel espantoso que sería capaz de espantar a cualquiera: sudor, sangre, basura por haberse metido en un contenedor para ocultar su olor corporal, y plástico. Frotándose la cara varias veces, se quedó quieta

cuando un olor totalmente nuevo llegó hasta sus fosas nasales.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Tragando saliva, se giró con lentitud para vislumbrar una enorme figura. Mucho más grande que la de un lobo. Su bestia estaba inquieta, quería huir del peligro pero sus pies no se movían. En un último esfuerzo, aguantó la empañada mirada de aquel violento ser antes de quedar atrapada entre sus fauces.

Sobre la autora



Emily Delevigne es una joven escritora española nacida en Sevilla aficionada a la lectura, concretamente al género romántico, desde pequeña. Es profesora de Educación Primaria especializada en lengua extranjera, pero en sus ratos libres se dedica a idear nuevas historias, tocar el piano o disfrutar de una película.

Tras haber participado en diversos concursos, publicó *El Guardián de los Vampiros* bajo un sello editorial en 2013. Cuatro años más tarde, y tras reescribirla entera, ese primer libro publicado es actualmente *La Bestia*, el primero perteneciente a la saga «Guardianes del Rey».

Es conocida por el best seller internacional *Adicta a Scott* y la saga «Marines», *Devórame*, *Kevin* y *Una Chica Mala para Dorek*, publicados con la Editorial Planeta. Además, cuenta con otra novela, *El libro de Skye*, bajo el sello editorial Coral.

Para saber más sobre la autora y sus libros, puedes visitar sus redes sociales Facebook, Instagram y Twitter con el nombre de **Emily Delevigne**.

Si quieres ponerte en contacto con ella para conseguir ejemplares en papel firmados o preguntar sobre sus libros, puedes mandarle un correo a: **emily-delevigne@hotmail.es**